



LOS KIRTKLARD I

TE ENCUENTRO
— EN EL —
TIEMPO



ROSE MERINO

TE ENCUENTRO EN EL TIEMPO

LOS KIRTKLAND
LIBRO 1

ROSE MERINO

SINOPSIS



UN REENCUENTRO, UN AMOR A FUEGO LENTO Y UNA DECISIÓN...

Lady Camille Donegall es una joven perspicaz, encantadora y una excelente conversadora, pero solo con las personas adecuadas. Tras años enamorada del hermano de su mejor amiga, ha decidido que ya es hora de casarse y cumplir su sueño de formar una familia, incluso si no es con el hombre que siempre anheló.

Theodore, vizconde Kirtklard, es un hombre honorable, encantador y, desde su vuelta a Londres, un partido muy codiciado en la alta sociedad. A pesar de los incesantes intentos de su madre por encontrarle una esposa, ha decidido que no quiere casarse aún. Pero cuando se reencuentra con lady Camille, la introvertida y alegre amiga de su hermana Emma, sentirá, como nunca antes, la imperiosa necesidad de descubrir todas sus facetas.

Envueltos entre encuentros fortuitos, profundas conversaciones y una creciente fascinación, ambos se verán obligados a tomar decisiones que los conducirán por caminos que parecen separarlos.

¿SERÁN AMBOS CAPACES DE ENCONTRARSE EN EL TIEMPO?

TE ENCUENTRO EN EL TIEMPO

© 2024, Rose Merino

© 2024, de esta edición.

Registro de propiedad intelectual: 2024-A-2275

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta e ilustraciones: **Ivana Cifre**

Corrección: **Tania Moreno Insua**

Maquetación: **Antonia Guzmán**

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso de la autora.

Para todos aquellos que siguen sus sueños a pesar de sentir miedo... y para todos aquellos que lo siguen intentando día a día.



«¿No es fantástico descubrir que no somos exactamente lo que creíamos ser?».

SEDUCIENDO A MR. BRIDGERTON, JULIA QUINN.

«Si te amara menos, tal vez sería capaz de hablar de ello un poco más».

EMMA, JANE AUSTEN



ÍNDICE

[Playlist](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Epílogo](#)

[Esa misma noche...](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[¿Te gustó el libro?](#)

[ROSE MERINO](#)

PLAYLIST

¡Lee con toda la ambientación de la novela buscando la *playlist* de Spotify! Puedes ingresar a ella clicando la imagen del código.



A decorative border made of stylized flowers and swirling vines surrounds the text. The flowers are five-petaled and have a shaded center. The vines are thin and elegant, with small leaves and buds interspersed.

MAKTUB

(Árabe)

Significa que lo
que está destinado
a suceder siempre
encontrará una
forma única, mágica
y maravillosa
para manifestarse.

PRÓLOGO

LONDRES, 1821.

Lady Camille Donegall, hija de los marqueses de Donegall, se encontraba en un rincón del salón con un nudo de nervios en el estómago y las manos temblorosas. Aquella era su primera temporada y ese su primer baile oficial, y no sabía qué hacer. Bueno, sí sabía qué debía hacer, pero desconocía cómo hacerlo. Ella no era como sus hermanas, Anne y Francesca, quienes ya estaban en su segunda y tercera temporada respectivamente. Ellas sí parecían saber qué hacer. Eran extrovertidas, audaces y tal vez un poco impulsivas, siempre revoloteando cerca de la pista de baile para captar la atención de los hombres solteros que pasaban por allí. Camille tampoco era tan hermosa como otras debutantes que no necesitaban hacer nada para atraer a los solteros más codiciados de la temporada y tenerlos a sus pies. No, ninguno de estos era su caso.

En realidad, sabía que no era fea. Si era sincera consigo misma, la mayoría de los días se sentía a gusto con su apariencia. Aunque era consciente de que no era una beldad, le gustaban sus rasgos, y sabía que, en sus días buenos, incluso podría ser considerada una mujer atractiva.

Tenía una larga cabellera castaña con matices dorados, que relucían aún más a la luz del sol. Sus ojos eran grandes, de un tono parecido a la miel, y en algunos momentos adoptaban tenues matices verdosos. Su estatura era media comparada con el resto de las jóvenes de su edad, y su cuerpo estaba bien proporcionado, con agradables curvas que le daban una forma voluptuosa. Sin embargo, era su personalidad la que le impedía destacar en cualquier sentido porque, aunque tenía ideales y pensamientos bien definidos, y sabía que era una persona inteligente y perspicaz, algo le ocurría cada vez que estaba a punto de hablar. Se quedaba atrapada en sí misma, sin poder decir nada.

Era una pena porque sabía que, si lograra dar el paso y hablar, quizá podría ser una muy buena conversadora con la persona adecuada.

El salón estaba repleto de jóvenes debutantes que, al igual que ella, disfrutaban de su primer baile. La ambientación había superado todas sus expectativas; la anfitriona, a quien su madre le había presentado apenas llegaron, se había esmerado en crear un baile de inicio de temporada inolvidable. La sala estaba decorada con una exquisita elegancia: grandes candelabros de cristal colgaban del techo, iluminando el espacio y otorgándole un resplandor dorado; las paredes lucían sedas de colores suaves, adornadas con detalles dorados y plateados; y el suelo de madera brillaba bajo la luz de las velas, reflejando a la multitud de parejas que danzaban sobre él. La música flotaba en el aire, dulce y melodiosa, transportándola a un mundo de elegancia y sofisticación.

Camille se sentía abrumada por la belleza del lugar. Había hermosos arreglos florales en cada

esquina del salón, y de eso estaba completamente segura, ya que había pasado un buen rato observando desde la distancia a las parejas que bailaban; cuando logró escapar por un momento de la vigilancia de su madre. El lugar parecía sacado de una de las muchas novelas que había leído a lo largo de su vida y en las que siempre había soñado estar. Sin embargo, la realidad empalidecía frente a sus expectativas, puesto que se limitaba a ser una simple espectadora, y no la protagonista de su propia historia.

Luego de haber transcurrido un buen rato, y habiendo bailado solo una contradanza en toda la velada, en la cual tuvo como pareja a sir Balley, que era al menos treinta años mayor que ella, finalmente pudo escapar por unos minutos de la constante presencia de su madre, quien, cada vez que tenía oportunidad, la empujaba hacia un grupo nuevo de hombres solteros como si fuera un objeto. Tras escabullirse por el salón, Camille logró encontrar un rinconcito junto a un precioso arreglo de lirios, desde donde podía observar la pista de baile.

Las parejas bailaban con entusiasmo y una sensación desconocida comenzó a recorrer su cuerpo, llevándola a tener que ajustar su postura. En su interior, Camille sentía el deseo de experimentar esa misma sensación que veía en los rostros de los demás. Su ser vibraba, y una parte de su cuerpo anhelaba ser partícipe, pero su mente le repetía que era mejor no ilusionarse, a pesar de haber pasado semanas imaginando ese día, soñando despierta con la posibilidad de conocer a jóvenes apuestos y cautivadores que la invitaran a bailar, entablar conversaciones interesantes y disfrutar de la noche. No. Ahora que había llegado el momento, no era capaz de hacer nada para volver realidad esos sueños que parecían tan lejanos en ese momento. Deseaba ser más audaz y coqueta, y, sin embargo, ahí estaba, en un rincón, limitándose a observar a otras jóvenes hacer precisamente lo que ella anhelaba.

En un momento, centró su atención en un joven en particular que estaba en la pista de baile acompañado de la señorita Clarence Watson, quien ya era la favorita de las debutantes esa temporada. Era una dama alta, esbelta, con el pelo rubio y los ojos de color esmeralda, además de encantadora, lo que la hacía aún más perfecta.

Cuando por fin pudo verle el rostro al joven, su cuerpo reaccionó con aún más intensidad que unos segundos atrás. Una sensación vibrante la recorrió, su respiración comenzó a agitarse y su corazón a latir más deprisa. No tendría más de veintitrés o veinticuatro años; al verlo con más claridad, se sintió atraída por él de inmediato. Su rostro mostraba rasgos amables pero definidos, y su cabello era de un tono castaño bastante oscuro. No lograba distinguir el color de sus ojos, mas era consciente de que brillaban, aunque solo fuera por el hecho de que no podía apartar los suyos de los de él a pesar de la distancia y de que él se encontraba en movimiento. Tenía un cuerpo atlético, lo que resultaba evidente por cómo su traje, el cual se veía lujoso y a la última moda, se ceñía a su figura. También se fijó en que era bastante alto, ya que le sacaba al menos media cabeza a su pareja de baile, la señorita Watson. Sin embargo, lo que más la hipnotizó fue que parecía estar disfrutando de sobremanera lo que estaba haciendo, y, en ese momento, deseó más que nada en el mundo ser ella la que estuviera en sus brazos, sentir cómo sería mirar sus ojos de cerca y perderse en ellos mientras él la desplazaba por la pista de baile.

Al intentar seguirlo con la mirada, notó que una joven dama se acercaba a ella llamando su atención. Trató de mantenerse quieta, pensando que la joven podría cambiar de dirección y dirigirse a otro lugar. Nadie se le había acercado en toda la noche, a excepción de las personas que había conocido en compañía de su madre.

Cuando fue evidente que la mujer se dirigiría hacia ella y se detenía a su lado, se volteó de forma sutil en su dirección, lamentándose por perder de vista al hombre que bailaba en la pista y que había captado su interés. Tras unos segundos, la joven que estaba a su lado mirándola, le

comenzó a hablar.

—Es increíble que la gente no se canse de bailar. Creo que caería al suelo de lo agotada que me encuentro luego de cuatro bailes seguidos, si no fuera porque mi madre me mataría en el acto —dijo de manera divertida la joven a la que Camille logró identificar como la señorita Emma Kirtklard. Se fijó en que la señorita Kirtklard parecía a punto de retomar la palabra mientras la miraba con extrañeza, llevándola a volver a centrar su atención en ella—. Disculpe, pensaré que estoy loca por hablar tan rápido. Soy Emma Kirtklard, nuestras madres nos presentaron hace un rato.

—Sí... —dijo Camille algo descolocada aún por la personalidad de la joven que tenía en frente—. La recuerdo, por supuesto, señorita Kirtklard —logró decir con timidez.

—Espero no haber sonado impertinente. Mi hermano siempre me dice que no sé comenzar de manera sutil una conversación.

Camille sonrió sin querer ante el comentario de la joven, y rápidamente se apresuró a responder.

—Descuide, en realidad solo estaba sumida en mis pensamientos.

—¿Puedo llamarla Camille? Si no le molesta, claro. Y usted podría llamarme solo Emma. Si le digo la verdad, no se me dan bien las formalidades —añadió con una sonrisa. Parecía bastante entusiasmada.

—Por supuesto, puede llamarme Camille, si así lo prefiere.

Camille consideraba que era apresurado dejar las formalidades de lado con una persona que aún le resultaba desconocida. Estaba segura de que su madre la regañaría si la viera comportarse de esa manera, pero era evidente que la señorita Kirtklard era una joven con carácter, del cual ella misma carecía, y no se atrevió a contrariarla cuando había sido la primera joven de su edad que se interesaba en hablarle esa noche.

—Me parece perfecto —declaró la señorita Kirtklard—. Me encantará tener una amiga con quien sobrevivir a estas largas veladas —añadió de pronto su nueva «amiga» de manera efusiva y entusiasta—. ¿Has bailado mucho esta noche? En mi caso, ya no tolero bailar ni un baile más, aunque mi madre me persiga por todo el salón. Estoy agotada.

—Ehh...

Camille comenzó a sentirse inquieta y enseguida sus manos presentaron un leve temblor que intentó ocultar tomándolas entre sí. No sabía muy bien qué responder. No quería exponer de manera tan evidente su falta de éxito en su primer baile. Sin embargo, por extraño que pareciera, la señorita Kirtklard... Es decir, Emma, le inspiraba cierta confianza. Así que decidió responderle.

—La verdad es que solo he bailado una vez, pero está bien —dijo bajando la mirada—. No soy tan buena bailando —mintió. Realmente amaba bailar, y era, en su propia opinión, una buena bailarina—. Además, es cierto, resulta agotador. En realidad, no es mi actividad favorita —volvió a mentir, apretándose con más fuerza las manos.

—No lo hubiera imaginado. Cuando me acerqué te vi tan concentrada mirando la pista, que por un momento dudé en hablarte. Pensaba que estabas esperando a tu próxima pareja —respondió Emma con una gran sonrisa en el rostro—. No obstante, me alegra haberme acercado y hablar con alguien que parece entenderme más que mi madre. Aunque, claro, eso no es tan difícil. Mi madre puede ser insufrible cuando quiere.

Al detenerse a mirar a Emma, Camille pensó que esta era muy hermosa: tenía una estatura similar a la suya, aunque con seguridad era unos centímetros más alta; su figura era esbelta y delicada, con rasgos finos y una tez clara, sin llegar a ser pálida; su cabello, de un tono castaño

oscuro, estaba recogido de manera elegante; sus ojos eran de un hermoso color azul cielo; y tanto sus labios como su nariz eran finos, complementando armoniosamente su rostro.

Llevaba un vestido un poco llamativo para una debutante, algo que Camille había notado cuando sus madres las presentaron. Era de un color similar al damasco, pero le quedaba de maravilla, pues realzaba de forma positiva sus rasgos. Sin embargo, lo que más destacaba en su nueva amiga era definitivamente su personalidad, la cual era del todo opuesta a la suya, lo que la hacía resplandecer aún más, si es que eso era posible.

Camille volvió a centrarse en el presente. No sabía bien qué responder al último comentario de Emma, así que esperó a que fuera ella quien hablara de nuevo, lo que no tardó en ocurrir.

—¿Has probado ya los bocadillos que están al lado de la mesa de refrigerios?

Camille se sorprendió por el giro que había dado la conversación, pero lo agradeció. Al fin pudo soltar sus manos, las cuales ya estarían enrojecidas por la presión que había ejercido sobre ellas.

—Sí, estaban deliciosos —respondió más relajada, mirando a Emma de manera directa por primera vez durante su conversación—, en especial los de fresa.

—También fueron mis favoritos —añadió la joven bastante entusiasmada—. Mi madre me aseguró que la anfitriona era reconocida por los bocadillos que servía en sus fiestas. ¿Tienes hermanos o hermanas? —preguntó Emma volviendo a cambiar de forma abrupta de tema.

Camille ya estaba comenzando a dudar si podría seguirle el ritmo a su nueva amiga, pero, al mismo tiempo, pensó que era refrescante hablar con alguien que no fueran sus hermanas o sus padres, con quienes la mayoría del tiempo no se sentía a gusto para mantener una conversación.

—Sí, tengo dos hermanas: Anne y Francesca. Ambas mayores que yo. Deben de estar en la pista bailando —respondió, intentando no sonar melancólica.

—Siempre deseé tener una hermana —señaló Emma—. Estoy segura de que, si la tuviera, madre no pondría tanto esfuerzo en mí, y yo podría tener a alguien con quien hablar todo el tiempo. Estoy convencida de que sería muy divertido.

—La verdad es que mis hermanas son muy cercanas entre sí, solo las separan once meses de diferencia y sienten interés por las mismas cosas. Por mi parte, yo... —Camille se detuvo, comenzaba a sentir cómo la timidez volvía a aparecer, pero se dio ánimos para continuar. Emma parecía expectante, así que tomó aire y retomó su discurso—. Yo no soy tan cercana a ellas. Las quiero, por supuesto, son mis hermanas; sin embargo, tenemos intereses distintos.

—Entiendo, pero ya no tienes que preocuparte por eso —le dijo Emma con una espléndida sonrisa en el rostro—. Ahora seremos amigas y nos tendremos la una a la otra. Seguro que encontramos muchas cosas en común.

Camille se sintió entusiasmada con las palabras de Emma, y un sentimiento de esperanza la invadió por un momento. Siempre había deseado tener una amiga, alguien con quien poder compartir sus pensamientos, hablar de sus intereses y poder confiar y mostrarse como no podía hacer con su familia. Sin embargo, no sabía qué responder a las palabras de Emma porque debía reconocer que, si bien deseaba ser amiga de aquella joven, se sentía al mismo tiempo temerosa de que descubriera que no tenían nada en común.

Cuando por fin iban a salir algunas palabras de su boca, Camille apreció que el joven que había visto en la pista de baile minutos atrás, antes de que apareciera Emma, venía caminando muy resuelto hacia ellas, ya sin la compañía de la señorita Watson.

Su cuerpo se paralizó. La misma sensación que había tenido cuando vio su rostro por primera vez comenzó a recorrerla, pero esta vez con una intensidad abrumadora. Su corazón comenzó a latir tan rápido que pensó que se saldría de su pecho, aunque, con esfuerzo, logró mantener su

respiración serena. Sus manos, que seguían inmóviles cada una a un lado de su cuerpo, comenzaron a temblar ligeramente, al igual que sus piernas. Sentía los labios resecaos y sabía que sus ojos se encontraban en ese momento muy abiertos, ni siquiera era capaz de parpadear.

En ese momento, cuando él ya estaba casi junto a ellas, Camille experimentó una mezcla de emociones y nerviosismo, y un cálido cosquilleo que comenzaba a recorrer su cuerpo la sacó de sus pensamientos. Antes de que pudiera reunir el coraje para hacer o decir algo, observó a Emma tomar la palabra.

—Theo, ¿qué haces aquí? —preguntó Emma, dirigiéndose con bastante familiaridad hacia el joven que estaba frente a ellas—. No me digas que te ha enviado madre.

—No lo ha hecho —respondió el joven de inmediato, centrando su mirada en Emma. Camille no pudo evitar sentir una molesta punzada en el pecho, la cual intentó ignorar mientras hacía un gran esfuerzo por no parecer afectada con la situación—. Pero sabes que me comprometí a bailar contigo una pieza esta noche, y bueno, como acabo de dejar a la señorita Watson cerca de aquí con su próxima pareja, pensé: «por qué no acercarme y concretar lo inevitable».

Camille notó cómo el joven también se dirigía a Emma con una familiaridad evidente, en un tono más bien divertido. Su voz era cálida pero firme. Él, «Theo», como lo había llamado Emma, parecía no haberse percatado aún de su presencia, mientras que ella alternaba la mirada entre su nueva amiga y el suelo. No se sentía capaz de mirarlo a él.

—Hermano, creo que no te he presentado a mi nueva amiga, lady Camille Donegall. —Emma intercaló la mirada entre el joven y ella—. Camille, permíteme presentarte a mi hermano, Theodore Kirtklard, barón de Gouh y futuro vizconde de Kirtklard.

Camille sintió cómo su rostro se ruborizaba por completo, como solía ocurrirle cuando estaba nerviosa o se sentía expuesta; sin embargo, hizo su mejor intento de reverencia cuando Emma mencionó quién era su hermano, y a pesar de su nerviosismo consiguió que salieran algunas palabras de su boca.

—Es un gusto, milord. —Sus palabras salieron casi susurradas y apenas pudo mirarlo. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

Fue consciente, de inmediato, del momento exacto en el que el joven centró su mirada en ella, y pudo comprobar, al tenerlo de frente y a una escasa distancia, que sus ojos eran de un inquietante color azul oscuro que brillaban tanto como lo había supuesto cuando lo vio por primera vez en la pista de baile.

—El gusto es mío, lady Camille —dijo Theodore, quien enseguida tomó su mano y depositó un beso en su guante, lo que la dejó paralizada de nuevo—. Espero que mi hermana no la esté abrumando demasiado con sus ideas —añadió Theodore lanzando una mirada de complicidad a Emma sin prestar mucha atención a Camille—. A veces puede resultar agotadora. Con seguridad se dará usted cuenta en el futuro, si es que no lo ha hecho ya.

—¡Oh, no! —logró decir con cierta dificultad—. Su hermana ha sido muy amable conmigo, milord.

Camille no sabía de dónde habían salido esas palabras, pero se sentía agradecida por haber podido articular al menos una frase frente a ese joven cuando apenas sentía que era capaz de mantenerse de pie en su presencia.

—Theo —dijo Emma girándose hacia él para mirarlo—, creo que deberías bailar con lady Camille. La verdad es que estoy exhausta, y sabes que soy una pésima compañera de baile —recalcó fingiendo estar apenada—. Estoy segura de que lo disfrutarías mucho más.

—Oh, no es necesario —se apresuró a decir Camille. No quería que se viera forzado a bailar con ella solo porque su hermana se lo había pedido—. Creo que ya he bailado lo suficiente esta

noche y...

—Camille —la interrumpió Emma—, pero si hace unos minutos me dijiste que solo habías bailado un baile. Además, aunque no lo parezca —miró de reojo a su hermano—, Theo es un excelente bailarín.

Camille no sabía cómo responder a eso. Negarse de nuevo sería descortés e inadecuado. Además, si era sincera consigo misma, nada desearía más que bailar con él, aun cuando hubiera preferido que sucediera de otro modo. Antes de poder decidirse a decir algo, observó cómo Theodore, quien se había mantenido hasta ese momento en silencio, tomaba la palabra.

—Lady Camille —dijo hacia ella—, le ruego que dejemos de escuchar a mi hermana y me haga el honor de concederme este baile.

Tras esas palabras, el joven extendió su mano hacia ella con una sonrisa que la hipnotizó por completo, haciendo así que todos sus pensamientos se esfumaran. Camille hizo un gesto de asentimiento, miró a Emma por última vez para hacerle una señal de despedida, y luego levantó su mano para tomar la que él le estaba ofreciendo. De pronto, al entrar en contacto con la mano de él, la joven sintió que un hormigueo comenzaba a recorrer sus dedos, pero su cuerpo había empezado a responder de manera automática y ambos caminaban ya hacia la pista de baile.

Una vez en la pista, el baile se desarrolló de manera fluida. Al comenzar, se mantuvieron en un plácido silencio, y, aunque al principio del baile los nervios hicieron que Camille diera algunos pasos en falso, esta se ajustó con rapidez y volvió a encontrar el ritmo. Pudo comprobar que Theodore era un bailarín excepcional, tal como había imaginado que lo sería cuando lo vio bailar con la señorita Watson, y también como había afirmado su hermana hacía tan solo un momento.

Camille se sintió como si estuviera en un sueño bailando con él, a pesar de que las circunstancias en las que se había dado el encuentro ciertamente no fueran las ideales ni las que ella hubiera deseado. Sabía que, si no hubiese sido por ese encuentro fortuito con Emma, y luego con él, es probable que nunca hubieran bailado juntos, y que él nunca hubiera reparado en ella ni se lo hubiese pedido. Sin embargo, decidió eliminar esos pensamientos de su mente y disfrutar del baile. Independientemente de las circunstancias, estaba segura de que aquel sería un recuerdo inolvidable que atesoraría para siempre en su corazón.

En los momentos en los que se acercaban, Theodore le hacía sentir que era el centro de su atención con su mirada y su sonrisa. Una sonrisa muy seductora que la hacía experimentar extrañas sensaciones en el estómago. Al mismo tiempo, era evidente que se trataba de un caballero, pues en todo momento había sido correcto y se había comportado con decoro al dirigirse hacia ella.

—Es usted una gran bailarina, lady Camille —dijo Theodore amablemente—. Estoy seguro de que bailar con usted ha sido una mejor decisión que hacerlo con mi hermana.

—Gracias —respondió comenzando a sonrojarse, sin saber de qué otra forma responder a sus palabras.

—Tendré que agradecerle a Emma la próxima vez que la vea, lo que descubriré, si va a ser su amiga, que es algo que no suelo hacer —comentó Theodore en un tono divertido y bromista que la hizo sonreír—. No obstante, haré una excepción en esta ocasión.

El baile los separó, pero cuando volvieron a reunirse Camille se armó de valor y continuó con la conversación.

—En realidad, diría que solo soy una bailarina regular —dijo, para luego bajar la mirada.

Por un momento pensó que él la iba a contradecir, pero el baile volvió a alejarlos y luego, él cambió de tema.

—¿Es este su primer evento social, lady Camille? —le preguntó él de forma gentil—. No recuerdo haberla visto antes.

—S-sí, milord. F-fui presentada en sociedad hace solo unos días y este es... es mi primer baile —logró decir con cierta dificultad. Aún le resultaba difícil dirigirse a él.

—Espero entonces que la velada esté resultando agradable para usted —añadió el joven.

—Sí, milord. Está siendo una noche muy agradable.

—¿Qué es lo que más ha disfrutado? —le preguntó con una voz solemne y una mirada tan profunda que se quedó clavada en sus ojos, impidiéndole desviar la vista. Camille se tropezó tras terminar de escuchar la pregunta, lo cual hizo que volviera a sonrojarse. En realidad, nadie solía preguntarle nunca su opinión respecto a algo. Su madre siempre decidía por ella, o asumía sin más sus gustos; sus hermanas apenas se interesaban en hablar con ella desde que habían debutado; y su padre parecía haberse alejado de ella durante los últimos años, y ya no buscaba su compañía como cuando era pequeña.

Volvió a concentrarse en el presente, encontrándose de nuevo, frente a ella —aunque con la cabeza inclinada—, los ojos de Theodore Kirtklard, que parecían estar cada vez más iluminados. Cogió aire y se propuso hacer su mejor esfuerzo por responder y no sonar afectada.

—Un poco de todo, en realidad. La comida estaba deliciosa, lo hablé con su hermana Emma hace un rato. También he disfrutado mucho de la música...

—¿Toca usted algún instrumento, lady Camille? —le pregunto él. Parecía realmente interesado en conocer su respuesta y la joven fue consciente de cómo algo se apretaba en su interior, cerca de su pecho, haciéndole sentir una inusual sensación de sobrecogimiento.

No era la pregunta en sí, era él. Era su forma de mirarla lo que la hacía sentirse de un modo en que estaba segura que nunca se había sentido antes. Era su amabilidad, el genuino interés que él parecía mostrar por ella y por lo que tenía que decir, lo que estaba haciendo que su corazón diera vueltas en su pecho.

Camille salió de sus pensamientos y meditó su respuesta. La verdad era que tocaba el piano desde pequeña, y lo hacía bastante bien, pero no se sentía muy segura de mencionarlo.

—Yo no... en realidad, sí—dijo al fin con cierta timidez, aunque se detuvo ahí, ya que el baile volvió a distanciarlos.

Al cabo de algunos segundos volvieron a reunirse y él tomó la palabra.

—Disculpe, no pude escuchar su respuesta antes.

—Sí... Es decir, toco el piano, aunque en realidad no soy tan buena haciéndolo —se apresuró a añadir. Luego se reprendió a sí misma por estas últimas palabras. Siempre tendía a infravalorar sus capacidades en presencia de otras personas, creyendo que no la considerarían lo suficientemente buena. Era algo que lamentaba no poder evitar.

—Estoy seguro de que disfrutaría escuchándola tocar, lady Camille, en especial si toca el piano tan bien como baila —señaló Theodore Kirtklard, en un tono tan cordial y de manera tan genuina y sincera, que Camille no pudo sino sentirse encantada e ilusionada por el cumplido que él acababa de hacerle.

Antes de que pudiera responder, notó que la música ya estaba terminando y sintió una fuerte sensación de pesar. No quería que el encuentro con él terminara, en especial porque sabía que era muy poco probable que volvieran a tener una nueva oportunidad de bailar y conversar como esa noche. No obstante, cuando la música se detuvo por completo, no pudo hacer otra cosa más que dejarse conducir hasta uno de los bordes de la pista, momento en el cual él se separó y le hizo una correcta reverencia.

—Ha sido un placer bailar con usted esta noche, milady —le aseguró Theodore mientras la

miraba directamente a los ojos, de forma tan profunda que Camille podía sentir que él era capaz de conocer cada uno de los pensamientos que pasaban por su mente—. Espero que siga disfrutando de la velada. Si gusta, puedo acompañarla de vuelta a donde se encuentre su madre.

—No es necesario, milord —se apresuró a decir, a pesar de que deseaba todo lo contrario, y extender al máximo el tiempo en su compañía—. Mi madre está cerca, creo que incluso alcanzo a divisarla desde aquí —mintió, moviendo la cabeza como si supiera dónde estaba su madre—. Además, creo que ya le he robado bastante tiempo, y usted debe de tener otros bailes comprometidos que atender.

—No tiene de qué preocuparse —le dijo él de manera tan afable que no pudo más que confiar en sus palabras—. Además, no tengo comprometido el siguiente baile, así que puedo acompañarla si me indica dónde se encuentra, y así puedo presentarle mis respetos.

Sin protestar, y tras aceptar el brazo que él le ofreció, se pusieron en marcha en busca de su madre. Por suerte, la encontró de inmediato con la mirada, en cuanto comenzaron a caminar, por lo que en menos de tres minutos ya estaban llegando a su lado. Después de realizar las presentaciones formales, Theodore se despidió de ella y de su madre, desvaneciéndose entre la multitud.

Durante el resto del baile, Camille no pudo evitar seguir con la mirada a Theodore Kirtklard. Había algo en él que la atraía, no estaba segura de qué era, pero no podía dejar de observarlo. Lo vio bailar con distintas jóvenes y entablar conversaciones con diversas personas, mientras ella continuaba siendo arrastrada por su madre para ser presentada a caballeros que apenas reparaban en ella. Cuánto deseaba volver a estar en su compañía, tener la oportunidad de bailar con él, eso era lo que Camille pensaba mientras escuchaba a lo lejos la voz de su madre y de la condesa de Walton, quienes mantenían una conversación aburrida acerca de las debutantes de ese año.

Una vez terminada la velada, se retiró junto a su madre, su padre y sus hermanas, quienes no dejaron de hablar en todo el trayecto acerca de sus numerosos pretendientes mientras Camille se mantenía en silencio, absorta en sus ensoñaciones.



En plena madrugada, ya en su habitación, Camille seguía sin poder conciliar el sueño. En su mente solo podía ver el rostro de Theodore Kirtklard, sus hermosos ojos azules y su brillante sonrisa, la cual todavía resplandecía en sus recuerdos. Si al verlo esa noche por primera vez creyó sentirse atraída e interesada por él, lo que había experimentado después, cuando bailaron y conversaron, fue completamente distinto. Fue mucho más intenso y abrumador. Incluso ahora, varias horas después, recordarlo le generaba un leve estremecimiento.

Aunque su nerviosismo no le permitió hablar tanto como hubiera deseado, al menos agradecía haber sido capaz de responder a sus preguntas. Él la había escuchado con amabilidad, y después de haberse sentido invisible por horas, finalmente Camille sintió que alguien la había visto. Aunque la conversación fue escueta y sencilla, todo era tan nuevo para ella que se sintió sobrecogida. La había mirado con tanta profundidad que creía que nunca podría olvidar el tono intenso de sus ojos, ni la sensación embriagadora que sintió al ser sostenida por sus brazos. ¡Lo adoraba! No encontraba otra manera de describirlo. Además del evidente atractivo que poseía, había sido tan gentil y galante, que no podía evitar sentirse fascinada por él.

¡Incluso la había elogiado! Nunca antes un hombre le había prestado tanta atención ni le había dicho un cumplido, al menos ninguno que la atrajera. Que Theodore Kirtklard, sin lugar a dudas el hombre más atractivo que conocía y que debía de existir en toda Gran Bretaña, lo hubiera hecho, hacía que empezara a sentirse al menos un poco enamorada de él. Aunque sabía que él solo había sido amable con ella, como seguramente lo era con todas las jóvenes que conocía, no pudo evitar comenzar a albergar esperanzas de que quizás él pudiera llegar a interesarse en ella en el futuro.

Después de un buen rato más pensando, inmersa en infinitas fantasías y posibles futuros al lado de Theodore Kirtklard, finalmente logró quedarse dormida, con la certeza de que la noche había superado todas sus expectativas.



Los días, semanas, meses y años siguientes transcurrieron sin muchas novedades, de manera diferente a como Camille había imaginado aquella madrugada, tras su primer baile.

Su amistad con Emma Kirtklard fue creciendo y volviéndose cada vez más cercana, transformándose en amigas íntimas e inseparables a pesar de sus diferentes personalidades. No solo coincidían en los bailes y eventos sociales, sino que también comenzaron a visitarse de manera continua en sus respectivas casas, lo que hizo que Camille se volviera una presencia frecuente en Kirtklard House, la casa londinense de los Kirtklard.

Esto le había permitido acercarse más a Theodore y a su familia, volviéndose bastante cercana a ellos, en especial a lady Kirtklard, quien la trataba siempre como a una hija.

Si bien esto la acercó más a Theodore, a quien también veía ocasionalmente en las veladas a las que ambos asistían, con el paso del tiempo fue evidente para Camille que él no había desarrollado sentimientos románticos hacia ella. Por supuesto, siempre se mostraba atento y encantador, aunque en realidad lo era con la mayoría de las damas. La escuchaba y la hacía reír. Y, a pesar de su timidez, Camille había logrado sentirse cómoda en su presencia, consiguiendo mantener con él conversaciones agradables en las oportunidades en las que coincidían, pero nunca percibió ninguna señal de que pudiera estar interesado en ella como mujer.

En ocasiones, tenía la impresión de que Theodore la veía como a una hermana menor, pues las actitudes que había comenzado a tener con ella con el paso del tiempo eran similares a las que tenía con Emma. Todo ello no hizo más que confirmarle que él nunca la vería de un modo distinto.

A pesar de haberse resignado a que Theodore nunca la amaría, el enamoramiento inicial de Camille fue transformándose en un tipo de amor más maduro, un amor que la llenaba por completo aun cuando este no era correspondido. No podía evitar amarlo, especialmente después de haber tenido la oportunidad de conocerlo más y de haber compartido tiempo en su compañía.

Había descubierto que no solo era un hombre galante y muy amable, sino también bondadoso, honorable y considerado, que siempre sabía cómo hacer sentir bien a quienes tenía a su alrededor. También era una persona muy segura de sí misma, sin llegar a ser vanidoso. A pesar de que se había transformado en uno de los mejores partidos de la alta sociedad, nunca lo había visto comportarse de forma inadecuada con ninguna dama, ni tampoco jugar con los sentimientos de nadie.

De esta manera, el amor que creció en su corazón fue algo que guardó solo para sí misma, dejando ir las esperanzas que había albergado de tener un futuro a su lado.



Tras llegar casi al final de su tercera temporada, Camille recibió su primera y única propuesta de matrimonio, la cual provino del marqués de Sussex, un hombre de casi cincuenta años con quien ella apenas recordaba haber bailado en una ocasión. Para su suerte, debía agradecer que su padre hubiera rechazado la propuesta después de consultarlo con ella, a pesar de la mirada de desaprobación de su madre. Podía estar desesperada por casarse, y a la vez resignada a que Theo —como había comenzado a llamarlo en su mente estos últimos meses— no correspondiera sus sentimientos, pero no se rebajaría a aceptar una propuesta del marqués, que por su edad podría ser su padre.

Algunas semanas después de que terminara su tercera temporada social, y de que la mayoría de los miembros de la alta sociedad hubiesen partido a la campiña inglesa, a sus respectivas casas de campo —a excepción de ella y su familia, debido a que su madre detestaba el clima de Kent, donde estaba emplazada la casa solariega familiar de los Donegall—, Camille recibió una carta de Emma.

Su amiga, junto con Theo y sus padres, había viajado hacía tres semanas a Garden Hall, en Bath, donde estaba ubicada su casa solariega, y Camille ya estaba comenzando a extrañar su presencia en la ciudad. Al abrir la carta y comenzar a leerla, se quedó de inmediato paralizada al enterarse del motivo por el cual su amiga le había escrito. Emma le contaba que su padre, lord Kirtklard, había fallecido debido a una afección en el corazón, según les había explicado el médico.

Dejó caer algunas lágrimas. Su amiga debía de estar destrozada; Camille la conocía lo suficiente como para saber que la muerte de su padre le estaría causando un profundo dolor, ya que era muy cercana a él, y deseó poder estar pronto cerca de ella, para acompañarla en esos momentos difíciles.

De repente, en medio de sus pensamientos, que iban y venían, una imagen de Theo vino a su mente. ¿Cómo se sentiría? Anheló estar también cerca de él en esos momentos, aunque sabía que su presencia no le brindaría el consuelo que él necesitaba. Había visto el cariño y respeto mutuo que existía entre Theo y lord Kirtklard, y, aunque no podía saber con precisión cuán grande era su dolor, sabía que debía de estar sufriendo. Ahora Theo sería el vizconde, lo cual era extraño de imaginar. No porque no pudiera visualizarlo en su nuevo papel, sino más bien por el peso de la responsabilidad que eso implicaría para él. Theo aún era joven y, aunque sabía que se había preparado durante toda su vida para asumir el título, estaba segura de que hacerlo en circunstancias tan dolorosas y repentinas no sería fácil para él.

Camille partió enseguida junto a sus padres hacia Garden Hall para acompañar a los Kirtklard en el funeral. Fue una ceremonia íntima y sencilla, a la cual asistieron solo algunos amigos cercanos de la familia y los vecinos y arrendatarios de Garden Hall.

También pudo acompañar a Emma, quien se encontraba muy triste y afligida, y contenerla durante su estancia allí, lo que la hizo sentirse más tranquila. Había deseado acercarse a Theo en varias oportunidades, pero no se atrevió a hacerlo. Solo le transmitió su pésame cuando se

saludaron a su llegada y no volvieron a coincidir, lo que hizo que se quedara con una sensación dolorosa en el pecho durante varios días.

Algunas semanas después, Emma y lady Kirtklard regresaron a Londres. A su llegada, su amiga le informó de que Theo había decidido hacer un *tour* por el continente, por lo cual no volvió a verlo en todo el año siguiente, haciendo que sus sentimientos hacia él fueran adormeciéndose lentamente en su interior.

Así transcurrió también su cuarta temporada, sin ninguna nueva propuesta de matrimonio, y, además, sin la compañía de Emma en los eventos sociales debido a su estado de luto, teniendo que pasar largas y tediosas horas de soledad en los bailes y salidas a los que su madre seguía obligándola a asistir.

Camille estaba comenzando a perder las esperanzas de contraer matrimonio. Sus dos hermanas mayores ya se habían casado, y no quería imaginar su vida como una solterona declarada, aunque tal vez ya lo era, y eso le producía nostalgia. Anhelaba tener su propia familia, siempre lo había deseado.

Y así, con el paso del tiempo, y al no ver a Theo después de tantos meses, comenzó a sentir que su amor por él se debilitaba y a pensar que ya era algo del pasado. Eso la llevó a creer que quizás había llegado el momento de tomar el control de su vida y luchar por su felicidad, de esforzarse por encontrar a alguien con quien casarse, un esposo con quien compartir su vida y formar una familia, aunque significara acabar por completo con sus esperanzas y excluir a Theodore Kirtklard, vizconde de Kirtklard, de sus planes y de su corazón.

CAPÍTULO 1

KIRTKLARD HOUSE. LONDRES, 1821.



Entre las sombras del tiempo

Theodore Kirtklard, noveno vizconde de Kirtklard, estaba de regreso en Londres y se encontraba exhausto. Entendía que para su madre, después de la pérdida de su esposo, había sido muy difícil aceptar su partida; no obstante, aún no había pasado ni un día desde su regreso del continente y ya lo estaba presionando para sumarse activamente a la temporada social que había iniciado hacía unas semanas. Su pretexto era que debía acompañar a su hermana Emma a los eventos, quien, a sus veintidós años, todavía no se había casado y había rechazado cuatro propuestas matrimoniales que, según su madre, eran perfectamente adecuadas. Sin embargo, sabía que aquel no era su único objetivo y que, en realidad, también quería que él encontrara una esposa pronto.

—Theo, has estado más de un año fuera. Es hora de que empieces a buscar esposa. ¡Ya tienes veintiocho años! —dijo su madre, haciendo énfasis al mencionar su edad—. Como bien sabes, tu padre y yo nos casamos jóvenes, y solo deseo verlos a ti y a Emma casados lo antes posible con personas a las que puedan amar —Theodore notó que los ojos de su madre comenzaban a humedecerse—, para que así disfruten de su compañía como yo lo hice con tu padre todos los años que me fue posible.

—Madre, sé que deseas lo mejor para nosotros, pero te sugiero que te concentres en Emma por el momento. No tengo intención de casarme pronto y creo que, a mis veintiocho años, soy lo suficientemente capaz de encontrar una esposa por mi cuenta cuando estime que es el momento oportuno.

Aunque sabía que estaba siendo rudo con su madre, era necesario establecer ciertos límites antes de que intentara emparejarlo con cada joven en edad casadera que se cruzara en su camino de aquí en adelante. Adoraba a su madre, pero también la conocía lo suficiente como para saber que tenía que dejar claro que sería él quien tomaría sus propias decisiones en cuanto a su vida sentimental.

—Además, he vuelto para establecerme, ocupar mi lugar en la cámara y encargarme personalmente de supervisar la administración de las propiedades, así como para velar por tu seguridad y la de Emma. Es lo que padre querría —dijo con decisión—. Te aseguro que, llegado el momento, me ocuparé de buscar una esposa adecuada.

Y así, dio por zanjada la conversación por el momento. Era consciente de que su madre no se

rendiría con el tema, sin embargo, no tenía deseos de seguir hablando de ello, así que sonrió de manera complaciente. Sabía que eso la fastidiaría. Su madre se quedó observándolo durante unos segundos con una mirada desaprobadora, pero no dijo nada más al respecto y luego cambiaron de tema.



Había sido muy difícil para Theodore volver a Londres. Todo le recordaba a su padre y a que este ya no estaba para guiarlo en la vida. Cuando murió, se sintió inmediatamente perdido, por eso decidió, sin pensarlo demasiado, comenzar un viaje por el continente europeo. Lo había anhelado desde hacía un tiempo, y, en ese momento, y después de meditarlo durante los días posteriores a la muerte de su padre, decidió que necesitaba alejarse. Alejarse de los recuerdos, alejarse de las condolencias de sus conocidos, pero, principalmente, alejarse para tomar distancia y descubrir cómo sacar a su hermana y a su madre adelante sin la guía de su padre, quien siempre había sido el centro y el motor de la familia.

Ahora que había vuelto, Theodore sentía su mente más clara, y era evidente que había madurado. Viajar había sido una experiencia enriquecedora. Había podido vivir su duelo a su ritmo, sin presiones, y se sentía más preparado para hacerse cargo de sus nuevas responsabilidades. Y, si bien sabía que el matrimonio era una de ellas, no tenía la intención de casarse en un futuro cercano. Había muchas otras cosas, como le había explicado a su madre, de las que debía ocuparse primero.

Luego de algunos días de descanso, visitar a algunos viejos amigos e ir al club, y tener algunas reuniones con su administrador, sintió que comenzaba a acostumbrarse al ritmo de su vida en Londres. Fue entonces cuando su madre le informó de que esa noche tendría que asistir junto con su hermana al baile anual de lady Campbell, debido a que ella tenía jaqueca y no podría acompañarla. Ciertamente, no tenía planeado incorporarse tan pronto a la temporada, y además sospechaba que su madre no se sentía tan mal como decía, ya que la había visto charlar de forma animada durante el almuerzo. Pero sabía que en esa ocasión no iba a tener más opción que asistir.

No era que le desagradaran los bailes, de hecho, era un buen bailarín y en el pasado siempre disfrutaba de asistir a uno que otro baile, coquetear con las jóvenes debutantes, conversar con algunos amigos, beber algunas copas y pasar un buen rato. Sin embargo, ahora que había vuelto con el título de vizconde, sabía que ya nada sería como antes. Tendría a las madres casaderas encima buscando darle caza, a las jóvenes debutantes batiendo sus pestañas a su alrededor y a varias personas expresando sus condolencias por la muerte de su padre, recordándole que él ya no estaba. Pensar en ello lo extenuaba, pero decidió tomárselo con calma.



Camille estaba en su habitación, recostada, y no podía dejar de pensar en el baile que tendría

lugar esa noche. Sabía, desde hacía algunos días, que Theo había regresado del continente. Emma se lo había contado en una de sus salidas, aunque aún no lo había visto personalmente. Sin embargo, cuando se despidieron esa misma tarde luego de tomar el té en su casa, su amiga le confirmó que su hermano la acompañaría al baile de lady Campbell porque lady Kirtklard se encontraba indispuesta. Así pues, desde que Emma había salido por la puerta, Camille no había podido dejar de pensar en cómo se sentiría al volver a verlo.

Había pasado más de un año y todavía recordaba con detalle la última vez que se habían visto: Camille había llegado con su familia a Garden Hall y Theo los había recibido junto a lady Kirtklard y Emma en la entrada de la residencia, al igual que a otros amigos y familiares cercanos que asistirían al funeral. Intercambiaron algunas palabras y ella le transmitió sus condolencias, aunque si era sincera no recordaba bien qué palabras había empleado, solo sabía que había sido un intercambio breve. Deseó haber dicho algo más, pero no consiguió que las palabras salieran de su boca, y luego no tuvo otra oportunidad de volver a coincidir con él a solas. A la mañana siguiente fue el entierro, y solo lo vio de lejos. Tenía el rostro inexpresivo, serio, algo poco usual en él, y mantenía una postura contenida, lo que le hizo sentir un fuerte anhelo de estar a su lado. Después de eso ya no volvió a verlo. Se concentró en acompañar a Emma, y al día siguiente partieron de regreso con su familia a Londres, mientras que Theo emprendió su viaje al continente unas semanas después.

Camille se preguntaba cuánto habría cambiado él durante ese tiempo. ¿Y ella? ¿Seguiría sintiendo el amor que había sentido anteriormente por él y que la consumía cada vez que estaba cerca, o al verlo solo sentiría cariño, afecto o nostalgia? Suponía que esa noche lo descubriría. Necesitaba hacerlo, a pesar de que eso no cambiaría el hecho de que él no la amaba, y que probablemente nunca la amaría.

Había comenzado a sospechar que sir Thomas Portman estaba cortejándola. Había bailado con ella en cada velada en la que habían coincidido desde el inicio de la temporada, y la había visitado varias veces en su casa, mostrándose muy interesado. A pesar de que una parte de ella ya había decidido que, si sir Thomas Portman le proponía matrimonio, ella aceptaría, no quería hacerlo con la duda de si aún amaba o no a Theo.

Sir Thomas Portman era un buen partido para ella, y creía que podría ser un buen esposo. Se lo había estado repitiendo a sí misma las últimas semanas. No debía de tener más de cuarenta años y, a su parecer, era un hombre con cierto atractivo. Había enviudado dos años atrás y poseía el título de barón, el cual, si bien no estaba en la misma escala social que el título de su padre, que era un marqués, no estaba tan mal considerando la falta de popularidad y la edad de Camille.

Con veintidós años y cinco temporadas ya podía considerársele una solterona. Asimismo, poseía una personalidad inhibida, por lo que el título que ostentaba sir Thomas no era realmente importante para ella. Valoraba la personalidad tranquila que tenía, así como la comodidad que sentía al conversar con él. Habían pasado bastante tiempo juntos esas últimas semanas y realmente se sentía a gusto en su presencia, en especial porque su temperamento afable le brindaba una agradable sensación de seguridad.

De todos modos, se lamentaba porque sabía que nunca lo amaría, al menos no de la misma manera en que había amado, o aún amaba a Theo. ¡Necesitaba saberlo ya! Aunque si era sincera, el barón era una opción real para cumplir su sueño de tener una familia, y hasta el momento era la única que había considerado aceptable en todos esos años.

Camille terminó de arreglarse para el baile de esa noche. Había elegido su mejor vestido, mas no quiso ahondar en los motivos de esa elección. Lo había comprado antes del inicio de la temporada y era de un hermoso color verde oscuro de terciopelo, con un escote que dejaba ver

parte de sus voluptuosos senos sin llegar a ser demasiado atrevido. Tenía el pelo suelto, solo recogido en parte por una cinta, y cuando se miró en el espejo se sorprendió un poco ante su reflejo. Hacía tiempo que no se detenía a mirarse y, si bien era evidente que ya no era una joven debutante, el paso de los años le había sentado bien.

Ya no tenía tantos granos en la cara, ni estaba tan hinchada como en sus primeras temporadas; su cabello era mucho más espeso y brillante; y, aunque su cuerpo seguía siendo voluptuoso, ya no se veía excedido en curvas y, sinceramente, se sentía más segura de sí misma que en los primeros años de su debut en sociedad. Además, aunque seguía costándole hablar en público, había encontrado un grupo de personas con las cuales podía expresarse mucho más abiertamente que antes. Con esas personas podía ser ella misma y dar cuenta de su ingenio y de sus ideas, lo que le daba cierta seguridad. Seguridad que sentía que se había traspasado también a su semblante y a su apariencia.



Cuando habían paseado por el parque más temprano ese mismo día, Camille le había prometido a sir Thomas el primer baile de la noche, por lo que apenas entró en el salón acompañada de su madre, este se acercó a ella y, cortésmente, saludó a su madre para luego reclamarle su baile: una cuadrilla.

—Luce especialmente encantadora esta noche, lady Camille.

—Gracias, sir Thomas. Es usted siempre muy halagador —respondió con una sonrisa mientras tomaban posición en la pista.

—¿Qué le ha parecido la ambientación que ha preparado nuestra anfitriona para esta noche? —le preguntó sir Thomas con cortesía mientras los primeros compases comenzaban a sonar.

Camille había prestado atención a la decoración cuando entró en el gran salón. Era evidente que lady Campbell se había esmerado en crear una fascinante ambientación. El techo estaba decorado con un hermoso fresco que representaba a los dioses y diosas en una fiesta celestial. Las paredes estaban adornadas con terciopelo en tonos pastel, y había varios candelabros de cristal colgando del techo que hacían que la luz se refractara y creara un ambiente muy romántico en la pista de baile.

—Sinceramente, me ha fascinado —respondió sonriéndole—. Lady Campbell tiene un gusto exquisito, y siempre me sorprende favorablemente en cuanto a su rol de anfitriona.

Las parejas a su alrededor comenzaron a moverse de inmediato y ya no tuvieron oportunidad para seguir la conversación.

Mientras bailaban animadamente, Camille miraba cada tanto a la periferia de la pista. A pesar de estar disfrutando del baile, tanto porque disfrutaba mucho bailando como porque sir Thomas era un muy buen bailarín, no podía evitar buscar a Theo con la mirada para ver si había llegado. Luego de una rápida inspección no lo localizó, y eso hizo que se tranquilizara por el momento. Seguramente aún no había llegado, ya que tampoco había divisado a Emma entre los invitados. Si era sincera consigo misma, todavía no estaba preparada para encontrárselo, mucho menos para entablar una conversación con él. No sabía qué sentiría y eso la asustaba de sobremanera.

Se obligó a volver a mirar a su pareja de baile, quien cada tanto le sonreía cuando se encontraban de frente, y se repitió a sí misma que sir Portman sería un gran esposo y que sería

muy afortunada si él pedía su mano. Sí, de eso estaba convencida, ahora solo necesitaba estar segura de que no seguía teniendo sentimientos por el hombre del que había estado enamorada durante años, porque, aunque eso no cambiara nada, podría complicarlo todo para ella.



Theodore Kirtklard, vizconde de Kirtklard, entró del brazo de su hermana Emma al baile de lady Campbell, la cual era conocida por sus fabulosos bailes anuales, a los que asistía toda la alta sociedad sin excepción. Si era sincero, no estaba muy entusiasmado por estar allí esa noche, en particular cuando había muchas otras cosas en las que necesitaba ocupar su tiempo, sin contar con el hecho de que su madre había forzado la situación con muy poca sutileza. No obstante, trató de mentalizarse en disfrutar de la velada. Recordaba que años atrás solía divertirse asistiendo a ese tipo de eventos. Y, si bien sentía que ya no era exactamente aquel joven alegre y encantador que solía ser, creía que aún podría ser capaz de disfrutar del baile un rato, o al menos lo esperaba.

Unos minutos después de entrar y saludar a lord y lady Campbell, entregó a Emma a su primera pareja de baile. No podía decir que su hermana pareciera contenta con ello. Era consciente de que no le gustaba demasiado bailar; no obstante, ya era hora de que encontrara un marido. Al menos, él se conformaría con que Emma considerara la posibilidad de sopesar las propuestas que pudieran hacerle ese año. Sabía que no podía esperar mucho más. Su hermana ya había rechazado varias propuestas de matrimonio en los años anteriores, a excepción del pasado año, que no participó de la temporada social para guardar el luto por la muerte de su padre. En aquel tiempo no había sido su responsabilidad que su hermana se casara, como sí lo era ahora, lo que cambiaba la situación para él.

Por supuesto, quería que se casara bien, con un hombre que la respetara y la valorara; alguien honorable que le diera seguridad y, sobre todo, que fuera un buen hombre, un caballero. No estaba dispuesto a dar su autorización a cualquiera solo por verla casada. De todos modos, el problema era que en realidad no veía demasiado interés en ella por buscar a ningún hombre. Sabía que su hermana quería casarse por amor, tal como lo habían hecho sus padres, aunque parecía que no era capaz de encontrar a un hombre que la complaciera en ese sentido. Tendría que ocuparse él mismo de ese tema si no comenzaba a notar algún cambio en ella. No le gustaba la idea de hacer con su hermana lo mismo que su madre estaba intentando hacer con él, pero así eran las reglas del juego.

Theodore comenzó a caminar en dirección a una de las orillas del salón, específicamente para buscar algo de beber mientras intentaba esquivar al mayor número posible de personas. En ese momento, al volver su mirada hacia la pista de baile, vio a una joven que bailaba de espaldas a él y esta captó su atención. No lograba ver bien su cara ni distinguir quién era porque estaba bastante alejado de ella. Además, había muchas parejas en la pista, y se movían con rapidez, pero algo le hizo sentirse inexplicablemente atraído hacia ella, por lo que la siguió con la mirada.

Hacía tiempo que no se sentía interesado en alguna mujer en particular; bueno, al menos no de esa manera, y con certeza, no de una dama. Ciertamente no era un santo, y había estado con algunas mujeres, en especial con bailarinas y actrices durante su viaje por el continente, pero no habían sido más que encuentros pasajeros. Antes de su viaje solía coquetear con sutileza con las

jóvenes damas que debutaban. Se le daba bien y sabía que era considerado un buen partido entre los miembros de la alta sociedad, aunque no hiciera nada en particular para merecer ese título. Caía bien, y eso agradaba a las madres casaderas y a sus hijas. Había sentido interés por algunas jóvenes en el pasado, mas nunca se había sentido realmente impulsado a ir más allá. En ese tiempo era muy joven para casarse, y, sin duda, no era un cretino para jugar con los sentimientos de ninguna mujer.

Luego de unos segundos, volvió a la realidad y notó cómo la dama que había estado observando, la cual lucía un espectacular vestido color verde y llevaba el pelo suelto, solo adornado con un lazo, se alejaba del brazo de un hombre, que tampoco había logrado reconocer en la distancia, hacia el lado opuesto del salón de donde él se encontraba. Por unos segundos sintió el impulso de atravesar la pista y acercarse, pero se recordó a sí mismo que no estaba en sus planes coquetear con nadie, ni mucho menos buscar una esposa. Muy a su pesar, continuó su camino hacia la mesa de bebidas, pues en ese momento se estaba volviendo algo necesario para borrar la sensación de frustración que estaba comenzando a sentir.



Camille había terminado de bailar su cuarto baile de la noche con Anthony, el hermano menor de su cuñado Albert, lord St. Vincent, cuando lo vio a lo lejos. Supuso que tantas horas observándolo a lo largo de los años, habían hecho que lo reconociera en cualquier lugar.

Su cuerpo reaccionó de inmediato. Sintió una vibración que comenzó a recorrerla desde sus extremidades hasta el centro de su pecho, donde su corazón comenzó a latir con una gran intensidad, haciendo que se sintiera agitada e intranquila mientras trataba de seguir caminando con dificultad, luchando por mantener una posición estoica y serena al lado de su acompañante, quien por suerte permanecía en silencio.

Y en ese instante supo, con una certeza abrumadora, que lo seguía amando.

Era así de simple. Aunque eso no cambiaba las cosas. Amarlo era un hecho, no una alternativa, y resultaba tan claro para ella en ese momento como la música que llegaba hasta sus oídos. Tan evidente, que bastaba con reconocer la reacción de su cuerpo al mirarlo: se sentía eléctrica, a punto de explotar por dentro, y a la vez muy serena por fuera. Sabía ocultar bien su amor por ese hombre, lo había hecho durante años. Incluso Emma, quien era con seguridad la persona que más la conocía en el mundo, nunca había sospechado de su interés por su hermano.

Se deshizo de Anthony con una excusa rápida y se dirigió a una de las salidas que daban hacia el exterior. No estaba preparada para interactuar con él todavía; no después de la reacción que su cuerpo había experimentado y de lo abrumada que se sentía tan solo por haberlo visto de lejos. Y, aunque sabía que era inevitable que se encontraran, e incluso que bailaran —Theo siempre la sacaba a bailar si estaban en el mismo baile—, prefería extender el espacio de tiempo a solas lo máximo posible. Por eso salió del salón, buscando un poco de paz para poder ordenar sus pensamientos, aunque sabía que fracasaría rotundamente.



Luego de al menos tres cuartos de hora, Theodore volvió a ver de espaldas a la dama del vestido verde, quien aparentemente acababa de despedirse de Anthony Collagant, aunque no podía estar seguro, ya que todo había ocurrido muy rápido y estaban a una distancia considerable. Sintió un inusual cosquilleo en sus manos, las cuales apretó en un puño, y una sensación electrizante recorrió su cuerpo. Se excusó con las personas con las que estaba hablando y siguió el impulso que antes había reprimido de ir tras ella, atravesando el salón e ignorando a las personas que intentaban acercarse a él, encaminándose con paso firme hacia la puerta por donde creyó haberla visto salir.

Pasados unos minutos, atravesó la puerta que llevaba a uno de los balcones exteriores, pero no vio a nadie allí. Estaba vacío. Volvió a apretar fuertemente sus manos, percibiendo cómo una evidente sensación de calor comenzaba a recorrer su cuerpo, lo que solo podía asociar a la frustración que sentía en ese momento.

Se quedó quieto, apoyado en la baranda del balcón, hasta que escuchó un ruido proveniente de los arbustos que se encontraban bajando por las escaleras hacia el jardín. Decidió encaminarse hacia allí sin tener claro lo que estaba haciendo. No se consideraba a sí mismo un hombre impulsivo, es más, la mayoría del tiempo solía tener en alta estima su autocontrol, sin embargo, no sabía qué le estaba sucediendo allí afuera, buscando en un jardín oscuro a una dama desconocida a la que ni siquiera había visto el rostro.

Comenzó a bajar las escaleras. La zona estaba escasamente iluminada, y comenzaba a creer que, si se aventuraba más en la oscuridad del jardín, terminaría dándose de bruces con alguna pareja clandestina o involucrándose en una situación comprometedora, lo que era justamente lo que quería evitar esa noche. Sin embargo, esa sensación eléctrica que no parecía abandonarlo desde que volvió a ver a la dama de verde, seguía recorriendo su cuerpo, y lo impulsó a continuar.

Caminó de manera sigilosa, intentando hacer el menor ruido posible. En el camino divisó, tal como había presupuesto, a un par de parejas que se intentaban ocultar en la oscuridad y por un momento se preguntó si la dama de verde habría salido al exterior para encontrarse con algún amante. Sus puños volvieron a apretarse y una sensación desagradable se posicionó en la zona baja de su garganta, lo que hizo que tuviera que aflojarse un poco el nudo de su corbata. Debería volver. Lo que estaba haciendo no tenía sentido, y resultaba evidente que no encontraría a la dama en cuestión. E incluso aunque la encontrara, no tenía cómo justificar por qué había salido en su búsqueda, así que decidió que lo mejor sería regresar al interior del salón.

Tomó un camino distinto esta vez, ya que se había alejado de la entrada por la cual había salido, y se dejó guiar por la tenue luz que se colaba desde el interior del salón principal y que alcanzaba a observar desde donde estaba. Agilizó el paso, metió las manos en los bolsillos del pantalón e intentó despejar de su mente la imagen de la mujer que lo había atraído. Era mejor así. No estaba interesado en un compromiso, mucho menos uno que tuviera el matrimonio como resultado.

De repente, cuando estaba a punto de salir del camino hacia una de las zonas iluminadas que lady Campbell había habilitado debajo de los balcones, Theodore chocó bruscamente con un bulto que no logró ver a tiempo, llegando casi a perder el equilibrio.

Escuchó un grito ahogado e instintivamente sacó sus manos lo más rápido posible de sus bolsillos, las llevó hacia el bulto que tenía en frente y lo afirmó con fuerza, impidiendo que cayera al suelo. No pudo ver con claridad a quién sostenía entre sus manos, pero supo con certeza que se trataba del cuerpo de una mujer. Un segundo después descubrió que se trataba, específicamente, del cuerpo de la dama del vestido verde a la que había seguido hasta allí afuera.

Pudo percibir fugazmente el color de sus faldas gracias a la luz tenue que los envolvía. Y, aunque era cierto que no podía estar por completo seguro de que se tratara de ella, no le importó. Solo pudo concentrarse en la forma en que su cuerpo reaccionó al contacto con el cuerpo de la dama, el cual era suave y curvilíneo, y que lo llevó a ponerse tan tenso y endurecido como creía que era posible. Ella permaneció inmóvil.

Era más baja que él, al menos una cabeza, por lo que su rostro quedaba oculto a la altura del torso de él y no era capaz de verlo ni de reconocer de quién se trataba. No llevaba guantes esa noche, lo cual agradeció, pues sus dedos rozaban la fría piel de la dama a la altura del antebrazo, así como el borde del suave vestido de terciopelo que la envolvía, haciéndolo sentir nuevamente un cosquilleo en sus dedos. No la soltó de inmediato, aun cuando anhelaba ver su rostro, porque sintió cómo ella parecía estar temblando. Decidió permanecer quieto durante algunos segundos más hasta que ella estuviera más tranquila y recompuesta, disfrutando de la excitante sensación que le generaba el tenerla entre sus brazos.

Unos momentos después, ella comenzó a acomodarse y moverse entre sus brazos de manera cuidadosa. Theodore rebajó la presión de sus manos, sin soltarla del todo, descendiendo lentamente por sus brazos hasta llegar a la zona de los guantes de la dama, momento en el que finalmente dejó caer sus propios brazos y dio un paso hacia atrás.

Cuando se distanciaron lo suficiente, ambos parecieron recuperar el ritmo normal de su respiración, y fue en ese momento cuando Theodore logró enfocar su mirada en ella, quedándose absorto al reconocer el rostro que tenía frente a él.

Un escalofrío lo recorrió por completo y la sorpresa lo sobresaltó.

De todas las mujeres de Londres con las que se podía haber tropezado, tenía delante a una con la que nunca había pensado encontrarse en una situación como aquella.

CAPÍTULO 2

CAMPBELL HOUSE. LONDRES, 1821.



Encuentro entre compases

Lady Camille Donegall estaba frente a él. La hija de los marqueses de Donegall y mejor amiga de Emma estaba mirándolo, evidentemente desconcertada, con la boca entreabierta y sus ojos como platos. Se veía sorprendida. No. En realidad, se veía estupefacta. Pero no podía sino comprenderla, puesto que él mismo se encontraba tanto o más pasmado por haber descubierto que la mujer a la que había seguido hasta allí, por la que se había sentido atraído de manera inexplicable, no era otra que la tímida e introvertida amiga de su hermana menor.

Theodore parpadeó un par de veces, aun incrédulo por la visión que tenía ante sus ojos. Ninguno de los dos habló. Solo se miraron durante lo que le pareció una eternidad, y cuando su mente al fin logró asimilar esa imagen, un sudor helado comenzó a recorrerlo, enfriando cada uno de sus músculos que tan solo unos segundos atrás ardían por el contacto entre sus cuerpos.

—Dis-disculpe, lord Kirtklard. —Escuchó decir a lady Camille con bastante dificultad.

Ella parecía estar haciendo un gran esfuerzo por sostenerle la mirada y él no podía apartar la vista de sus enormes ojos.

Theodore pensó que su voz no había cambiado, a diferencia de su apariencia, aunque no estaba seguro de si realmente era tan distinta a como la recordaba. Intentó buscar una imagen de lady Camille en su mente, pero solo encontraba algunos recuerdos borrosos que no le sirvieron para contrastar si era cierto que había cambiado o no.

Durante todos esos años, su relación había sido cercana, casi familiar, por lo que nunca antes había prestado demasiada atención a sus características físicas. Sin duda, ahora lo hacía. Enseguida se dispuso a ordenar sus pensamientos e intentar recomponerse para, finalmente, lograr que salieran algunas palabras de su boca, aunque todavía se encontraba algo aturdido.

—Lady Camille, no tiene de qué disculparse. Fui yo quien, evidentemente, iba caminando de manera descuidada y, como consecuencia, choqué contra usted —dijo Theodore. A pesar de que los hechos no habían ocurrido así realmente, le parecía apropiado suavizar la situación, especialmente porque ella parecía aún bastante afectada e intimidada.

Sus ojos seguían estando muy abiertos y sus pupilas estaban dilatadas casi por completo. Por lo que no fue capaz de identificar el color de sus ojos. Y, aunque intentó recordar cuál era, tampoco lo logró.

—Yo... no debería estar aquí... —dijo ella con una voz suave, casi en un susurro, sacándolo

de sus pensamientos.

No. Era evidente que una joven como ella no debería estar en un jardín oscuro, en mitad de la noche, donde otros hombres como él podrían abordarla e intentar aprovecharse de la situación para corromperla. Es más, ahora que lo pensaba bien, le parecía tremendamente inadecuado; en especial si la dama llevaba un vestido como aquel, el cual invitaba con evidente coquetería a la tentación. Volvió a apretar los puños y sintió cómo su respiración se agitaba levemente. De pronto, se sentía molesto, casi podría decir que enojado, y no sabía por qué.

—No. Imagino que debería estar dentro, en un lugar más seguro —le dijo Theodore con firmeza, intentando ser cortés y no dejar salir el enojo que parecía haberlo invadido—. No desearía que algo le ocurriera aquí afuera.

Seguramente era su instinto protector. Lady Camille era una dama, y como buen caballero, él se preocuparía por la seguridad de cualquier dama que conociera, en especial si esta resultaba ser la mejor amiga de su hermana y una persona tan cercana a su familia como lo era la joven que tenía en frente.

—Lo-lo s-siento —logró decir lady Camille con evidente dificultad—. En realidad, salí a tomar un poco de aire. Estaba bailando y me sentí un poco acalorada, así que pensé que sería una buena idea respirar un poco de aire fresco, pero luego de caminar hacia el jardín me perdí en la oscuridad y no supe bien cómo regresar.

Era una explicación coherente. Además, no se imaginaba a lady Camille regresando de una aventura en medio de la noche. Sabía que era una joven correcta, que siempre hacía lo que se esperaba de ella, por lo que, a pesar de las circunstancias y de su arrebatadora apariencia, dudaba que se encontrara envuelta en una situación inadecuada. De pronto sintió una inesperada sensación de alivio y decidió que era el momento indicado para salir de esa extraña situación.

—Creo que será mejor que regresemos a un lugar más adecuado e iluminado.

—Sí, por supuesto. Regresaré adentro enseguida, disculpe nuevamente —dijo la joven comenzando a moverse para darse la vuelta.

Theodore no supo por qué razón su mano se movió de donde estaba y se dirigió a la muñeca de lady Camille, la cual tomó con suavidad con la intención de retenerla. Sus miradas volvieron a encontrarse y él sintió cómo su respiración comenzaba a agitarse sutilmente al entrar en contacto con la suave seda del guante de la joven que tenía enfrente.

—Espere —dijo Theodore sin titubear, aun sin entender lo que estaba haciendo. Debería dejar que se fuera. Si alguien los descubría allí, ambos estarían en un problema, aunque algo en su interior no le permitía dejarla ir—. No debería regresar sola, la acompañaré. No quisiera que algo le sucediera, no me lo perdonaría... Y le aseguro que Emma tampoco lo haría.

Terminó de hablar con una media sonrisa en el rostro. Le pareció adecuado mencionar a su hermana, considerando que el vínculo que lo unía con lady Camille era gracias a su amistad con Emma. La joven asintió con un gesto de su cabeza y Theodore soltó su muñeca de inmediato, para luego ofrecerle el brazo. Ella lo tomó y juntos se encaminaron hacia el balcón.

Ambos caminaron uno al lado del otro en un extraño silencio y, después de algunos minutos, llegaron hasta uno de los balcones secundarios, el cual se encontraba vacío en ese momento. No era tan grande como el balcón principal, por el que Theodore había salido hacia el jardín, mas era perfectamente adecuado para dejarla en un lugar seguro y dar por terminado aquel inusual encuentro.

Se detuvieron y lady Camille se soltó de su brazo para posicionarse frente a él. Ahora que la miraba con detenimiento, a la luz de los faroles que iluminaban el lugar, Theodore podía concluir con seguridad que la joven ciertamente había cambiado. Recordaba vagamente que tenía el pelo

castaño, la piel clara y que era de estatura media, pero la imagen que tenía ante sí, de ella de pie estoicamente frente a él, era una imagen que estaba seguro de que no había visto con anterioridad porque, si lo hubiese hecho, habría recordado cada detalle con precisión.

Ahora que la veía con detalle, podía distinguir con claridad sus rasgos. Tenía el cabello más claro de lo que recordaba y de lo que había percibido cuando estaban en la oscuridad del jardín, y su piel adquiriría un tono más dorado a la luz, que parecía reflejarse directamente en su clavícula. Desvió rápidamente la mirada, consciente de lo inadecuados que eran sus pensamientos, y la subió para centrarse en su rostro, que estaba sonrojado. Ella cambió de postura y desvió la mirada hacia abajo mientras entrelazaba las manos. Al verla así, la percibió más joven, más frágil. Le recordó a la inocente y alegre muchacha que conocía y que solía visitar Kirtklard House para ver a su hermana antes de que él se marchara al continente.

—Gracias por acompañarme, lord Kirtklard —dijo lady Camille, sacándolo de golpe de sus pensamientos—. Creo que debería volver adentro, seguramente...

—Lady Camille, ¿me haría el honor de concederme el siguiente baile? —la interrumpió Theodore haciendo la pregunta en voz alta, para su propia sorpresa.



No supo de dónde había surgido la idea, ya que definitivamente no había planeado invitarla a bailar; en realidad, su intención era despedirse y poner fin a ese extraño encuentro. Había eludido la pista de baile durante toda la velada para evitar enviar un mensaje equivocado a las madres casamenteras y dejarles claro que no tenía intenciones de casarse a corto plazo. Aunque, por supuesto, bailar con lady Camille no sería algo inapropiado. Era una buena amiga de la familia. Nadie esperaba que la estuviera cortejando. Además, había bailado con ella decenas de veces en el pasado. Sin embargo, debía admitir que no recordaba habérselo pedido nunca antes con tanto anhelo, ni mucho menos de manera tan impulsiva. Prefirió no profundizar en ese pensamiento ya que era algo para lo cual no tenía una explicación, y, al segundo siguiente, estaba extendiéndole la mano nuevamente, esperando su respuesta.

—Yo... —comenzó a decir lady Camille con un tono de duda que le hizo dudar si ella aceptaría—. Sí, por supuesto, lord Kirtklard, estaría encantada.



Camille caminaba del brazo de Theo hacia la pista de baile. Sus manos temblaban aun cuando intentaba disimularlo, su corazón estaba agitado y su respiración entrecortada. No sabía cómo había acabado en esa extraña situación, especialmente cuando se había esforzado tanto por evitarla.

No más de media hora atrás, y después de salir del salón hacia el balcón principal de lady Campbell para evitar encontrarse con Theo, Camille se había adentrado en el oscuro jardín de la mansión, esperando poder ordenar sus ideas y sentimientos. Permaneció allí durante algunos minutos, sentada en un banco al lado de unos arbustos que estaban a poca distancia de las escaleras. Sin embargo, cuando intentó volver al salón de baile, terminó de algún modo más adentrada en los caminos laterales del jardín y acabó dándose de bruces con el hombre del que había intentado huir. Definitivamente, la suerte no estaba de su lado esa noche.

Cuando lo reconoció, se sintió paralizada. Él la sujetaba con ambas manos, tocando la zona descubierta de sus brazos, y ella solo podía mirarlo, absorta en sus azules y profundos ojos, que seguían siendo tan cautivadores como los recordaba.

De pronto, se detuvieron. Estaban en el centro de la pista de baile, lo cual la trajo de regreso al presente. No sabía cómo había sido capaz de caminar hasta allí. Su corazón latía con mayor rapidez, si es que eso era posible. Sus manos seguían temblorosas, le flaqueaban las piernas, y sus labios estaban tan secos que sentía que se le partirían en cualquier momento.

Ahora se encontraban frente a frente, y Camille se permitió mirarlo con detenimiento. Estaba guapísimo. Siempre lo había sido, pero ahora lo estaba de un modo distinto. Más adulto, más maduro. Tenía el contorno de la cara mucho más definido, en especial el mentón. Su rostro lucía más serio de lo recordaba, aunque seguía pareciéndole muy atractivo, con su nariz recta y sus labios finos pero proporcionados. También lucía más bronceado, podía verlo en su rostro, algo en lo que no había reparado anteriormente en el balcón. Y, por supuesto, se veía más esbelto, aunque imaginaba que eso era resultado de tantos meses viajando por el continente.

La música comenzó a sonar, sorprendiéndola. Era un vals. Camille sintió de inmediato cómo Theo deslizaba una de sus manos por su cintura y luego, con la otra, tomaba su mano para

colocarla en la posición correcta. No pudo evitar volver a experimentar, con una intensidad más tenue, las vibraciones que había sentido tan solo unos minutos atrás, cuando sus cuerpos estuvieron pegados el uno contra el otro en la oscuridad del jardín.

Comenzaron a moverse por la pista de baile en silencio, dejándose llevar por la música y la atmósfera íntima del salón, que ahora le parecía mucho más pequeño que antes.

Luego de algunos giros, Theo rompió el silencio y comenzó a hablar.

—¿Cómo ha estado, lady Camille? ¿Está disfrutando de la temporada social? Mi hermana me ha comentado que está siendo una temporada, sin duda, agotadora. Imagino que han estado asistiendo a diversos eventos y bailes —preguntó Theodore con amabilidad, manteniendo su tono formal.

Camille no pudo evitar soltar una pequeña risa nerviosa ante la mención de Emma. Sabía cuánto detestaba su amiga el ajetreo de la temporada, especialmente después de haberse librado de ella el año anterior.

—Estoy segura de que Emma debe de haber realizado un comentario mucho más mordaz que ese respecto a su percepción de la temporada, lord Kirkklard —señaló ella. No pudo evitar que una sonrisa se instalara en su rostro, sorprendida por su capacidad para armar una frase completa en presencia de Theo.

—Es cierto —reconoció Theo. Su corazón reaccionó sin previo aviso, dando un salto en su pecho frente a la visión de la sonrisa de Theo. ¿Qué tenía su sonrisa que siempre la alteraba de esa manera?—. Debo suponer entonces, que Emma le ha estado contagiando su entusiasmo por la temporada... —añadió con un evidente tono de ironía—. Pensé que después de un año de luto, mi hermana estaría más entusiasmada por volver esta temporada.

—¡Oh! Más bien me ha estado contagiando sus ganas de escapar de ella, milord. Pero bueno, uno hace sacrificios por la amistad, ¿no es así? —bromeó, levantando los hombros mientras seguían desplazándose por la pista. Notó que Theo la miraba con más atención, como si inspeccionara su rostro, y decidió guardar silencio, a la espera de que fuera él quien retomara la conversación.

—Sin duda es usted una buena amiga, y conoce a mi hermana tanto o más que yo, lady Camille —añadió Theo esta vez, en un tono que le pareció más relajado, haciéndolo ver un poco más parecido al adorable joven que recordaba, y volviendo a hacer saltar su corazón en su pecho.

Camille se recompuso rápidamente y se dispuso a responder a la pregunta que él le había hecho inicialmente, mientras daban un nuevo giro por el centro de la pista.

—Yo he estado bien, respondiendo a su primera pregunta. Mi situación sigue siendo la misma. Sigo soltera, así que mi vida no ha cambiado demasiado —añadió, esbozando una sonrisa a medias. Él la estaba mirando con atención, por lo que hizo una breve pausa antes de continuar—. Antes del inicio de la temporada, nació mi segundo sobrino, así que pasé algunas semanas con mi hermana Anne y mi cuñado, en Kent. Fue un respiro agradable y reconfortante antes de sumarme al inicio de la temporada, la cual ha sido, en efecto, intensa y agitada, pero ciertamente la he disfrutado. Aunque... —Se detuvo en seco, preguntándose si no estaría compartiendo demasiada información.

—Aunque, ¿qué? Imagino que no me dejará con la intriga —señaló Theo, quien tenía una pícaro sonrisa en el rostro.

—Bueno... Es solo que a veces me pregunto si en realidad los miembros de la alta sociedad disfrutan de todos estos eventos, o si simplemente estamos acostumbrados a asistir a uno tras otro sin cuestionarnos si es realmente lo que deseamos hacer —puntualizó Camille. Era un pensamiento que venía reflexionando desde hacía un tiempo, e incluso lo había hablado con

Emma. Sin embargo, verbalizarlo en voz alta, con otra persona... con Theo, era algo extraño—. Es decir... —Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con la mirada del joven, que permanecía fija en ella, sin apartarse ni un instante. Entonces, Camille sintió que no encontraba las palabras en su mente para continuar con su idea.

—Continúe, por favor —lo escuchó decir con una voz firme.

Realmente parecía interesado en lo que ella tenía que contar, y Camille apreciaba profundamente esa cualidad en Theodore Kirtklard. Esa era una de las razones por las que siempre lo había amado. Era un oyente excepcional, capaz de mostrar un genuino interés por los demás. Y para Camille, quien a menudo se sentía invisible entre la sociedad, esa cualidad era algo que valoraba enormemente. Reuniendo todo el coraje que pudo, decidió continuar.

—Siento que es difícil ser uno mismo en estos eventos, especialmente cuando la sociedad tiene ciertas expectativas hacia nosotros. Uno se siente atrapado en un... un juego de apariencias —explicó, con cierta dificultad—. Disfruto bailando, por supuesto, y, en ocasiones, asistiendo a algunas fiestas y eventos, en especial ahora que no tengo a mi madre pegada a mí todo el tiempo. Sin embargo... —Hizo una breve pausa, buscando las palabras adecuadas—. Sin embargo, desearía tener la libertad de decidir a qué eventos quiero asistir realmente y a cuáles no, sin sentirme juzgada u obligada. O no tener que sonreír y fingir cuando alguien hace un comentario desagradable en mi presencia.

Camille esperó a que él contestara, nerviosa por la reacción de Theo ante sus palabras.

—Nunca lo había pensado de ese modo, pero estoy de acuerdo... —dijo Theo, quien ahora parecía tener la mirada perdida en algún punto detrás de ella, mientras seguían girando por la pista de baile—. Debo decir que me sorprende su aguda observación, lady Camille... —añadió volviendo a mirarla, esta vez con un brillo especial en los ojos que ella no supo identificar—. Y, si me permite añadir, considero que es usted una de las jóvenes más auténticas que he tenido el placer de conocer.

Parpadeó un par de veces, sorprendida ante el cumplido de Theo, pero no respondió. En realidad, no sabía qué decir ante sus palabras.

Permanecieron en silencio unos segundos hasta que ella se animó a hablar nuevamente, movida por una inusual sensación de seguridad.

—¿Puedo preguntarle cómo resultó su viaje, lord Kirtklard? Emma me comentó que estuvo recorriendo parte del continente, imagino que debe de haber sido una gran experiencia.

—Lo fue —respondió él de inmediato con una sonrisa en los labios—. Llevaba mucho tiempo deseando viajar. Fue una grata experiencia haber podido llevarlo a cabo.

—Me alegra escucharle decir eso. Yo siempre he deseado conocer más allá de Londres... o de la campiña —comentó, más relajada—. Nunca he tenido la oportunidad de hacerlo. Mi madre no disfruta del campo ni de los largos viajes en carruaje, por lo que estoy relegada a permanecer siempre en la ciudad. Puedo preguntarle qué fue lo que más disfrutó —dijo Camille. En verdad le interesaba saber cómo había sido para él la experiencia. Había pasado noches enteras pensando en cómo estaría, qué lugares estaría visitando, y cómo se sentiría, por lo que no pudo contener su deseo de saber más.

—La verdad es que no lo sé —respondió Theo. Camille percibió que parecía algo contrariado pensando en su respuesta, y, por un momento, se arrepintió de haber formulado la pregunta—. Supongo que no lo había pensado, pero creo que, extrañamente, disfruté el pasar tiempo a solas conmigo mismo —expresó él, para luego hacer una pequeña pausa—. También conocí lugares increíbles, por supuesto. Roma es una ciudad fantástica; el Coliseo es una obra arquitectónica impresionante. Y, en mi visita a Bruselas, pude reunirme con algunos amigos que viven allí. Fue

muy grato pasar un tiempo con ellos; sin embargo... creo que lo que más aprecié del viaje fue precisamente el haber podido estar solo. Era lo necesitaba después de todo lo ocurrido.

Camille supo de inmediato que se refería a la muerte de lord Kirtklard. Lo notó por cómo sus ojos cambiaron rápidamente de tono, volviéndose de un azul mucho más profundo y oscuro de lo habitual. Por eso prefirió no profundizar más en el tema. No quería incomodarlo, sabía que probablemente no se sentiría cómodo hablando de temas tan íntimos con ella.

—Lo entiendo... —se apresuró en responder Camille—. La verdad es que también aprecio mucho mi soledad y, aunque adore estar con Emma o con mi familia, es cuando estoy sola cuando realmente me siento en paz. Hay momentos en los que simplemente necesito pasar tiempo conmigo misma, leer un libro, escribir o sumergirme en mis pensamientos.

Notó que él se quedaba mirándola y ambos permanecieron en un agradable silencio después de sus palabras, un silencio que ya no era tan incómodo como al principio. Continuaron bailando, dando algunos giros más por la pista, y Camille experimentó una sensación agradable al estar en sus brazos. Se sentía tan apropiado, que incluso resultaba doloroso, por contradictorio que esto pudiera parecer.

—Sigue siendo una excelente bailarina, lady Camille —señaló Theo de manera repentina—. Siempre he disfrutado bailando con usted, y, además, hoy luce estupenda. El color verde le sienta de maravilla.

La reacción de su cuerpo ante el comentario de Theo fue instantánea. Sintió una insólita sensación de calor en distintas zonas de su cuerpo. De pronto, se dio cuenta de la cercanía entre sus cuerpos y volvió a percibir su respiración entrecortada, como si le faltara el aire.

—Gracias. U-usted ta-también, lord Kirtklard —logró decir al fin, con cierta dificultad, mientras sentía cómo sus mejillas se sonrojaban—. Supongo que el verde me hace sentir bien, quizá un poco más audaz. Es mi color favorito, y he empezado a usarlo más en mi guardarropa durante esta última temporada.

—Debo decir entonces que la audacia le sienta bien, lady Camille. Le da un aire refrescante y encantador, al igual que su vestido. —Ahora estaba segura de que sus mejillas debían de estar de un tono rojo intenso. Tomó una bocanada de aire y se dispuso a hablar, sintiendo el mentón tembloroso.

—Imagino que en su viaje tuvo la oportunidad de asistir a algunos bailes, milord —añadió ella, tratando de cambiar el tema para controlar así las sensaciones que la estaban llevando al borde de algo que no sabía describir con palabras—. Es evidente que no ha perdido la habilidad en el baile.

—Deduzco que es un cumplido —dijo él, aparentemente divertido con su comentario—. Pero no. No asistí a muchos bailes, en realidad. En la mayoría de los lugares en los que estuve no se hacían eventos de este tipo, aunque recuerdo haber asistido a alguno en París, y no fui un desastre. —añadió Theo, con un tono solemne y al mismo tiempo divertido—. O eso quiero creer.

—No me cabe duda —concluyó escuetamente Camille, intentando sonreír para disimular el nerviosismo y la agitación que aún la invadían.



El baile transcurría con bastante normalidad, por lo que Theodore se sentía más aliviado. Después de su primer encuentro y de las extrañas sensaciones que había experimentado al ver a lady Camille en el jardín, había temido que bailar con ella le resultara incómodo. Sin embargo, se sintió gratamente sorprendido al comprobar que todo volvía a ser casi como antes entre ellos.

Lady Camille era una joven encantadora y muy elocuente, según había podido entrever. Theodore se sorprendió gratamente cuando ella compartió con él sus pensamientos acerca de la alta sociedad, ya que no esperaba que tuviera ideas tan firmes al respecto. Además, era cierto lo que le dijo acerca de que siempre había disfrutado al bailar con ella, a pesar de que la mayoría de las veces lo hacía porque lo sentía como un deber, dado el vínculo que los unía a través de Emma. No obstante, era una excelente bailarina, y sabía que disfrutaba que la sacaran a bailar, especialmente dada su falta de popularidad.

Ahora que lo pensaba bien, no entendía su falta de popularidad en el mercado matrimonial. Sabía por Emma que solo había recibido una propuesta de matrimonio durante esos años, la cual había rechazado, y aquello le resultaba inusualmente extraño. Sí, era cierto que se trataba una joven introvertida, pero no podía negar que era atractiva y que con los años su belleza había madurado. Él mismo se había sorprendido al darse cuenta. Además, provenía de una familia importante. Los Donegall eran considerados una de las familias más influyentes en la alta sociedad; su marquesado era próspero, hasta donde él sabía, y con seguridad lord Donegall tenía destinada una dote más que generosa para la última de sus hijas solteras.

Por lo demás, era consciente de que lady Camille era una joven amable, virtuosa y de carácter afable, y lo que es más importante aún, era una buena persona. Sabía, por las cartas que su hermana y su madre le enviaban, que Camille había sido una compañía fiel y permanente para ellas durante su ausencia. Y, ahora que lo meditaba con más calma, esa había sido una de las razones por las cuales no se había sentido tan presionado por regresar a Londres.

Volvió a centrar la vista en su compañera de baile, quien también parecía absorta en sus propios pensamientos, y procedió a hablar.

—Lady Camille —dijo, rompiendo nuevamente el silencio—. Quería agradecerle la contención que le brindó a mi hermana durante el pasado año. Sé que su compañía hizo que para Emma fuera más sencillo superar la muerte de nuestro padre, y que sus visitas constantes a Kirtklard House eran un momento reconfortante para ella y para mi madre durante su luto. Siempre le estaré agradecido por ello.

Camille pareció conmovida por sus palabras, Theodore lo notó por el brillo que apareció en sus ojos al finalizar su discurso. La vio recuperarse rápidamente mientras completaban los últimos giros del baile al borde de la pista. Los compases de la música parecían estar llegando a su fin, y una ligera sensación de opresión se apoderó de su pecho.

—No tiene que agradecermelo, lord Kirtklard —respondió ella con firmeza—. Adoro a Emma. Es mi amiga más cercana. No podría haber sido de otro modo. Además, lady Kirtklard siempre ha sido muy buena conmigo —añadió Camille. Enseguida la vio desviar la mirada hacia un lugar que Theodore no pudo identificar, para luego volver a mirarlo a él, pillándolo desprevenido—. Solo espero haber podido ayudar en la difícil situación que estaban viviendo en aquel momento.

—Lo hizo, se lo aseguro —subrayó él sin poder apartar los ojos de los de ella, que ahora lo miraban con una firme intensidad—. Le reitero mi agradecimiento.

Ella pareció aceptar el agradecimiento con una media sonrisa, y, cuando Theodore creyó que ella ya no volvería a hablar, lady Camille lo sorprendió una vez más esa noche.

—Lord Kirtklard, yo... yo lamento profundamente el fallecimiento de su padre —dijo lady

Camille, quien tenía los ojos nuevamente brillantes y las pupilas dilatadas—. Sé que ha pasado mucho tiempo —añadió ella, bajando la mirada y deteniéndose un segundo para coger aire, antes de continuar—. Y, aunque sé que ya le di el pésame en el funeral, quería que supiera que realmente siento mucho que su padre ya no esté con nosotros. —Inesperadamente ella volvió a mirarlo—. Siempre fue muy amable conmigo, y no logro imaginar lo difícil que debe haber sido para usted perderlo. Sé que lo fue para Emma y para lady Kirtklard, mas imagino que para cada persona es diferente. Yo... Yo solo quería reiterarle mis sentidas condolencias.

Theodore no sabía bien qué decir. Continuaba moviéndose por la pista, pero estaba seguro de que, si no estuvieran rodeados por al menos trescientas personas, se hubiese detenido y se habría quedado observándola. No había esperado eso. Aunque varias personas le habían dado el pésame los días después de su regreso, tendía a sentir sus palabras tan vacías y sin sentido que se limitaba a responder cortésmente y cambiaba de tema. No obstante, con lady Camille, alguien a quien conocía desde hacía tiempo y que realmente parecía afectada, se sentía diferente, aunque no supiera exactamente qué era lo que sentía.

La volvió a mirar, saliendo de sus pensamientos y del espasmo que le habían provocado sus palabras, y se animó a responder antes de que la música concluyera y tuvieran que separarse.

—Gracias, yo... —dudó—. De verdad aprecio sus palabras.

Fue lo único que pudo decir, e inmediatamente ella sonrió ante su respuesta. Esta vez, su sonrisa fue amplia aunque tímida, y su rostro se iluminó. ¿Será que sus ojos siempre habían brillado tanto?

La música finalizó y, aún absorto en los ojos de lady Camille, ambos procedieron a detenerse. Theodore la soltó y ambos hicieron una rápida reverencia. Luego, él le ofreció el brazo y la guio de vuelta a la orilla de la pista de baile.

Mientras caminaban, Theodore se sentía extraño por el giro que había tomado la conversación. No porque se hubiera sentido incómodo, al contrario, se había sentido inquietantemente cómodo al hablar con ella a pesar de la inusual forma en que se habían encontrado esa noche. La verdad era que siempre se había adaptado bien a cualquier tema de conversación. Sin embargo, hablar de aspectos más profundos de sí mismo no era algo que hiciera con frecuencia, y, hacerlo con lady Camille, le generaba una cierta sensación de intimidad que encontraba intrigante.



—¿Le gustaría que la lleve con alguien en particular? —le preguntó Theo mientras caminaban en silencio hacia una de las orillas de la pista de baile.

—Oh, no. No es necesario... —se apresuró a responder Camille, pero se interrumpió al ver acercarse a la señorita Florence Belgrado acompañada de otra joven del brazo. Florence había debutado cuando ella estaba en su tercera temporada, y era toda una belleza. Era alta y esbelta. Tenía un frondoso y brillante cabello rubio, unos ojos de un hermoso color azul cielo, y su piel lucía como la porcelana. Además, era, sin lugar a duda, una de las favoritas de la alta sociedad, y no tenía problema en hacérselo sentir a las demás jóvenes cada vez que tenía la oportunidad.

—Lord Kirtklard —dijo la señorita Belgrado al tiempo que hacía una perfecta reverencia hacia Theo, ignorando por completo a Camille—, qué placer que vuelva a honrarnos con su

presencia tras volver de su viaje por el continente. No sé si me recuerda, soy la señorita Florence Belgrado. Nos conocimos en mi primera temporada, antes de su viaje.

—Ah, sí. Por supuesto, señorita Belgrado. Es un placer volver a verla —respondió Theo a Florence con su característico encanto. Camille lo observó hacer un breve saludo con su cabeza, sin soltarla a ella del brazo, y después notó cómo él se giraba hacia la joven que acompañaba a la señorita Belgrado, que si no recordaba mal se llamaba Mary.

—¿Y usted es...? —preguntó Theo a la joven—. Creo que no hemos sido presentados.

—Soy lady Mary Smith, milord —dijo tímidamente mientras hacía una reverencia—. Es un placer conocerlo.

—El gusto es mío, milady —añadió Theo volviendo a hacer un breve saludo con la cabeza—. Imagino que conocen a mi acompañante, lady Camille Donegall —dijo dándose la vuelta para mirarla mientras la seguía sosteniendo del brazo.

—Sí, claro. Lady Camille lleva muchos años asistiendo a estos bailes y honrándonos con su presencia —dijo Florence con un tono sutilmente despectivo—. Espero que esté disfrutando de la velada, milady.

Camille notó cómo Florence se giraba hacia Theo, cambiando drásticamente su actitud y su expresión facial, sin dar tiempo a que nadie hiciera ningún comentario, y continuó hablando.

—Yo, por mi parte, he estado reservando mis bailes, milord —comentó la señorita Belgrado mientras se abanicaba, dedicando una expresión de coquetería a Theo—. Es el primer evento al que asisto después de algunos días de reposo, ya que he tenido algunas jaquecas. Aún me queda uno disponible...

Camille sintió un profundo desagrado hacia la joven, aun cuando sabía que no tenía ningún derecho a sentirlo. Era evidente que la señorita Belgrado se había propuesto conquistar a Theo, especialmente ahora que había vuelto a Londres como lord Kirtklard. Seguramente no sería la única en intentar darle caza.

—Lamen... —comenzó a decir Theo.

—Lord Kirtklard —dijo Camille interrumpiéndolo—, creo que debería bailar con la señorita Belgrado. —Se giró para mirarlo tratando de parecer indiferente—. Es una bailarina excepcional. De todos modos, yo pensaba retirarme ya —anunció—. Espero que me disculpen. Fue un gusto volver a verlo, lord Kirtklard —dijo dirigiéndose a Theo, haciendo una rápida reverencia—. Señoritas.

Soltó el brazo de su acompañante, que lucía ligeramente desconcertado, y se encaminó hacia su madre sin mirar atrás, dejando tras de sí a Theodore Kirtklard, el único hombre en cuya presencia siempre había anhelado estar, y del que, sin lugar a dudas, seguía enamorada.

CAPÍTULO 3

ST. JAMES STREET. LONDRES, 1821.



Caminos divergentes y estrellas perdidas

Al día siguiente, Theodore se sentía de buen ánimo, con energía. Si bien la noche anterior se había ido a dormir confundido por su encuentro y posterior conversación con lady Camille, en especial por el modo en que se despidieron, esa mañana había decidido que prefería no seguir ahondando en cómo se sentía al respecto. Había cosas que era mejor dejarlas como estaban. Además, tenía aún varios temas asociados a las propiedades y a la administración de las mismas que resolver, por lo que esa mañana se reunió nuevamente con su administrador para abordar los asuntos relacionados con las finanzas de Garden Hall, la casa solariega de la familia en Bath.

Garden Hall era el legado de su familia. Amaba ese lugar y era donde atesoraba sus más preciados recuerdos con su padre. Allí le había enseñado a montar a caballo y a nadar. Habían compartido tantos momentos familiares, que sentía la responsabilidad de preservarlo de la mejor manera; no obstante, no había sido capaz de volver allí desde la muerte de su padre. Él había fallecido en ese lugar, y Theodore todavía no se sentía preparado para regresar, pero tenía que ocuparse de que las remodelaciones que su madre había encargado mientras él estuvo de viaje se terminaran, y también tenía que asegurarse de que todos los empleados y arrendatarios estuvieran en buenas condiciones. Ahora todos eran su responsabilidad. Garden Hall, Kirkklard House en Londres, su madre, y Emma, que aún no sabía cómo lograría que aceptara a alguno de sus pretendientes y que hiciera un buen matrimonio. Definitivamente, no había lugar para añadir algo más a su larga lista. Una esposa no tenía cabida en esos momentos en su vida, no cuando apenas podía lidiar con todo lo anterior.

Cuando decidió volver a Londres, lo hizo porque viajar comenzaba a perder el encanto para él. Sentía que ya había logrado superar en parte la pérdida de su padre y que estaba listo para asumir sus nuevas responsabilidades de manera directa y no a través de su madre y de su administrador. No podía posponerlo por más tiempo. Sin embargo, ahora que estaba en Londres, era difícil saber por dónde comenzar. Eran tantas las cosas que lo abrumaban, que sentía un profundo temor a fracasar, a estar por debajo de todo cuanto su padre había logrado.

Una vez que salió de la reunión con su administrador, lo hizo un poco más aliviado. Por suerte, ese hombre tenía un buen manejo de las finanzas, las propiedades y los empleados, así que decidió irse antes al club donde había quedado en reunirse para almorzar con Stephan Walker, duque de Lions y uno de sus más íntimos amigos.

Stephan era, sin lugar a duda, una de las personas que más lo conocía. Aunque su amigo era dos años mayor que él, habían estado juntos en Eton y luego en Oxford. Habían compartido un sinnúmero de experiencias juntos: salidas y entrenamientos; sus primeros acercamientos al sexo femenino —los de Theodore, por supuesto, no los de Stephan, quien, cuando se hicieron más cercanos, ya era todo un experto—; noches de juerga y resacas; y profundas conversaciones, entre tantas otras cosas. Stephan era muy distinto a Theodore. Era, con bastante seguridad, el libertino más célebre de toda Inglaterra. Un canalla a los ojos de la alta sociedad. Sin embargo, sabía que detrás de toda esa fachada cínica que su amigo presentaba al mundo, había un buen hombre, uno que lamentablemente había sufrido demasiado.

El actual duque de Lions había perdido a sus dos padres a temprana edad. Primero, su madre había muerto cuando él tenía diez años, mientras estaba en trabajo de parto, lo que dio como resultado la muerte tanto de lady Lions como del hijo que esperaba. Stephan nunca hablaba de su madre, ni siquiera con él. Theodore sabía que era un tema complicado y doloroso para su amigo. Años después, su padre, el anterior duque de Lions, había muerto en un accidente de caza cuando Stephan tenía quince años, por lo que, desde entonces, había heredado el título, quedando a cargo de un tutor que, según lo que Theodore sabía, había sido un hombre despreciable.

Por supuesto, Stephan nunca le había contado detalles de las situaciones que había vivido en su infancia, pero no era necesario conocer toda la historia para saber que su amigo había sufrido más que cualquier otro niño de su edad en su posición. Recordaba algunas oportunidades en las que, estando bebidos, había realizado duros comentarios hacia el difunto duque, dejando salir todo el desprecio que sentía hacia él. Pero nunca le había contado nada más al respecto, ni había develado sus sentimientos ni los miedos que con seguridad albergaba en su interior. Theodore tampoco había insistido, no le parecía correcto. Stephan sabía que él estaría disponible si lo necesitaba y que respetaría su silencio hasta que estuviera preparado para hablar de ello.

Tres cuartos de hora después, ya se encontraba en una mesa bebiendo una copa de oporto junto a Stephan, el cual le hablaba en medio del bullicio que había a esa hora en el club.

—Me alegra que estés de vuelta en Londres, ya estaba comenzando a pensar en unirme a tu viaje si no volvías pronto. Esta temporada está más atestada que nunca de madres casamenteras y, sinceramente, ya no sé cómo quitármelas de encima —dijo su amigo luego de beber un sorbo de su licor—. Por no hablar de las jóvenes debutantes. No solo son aburridas e insípidas en su mayoría, sino que además no consigo alejarlas de mí cada vez que entro a un salón o voy a cabalgar por el parque.

—Creo que, con o sin mi presencia, no tendrás escapatoria —comentó entre risas a su amigo—. Eres un duque, y uno condenadamente rico. Además, a menos que quieras hacer un viaje a la India, veo difícil que puedas escapar de ellas.

—Al menos, contigo aquí, tendrán una distracción. Sabes que eres la novedad luego de tu regreso, especialmente al volver con el título de vizconde. Eso ayudará a que se olviden algunas semanas de mí. —Stephan sonrió cínicamente—. Creo que puedo conformarme con eso.

Theodore sabía que Stephan tenía razón. Escapar de las madres casamenteras sería realmente difícil, más aún cuando tendría que estar participando activamente de la temporada para acompañar a Emma y lograr que al fin encontrara un marido.

—No tengo intenciones de casarme todavía —le aseguró a Stephan—. Ya se lo hice saber a mi madre en cuanto llegué, y me cuidaré de dar señales equivocadas a cualquier joven en edad casadera que se me acerque. O a sus madres —añadió con un tono serio—. Me limitaré a acompañar a Emma a algún que otro baile o evento social, y luego me escabulliré.

—No tienes que hacerlo, lo sabes. Eres encantador de manera natural. Siempre lo has sido. Y

te aseguro, mi querido amigo, que eso las atraerá de todas formas. Además, no se necesita tener intenciones de contraer matrimonio para terminar casado, si no mira a Rhyan. No estuviste aquí el año pasado, pero te aseguro que no tenía más intenciones de las que tienes tú de casarte, o de las que tengo yo, y ahora es un libertino reformado que anda para todos lados con su esposa.

Conocía bien a Rhyan, lord Tayron. Era dos años mayor que él y se lo había presentado Stephan en Oxford. Se habían hecho bastante cercanos desde hacía ya varios años y le costaba bastante imaginárselo casado y reformado. Siempre había sido un libertino, casi tan reconocido como el propio Stephan, sin embargo, lo había visto en la fiesta la noche anterior, y no cabía duda de que besaba el suelo por el que pisaba su mujer. Apenas se había apartado de ella para ir a saludarlo y conversar durante unos minutos. Era evidente que estaba perdidamente enamorado.

Theodore no era un cínico, como aparentaba serlo Stephan. Sabía que el amor existía, lo había visto en sus padres, y estaba abierto a enamorarse si conocía a alguien que despertara ese sentimiento en él. Pero antes de que eso ocurriera, sentía la necesidad de acercarse, aunque fuera una mínima parte, a ser todo lo que su padre había sido. Para lograrlo, tenía que enfocarse únicamente en sus responsabilidades para con el título, en su familia y en sus empleados, al menos por un buen tiempo. Cuando todo eso estuviera bajo su control, estaría dispuesto a pensar en él y en su propia felicidad. Antes no.

—Me aseguraré de que no me pase lo mismo —respondió finalmente—. Además, te necesitare cerca para que me ayudes con Emma. Debo lograr que acepte a alguno de sus múltiples pretendientes o me pasare toda la temporada asistiendo a eventos sociales y no podre concretar mis planes para con el título y mi escaño en la cámara.

—No se me ocurre cómo puedo yo ayudarte en eso —señaló Stephan—. Sabes que no soy precisamente del agrado de tu hermana.

—Eso es porque sabe perfectamente que eres un calavera y un cínico, una imagen que te has empeñado en construir, y no hay nada que mi hermana deteste más en los hombres que dichas características —aseguró Theodore, para luego beber un sorbo de su licor—. Pero tranquilo, no necesito que te pegues a ella, simplemente que me ayudes a estar atento a los pretendientes que la persigan y a espantar a los que resulten inadecuados.

Enseguida vio cómo su amigo hacía un gesto de desagrado con los ojos, pero no dijo nada y Theodore lo dejó pasar, sabía que Stephan haría lo que le pedía. Era un buen amigo, capaz de eso y más por las personas que eran realmente importantes para él, y Theodore sabía que se encontraba en ese selecto grupo.



Camille había terminado de desayunar hacía una hora, y estaba intentando leer un libro en el salón violeta aprovechando que su madre había salido de compras con su hermana Francesca. Sin embargo, no lograba concentrarse, al igual que no había logrado dormir bien la noche anterior. Su mente no paraba de dar vueltas y sentía que en cualquier momento explotaría.

No podía dejar de pensar en Theo. Volver a verlo había reactivado todos los sentimientos que pensaba que se habían desvanecido después de todo ese tiempo. Lo seguía amando, y negarlo no mejoraría su situación. Por otro lado, sir Thomas no se lo hacía más fácil. Si bien llevaban semanas saliendo, y su interés era evidente, no había mostrado ningún apuro por declarar sus

intenciones. Y, aunque ella no estaba particularmente entusiasmada con dicha unión, sabía que lo mejor para ella era casarse, y si era pronto, mejor.

No podía seguir perdiendo el tiempo. La situación seguía siendo la misma: Theo no la amaba. Seguramente la seguía viendo como una niña, y eso ya no iba a cambiar. El tiempo pasaba, y no quería dejar escapar su sueño de ser madre y formar su propia familia solo porque Theo no ocupara el lugar de su esposo. Sir Thomas era un hombre perfectamente aceptable, y ella merecía intentar ser feliz con alguien que la eligiera.

—¡Camille! ¡Ahí estás! —exclamó de pronto Emma, quien entró efusivamente al salón sacándola de sus pensamientos—. Peter me hizo pasar y me dijo que estarías aquí. ¿Cómo estás? Ayer casi no te vi en la fiesta de lady Campbell —comentó su amiga mientras se sentaba a su lado—. ¿Te fuiste temprano?

—Sí ¡Lo siento, Em! —se apresuró a responderle, llamándola por el apodo que le decía cariñosamente cuando estaban a solas, un diminutivo de su nombre—. Me retiré temprano, estaba algo exhausta —añadió mientras cerraba el libro en la misma página que lo había abierto hacía media hora—. Lamento no haberme acercado a despedirme, ¿tú cómo lo pasaste?

—Bien, es decir, Theo, hasta ahora, parece ser una mejor compañía que mi madre. Al menos no me empuja hacia cada soltero que pasa por delante, lo cual es un alivio —dijo su amiga haciendo un gesto exagerado con la mano—. No hubiera soportado a alguien más haciendo de casamentero en mi familia.

—Seguramente tu hermano no tendrá demasiado tiempo para buscarte un esposo, con todas las jóvenes casamenteras y madres de las que tendrá que estar escabulléndose.

Sintió un nudo en la garganta al terminar de decir esas palabras. No le cabía duda de que Theo sería intensamente perseguido lo que restaba de temporada y, aunque no debería importarle, sabía, en el fondo de su corazón, que le dolería verlo comprometerse con otra mujer.

—Tienes razón —dijo Emma riéndose—. Un motivo más para que sea él, y no mi madre, quien me acompañe a todos los eventos. No obstante, pobre Theo, ayer se le acercaban por decenas, aunque no le prestó especial atención a ninguna, como era de esperarse. Ya le dijo a madre que no planea casarse esta temporada, y se veía particularmente decidido.

Camille no pudo evitar sentir asombro ante aquella afirmación, pero lo disimuló para que Emma no se diera cuenta.

—Imagino que, a pesar de no querer casarse, habrá muchas jóvenes intentando darle caza. Ayer, cuando terminé de bailar con él, se acercó Florence Belgrado, y parecía bastante interesada en convertirse en la nueva vizcondesa de Kirtklard —comentó a su pesar, intentando sonar indiferente—. Creo que lo perseguirá sin piedad, deberías advertirle.

—Prefiero a cualquier otra antes que a esa arpía como cuñada —afirmó su amiga de forma despectiva—. Pero conozco a mi hermano, Florence no es de su interés. Y, como ya he dicho, no planea casarse. Al menos no esta temporada, eso seguro.

Camille no sabía cómo sentirse ante la afirmación de Emma. Sabía que Theo no se enamoraría de ella ni caería rendido a sus pies, y mucho menos le propondría matrimonio, pero aun así dolía. Renunciar a cualquier esperanza de que él correspondiera a su amor, dolía más de lo que quería aceptar para sí misma; no obstante, sabía que era hora de aceptarlo y pensar en su propio futuro, como ya se lo había repetido tantas veces antes. Por eso mismo, necesitaba que sir Thomas se decidiera pronto.

—¿Cómo va el cortejo de sir Thomas? Te vi bailar con él anoche. Te veías preciosa con ese vestido verde, aunque siempre luces encantadora. Sin embargo, ayer estabas especialmente impresionante. Ahora que lo recuerdo, Theo mencionó esta mañana que le había costado

reconocerte, cuando comentamos el baile con madre en el desayuno.

—¿Eso dijo? —preguntó más para sí misma que para su amiga. A pesar de ello, prefirió cambiar de tema. El encuentro con Theo había sido lo suficientemente extraño, y dudaba que él le hubiera comentado a su madre y a su hermana algo acerca de las circunstancias del mismo—. Creo que exageras Em, pero gracias por el cumplido —comentó riendo, para luego añadir—: Va todo bien, supongo. Aún no es nada formal, como ya sabes. Lo paso bien con él y creo que congeniamos, pues tenemos un temperamento parecido. Además, es un barón y tiene una buena reputación, lo cual es más de lo que se puede decir de gran parte de los caballeros que frecuentan la temporada este año.

—Suenas como la persona menos romántica del mundo Camille, y ambas sabemos que eres una romántica empedernida. A mí no me engañas. ¿Lo quieres?

—Yo... —Suspiró dejando la frase a medias. Sabía que no podía mentirle a Emma, al menos no en esto. Era su mejor amiga, probablemente la persona que más la conocía, y nunca la creería si le decía que estaba enamorada de él— No, no estoy enamorada de él, si a eso te refieres, pero le tengo afecto y sé... sé que podría llegar a quererlo de algún modo. Quiero ser madre, tener mi propia familia... Ya lo sabes. —Sus ojos se empañaron y al instante Emma le tomó la mano.

—Lo sé —afirmó su amiga, mientras sostenía su mano—. Y solo deseo que obtengas lo que quieres. Eres mi amiga más preciada, nada me haría más feliz que verte feliz a ti —añadió Emma con una sonrisa sincera—. Solo me preocupa que, por apresurarte, te conformes con un hombre al que no amas y luego te arrepientas.

Sabía que Emma lo decía de corazón. Quería para ella lo mismo a lo que aspiraba tener para sí misma: un matrimonio por amor, que era lo que había visto entre sus padres, lord y lady Kirkklard. Y sabía que por eso había rechazado varias propuestas matrimoniales, porque no quería conformarse con menos. Pero Camille no era como Emma. Definitivamente, no era tan fuerte ni consecuente como su amiga, y eso le dolía. Era consciente, desde hacía años, de que Theo no estaba enamorado de ella, y si no era él, no había mucha diferencia en que fuera cualquier otro, siempre y cuando fuera un hombre aceptable. Le dolía, sentía cómo su corazón se apretaba causándole una punzada de dolor. Pero ya se había resignado. Su amor no era correspondido, y dudaba que pudiera sentir por alguien más lo que sentía por Theo. Por lo tanto, aceptar una posible propuesta de sir Thomas le parecía su mejor opción, por poco romántico que fuera.

—Sir Thomas es un buen hombre y sé que puede hacerme feliz.

Mintió en la última parte. Aunque estaba segura de que Emma lo sabría, confiaba en que la respetaba lo suficiente como para no rebatirle.

—No todos podemos aspirar a un matrimonio por amor, Em. —Camille volvió a tomar la palabra, consciente de lo triste que eso sonaba—. No obstante, puedo aspirar a uno satisfactorio, con un hombre que sé que me respetará y cuidará de mí y de nuestros hijos. De todas formas, aún no me ha propuesto nada, así que creo que es mejor no seguir hablando de algo que no sabemos si se concretará.

Sonrió intentando mostrarse serena al tiempo que se soltaba de las manos de Emma para tomar un bocadillo.

—Sé que lo hará —aseguró su amiga—. Sería un idiota si no se diera cuenta de la maravillosa mujer que eres.

Camille observó el gran afecto que su amiga le profesaba con la mirada y no pudo hacer más que volver a sonreír.

—Cambiano de tema, vine a contarte que mi madre está pensando en organizar una pequeña

cena en casa la próxima semana, solo con algunas personas cercanas. Ya sabes, para darle la bienvenida oficial a Theo. Por supuesto, estás más que invitada, junto a lady y lord Donegall.

—Eh, sí, claro. Allí estaremos —le respondió—. Aunque no sé si mi padre podrá asistir, ya que ha estado con catarro estas últimas semanas. Pero seguro que madre querrá ir. ¿Tu hermano sabe algo acerca de la cena?

—No. Imagino que madre se lo comentará hoy o mañana. De todos modos, serán pocos invitados: solo algunos amigos de la familia, además de lord Lions, que es amigo de Theo, y de lord Tayron y su esposa. Bueno, y una o dos jóvenes damas para tratar de atraer la atención de mi hermano —señaló Emma poniendo los ojos en blanco—. Madre no pierde la esperanza a pesar de la negativa de Theo. Si quieres, puedo pedirle que invite a sir Thomas, estoy segura de que no supondría un problema.

—No, no es necesario —se apresuró a decir Camille—. Lo veré en unos días. Anoche me preguntó si quería acompañarlo a una exposición en la Royal Gallery y acepté, por lo que pasaremos tiempo juntos de todas formas.

Su amiga asintió sin prestar demasiada atención a su negativa. Si era sincera consigo misma, no estaba preparada para asistir a la misma velada que Theo y sir Thomas y tener que compartir cena con ambos. No parecía adecuado, aunque no tuviera idea del porqué.

Después de un rato más de charla, Emma se fue, dejando a Camille sumida nuevamente en sus pensamientos, los cuales la acompañaron durante gran parte del día. Analizarlo todo en detalle se estaba volviendo algo cotidiano y molesto. Y solo pudo pensar en cuánto desearía poder silenciar su mente, aunque solo fuera por una tarde.



Días después Theodore Kirkland se encontraba caminando distraídamente por Hyde Park. En esos últimos días, había tenido varias reuniones y compromisos, y ya había desarrollado, junto con su administrador, distintas ideas sobre las mejoras que quería hacer en algunas de sus propiedades, así como posibles planes de inversión, por lo que en general estaba satisfecho con la forma en la que se estaban desarrollando las cosas. Ese día en particular, estaba de buen ánimo. Había disfrutado de una comida deliciosa y de unas bebidas en el club, junto con Stephan y Rhyen, y ahora se dirigía a casa. Era un día agradable, soleado pero no demasiado caluroso, y mientras caminaba podía sentir la suave brisa acariciándole el rostro.

En un momento, levantó la mirada para evitar tropezarse con un desnivel del suelo y vio en la distancia a lady Camille, quien venía caminando del brazo con el que parecía ser sir Thomas Portman. Aún estaban a varios metros de distancia de él y no lo habían visto, aunque se dirigían en su dirección. Se veían animados, conversando sobre algo que Theodore no podía imaginar.

En realidad, era extraño ver a lady Camille con sir Portman, y no recordaba que tuvieran ningún tipo de relación antes de que él se marchara hacía más de un año. Sin embargo, las cosas podían haber cambiado. Quizás sir Portman la estaba cortejando. Según recordaba, el barón había enviudado unos meses antes de que Theodore partiera a Garden Hall con su familia, antes de la muerte de su padre, y no debía de tener diez o doce años más que el propio Theodore, por lo que era probable que estuviera interesado en volver a casarse, especialmente si aspiraba a tener un heredero. Y tal vez lady Camille fuera una buena opción para él, por más inadecuado

que eso le pareciera de repente.

No es que fuera inadecuado realmente. Por supuesto, sabía que Portman era un hombre respetable, y si estaba interesado en lady Camille, posiblemente era un buen partido para ella. No había escuchado nunca que tuviera vicios ni deudas de juego, era de temperamento afable, y de seguro sería un buen marido para cualquier joven, pero había algo que no lograba identificar que hacía que la imagen le resultara extrañamente perturbadora.

No supo por qué, pero Theodore comenzó a caminar con paso firme hacia la pareja, que iba acompañada a varios metros de distancia por la que parecía ser la doncella de lady Camille. Habría sido fácil evitarlos. Sin embargo, por una inexplicable razón que no llegaba a comprender, ya se encontraba casi frente a ellos.

CAPÍTULO 4

HYDE PARK. LONDRES, 1821.



Destellos de entendimiento

Theodore Kirtklard observó el momento exacto en que lady Camille levantó la mirada y se percató de su presencia. Sus ojos se encontraron por un breve instante antes de que ella apartara la mirada, visiblemente sorprendida. Sir Thomas, quien hasta hace unos segundos venía absorto en algo que parecía estar diciéndole a lady Camille, también se percató de pronto de su presencia y lo miró con una expresión entre curiosa y cortés. Tanto la pareja como él mismo procedieron a bajar el ritmo hasta detenerse en medio del sendero.

—Lady Camille —dijo Theodore al tiempo que le tomaba la mano enguantada para besársela, sosteniéndole la mirada unos segundos más de lo adecuado—. Sir Thomas. —Theodore saludó al hombre que acompañaba a lady Camille, girándose hacia él y realizando un gesto rápido.

—Buenas tardes, lord Kirtklard —dijo lady Camille, haciendo una apresurada pero pulcra reverencia hacia él.

—¡Lord Kirtklard! —exclamó sir Thomas con entusiasmo—. Hacía bastante tiempo que no lo veía. Supe que había vuelto del continente hace poco. Lamento lo de su padre, era un hombre excelente.

—Gracias —respondió Theodore con cierta sequedad—. Sí, volví hace una semana. He estado bastante ocupado, pero hoy opté por salir a dar una vuelta. Me pareció que era un hermoso día para pasear —dijo volviéndose para mirar a lady Camille—. Imagino que estarán de acuerdo.

—Claro que sí —respondió sir Thomas—. En especial en mi caso, al estar con tan agradable compañía. Lady Camille me ha hecho el honor de acompañarme a ver una nueva exposición en la Royal Gallery, la cual ha sido magnífica, y luego decidimos dar un paseo para aprovechar este día tan agradable, ¿no es así? —preguntó sir Thomas a lady Camille mientras se giraba para mirarla con una familiaridad que hizo que Theodore se sintiera incomodo. De inmediato, procedió a frotarse las manos.

—Eh, sí... —expresó lady Camille, quien parecía distraída—. Digo... por supuesto, sir Thomas. Ha sido una tarde magnífica.

Theodore observó cómo ella miraba a su acompañante y le sonreía con amabilidad, para luego volver la mirada hacia él, quien se encontraba justo frente a ellos. Notó que sus ojos

brillaban, parecían ser de un tono similar a la miel, algo en lo que no había reparado antes. Luego, ella volvió a desviar la mirada y los ojos de Theodore se centraron en sus manos, sin poder evitar fruncir el ceño al ver que no llevaba guantes. Las tenía entrelazadas por delante y parecía como si ejercieran presión la una con la otra.

Justo cuando Theodore planeaba hacer un comentario para salir de esa extraña escena en la que, para ser sinceros, él mismo se había metido, sir Thomas lo interrumpió.

—¡Oh! Creo que veo a lord Cavendish —comentó mientras levantaba la cabeza para poder mirar mejor por detrás de donde estaba parado Theodore—. Era un gran amigo de mi padre y hace bastante tiempo que no coincidimos. ¿Lord Kirkklard, le importaría hacer compañía a lady Camille unos minutos mientras voy a presentarle mis respetos a lord Cavendish? Prometo que no demoraré en volver con usted —añadió, esta vez mirando a lady Camille con una mirada que parecía amable y cariñosa—. Solo serán unos minutos.

—Por supuesto, no hay problema, sir Thomas. Será un placer —se apresuró a responder Theodore, sin tener otra opción.

Y así, sir Thomas hizo un rápido saludo de despedida y se marchó en dirección a lord Cavendish.

—¿Le parece bien si caminamos hacia el lago, lady Camille? —le preguntó Theodore, ofreciéndole el brazo—. Creo que allí hay un banco desocupado donde podríamos sentarnos, si lo desea.

—Sí, por supuesto —respondió ella.

Parecía nerviosa. Ya no tenía las manos unidas, pero se veían evidentemente enrojecidas cuando ella las alzó para tomar el brazo que él le había ofrecido. Además, parecía esquivar su mirada otra vez. Theodore lo dejó pasar, pues en realidad él mismo se sentía algo extraño con la situación, y ambos comenzaron a caminar en silencio hacia una de las orillas cercanas al lago seguidos por la doncella de lady Camille, quien se encontraba a una distancia prudente de ellos. Cuando llegaron, se sentaron uno al lado del otro con la mirada hacia adelante.

Luego de algunos segundos, Theodore se giró hacia ella, que estaba mirando serenamente a los patos que había en el lago. Ahora se parecía más a la joven que recordaba, sin embargo, había algo en ella, en su semblante, que era distinto. Quizás había crecido en ese año y medio en el que no se habían visto. Él también había cambiado, al fin y al cabo.

—¿Le gusta venir al parque, lady Camille? —preguntó Theodore para romper el silencio.

—Sí, me agrada mucho venir —respondió lady Camille sin dejar de mirar el paisaje—. Este lugar me da mucha tranquilidad... Me hace sentir como si estuviera fuera de Londres y de todo el ajetreo de la ciudad durante la temporada. Aunque sea Hyde Park, y normalmente esté atestado de gente, hay momentos y lugares como este en los que encuentro una agradable sensación de serenidad.

—Sí, no hay muchos lugares en la ciudad que transmitan esa sensación —comentó Theodore mientras, inesperadamente, comenzaba a visualizar distintas imágenes en su mente—. Estos últimos días he extrañado un poco estar de viaje precisamente por eso.

—¿Encontró algún lugar así en su viaje, lord Kirkklard? —le preguntó ella, dándose la vuelta para mirarlo.

Theodore se quedó por un momento detenido en su mirada. Los ojos de lady Camille irradiaban un profundo interés, evocando recuerdos del baile y de la conversación que habían compartido en el baile de lady Campell. Procedió a acomodarse en su posición, volviéndose un poco hacia ella para centrarse en darle una respuesta.

—En realidad, no... —dijo con cierto pesar—. Pero sí recuerdo que cuando estaba en la

costa de Italia, donde el clima era muy caluroso, me encontré un día frente a una playa y pensé en cuánto extrañaba Inglaterra; en especial, cuánto extrañaba estar en la laguna estancada que hay en Garden Hall. No sé si la recuerda —añadió, centrando su atención en ella, quien continuaba mirándolo con curiosidad—. Queda cerca de la antigua mansión que está al oeste de la propiedad.

—Sí, recuerdo que Emma y usted me llevaron a la laguna cuando fui por primera vez a Garden Hall al terminar mi primera temporada. Nunca olvidaré cuando Emma lo empujó y usted cayó al agua —dijo lady Camille con una dulce carcajada que trató de disimular—. Así que, sí, la recuerdo bien.

Theodore también rio, contagiado por la melodiosa risa de la joven, que hacía esfuerzos por recomponer la compostura. Tenía las mejillas ligeramente coloradas y sus ojos parecían más pequeños.

—No recordaba eso, ciertamente —reconoció él—. El punto es que, a pesar de estar en lugares increíbles que, por supuesto, disfruté mucho, una parte de mí añoraba estar aquí, en Inglaterra. Añoraba estar en Garden Hall.

—Ya está aquí, milord. Puede ir a Garden Hall cuando desee. Ahora es totalmente suyo— puntualizó ella.

—Sí... sí, por supuesto. Imagino que iré en cuanto termine con los asuntos pendientes que aún tengo en la ciudad —dijo, algo incómodo con la idea. Sabía que no sería fácil volver a Garden Hall a pesar de cuánto extrañaba estar allí—. Probablemente vaya pronto con Emma y mi madre a pasar algunas semanas. Sin duda, aprovecharé para ir a la laguna.

Ambos guardaron silencio, y Theodore observó cómo lady Camille volvía su mirada hacia adelante. Sus manos estaban sobre su regazo, ya no tan enrojecidas como un rato atrás, aunque volvían a entrelazarse. Parecía como si jugara con ellas. Theodore observó que ella comenzaba a mover los labios para volver a hablar.

—Lord Kirtklard... —dijo lady Camille. Parecía indecisa sobre si debía continuar hablando o no—. Espero no ser indiscreta con lo que voy a decirle, pero Emma me comentó que usted ha pasado bastante tiempo trabajando e imagino... imagino que debe ser una carga muy pesada para usted tener que hacerse cargo de todo cuando acaba de llegar. No puedo ponerme en su lugar, por supuesto, pero creo que debe de resultar abrumador. No me gustaría estar en su posición.

Al terminar de hablar, miró hacia él y sus ojos volvieron a encontrarse. Theodore demoró algunos segundos en responder, sintiéndose nuevamente intrigado por la mirada de la joven que tenía frente a él. Sus palabras lo habían sorprendido, pero su respuesta era clara.

—Es mi responsabilidad —aseveró Theodore—. No podría ser de otro modo.

—Por supuesto. Espero no haberlo ofendido —se apresuró a decir lady Camille con evidente nerviosismo, bajando nuevamente la mirada y adoptando una postura más contraída.

—No me ha ofendido en ningún caso, lady Camille —le aseguró él para intentar tranquilizarla. Ella volvió a levantar la mirada y le sonrió con timidez; parecía estar aún más sonrojada que un momento atrás. Theodore no pudo evitar fijarse en que ella tenía algunas pecas en sus mejillas, las cuales la hacían parecer adorable. Sin embargo, borró con rapidez ese pensamiento de su mente. Nunca había pensado con anterioridad que ella fuera «adorable».

—Espero no estar robándole su valioso tiempo, milord. Como ha comentado antes, tiene muchos asuntos pendientes, y no quisiera retrasarlo...

—En realidad, no me quedan más pendientes para hoy... —Se interrumpió, tomándose un momento para elegir las palabras que diría a continuación—. Y la verdad es que estoy disfrutando mucho de nuestro encuentro. Siempre es un placer conversar con usted. Debe saber

que la considero una joven muy elocuente, y que valoro que comparta conmigo sus opiniones y sus perspectivas.

Cuando terminó de hablar notó que ella lo miraba sin pestañear, con los ojos muy abiertos. Ambos volvieron a guardar silencio sosteniéndose la mirada, hasta que Theodore percibió que ella cambiaba su expresión. Parecía estar en conflicto consigo misma sobre si tomar o no la palabra.

—Sé... sé que lo hará excepcionalmente bien, milord. —dijo con voz suave, mientras volvía a pestañar—. Siempre he creído que será usted un excelente vizconde. Es evidente que cae bien a la gente y que todos lo estiman. Además, es usted amable, carismático, sumamente justo y responsable. No dudo de que podrá desempeñar su cargo de manera ejemplar. Con seguridad lo han preparado durante toda su vida para tomar este puesto. Es solo que... Bueno, solo pienso que el proceso debe de ser abrumador.

Cuando lady Camille terminó, Theodore observó cómo ella ponía una de sus manos en el borde del banco y se giraba hacia adelante para contemplar el lago, dejándolo bastante perplejo. La joven había puesto en palabras lo que él sentía desde hacía días. ¿Realmente lo conocía tanto como para entenderlo de ese modo?

Es cierto que se conocían desde hace años, y, aunque su relación siempre había sido amistosa debido al vínculo que los unía por su hermana, en realidad no habían tenido demasiados momentos para conocerse en profundidad. Él siempre había sido amigable con ella porque sinceramente le agradaba, y aunque habían compartido conversaciones y momentos agradables en varias ocasiones antes de su partida, siempre habían sido superfluas o en compañía de otras personas.

Sabía que lady Camille era una joven amable, así como generosa y divertida, a pesar de su naturaleza introvertida, que parecía desvanecerse cuando estaba en compañía de ciertas personas, como por ejemplo Emma, las cuales la hacían sentirse cómoda. Sin embargo, nunca había notado lo observadora, perspicaz e inteligente que podía llegar a ser; quizás porque no lo manifestaba de manera grandilocuente como otras jóvenes que buscaban demostrar sus virtudes, o quizás porque él nunca había prestado la suficiente atención. En ese momento, Theodore se lamentaba por ello.

—Discúlpeme —señaló ella en un tono bastante más serio, sacándolo de sus pensamientos—. Estoy siendo indebidamente entrometida y no tengo derecho a dar por sentado por lo que usted está pasando, milord. Ha sido una impertinencia por mi parte. Olvídelo, por favor.

—No —se apresuró a negar Theodore moviendo impulsivamente una de sus manos hasta dejarla sobre el banco, rozando sin querer la mano de lady Camille. Una súbita sensación de sobresalto lo recorrió, pero se mantuvo quieto. Ella también pareció percibirlo, pues notó cómo su mano temblaba ligeramente y volteó su mirada hacia él—. En realidad, creo que tiene razón —continuó diciendo, más despacio, tratando de reflexionar sobre lo que ella había dicho—. Ha sido abrumador volver, y sinceramente no sé si seré capaz de ser un gran hombre como lo fue mi padre, pero... pero lo intentaré. Sé que lo haré lo mejor que pueda.

—Por supuesto, mas... —La joven se quedó unos segundos en silencio mientras le sostenía la mirada, y Theodore se sintió nervioso mientras esperaba lo que lady Camille tenía para decir—. Nada. En realidad, creo que sus seres queridos no esperan que usted tenga que ser exactamente como su padre, el antiguo vizconde. Él era una gran persona, y estoy segura de que nunca hubiese querido que usted sintiera esa carga sobre sus hombros.

—Lady Camille yo...

Se había apresurado a hablar, pero, sinceramente, no sabía qué decir. Solo estaba contemplando sus ojos, sintiendo que podía perderse un rato en ellos y olvidar sus problemas y

sus responsabilidades. Los observó detenidamente y notó que poseían unas pequeñas fibras que los hacían parecer más verdosos bajo la luz del sol y el reflejo de la vegetación. ¿Había tenido ese llamativo matiz verdoso en sus ojos desde siempre? No podía recordarlo con certeza. Y, ¿su mirada había sido siempre tan profunda e inquisitiva como lo era ahora?

Borró de inmediato esas preguntas de su mente y enfocó su atención en el presente cuando notó que ella iba a hablar.

—Él fue un gran hombre, pero usted, lord Kirtklard... Solo puede ser usted mismo. Con eso será suficiente, estoy segura —terminó de decir lady Camille, con una seguridad que lo dejó pasmado nuevamente, mientras lo seguía mirando.

Cuando Theodore creyó que lograría responder con más de dos palabras, escuchó el sonido de unos pasos acercarse a ellos. Retiró su mano del banco y adoptó una postura más rígida al tiempo que escuchaba la voz de sir Thomas en la distancia.

—Lady Camille, disculpe la demora —dijo sir Thomas llegando a donde se encontraban—. Lord Cavendish no pudo evitar contarme una anécdota de mi padre y, a pesar de mi deseo de volver prontamente con usted, me fue imposible no quedarme unos minutos más escuchándolo. Espero que pueda comprenderlo.

—Oh, no hay problema, sir Thomas. Me alegro de que haya podido disfrutar de esa anécdota. Comprendo que uno atesore cada recuerdo o relato que nos haga sentir cerca de un ser amado —respondió lady Camille a sir Thomas, mientras Theodore la veía levantarse para ir al encuentro de su sonriente acompañante.

—Muchas gracias, lord Kirtklard. Imagino que nos veremos pronto.

Theodore asintió y procedió a levantarse también, un poco desconcertado aún por la conversación con Camille.

—No tiene que agradecermelo sir Thomas, fue un placer acompañar a lady Camille.

La joven ya se encontraba nuevamente del brazo de su acompañante y Theodore se puso en marcha después de despedirse de ambos.

Pasó un buen rato intentando procesar la conversación que habían tenido, reflexionando acerca de cómo se sentía, y especialmente digiriendo cómo lady Camille parecía haber captado con tanta facilidad el sentimiento que él había procurado no mostrar a nadie desde su llegada. Solo una vez que llegó a casa y se encontró con su madre, que lo esperaba para charlar, fue capaz de quitarse esos pensamientos de la cabeza y deshacerse de la sensación de hormigueo que aún sentía en su mano.



Camille llegó agotada a su cuarto luego de haberse despedido de sir Thomas. Definitivamente, mantenerse serena nunca le había resultado tan desafiante como lo había sido durante el trayecto de regreso a su casa. Aún se sentía abrumada tras la conversación con Theo, sorprendida por todo lo que le había dicho. ¿No podía acaso haberse guardado para sí misma sus pensamientos? Un poco más y le confesaba todo lo que sentía por él. Se tapó la cara con las manos y se lanzó sobre la cama.

Y como si todo eso no fuera suficiente, él había puesto su mano junto a la de ella, rozándola durante casi dos minutos. Era, definitivamente, el contacto más íntimo que recordaba haber

tenido nunca con él, a excepción de lo ocurrido la otra noche en el jardín, y realmente no sabía cómo sentirse al respecto. Había estado sonrojada la mayor parte de la conversación, con un nudo en el estómago que no la abandonó hasta que estuvo en la seguridad de su cuarto. Deberían darle un premio por haber logrado hilar algunas frases en su trayecto de vuelta a casa con sir Thomas porque, sinceramente, no sabía cómo había podido hacerlo cuando lo único en lo que podía pensar era en Theo y en su mano.

Si bien lo había visto en un par de ocasiones a lo largo de los últimos días, en casa de Emma y en una velada musical a la que él había asistido junto a su amiga y la madre de ambos, lady Kirkland, sus intercambios habían tenido lugar siempre en compañía de más personas, y todo parecía sentirse muy similar a antes de que él se hubiera ido.

Theo había sido cordial y encantador, como siempre, y ella había respondido a sus comentarios con bastante facilidad y entusiasmo. No le resultaba difícil hablar con él cuando había personas de confianza a su alrededor. Sin embargo, el paseo por el parque había sido diferente. Estuvieron a solas la mayor parte del tiempo, lo que la llevó a sentir una atmósfera de intimidad y conexión que no había experimentado nunca antes con él. Bueno, a excepción del baile de lady Campbell y el encuentro en el jardín.

Cerró los ojos y volvió a poner sus manos sobre su cara, deseando poder detener sus pensamientos.

Después de unos minutos en los que se mantuvo en la misma posición, percibió los pasos de quien supuso sería su madre acercándose, por lo que rápidamente se incorporó en la cama, sentándose lo mejor que pudo.

—¡Camille! ¿Cómo es que estás tan desaliñada? —preguntó lady Donegall mientras ella se terminaba de acomodar—. Bueno, no importa, vengo a avisarte de que Mary —como su madre solía llamar a lady Kirkland cuando no estaban en eventos formales— nos ha invitado a una cena íntima para celebrar el regreso de Theodore... Lord Kirkland —se corrigió su madre—, dentro de tres noches, en Kirkland House. Tu padre me dijo que lo excusara, pues como ya sabes no se ha sentido del todo bien estos días, pero he aceptado la invitación en tu nombre y el mío.

Su cuerpo se puso tenso de inmediato. Sabía que tendría que asistir, no tendría forma de eludirlo. Y, aun así, no podía evitar sentirse nerviosa ante la idea de volver a ver a Theo, especialmente después de su encuentro de esa tarde.

—Está bien, madre —dijo con cierta resignación—. Emma me lo mencionó hace algunos días.

—Creo que deberías practicar con el piano —dijo su madre de repente sin prestarle atención—. Sabes que a Mary le encanta escucharte tocar, y sería adecuado estar preparada por si te lo pide.

—En realidad, creo que lady Kirkland solo es amable. Además, sabe que no disfruto siendo el centro de atención.

Tocar el piano en la cena de bienvenida de Theo era algo que no le agradaría tener que hacer. Si bien sabía que tocaba un poco mejor que la mayoría de las jóvenes, no era nada excepcional. Y, aunque había tocado delante de otras personas antes, con su familia o con la familia de Emma, sabía perfectamente que esta cena íntima, no sería tan «íntima» como se suponía.

—Quizás ese es uno de los motivos por los que sigues soltera, querida mía. Bueno, da igual, practica de todos modos un rato antes de la cena. ¿Cómo estuvo tu salida con sir Thomas? —preguntó cambiando de tema, sin darle tiempo a protestar—. Tu padre cree que está siendo demasiado lento con el cortejo.

—Estuvo bien, madre —dijo Camille, ya algo irritada—. Creo que usted y padre están

sacando conclusiones apresuradas. Sir Thomas no me ha dado ningún indicio concreto de que vaya a pedir mi mano.

—Pero ¿qué dices, Camille? Por favor... Te ha invitado a salir al menos unas diez veces desde el inicio de la temporada y ha bailado contigo más veces de las que probablemente bailaste en toda la temporada pasada. Si no te está cortejando formalmente, entonces está haciéndote perder el tiempo y dando un mensaje equivocado al resto de caballeros —terminó de decir su madre bastante exasperada.

—Madre... —Camille cogió aire antes de continuar—. Quizá tenga razón, pero hasta que no me lo proponga, prefiero no dar nada por sentado. Sé que sir Thomas no me pondría en una situación que diera lugar a habladurías. Además, no es que tenga a otros pretendientes esperándome —concluyó de manera estoica, a pesar de su desfavorable situación.

—Aun así, eres la hija de un marqués, no lo olvides. Tus hermanas también tardaron en casarse y ahora son inmensamente felices.

Si bien no podía coincidir del todo con la afirmación de su madre, en especial al conocer a sus cuñados, que eran personas muy amables, pero con quienes ella nunca hubiera optado por casarse, era preferible no entrar en esa discusión con ella. Así que asintió y, después de un par de intercambios más acerca de la cena de esa noche y las compras que tendrían que hacer por la mañana antes del almuerzo, volvió a quedarse sola con sus pensamientos. Quería a su madre, pero, si debía ser sincera consigo misma, a veces la irritaba de sobremanera.

CAPÍTULO 5

KIRTKLARD HOUSE. LONDRES, 1821.



Anhelos compartidos en la complicidad del silencio

Lady Camille Donegall hizo su entrada junto a su madre en Kirtklard House unos minutos antes de la hora acordada. Iba vestida con un sencillo vestido color menta de satén que le sentaba bastante bien, según su propia opinión, y con el cabello sutilmente recogido, dejando sueltos algunos mechones ondulados que caían contorneando su rostro.

Parecía que aún no habían llegado todos los invitados. Al cabo de algunos segundos, lady Kirtklard se acercó a recibirlas junto a Theo, que la conducía del brazo. Se veía guapísimo. Lo era en realidad, pero estaba tan impecablemente vestido con ese traje negro de terciopelo y el cabello algo desordenado, que le era inevitable mirarlo y no parecer una tonta enamorada en el proceso. Por suerte, nadie pareció notarlo.

—Lady Donegall —saludó Theo a la madre de Camille, para luego posar su mirada en ella—. Lady Camille —dijo mirándola y depositando un sutil beso en su mano enguantada. De inmediato, un hormigueo recorrió su mano ante el contacto de los labios de Theo, el cual podía sentir a través de la delgada seda de su guante, generándole un leve temblor que intentó disimular—. Es un gusto que pudieran venir a acompañarnos en esta cena que mi madre ha organizado en mi honor de manera tan improvisada.

Camille percibió cierto sarcasmo en la voz de Theo, lo que hizo que se le escapara una pequeña risa que intentó disimular subiendo su mano hasta su boca para cubrirla. Los cuatro terminaron de saludarse y su madre tomó la palabra.

—Lord Kirtklard, es un gusto que hayan pensado en nosotras para formar parte de este grupo tan selecto para darle la bienvenida de nuevo a la ciudad. Espero que su viaje haya sido placentero, aunque siempre he considerado que no hay nada como estar en casa —dijo su madre mientras Theo asentía amablemente—. No digo que el continente no tenga sus encantos, pero Londres es, sin lugar a duda, incomparable.

—Sin duda —respondió Theo con amabilidad y su natural encanto.

—¡Oh, Dorothy! —exclamó de pronto lady Kirtklard—. Sabes que siempre contamos con ustedes. Además, Camille es como si fuera parte de la familia. Su presencia siempre es motivo de alegría para nosotros, especialmente por la compañía que nos hizo durante toda la temporada anterior.

—Oh, lady Kirtklard —se apresuró a decir ella—, sabe que siento un gran cariño por ustedes

y siempre es de mi agrado acompañarlas, sobre todo luego de los casamientos de mis hermanas. El tiempo que compartimos también es muy valioso para mí.

Mientras hablaba, Camille sentía los ojos de Theo observándola, lo que la hizo sentirse nerviosa, pero se sobrepuso apenas escuchó a lady Kirtklard hablar en dirección a su madre.

—Dorothy, ¿por qué no me acompañas a ver el nuevo cuadro que me llegó hoy directamente desde París? Es de un pintor emergente que Theo me recomendó. Theodore, tú puedes quedarte con Camille mientras sigues recibiendo a los invitados.

Una envolvente sensación de calor comenzó a adueñarse del rostro de Camille.

Nadie pareció cuestionar la orden de lady Kirtklard, ni siquiera Theo. Y después de haberse despedido rápidamente, su madre se marchó en compañía de lady Kirtklard hacia uno de los pasillos, dejándolos a ella y a Theo a solas cerca de la entrada. Ninguno de los dos habló, solo se miraron durante lo que le pareció una eternidad, y su corazón de pronto comenzó a latir con más fuerza.



Theodore había adoptado una postura más erguida y miraba a lady Camille con atención.

Una ligera sensación de agitación comenzó a recorrer su cuerpo, y su respiración se volvió más profunda e irregular. Le resultaba difícil apartar los ojos de ella y, si era sincero, no sabía cuánto tiempo había pasado desde que estaban mirándose en silencio en medio del vestíbulo.

La observó más detenidamente. Poseía una cara levemente ovalada, aunque su mentón tenía una forma más triangular. Sus ojos eran grandes y lo miraban con expectación. Como ya había notado antes, eran de un delicioso color similar a la miel y, de noche, bajo la tenue luz del vestíbulo, ya no adquirirían la tonalidad verdosa que había descubierto en su encuentro en Hyde Park. Su nariz era recta y pequeña, y estaba rodeada de pequeñas pecas que parecían bailar en su nariz y sus mejillas, otorgándole un encanto singular. Sus labios, aunque no tan voluminosos, eran perfectos para la forma de su rostro, primorosos en realidad. Y su cuerpo... su cuerpo era, sin lugar a duda, exquisito.

A pesar de haberla visto en numerosas ocasiones, muchas más de las que era capaz de recordar, hasta ahora nunca había reparado en ella de esa manera, a excepción de la noche del baile de lady Campbell. En ese momento no sabía que era la mujer a la que se había aventurado a seguir hasta el jardín, y luego, la sorpresa de descubrir que era ella, lo había inhibido de mirarla con más detenimiento. Pero ahora... ahora no podía apartar la mirada de ella.

Volvió a centrarse en su cuerpo. La forma en la que el vestido se adhería a sus curvas y la elegancia con la que lo llevaba lo dejaron sin aliento por unos segundos.

Si bien no era particularmente alta, ni tan delgada como muchas otras jóvenes, al menos no dentro de los parámetros de la moda que imperaban actualmente entre las debutantes con las que se había encontrado en los eventos a los que había asistido desde su regreso, sus curvas estaban bien definidas y eran una invitación a ser admiradas. Su escote era pronunciado, aunque dentro de los límites del decoro, y dejaba entrever unos senos redondeados y armónicos, por lo que Theodore tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada. Su cintura era esbelta, lo que contrastaba delicadamente con sus caderas, que eran amplias, elegantes y armoniosas, otorgándole una feminidad cautivadora.

Un extraño cosquilleo en el estómago lo sacó de sus pensamientos, para luego dar paso a un sudor frío al ser consciente de cómo la estaba mirando y de dónde se encontraban. Apretó los puños y enseguida puso sus manos detrás de la espalda, entrelazándolas.

Era evidente que llevaba varias semanas sin estar con ninguna mujer, si no, no se explicaba aquel inesperado interés por el aspecto de lady Camille; precisamente la mejor amiga de su hermana, por Dios.

Volvió al presente y se dio cuenta de que ella lo miraba con curiosidad.

—Lord Kirtklard, ¿ocurre algo? —le preguntó lady Camille de pronto.

—No, no. Discúlpeme —se apresuró en responder—. Solo me quedé observando el color de su vestido. Le sienta muy bien el verde, milady.

Los ojos de ella se agrandaron y se sonrojó. Parecía sorprendida con su comentario.

Era cierto, el color verde le sentaba muy bien. Al menos eso era lo que Theodore pensaba mientras recordaba el vestido, también de color verde, aunque de un tono más oscuro, que había llevado la noche del baile de lady Campbell.

—Gra-gracias —respondió lady Camille con evidente dificultad, aún sonrojada.

Theodore le respondió con una sonrisa, asintiendo.

—¿Su padre no ha podido asistir? —preguntó Theodore al darse cuenta de que lady Camille había asistido acompañada solo por lady Donegall.

—No, lamentablemente se encuentra delicado de salud desde hace algunos días, y ha preferido quedarse en casa guardando reposo —respondió ella, desviando la mirada.

—Espero que no sea nada grave —respondió Theodore. Le daba la sensación de que lady Camille se sentía preocupada.

Ella volvió a mirarlo y asintió.

—Al parecer es un catarro. Hoy lo acompañé durante el día y le leí uno de sus libros favoritos... Estaba un poco débil, pero todos esperamos que pronto se recupere.

Cuando terminó de hablar, Theodore observó que lady Camille hacía un esfuerzo por sonreír y parecer tranquila, lo cual hizo que optara por cambiar de tema. Una pregunta lo intrigaba especialmente: ¿Qué leería una joven como lady Camille? Por lo que, sin pensarlo demasiado, le preguntó:

—¿Le gusta leer, lady Camille?

—Eh... Sí, por supuesto —respondió ella mientras comenzaba a jugar con sus manos. ¿Estaría nerviosa?—. Es una de mis actividades preferidas.

—Y, ¿Qué tipo de lecturas le gustan?

Ella permaneció en silencio durante algunos segundos. Parecía concentrada, y Theodore notó cómo apretaba sutilmente los labios, bajaba la mirada y sus cejas parecían juntarse un poco.

—En realidad me gusta leer un poco de todo —respondió ella, volviendo a levantar la mirada y encontrándose con sus ojos, que se veían luminosos a pesar de la tenue luz del vestíbulo—. Principalmente novelas, pero también algunas obras clásicas. Disfruto mucho de Shakespeare —añadió mientras dejaba escapar una amplia sonrisa que de inmediato iluminó su rostro—, aunque de pequeña leía mucho con mi padre, por lo que también me interesan algunos libros de historia, que es uno de sus temas preferidos. Cada cierto tiempo me entretengo leyendo alguno de los tomos de «La historia de Inglaterra», de David Hume, es uno de los preferidos de mi padre.

Theodore asintió, un poco sorprendido. No es que dudara de que lady Camille hubiera recibido una excelente educación, como cualquier otra joven de buena familia de la alta sociedad. Sin embargo, no imaginaba que fuera tan instruida y que disfrutara de la lectura, más allá de la poesía, que parecía ser el gusto predominante de la mayoría de las jóvenes en edad

casadera.

—Creo que nunca lo he leído —afirmó, intentando hacer memoria. Había leído muchos libros durante su paso por Eton, y aún más en Oxford; no obstante, no recordaba haber leído ese libro al que se refería ella en particular—. Aunque he escuchado hablar de él, por supuesto. ¿Podría preguntarle si hay algo interesante que debería saber acerca de «La historia de Inglaterra», lady Camille?

La vio parpadear un par de veces, sin desviar la mirada de él.

—Le aseguro que no soy ninguna experta, milord. Pero creo que da una perspectiva esclarecedora acerca de nuestra historia. Además, Hume tiene un análisis bastante objetivo de los acontecimientos históricos, aunque, en realidad, creo que simplemente me gusta saber cómo han ocurrido las cosas —concluyó lady Camille encogiéndose de hombros y desplegando una media sonrisa que la hizo ver adorable.

—¿Hay algo más que disfrute hacer, lady Camille? —preguntó Theodore, sintiéndose de pronto atraído por los intereses de la joven que tenía en frente.

—Nada interesante... —respondió ella bajando la mirada hacia sus manos, haciendo que él también bajara la mirada hacia estas, las cuales seguían entrelazadas entre sí—. Me gusta escribir... A veces escribo lo que hice a lo largo del día, o mis pensamientos. Mi madre lo desapruueba, por supuesto. Siempre me llama la atención por las manchas de tinta que quedan en mis manos o en mis vestidos al terminar —añadió sonriendo—. No hay nada más. Desearía que lo hubiera. Desearía viajar o hacer alguna otra actividad más interesante..., pero no es posible.

Lady Camille parecía decepcionada. Lo notó de inmediato cuando la observó terminar sus palabras con un suspiro casi imperceptible.

En realidad, Theodore la entendía. Sabía que por ser mujer ella no tenía las mismas posibilidades que tenían él y el resto de jóvenes de género masculino. Emma siempre se quejaba de eso. Por ello, prefirió no decir nada, pues seguramente nada de lo que dijera serviría de consuelo para ella.

La joven comenzó a moverse en su lugar y a mirar a su alrededor. Parecía estar buscando una forma de retirarse. ¿La habría incomodado con sus preguntas? Antes de que pudiera decidir cómo proceder, sus labios comenzaron a moverse.

—Quería agradecerle lo que me dijo hace unos días en el parque. Lo pensé luego de habernos visto, y realmente me hizo darme cuenta de que no debería poner tanta presión sobre mí —dijo Theodore irguiendo su postura. Era cierto, las palabras de lady Camille habían estado dando vueltas en su mente y le habían ayudado a adoptar una actitud menos dura respecto a sí mismo—. Supongo que con el tiempo iré sintiéndome más seguro con el título y con mis nuevas responsabilidades. Gracias por mostrármelo. No sé si lo hubiera visto por mí mismo, y no creo que nadie más me lo hubiera dicho.

—No tiene que agradecerme, lord Kirtklard —afirmó lady Camille, mirándolo nuevamente a los ojos—. Es lo que pienso de verdad... Usted ha sido preparado desde su nacimiento para esto. Que haya ocurrido antes de lo que todos esperábamos, debido al infortunio de la muerte de lord Kirtklard, es algo doloroso, y entiendo que lo hace mucho más difícil para usted. Pero, como ya le dije, sé que será un excelente vizconde. Estoy segura de ello.

Theodore notó que ella hacía una pausa y miraba hacia un costado, específicamente hacia la entrada del vestíbulo. Algunas voces y risas comenzaron a escucharse a lo lejos.

—Creo que están llegando el resto de sus invitados, milord. Debería ir a recibirlos. Yo iré al salón, a reunirme con Emma.

Cuando ella terminó de pronunciar esas palabras y vio que se disponía a marcharse,

Theodore sintió una extraña sensación de opresión en el pecho.

—Lady Camille... —pronunció su nombre sintiendo el impulso de retenerla un tiempo más a su lado, pero finalmente lo reprimió. No sería adecuado—. Gracias nuevamente —dijo para finalizar. Hubiera deseado decir algo más, pero no supo qué añadir.

Ella asintió y se marchó; él hizo lo mismo, acercándose hacia la entrada donde ya habían comenzado a ingresar los nuevos invitados, con los que repentinamente no sentía deseos de interactuar.



Camille iba caminando en busca de Emma mientras pensaba en la conversación que acababa de tener con Theodore Kirtklard. Había sido solo un breve intercambio de palabras, pero le había sorprendido el repentino interés que él había mostrado por ella y por sus pasatiempos. No recordaba que antes lo hubiese hecho, a pesar de que siempre había sido amable con ella y la había escuchado con atención. También le sorprendió que él hubiera recordado su conversación en Hyde Park y que le agradeciera por lo que le había dicho.

La verdad era que seguía siendo extraño para ella ser capaz de mostrar sus pensamientos frente al hombre que amaba, pero que, sin embargo, no hubiera pensado nunca en transmitirle sus sentimientos. Suponía que era porque sabía que no serían correspondidos y no volvería a sentirse cómoda en su presencia si él supiera de ellos y la rechazara, lo que con seguridad ocurriría.

Mientras caminaba hacia el salón, observó que lady Kirtklard había ampliado de manera significativa la lista de invitados, seguramente motivada por el afán de ver casados a sus dos hijos. No demoró demasiado en encontrar a Emma en el salón azul, que estaba contiguo al salón principal. Su amiga se encontraba junto a Harriet Kirtklard, prima de Emma y Theo, por lo que de inmediato se acercó hasta ellas para saludarlas.

—Emma, Harriet. Buenas noches.

Las dos jóvenes eran bastante parecidas entre sí, al menos físicamente, ya que Harriet tenía un temperamento bastante más apacible que Emma y una personalidad similar a la de Camille, más bien introvertida.

—Camille, ¡qué gusto volver a verte! Ese peinado te queda precioso, al igual que el vestido —le dijo Harriet con su característica alegría.

—Gracias, Harriet. Tú también luces espléndida. Me alegra que ya estés en Londres.

—Y a mí. Madre retrasó lo máximo posible nuestra llegada a Londres debido a que mi hermana menor contrajo una extraña afección en la piel. Pero me alegra haber podido volver justo a tiempo para la bienvenida de Theo.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Emma con curiosidad—. Vi entrar a lady Donegall hace unos minutos, pero venía ella sola con mi madre.

—Estaba en el vestíbulo, conversando con tu hermano. Lady Kirtklard quería mostrarle un cuadro a mi madre, así que me quedé hablando unos minutos con él. Luego lo dejé para que siguiera recibiendo a sus invitados.

—Los invitados de mi madre, querrás decir. No creo que Theo haya aprobado la lista personalmente —señaló Emma divertida—. Si fuera por él, la habría reducido al menos a la

mitad.

Las tres rieron, ya que sabían que lo que Emma había dicho era cierto.

Siguieron conversando unos minutos más acerca de algunos invitados, del aburrimiento de Harriet mientras estuvo recluida en el campo y del apresurado matrimonio de lord Thomas Broked con la señorita Helena Hall, la nueva condesa de Broked, quienes habían sido pillados en una situación bastante comprometedora hacía menos de dos semanas.

De un momento a otro Harriet se giró hacia Camille y le dijo:

—Camille, no quisiera resultar indiscreta —dijo adoptando una expresión dubitativa—, pero Emma me ha contado que sir Thomas Portman te está cortejando, ¿es así?

Camille le dio una rápida mirada de desaprobación a Emma y luego se dirigió a Harriet.

—No es nada definido aún. Hemos salido algunas veces y él ha sido muy amable conmigo, eso es todo. Así que, a menos que Emma cuente con información que yo desconozca —dijo, ahora con un tono más divertido y desafiante hacia su amiga—, sigo tan soltera y sin compromiso como siempre.

—¡Camille, no le restes importancia! Es indudable que está interesado en ti. Yo solo transmito la información que me parece evidente —aseguró Emma, quien luego se giró para dirigirse a Harriet—. Ha bailado con ella en cada baile al que ha asistido esta temporada. Creo que han salido más veces juntos en estas semanas de las que Camille y yo nos hemos visto, y eso que yo soy su mejor amiga. Además... —se volvió a mirar a Camille—, escuché a tu madre decirle a la mía hace unos minutos que estaban esperando su proposición.

Ahora sí que Camille no sabía dónde meterse. Era consciente de que se estaba poniendo roja, solo que no podía asegurar si era de vergüenza o de rabia. Su madre estaba esparciendo rumores que no eran reales. ¿Acaso quería arruinar su reputación? Tendría que hablar de nuevo con ella acerca del tema, en cuanto tuviera oportunidad.

—Bueno, el punto es que no hay ninguna proposición por el momento, por lo cual no hay nada que anunciar —dijo ansiosa por concluir con el tema.

Enseguida notó que algo había captado la atención de Emma y Harriet. Ambas habían dejado de prestarle atención y miraban algo que ocurría tras ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó con curiosidad, girándose para ver lo que estaba sucediendo.

—Ahí viene Theo del brazo de la señorita Jane Dowthall y su madre, lady Sometwel. —dijo Emma, haciendo que Camille sintiera de inmediato una sensación desagradable en el estómago—. Mi madre insistió en invitarla, especialmente después de que fuera descrita como la joya de la temporada. Además, lady Sometwel es una amiga muy cercana de mi madre desde su juventud.

—Parece que tu madre tiene muchas amigas cercanas —comentó tímidamente Harriet a Emma al mirar a otras jóvenes que habían entrado al salón—. La señorita Dowthall es realmente despampanante, ¿no crees, Camille? —le preguntó, tomándola por sorpresa.

—Sí, por supuesto... Es muy bonita.

Qué más podía decir. Era la verdad. La señorita Jane Dowthall era realmente una belleza: era alta, esbelta, de tez clara y tenía un hermoso cabello color ébano. Iba vestida con un elegante vestido color violeta que estaba a la última moda y tenía una radiante sonrisa en el rostro.

Se veía reluciente al lado de Theo, y ambos formaban, sin duda, una pareja muy atractiva. Estaba segura de que al día siguiente nadie hablaría de otra cosa que no fuera la excelente pareja que ambos hacían. El pensamiento le provocó un malestar punzante en el pecho y tuvo que subir una de sus manos hasta ese lugar para hacer un poco de presión.

—¿Crees que tu hermano podría interesarse en ella, Emma? —preguntó Harriet a su prima

—. Madre dice que tía Mary le comentó que espera que Theo se case esta temporada.

—Madre ha estado esperando eso desde que nacimos, te lo aseguro. Pero Theo nos ha asegurado que no tiene planes de casarse esta temporada. Además, aunque la señorita Jane sea una belleza, no creo que sea el tipo de mujer que le interese a mi hermano en particular —afirmó Emma con una seguridad que sorprendió a Camille. ¿Cuál sería el tipo de mujer que atraería a Theo? Sinceramente lo desconocía.

—No puedo imaginar a tu hermano discutiendo contigo sobre la elección de su futura esposa, Emma —dijo Camille intentando parecer desinteresada en el tema—. No parece algo propio de él.

—Por supuesto que no, pero conozco a mi hermano y sé que, cuando decida casarse, no será con alguien como la señorita Jane Dowthall, te lo aseguro.

—Creo que dijiste lo mismo sobre Florence Belgrado el otro día —añadió, esta vez para pinchar a su amiga.

—Lo dije porque lo creo. Ninguna de las dos es de su interés. No son su tipo, créeme —concluyó Emma con el tono que siempre usaba cuando creía tener la razón en algo.

En el fondo de su corazón, Camille quería creer que lo que su amiga decía era verdad. Aunque eso no cambiaría en absoluto su situación.

CAPÍTULO 6

KIRTKLARD HOUSE. LONDRES, 1821.



El coraje entre sombras de duda

Theodore decidió en ese instante que al día siguiente haría un plan para mantener a raya a su madre. Cuando esta le había hablado de la cena de bienvenida en su honor, él no había estado muy de acuerdo, ciertamente; sin embargo, había cedido porque su madre le había prometido que solo sería un grupo reducido de amigos cercanos y familiares, lo cual, ya le quedaba claro, no había sido así. Y ahora, para su descontento, se encontraba del brazo de una joven debutante y su madre, sin escapatoria alguna.

La señorita Dowthall era muy guapa y, aunque en otro momento, o en otra época, es posible que hubiera coqueteado con ella o que se hubiera mostrado interesado, lo cierto era que en ese momento no le llamaba la atención. Era una joven con bastante temple y muy refinada. Estaba seguro de que su madre la había elegido cuidadosamente para que asistiera a la cena, aprovechando su amistad con lady Sometwel y continuando con su juego de casamentera, a pesar de la conversación que habían tenido en la que creía haber sido claro acerca de sus intenciones sobre el tema.

En una de las esquinas del salón azul, logró ver a lady Camille en compañía de Emma y su prima Harriet y se sintió extraño.

Desde que había regresado a Londres, se habían encontrado ya en varias oportunidades, lo que no era raro dado la naturaleza de la relación entre ella y su hermana. Sin embargo, en los últimos días había pensado más en ella de lo que lo había hecho durante todo el tiempo desde que se conocían, y le frustraba no entender el porqué.

—Lord Kirtklard, su casa es muy elegante —le dijo la señorita Dowthall cuando se detuvieron, sacándolo de sus pensamientos con su comentario—. Tuve el gusto de visitarla hace un tiempo en compañía de mi madre, cuando lady Kirtklard nos invitó tan amablemente a tomar el té al inicio de la temporada, pero no había reparado hasta ahora en su majestuosidad.

—Muchas gracias, milady. Para ser sincero, es todo obra de mi madre. Es ella quien siempre se ha encargado de las remodelaciones de Kirtklard House.

—Pues lady Kirtklard tiene un gusto exquisito —afirmó lady Sometwel—. Jane también me ha ayudado en casa con las remodelaciones. Tiene muy buen gusto, además de ser una espectacular bordadora y de tocar muy bien el piano —añadió, haciendo especial énfasis en esto último—. Debería venir a cenar a nuestra casa junto con lady Kirtklard y su querida hermana

Emma en alguna oportunidad, y Jane podría tocar para ustedes.

—Claro. Espero poder tener el placer de escucharla tocar en alguna velada, señorita Dowthall —dijo él dirigiéndose cortésmente a la joven—. Estoy seguro de que habrá alguna oportunidad para concretar esa invitación en el futuro.

De corazón, Theodore esperaba que fuera en un futuro muy lejano. Mataría a su madre por esto también.

—Estaría encantada de tocar para usted, lord Kirtklard —respondió la señorita Dowthall agitando sus pestañas de una forma demasiado evidente.

—¡Oh! —exclamó fingidamente lady Sometwel, quien estaba mirando en dirección a su madre, la cual se encontraba a poca distancia de ellos, conversando con otros invitados—. Creo que iré a saludar a su madre, lord Kirtklard. Espero que no le moleste hacer compañía a Jane unos minutos en mi ausencia.

Ahora sí que estaba atrapado. No tendría cómo escapar de la compañía de la correcta señorita Dowthall durante un buen rato. De inmediato, sintió una tensión en los hombros, pero se esforzó por esbozar una sonrisa como pudo y respondió:

—Será un placer, lady Sometwel.

Enseguida, la mujer se retiró, dejándolo solo con la señorita Dowthall, quien lo observaba como si fuera un dios griego.

—¿Es cierto que durante su viaje visitó París, milord? —le preguntó su acompañante.

—Sí, entre otros lugares —respondió con cortesía.

—Imagino que debe de haber disfrutado de sobremanera. He oído que París es un lugar muy pintoresco y extravagante. Yo lo más lejos que he estado es en York, en nuestra casa campestre.

—Sí, es una ciudad sin duda peculiar, pero también única e impresionante, aunque en realidad...

—Sin embargo —dijo ella, sin dejarlo terminar de hablar—, creo que ningún lugar en el mundo es tan elegante y sofisticado como Londres. ¿Coincide usted conmigo, lord Theodore?

—Sí, en efecto —respondió comenzando a sentirse inquieto—. Aunque siempre he preferido el campo antes que las grandes ciudades.

—Oh, no lo hubiera imaginado, ya que ha viajado usted tanto. Yo adoro Londres, las multitudes y asistir a fiestas; pero podría adaptarme sin problemas a la vida que mi futuro esposo dicte para mí, ya sea en el campo o en la ciudad —dijo la señorita Dowthall de un modo condescendiente—. Estoy segura de que estaría complacida en cualquier lugar.

No dudaba ni por un momento de que la señorita Dowthall sería capaz de adaptarse a cualquier lugar. No sabía si realmente eso le parecía algo bueno, pero le sonrió de todos modos.

—¿Le gusta bordar, señorita Dowthall? —le preguntó, ya que no sabía qué responder a su último comentario—. Creo recordar que su madre ha comentado hace un momento que borda muy bien.

Theodore dijo esto mientras empezaba a pensar en cómo podría salir de allí, mirando a su alrededor en busca de una escapatoria. Sabía que sería poco considerado de su parte, pero creía que, si pasaba un minuto más en compañía de la señorita Dowthall, moriría de hastío. No recordaba cuán aburridas podían ser a veces las debutantes y, sin querer generalizar, ya se había sentido así en más de una ocasión desde su llegada. Tampoco deseaba dar una impresión equivocada a la joven ni al resto de los invitados mostrando más interés del debido en alguna dama en particular, así que lo mejor sería salir lo más pronto posible de esa situación.

—Por supuesto, milord. Es un talento que toda dama que se precie como tal debería cultivar.

Eso le causó gracia y rio para sus adentros, intentando disimularlo. Emma odiaba bordar, y

probablemente iniciaría una discusión con la señorita Dowthall si escuchara su comentario. Su hermana no tenía ni la habilidad ni la paciencia para una actividad tan dedicada como el bordado.

Sin previo aviso, una pregunta irrumpió en su mente: ¿Lady Camille sabría bordar? Lo cierto era que no lo sabía, ni tampoco recordaba habérselo preguntado, pero esa idea lo llevó a pensar en sus manos, en lo delicadas que eran y en la forma en la que ella siempre las entrelazaba cuando creía que nadie la observaba. Anuló de inmediato la imagen que comenzaba a formarse en su mente y se dispuso a responderle a la señorita Dowthall, quien lo miraba con atención, cuando observó ingresar en el salón a Stephan, que se acercó a donde se encontraba Emma junto a lady Camille y su prima Harriet. De golpe, sintió una oleada de celos hacia su amigo, e instantáneamente sus puños se cerraron, teniendo que hacer un esfuerzo descomunal por devolver su atención hacia la joven que tenía enfrente.



—Señoritas —dijo lord Lions, quien acababa de unirse a las jóvenes, dirigiéndose a Emma y Harriet para saludarlas, para luego volverse en dirección a Camille—. Milady.

El duque procedió a besar su mano enguantada, como ya había hecho anteriormente con las demás damas presentes.

—Su gracia —respondió Camille en forma de saludo, haciendo una reverencia.

—Lord Lions, imagino que estará contento con el regreso de mi hermano —Escuchó decir a Emma, quien se dirigía con bastante confianza al duque—. Ahora ya no tendrá solo para usted a un séquito de jóvenes debutantes y a sus encantadoras y víboras madres.

—Sería engreído por mi parte pensar que todas las jóvenes debutantes están pendientes de mí, querida Emma. Sin embargo, agradezco la llegada de su hermano por ese y por otros motivos. Es un gran amigo, como usted bien sabe.

Camille notó una extraña tensión en la respuesta de lord Lions hacia Emma, pero lo dejó pasar. Sabía que se conocían desde hacía años debido a la amistad que unía a Theo y al duque. Además, era consciente de que a su amiga no le caía particularmente bien este último. Solía quejarse de él, en especial cuando se veía involucrado en algún escándalo de faldas. Lord Lions se había relacionado con al menos la mitad de las mujeres de la alta sociedad, ya fueran casadas, viudas, o incluso, según había escuchado comentar, solteras. Y sabía que su amiga desaprobaba ese tipo de comportamiento.

—Ahora bien —añadió el duque, girándose hacia ella y hacia Harriet—, si las debutantes fueran tan bellas y encantadoras como ustedes, les aseguro que estaría complacido de recibir por completo su atención —dijo en un tono seductor, dejando salir al libertino que Camille sabía que era lord Lions—. En realidad, hasta creo que lo disfrutaría.

Camille notó cómo Harriet soltaba una risita nerviosa y miraba al duque como si estuviera contemplando a un dios griego. Fue entonces cuando pensó que, tal vez, la prima de Emma y Theo podría estar enamorada de lord Lions. ¿Sería tan evidente también su rostro cuando miraba a Theo? Creía, y esperaba, que no. Ni Emma, que era su mejor amiga y la conocía más que nadie, le había dado a entender que sospechaba de sus sentimientos por su hermano. Haciendo una comparación entre ambas, le pareció que, en este caso, ella era mucho mejor actriz que Harriet Kirkland.

En su interior, Camille empatizaba con ella. No era fácil pasar años amando a un hombre que no correspondía a sus sentimientos. Aunque en su caso creía que era menos doloroso, ya que sabía que Theo le tenía cierto aprecio. Y eso, siempre sería mejor que no tener nada. Era evidente que lord Lions no reparaba demasiado en Harriet y que solo estaba siendo un pícaro como lo era con cada mujer que se cruzaba en su camino.

—Señorita Kirtklard —dijo lord Lions, dirigiéndose a Harriet—, hacía tiempo que no la veía por Londres. ¿Cómo ha estado?

—Eh... yo... B-bien, su gracia —respondió Harriet con evidente nerviosismo—. M-mi madre retrasó un-nuestra llegada, aunque llegamos justo a tiempo para la bienvenida de mi querido primo.

—Gran fortuna entonces —comentó el duque a Harriet antes de volver su atención hacia Camille—. Y usted, lady Camille, cada día luce más radiante. Disfruté mucho el baile que compartimos hace algunas semanas.

—Gracias, lord Lions —respondió Camille sin saber qué más agregar. No solía relacionarse con hombres como el duque de Lions—. Yo... yo también lo disfruté. Es usted un gran buen bailarín.

Lord Lions siempre le había parecido un hombre muy atractivo y extremadamente peligroso, a partes iguales. Por supuesto, no del modo en que lo era Theo, quien, si bien era guapísimo y muy masculino, tenía un estilo ciertamente más sofisticado y menos aterrador. Por el contrario, el duque tenía un aura más salvaje que concordaba con su reputación de calavera y, cada vez que se encontraban en algún baile o reunión social, Camille tendía a volver a su natural introversión cuando él le hablaba.

—Me halaga, pero creo que sin duda exagera, milady. Si no, pregúntele a Emma. Estoy seguro de que le desagrada de sobremanera bailar conmigo —dijo el duque mirando desafiante a su amiga—. ¿No es así, querida Emma?

Su amiga parecía a punto de descuartizar a lord Lions con sus propias manos. Realmente algo extraño estaba sucediendo. Prestaría más atención la próxima vez que Emma le hablara del duque.

Tras unos segundos de tensión, durante los cuales Camille constató que su amiga parecía haberse estado conteniendo, la observó dispuesta a contestar finalmente a lord Lions con determinación.

—Diría que, en general, detesto bailar, su gracia. Cualquier persona que realmente me conoce lo sabe. Evidentemente no es su caso, así que no se dé tanta importancia.

—Tocado —respondió el duque mirando a Emma con una extraña intensidad, fingiendo con descaro estar apenado. Después, cambió completamente de actitud, se giró y miró hacia donde estaba Theo con la señorita Jane Dowthall—. Al parecer, nuestro querido lord Kirtklard ha quedado atrapado en compañía de la distinguida señorita Jane Dowthall.

—Seguramente mi madre y lady Sometwel lo han planeado —dijo Emma, como si no hubiera estado a punto de comenzar una discusión con ese hombre hacía tan solo unos segundos—. Son bastante cercanas.

—¿Creen que debería ir en su rescate? —preguntó el duque abiertamente.

—Eh... S-sí... —trató de contestar Harriet cuando Emma, aparentemente ignorándola, la interrumpió.

—Un buen amigo iría en su rescate —dijo Emma mirando al duque a los ojos de manera desafiante, según pudo percibir Camille—. ¿Lo es usted, lord Lions?

—Tocado y hundido, mi querida Emma —respondió enseguida lord Lions devolviéndole la

mirada a su amiga—. Bueno, creo que el deber me llama, entonces. Hasta pronto. Señoritas, milady.

Se despidió de las tres jóvenes con un único saludo de cabeza y luego desapareció, encaminándose hacia Theo y la señorita Jane Dowthall.



Una vez terminada la cena, la cual transcurrió con bastante tranquilidad, todos los invitados pasaron nuevamente al salón principal, el cual la madre del vizconde se había encargado de que luciera casi tan despampanante como uno de los salones del palacio real.

Theodore estaba junto a Emma, lady Camille y Stephan conversando acerca de la cena, cuando vio acercarse a su madre visiblemente entusiasmada.

—Camille querida, a tu madre y a mí se nos ha ocurrido que podrías tocar algo en el piano, quizás alguna de las melodías que tocaste aquí en una de tus visitas durante el invierno. Harriet podría acompañarte con el canto, estoy segura de que estará encantada.

—Lady Kirtklard, y-yo... —comenzó a decir lady Camille con un leve titubeo en la voz.

Theodore sabía que la joven detestaba hacer cosas en público, intentaba pasar siempre desapercibida. Simplemente no iba con su carácter, y le pareció que era oportuno interceder para frenar a su madre y que lady Camille no se sintiera presionada a hacerlo. Además, no lo hacía solo por ella. Sabía que su prima también detestaría la idea.

—Madre, creo que lady Camille preferiría no tocar, adem...

—Está bien, lord Kirtklard —lo interrumpió lady Camille, que parecía más recuperada—. Por supuesto que puedo tocar algo si usted me lo pide, lady Kirtklard, siempre que Harriet también esté de acuerdo, claro.

—¿Está segura de que quiere hacerlo? —le preguntó él en voz baja, ya que se encontraba cerca de ella en ese momento.

Pero su pregunta quedó enterrada por la intervención de su madre, que pareció no escucharlo.

—¡Maravilloso! Emma, ve a buscar a Harriet para que pueda hablar con Camille y se pongan de acuerdo con la canción que nos presentarán.

Luego de decir esto, su madre se retiró, seguida por Emma, quien parecía evidentemente fastidiada, dejando a Theo solo, junto a lady Camille y Stephan.

—No sabía que tocaba, milady. Creo que no he tenido el placer de escucharla —dijo Stephan dirigiéndose a lady Camille y mirándola con interés—. Estaré encantado de tener la oportunidad de hacerlo esta noche.

—Oh, no es algo que haga usualmente, ni tan bien como para hacerlo en público, su gracia. Pero sí, toco en mi casa a veces, o cuando visito a Emma. Supongo que esta será la primera vez que lo haga delante de tantas personas —señaló ella contrariada, según pudo notar Theodore en su rostro, el cual parecía tenso a pesar de la sonrisa forzada que intentaba desplegar.

—Como le dije, no es necesario que lo haga, lady Camille —le repitió Theodore—. Mi madre no tiene derecho a presionarla de esa manera. Hablaré nuevamente con ella si...

—Nadie me ha presionado, Theo —contestó ella interrumpiéndolo de nuevo, con una voz dulce. Al instante notó que sus mejillas comenzaban a sonrojarse. Nunca lo había llamado antes por su nombre de pila, o al menos no lo recordaba. A pesar de su relación cercana debido al

vínculo con Emma y sus familias, siempre se habían tratado con formalidad, por lo que no pudo evitar sentirse afectado, como si algo se inflara en su pecho al escucharla pronunciar el diminutivo de su nombre—. Yo soy la que ha aceptado. Además, es una ocasión especial.

Percibió cómo ella le sostenía la mirada; parecía haberse olvidado de la presencia de Stephan. Y, por unos segundos, él mismo se olvidó de su amigo y solo pudo concentrarse en los apacibles ojos de lady Camille, que lo observaban con detenimiento. Una súbita sensación de inquietud recorrió su cuerpo y enseguida vio cómo ella desviaba la mirada y se giraba para posar su vista en Stephan, quien parecía mirarla con fascinación.

—Me gustaría descubrir qué otras cosas desconozco de usted, lady Camille —dijo repentinamente Stephan, con su característico tono seductor—. Debo decir que cada vez me resulta usted más interesante.

Theodore se sintió de pronto incómodo y lanzó una mirada de desaprobación hacia su amigo. Una tenue sensación de calor comenzó a ascender por su cuello, lo cual lo llevó a desviar la mirada. Luego, sintió una leve tensión en sus manos mientras las apretaba con disimulo, acomodando su postura e intentando mantener una expresión sosegada. Aunque sabía que Stephan acostumbraba a coquetear descaradamente con cualquier mujer que tuviera enfrente, le pareció que estaba siendo demasiado atrevido en esa ocasión. Apenas conocía a lady Camille, estaba seguro de que no habían cruzado más de una decena de palabras en todos estos años, por lo que no era adecuado que coqueteara con ella de forma tan directa, menos aún en su presencia. Como invitada en Kirtklard House y amiga cercana de la familia, lady Camille estaba ahí bajo su protección. Eso era lo único que lo hacía sentir intranquilo, no podía ser por nada más.

—Diría que nada, milord. Lord Kirtklard podría corroborar que soy bastante común. Tocar esta noche podría ser lo más espectacular que haya hecho en todos estos años.

Enseguida notó que ella se sonrojaba aún más que antes y se apresuró a contradecir sus palabras.

—Nunca se me ocurriría decir que usted es «común», lady Camille —dijo en un tono serio y más solemne de lo que esperaba.

Antes de que cualquiera pudiera volver a hablar, notó cómo su hermana se acercaba hacia ellos acompañada de Harriet. Una vez que estuvieron a su lado, intercambiaron rápidos saludos y se retiraron a los pocos segundos junto con lady Camille, seguramente para ir a preparar la presentación.

—No sabía que eras tan cercano a la dama... —señaló Stephan con evidente intriga—. Sinceramente, no había reparado demasiado en ella hasta esta noche. Siempre está al margen en los bailes, o en compañía de tu hermana. Aunque esta temporada la he visto bailar con varios caballeros. Incluso yo mismo bailé con ella hace algunas semanas, y no fingiré que no lo disfruté, a pesar de mi aversión a bailar con jóvenes en edad casadera.

—Es la mejor amiga de mi hermana Stephan, por supuesto que soy cercano a ella. Y te lo advierto de una vez, no te acerques a ella ni intentes seducirla —le dijo a Stephan con más dureza de la que había pretendido. Inmediatamente, su amigo lo miró con un inusual interés.

—Soy un caballero, Theo —señaló Stephan riéndose—. Bueno, en realidad no, pero soy tu amigo. Si la quieres para ti, es toda tuya. Aunque dicen los rumores que pronto se comprometerá con el bueno de Portman, así que, si te interesa, deberías apresurarte.

Sus ojos se abrieron de par en par, quedándose momentáneamente sin palabras y algo aturdido. No había querido dar una impresión equivocada a Stephan, quien, de seguro, había tergiversado su interés por lady Camille. Solo se preocupaba por ella como lo haría por Emma o por su prima Harriet. No había nada inusual en ello. Era una buena chica, además de alguien muy

importante para su hermana, y no deseaba verla expuesta a alguien como su amigo, por mucho que valorara su amistad con él.

—Por supuesto que no me interesa en ese sentido, Stephan —afirmó con convicción cuando logró recuperar el habla—. Es la mejor amiga de Emma. La conozco desde hace años, y ha sido una gran compañía para mi hermana y mi madre tras la pérdida de mi padre, por lo que, como comprenderás, la tengo en gran estima, y creo que nadie debería jugar con ella. Eso es todo. Y si Portman la está cortejando, me parece bien. Seguramente harán una estupenda pareja, así que mantén las distancias —dijo para concluir, aunque le resultaba difícil creerse a sí mismo en esto último.

Si bien no tenía nada en contra de sir Thomas Portman, creía que no era el tipo de hombre que encajaría mejor con ella. Aunque era una joven introvertida, en sus últimos encuentros había descubierto que también era bastante perspicaz, reflexiva y elocuente, así como una muy buena conversadora cuando entraba en confianza, y además poseía un carácter afable pero apasionado, mientras que sir Thomas... Bueno, ciertamente era un caballero de conducta intachable, pero no era, según su opinión, alguien de carácter fuerte. Le costaba imaginarse a lady Camille en la tranquila y sosegada vida que sir Thomas le ofrecería. La apagaría, y ella no merecía ser apagada. Merecía brillar, reírse, ser desafiada intelectualmente... Ser deseada. Theodore reprimió de golpe ese último pensamiento.

No, realmente el tema no era de su incumbencia. Estaba seguro de que, en otro momento, el posible cortejo de lady Camille y sir Thomas no le hubiera interesado más allá de alegrarse por ella. Así que decidió que se mantendría al margen del tema.

—Está bien, me ha quedado claro —señaló Stephan devolviendo a Theodore al presente—. Solo tenías que pedírmelo, por supuesto. Dejaré en paz a la encantadora lady Camille si tanto te interesa su bienestar.

Luego de eso siguieron conversando sobre otros temas, y al cabo de unos minutos su madre hizo pasar a todos los invitados al salón de música. Los empleados se habían encargado de prepararlo y dejarlo en perfectas condiciones de manera impresionantemente veloz. Theodore se sentó al lado de la señorita Jane Dowthall, que parecía ser el único lugar que quedaba vacío cuando entró al salón junto con Stephan, y su amigo se sentó a su otro lado.

A continuación, su madre hizo las presentaciones oportunas de lady Camille y Harriet, quienes comenzaron enseguida a tocar.



Camille sentía que iba a explotar de los nervios. Sin embargo, agradeció todo lo que había alcanzado a practicar los días previos al evento porque sus dedos parecían moverse por sí solos por el piano. Imaginaba que eran los años de práctica y la memoria muscular, y por primera vez en semanas, agradeció mentalmente a su madre por su insistencia en que practicara al menos dos veces por semana desde que era pequeña.

El piano de lady Kirtklard estaba colocado en diagonal al público, por lo que no tenía que ver a todas las personas que la observaban. Cuando había aceptado tocar, la inundó una sensación de seguridad que pocas veces había experimentado, pero no había durado demasiado. De repente, miró a Harriet, quien parecía estar visiblemente más nerviosa que ella. Al estar cantando,

llamaba mucho más la atención, y sabía que, al igual que ella, a Harriet tampoco le agradaba ser el centro de atención.

El tiempo avanzaba con lentitud. Después de un rato, divisó a Theo, quien estaba sentado con la señorita Dowthall en la segunda fila. Estaba segura de que, si Theo cambiara de opinión, ambos harían una excelente pareja. Necesitaba convencerse de que él nunca sería para ella... Jane Dowthall sería una gran vizcondesa; tenía el carácter que se necesitaba para desempeñar ese papel, a diferencia de ella misma.

Al cabo de unos minutos, Harriet y ella terminaron la interpretación.

Camille se reunió de nuevo con Emma en el salón, donde conversaron durante un rato hasta que se sintió repentinamente cansada y, antes de tener que ver de nuevo a la señorita Dowthall riendo, abanicándose y azotando sus largas pestañas al lado de Theo, optó por buscar a su madre y darle a entender que se sentía mal y que necesitaba retirarse, lo cual no estaba tan alejado de la realidad en aquel momento.

CAPÍTULO 7

KIRTKLARD HOUSE. LONDRES, 1821.



Compases de acercamiento

Había transcurrido más de una semana desde la cena de bienvenida de Theo en Kirtklard House, y Camille se encontraba visitando a Emma, ya que ambas saldrían de compras esa mañana.

Durante esos días, Camille se había dedicado principalmente a acompañar a su padre, debido a que su salud parecía empeorar cada día. No se había levantado de la cama, y el doctor se mostraba reservado respecto a la enfermedad que lo aquejaba, dándoles a su madre y a ella muy poca información sobre su condición.

En cuanto al cortejo de sir Thomas, todo parecía avanzar de forma favorable. Este seguía visitándola con regularidad y, ahora sí, había comenzado a mostrar un interés más directo hacia ella. Le había hablado sobre su familia, su matrimonio anterior y también acerca de temas relativos a la administración de sus propiedades y los proyectos que tenía para estas, lo que la llevó a pensar en que pronto podría realizarle una propuesta formal. Y, si bien era algo que llevaba ya tiempo esperando, no la hacía sentir tan tranquila ni tan segura como hubiese deseado.

A Theo también lo había visto en dos o tres ocasiones, aunque de manera casual. Se habían encontrado en Kirtklard House cuando había ido a tomar el té con su hermana unos días después de la cena, y luego en la ópera, donde habían compartido el mismo palco junto con Emma, lady Kirtklard, Harriet y lord William Stirling, conde de Highcliff, que era un amigo de Theo que estaba de visita en la ciudad. Sin embargo, no habían conversado más allá de algunos breves intercambios, y su relación parecía ser la de siempre, cordial, aunque tal vez un poco más amistosa y cercana que antes de la partida de Theo al continente.

Camille volvió a centrarse en Emma, la cual parecía bastante molesta mientras le hablaba acerca de cómo su madre le había sugerido considerar como posible pretendiente a lord Sutton, con quien su amiga había intercambiado algunas palabras en la ópera. Ambas se encontraban conversando en uno de los salones privados de la segunda planta, un área reservada solo para los miembros de la familia Kirtklard y unos pocos amigos cercanos.

Camille recordaba la primera vez que había sido invitada allí por lady Kirtklard. Fue cuando faltaba poco para terminar su primera temporada. Emma había recibido y rechazado su primera proposición matrimonial, por lo que buscaba compañía para sobrellevar los sermones de su madre y, desde entonces, Camille se había convertido en una visitante recurrente. Caminaba por

el ala familiar de Kirtklard House como si estuviera en su propia casa, y lady Kirtklard la trataba como si fuera una hija más

Recordaba una conversación que había mantenido con lady Kirtklard una tarde, poco después de que Emma se retirara a su habitación, unos días después de su llegada a Londres tras la muerte de lord Kirtklard. Camille no era una persona que destacara por tener una gran iniciativa para comenzar una conversación, pero al ver a lady Kirtklard tan afligida después de que Emma se retirara a descansar, decidió acercarse a ella antes de despedirse y le preguntó cómo se sentía. Para su sorpresa, la vizcondesa comenzó a llorar.

Al principio, Camille no supo qué hacer. No sabía cómo responder ante aquella situación, ya que nunca había pasado por un momento como ese, ni siquiera con su propia madre, con quien, aunque la amaba, nunca había logrado tener una conexión afectiva tan estrecha. Entonces, hizo lo único que se le ocurrió: se sentó a su lado y tomó tímidamente las manos de lady Kirtklard entre las suyas, en silencio. Después de unos minutos, la vizcondesa logró reponerse y respondió a su pregunta sin profundizar con detalles, sonriéndole con gratitud.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Emma, sacándola de sus recuerdos—. Debe de ser algo interesante porque no has escuchado nada de lo que te he comentado sobre Harriet.

—Oh, disculpa, Em —se apresuró a decir—. Solo estaba recordando algo. ¿Qué pasó con Harriet?

—Creo que está interesada en el duque de Lions —afirmó Emma, con una extraña entonación que Camille no logró descifrar, mientras continuaba mirando la hoja que sostenía entre sus manos.

—¿En lord Lions? —preguntó fingiendo sorpresa, aunque ella había notado lo mismo la noche de la cena de bienvenida de Theo. Sin embargo, había preferido no declararlo abiertamente—. ¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura, Camille —dijo Emma, con evidente irritación—. Llevo minutos hablándote de ello —añadió su amiga, para luego hacer una pausa y respirar profundamente antes de proseguir—. Bueno, el punto es que creo que Harriet siente algo por él, y sinceramente me preocupa. Sabemos que es un calavera consumado y un libertino de la peor clase, no entiendo cómo mi prima, que suele ser tan sensata, puede estar interesada en él.

—Bueno, en realidad no es tan extraño que Harriet esté interesada en él. Lord Lions es, definitivamente, muy atractivo y, además de ser un duque, es descaradamente seductor. Eso sin mencionar que posee una gran fortuna.

Observó como Emma abría los ojos y se giraba de golpe para mirarla, con una expresión estupefacta en el rostro.

—No sabía que lo tenías en tan alta consideración... —dijo Emma con un tono de duda, dejando de lado la hoja que tenía entre las manos—. Por favor, no me digas que tú también te sientes atraída por él. Es un cínico, y un sinvergüenza. Por muy amigo que sea de mi hermano, no es un hombre con el que ninguna mujer debería considerar casarse nunca. Ni tú, ni Harriet, ni nadie.

Camille no pudo contener la carcajada que salió de su boca, por lo que tuvo que llevar una de sus manos hasta sus labios para cubrirlos.

—¡Oh, no! Tranquila, Em —dijo recobrando la compostura, aún divertida con la reacción de su amiga—. Lord Lions no es de mi interés, te lo aseguro. Y no te preocupes, dudo que el interés de Harriet sea correspondido por el duque.

Notó cómo Emma parecía relajarse y asentir luego de su último comentario. Si su amiga supiera que su interés tenía el nombre y el rostro de su hermano, no lo creería. De pronto

comenzó a sentir un leve sentimiento de culpa.

—Además —comenzó a decir nuevamente para tranquilizar a su amiga—, aunque fuera de mi interés, que no lo es, como acabo de aclararte, tampoco creo que yo pudiera interesarle a él, incluso si me propusiera conquistarlo.

—Creo que te equivocas —le señaló Emma con bastante convicción—. Y no lo digo solo porque seas mi mejor amiga y te adore. Eres preciosa, tanto por dentro como por fuera. Eres extremadamente inteligente, ingeniosa, amable y paciente, cualidad que sin duda es muy valorada, aunque solo lo sepa porque yo misma carezca de ella —añadió su amiga sonriéndole. Después tomó una de sus manos entre las suyas—. Creo que cualquier hombre con dos ojos y un poco de inteligencia, debería haberse dado cuenta ya de que serías una esposa espectacular.

Camille supo que tenía los ojos humedecidos en el mismo instante en que Emma terminó de hablar. Su amiga siempre había visto más en ella, que ella misma. Se sentía afligida y notaba un dolor punzante en el pecho. Desearía tener la seguridad que Emma le transmitía, pero si de algo estaba segura, era de lo feliz que se sentía por poseer la fortuna de tenerla en su vida.

—Gracias —le respondió, sin tener más palabras que decir.

Ambas se mantuvieron en silencio, aún tomadas de las manos, y luego Camille retomó la conversación que habían dejado pendiente.

—Volviendo a lo que estábamos hablando, creo que no deberías preocuparte. Harriet no es su tipo y creo que, aunque esté interesada en el duque, ella también lo sabe. Sería más probable que lord Lions se fijara en ti antes que en ella.

—¿Qué dices? ¡Estás loca! —exclamó Emma exaltada, soltándose de su mano mientras movía las suyas en el aire—. Por supuesto que Stephan Walker no se fijaría en mí. Además, a mí no me podría interesar nunca de ese modo, sabes que aborrezco a los hombres como él.

—Creo que te equivocas —insistió Camille—. Pero bueno, si no te interesa, entonces da igual. No deberías preocuparte por él.

—¡No me preocupo por él, me preocupo por Harriet! Ambas sabemos lo que un hombre como el duque es capaz de hacer, y mi prima es demasiado inocente... Si él notara su interés, podría comprometerla de algún modo —dijo Emma con evidente preocupación, parecía incluso algo perturbada.

—Emma, tranquila. Lord Lions podrá ser un sinvergüenza, pero es amigo de Theo, y no haría nada que comprometiera a Harriet ni arriesgara su amistad con tu hermano, estoy segura.

Observó el rostro de Emma, quien tenía el ceño fruncido y no parecía tan convencida como ella del honor de lord Lions. Decidió intentar hablar de otra cosa para evitar que su amiga se exasperara aún más.

—¿Cuándo partirán hacia Garden Hall?

—En tres días —respondió Emma sin prestarle demasiada atención—. Theo todavía tiene pendientes algunas reuniones más aquí, y luego partiremos. Además, mamá no quiere perderse el baile de pasado mañana por la noche, en casa de lord y lady Devonshire.

—No sabes cuánto te extrañaré —le confesó a su amiga—. Serán unas semanas eternas sin tu presencia, pero te escribiré, lo prometo.

—Y yo a ti, aunque tranquila, Harriet estará en Londres y pueden pasar tiempo juntas. Así podrás confirmar mis sospechas y aconsejarla un poco sobre el duque. Además, estoy segura de que sir Thomas te hará compañía a diario —dijo Emma mientras se llevaba un pastelillo a la boca, el cual terminó estrellándose en su vestido celeste—. ¡No puede ser! —exclamó mientras se levantaba—. Ahora tendré que ir a cambiarme antes de salir de compras.

—Ve tranquila. Si quieres, puedo esperarte en el jardín interior. Hace un día precioso —dijo

Camille mirando por la ventana hacia el amplio jardín de lady Kirtklard—, y estoy segura de que me vendrá bien tomar un poco de aire fresco mientras te espero.

—Está bien, no tardaré mucho.

Y así fue como Emma salió del salón privado hacia su cuarto y Camille se dirigió al jardín. Era un día soleado y un poco de aire fresco, como le había dicho a Emma, le vendría de maravilla.



Theodore estaba en su despacho cuando la vio. Llevaba toda la mañana revisando unos papeles que le había dejado su administrador el día anterior, hasta que decidió tomarse un descanso. Se había acercado hasta la ventana que daba al patio trasero, donde se encontraba el jardín interior de la mansión familiar, que era el mayor tesoro de su madre, para contemplar el paisaje y distraerse con el espléndido día soleado que había afuera, algo inusual para Londres en aquella época del año. Sin embargo, al mirar por la ventana, su vista se posó de inmediato en ella, en lady Camille. Caminaba de espaldas a la mansión, acercándose a la entrada del laberinto que había en el jardín. Llevaba puesto un simple pero bonito vestido de día de color lila que resaltaba increíblemente su silueta, la cual se movía al compás de sus pasos. De golpe, volvió a sentir la misma sensación eléctrica que lo había impulsado a seguirla la noche del baile de lady Campbell, cuando aún no sabía que era ella, y sin pensarlo demasiado salió del despacho en su búsqueda.

Estaba caminando a paso ligero cuando la divisó sentada en un banco, junto a la entrada del laberinto, una zona poco visible desde la mansión. Se encontraba mirando hacia un lado, y Theodore intentó caminar más despacio, ya que no quería romper el silencio que reinaba; además no sabía qué diría para justificar su presencia allí, a pesar de que se encontraban en su casa y de que ese era su jardín.

Cuando estuvo a solo unos pasos de distancia, procedió a hablar y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Creo que ha descubierto mi lugar favorito del jardín.

Lady Camille pareció dar un pequeño salto al escuchar su voz y levantó la vista hacia él mientras permanecía sentada donde la había encontrado.

—¡Lord Kirtklard! —exclamó la joven con evidente sorpresa. Theodore observó cómo el rostro de lady Camille se sonrojaba, como ya era costumbre cada vez que se encontraban a solas, y sus pecas parecieron iluminarse con la luz del sol. La vio entreabrir los labios, lo cual hizo que adoptara una expresión que a Theodore le pareció sumamente atractiva, y le provocó un nudo en la garganta—. Disculpe, pensé que estaba sola en el jardín. Estoy esperando a Emma, que ha ido a cambiarse para salir de compras, pero puedo esperarla adentro si desea estar solo.

—No es necesario —le aseguró él intentando sonar sereno, aún conmocionado por encontrarla tan atractiva—. De hecho, la vi desde la ventana de mi despacho y quise acercarme para saber cómo estaba. Emma comentó en el desayuno que su padre sigue enfermo —señaló, acercándose a ella para luego tomar asiento a su lado.

Si bien era cierto lo que había dicho, debía reconocer que no había sido esa la razón por la cual la había seguido hasta allí. La miró de reojo y, de un momento a otro, le pareció que estaba afligida. Tenía los labios apretados, había adoptado una postura tensa y levemente encorvada, y

parecía absorta en sus pensamientos, mirando hacia algo en la distancia.

—Sí, él... —comenzó a decir lady Camille, y Theodore notó de inmediato un titubeo en su voz—. En realidad, sigue más o menos igual —comentó con resignación—. Los médicos aún no saben con certeza qué es lo que le ocurre. No me dejan verlo desde ayer, solo mi madre puede entrar a hacerle compañía con un velo, ya que creen que puede ser algo contagioso. Realmente... he comenzado a sentirme más preocupada al respecto —terminó casi en un susurro.

—Seguro que en unos días comenzará a estar mejor, ya lo verá. Recuerdo que, cuando estuve en Chipre, pasé algunos días en cama con una especie de gripe. Hubo un día en el que no sabía si despertaría a la mañana siguiente, sentía un dolor en el cuerpo tan fuerte... Nunca había sentido un dolor así, incluso tuve algunos episodios de fiebre —le comentó para intentar distraerla.

Ella se giró para mirarlo y sus ojos se encontraron. Theo percibió de inmediato que tenía lagrimas contenidas en los ojos.

—¿Y qué ocurrió? —le preguntó lady Camille con un tono de voz preocupado.

—En realidad, no mucho. No podía permitirme morir allí —respondió intentando sonar divertido. Notó cómo ella reía ahora con la mirada, a pesar de que sus ojos seguían humedecidos—. Mi padre había fallecido recientemente y no podía concebir causar un nuevo dolor a mi madre y a Emma —añadió, adoptando un tono más serio—. Así que, me mentalicé de que tenía que recuperarme. A los pocos días, pude levantarme de la cama, aún con cierta dificultad, y, dos semanas después, logré continuar con mi viaje.

—Imagino que estar enfermo en un país que no es el suyo debe de ser una experiencia extraña. Sinceramente, si me pasara a mí, sentiría un gran temor.

—En realidad, fui muy bien atendido, pero, en efecto, no es lo mismo que aquí, donde los cuidados y el estar cerca de quienes uno ama, ayudan a que la recuperación sea más rápida.

—Espero que lo que dice sea cierto, milord —escuchó decir a lady Camille con un tono afligido mientras bajaba la mirada hacia sus manos, que reposaban en su vestido—. Espero... espero que mi padre se recupere pronto. No... no soportaría perderlo. Aunque no sea tan cercana a él como usted y Emma lo eran con lord Kirtklard, yo... yo lo quiero. No sé si sería tan fuerte como para enfrentar su pérdida.

Theodore reparó en que la voz de lady Camille parecía quebrada. Observó cómo sus manos comenzaban a moverse inquietamente sobre su regazo, y notó que intentaba controlar su respiración, como si estuviera luchando por mantener la calma. El nerviosismo en su rostro tampoco pasó desapercibido para él, y una sensación de preocupación lo invadió. Se sentía afectado al verla así.

Sin poder evitarlo, notó cómo su corazón latía un poco más rápido, como si el estado emocional de lady Camille hubiera afectado también al suyo. Apretó los puños de manera inconsciente, sintiendo una necesidad impulsiva de ayudarla, de hacer algo para aliviar su angustia. Instintivamente, puso una de sus manos sobre las de lady Camille, quien no llevaba guantes, y luego las tomó entre la suya. Ella levantó la mirada y sus ojos volvieron a encontrarse, esta vez a escasos centímetros de distancia. ¿En qué momento se habían acercado tanto? Cualquier respuesta que pudiera haber procesado en su mente, se esfumó rápidamente cuando sus labios comenzaron a moverse.

—Es usted fuerte, lady Camille —le señaló Theodore, absorto en su mirada—. Además, todos estaremos aquí si nos necesita; Emma, mi madre... yo. Yo también estaré aquí para usted. Nunca permitiríamos que pasase por algo así usted sola —añadió. Ella solo lo miraba, con sus ojos aun levemente humedecidos. Y Theodore sintió como un cosquilleo comenzaba a subir por su mano—. Pero no tiene de que preocuparse, sé que lord Donegall se recuperará, y todo estará

bien en unos días.

—Yo... —comenzó a decir lady Camille en un tono de voz apenas perceptible, mientras le seguía sosteniendo la mirada—. Gracias.

Theodore se percató de pronto de lo inapropiado, y a la vez apetecible, que le resultaba tenerla tan cerca, tan próxima que sus labios se encontraban a escasos centímetros de rozarse, tentándolo con una audacia que nunca antes había imaginado. Súbitamente, su mirada se posó en los labios de lady Camille, que eran de un hermoso tono entre el rosa y el rosa pálido, y que tenían un aspecto suave y sedoso. Se fijó en cómo se curvaban con delicadeza mientras permanecían entreabiertos, tan irresistibles que esa certeza lo golpeó sin previo aviso. Sus propios labios se resecaron y, por un momento, sintió que el tiempo se detenía y que el mundo entero se desvanecía a su alrededor.

Sus pensamientos se nublaron con una excitante confusión, y pudo sentir cómo su pulso se aceleraba ante la cercanía de ella. La suavidad de su aliento y el ritmo de su respiración eran casi hipnóticos, y Theodore se vio incapaz de apartarse. Sabía que aquello era incorrecto. No deberían estar tan cerca, tanto que sentía que, si se acercaba solo un poco más, rozaría sus labios y la besaría justo allí, en el jardín de su madre. No. ¿Que estaba sucediéndole? No tendría que estar pensando siquiera en besarla. Lady Camille era una joven inocente, era la mejor amiga de su hermana, y no podía permitirse verla de esa manera. Se sentía como un cretino por siquiera considerar la posibilidad de besarla, pero la atracción estaba allí, para su sorpresa, vibrante y palpable en cada fibra de su cuerpo.

Ella lo observaba con una mirada enigmática, una mezcla de sensaciones que Theodore no lograba descifrar por completo. En aquel instante, parecía una versión diferente de la joven que había conocido durante años, transformándose en una mujer ante sus ojos, irresistible en todos los sentidos. Pero, al mismo tiempo, él sabía que era ella, Camille. Lady Camille.

Su mente le susurraba que debía alejarse, que debía contener esos pensamientos inapropiados que emergían cada vez con más fuerza. Sin embargo, su cuerpo parecía negarse a obedecer las órdenes de su cabeza, y se había quedado anclado en aquel momento.

De repente, una voz familiar llamó a lady Camille y el hechizo se rompió. Era la voz de Emma. Ambos se separaron bruscamente. Ella se soltó de su mano y se puso de pie rápidamente, con una expresión de sorpresa y confusión dibujada en su rostro. Theodore se sintió abrumado por la mezcla de emociones que lo invadían; sin embargo, intentó adoptar una postura impasible y procedió a ponerse de pie.

—¡Emma! —exclamó lady Camille en voz alta, dirigiéndose hacia la entrada del laberinto—. ¡Emma, estoy aquí!

Theodore notó el nerviosismo en la voz de lady Camille. Era evidente que sabía lo que había estado a punto de suceder entre ellos, a pesar de que en realidad no hubiera ocurrido nada.

Él también se sentía nervioso. Una cosa era sentirse atraído por una joven dama y coquetear de manera inocente con ella, algo que había hecho innumerables veces en el pasado, y otra cosa, completamente diferente, era sentirse atraído y estar a punto de besar a la mejor amiga de su hermana, por quien nunca antes había sentido ningún interés particular. ¡Diablos! Había estado a punto de besarla y, lo que era peor, había deseado hacerlo.

La inesperada aparición de Emma había sido lo mejor que les podía haber pasado. Aquella situación era inconveniente desde cualquier punto de vista, no solo porque ella era una dama y él un caballero, sino también porque sus planes no incluían el matrimonio en ese momento, y odiaría que alguien se aprovechara de cualquier mujer de manera irresponsable. No podía permitirse besar a lady Camille sin ofrecerle un compromiso serio y, aunque le tenía aprecio y

valoraba la amistad que había surgido entre ellos desde su regreso, no estaba preparado para dar ese paso.

Estaba seguro de que lady Camille deseaba casarse, y él no era un cínico para ilusionarla con algo que no se sentía preparado para ofrecer. Eso sin contar con que, al parecer, ella estaba casi comprometida con sir Thomas, según lo que comentaban su madre y Emma. Sí, era mejor dejarlo así. La llegada de su hermana había sido, sin lugar a duda, lo mejor que podía haberles pasado a ambos.

—Camille, no te encontraba por ningún lado. Ya estoy listo... —su hermana se interrumpió, sorprendida al verlo— Theo, ¿qué haces aquí?

—Hasta donde puedo recordar, esta es mi casa, y este mi jardín, querida hermana —intentó responder Theodore con el tono más neutral que logró usar, mientras comenzaba a acercarse hacia donde estaban lady Camille y su hermana.

—Me refiero a qué haces aquí afuera, con Camille. Pensé que estabas en tu despacho, cómo últimamente no sales de ahí...

—Tu hermano me pilló merodeando y se quedó a hacerme compañía un rato —dijo lady Camille mirando a Emma, para luego volverse hacia él—. Ahora que Emma ha llegado, ya no es necesario aburrirlo con mi presencia, milord. Además —volvió a dirigirse a Emma sin esperar una respuesta por su parte—, parece que ya estamos listas para salir.

—¡Sí! Ya estoy lista. Disculpa la demora —añadió Emma, ignorando a su hermano—. Vamos, no quiero retrasarme más. Necesito conseguir algunas cosas para el viaje.

Y así, los tres caminaron en dirección a la mansión. Lady Camille y su hermana iban delante de él, conversando acerca de las tiendas que querían visitar.

Una vez dentro, Theodore se despidió de ambas y decidió regresar a su despacho para continuar con sus asuntos pendientes.

Era mejor así. Trató de ignorar la intensa conmoción que aún lo embargaba, porque sabía, con una certeza tan abrumadora que lo estremeció, que algo había cambiado irremediabilmente entre él y lady Camille, aunque no tuviera claro el qué.

CAPÍTULO 8

BOND STREET. LONDRES, 1821.



Escencia y deslumbramiento

Camille no sabía cómo sentirse y menos qué pensar respecto a lo que había sucedido con Theo en el jardín de lady Kirtklard hacía menos de una hora. No tendía a dudar de sus impresiones, pero juraría que habían estado a punto de besarse. No, era imposible. ¿Acaso se lo había imaginado? Sabía que, para Theo, ella no era más que la mejor amiga de Emma, y quizás también una especie de amiga para él mismo, dada la forma amistosa que había tomado su relación desde su regreso; o simplemente era alguien que le caía bien, pero nada más. Sin embargo, Camille no podía dejar de preguntarse qué había sido aquello.

Nunca había estado tan cerca de un hombre. Nunca había sentido la electricidad que recorrió su cuerpo cuando sus cabezas estuvieron tan cerca que no podía diferenciar su respiración de la de él. Y nunca, pero nunca, jamás, había sentido ese calor en las zonas de su cuerpo a las que solo ella tiene acceso y de las que nadie le había hablado. Sus mejillas se encendieron con un delicado rubor al recordar el cosquilleo que había sentido en su estómago, y sus manos comenzaron a temblar ligeramente.

—¡Camille! ¿Me estás prestando atención? —le dijo Emma, devolviéndola bruscamente a la realidad—. Parece que hoy estás en las nubes.

—Disculpa Em, solo... solo estaba pensando en mi padre. No es nada —mintió—. ¿A dónde vamos ahora?

Iban caminando por Bond Street, una de las calles de compras más populares de todo Londres, la cual estaba repleta de tiendas de moda, librerías y joyerías. Camille no podía creer cómo había estado absorta en sus pensamientos durante tanto tiempo, a pesar del bullicio que la rodeaba. La calle estaba abarrotada de jóvenes acompañadas por sus madres y doncellas que iban de una tienda a otra en busca del sombrero perfecto, o del vestido que al fin haría caer rendido a sus pies al caballero de sus sueños. Soltó una risita nerviosa y volvió a enfocarse en su amiga, quien rápidamente comenzó a responder a la pregunta que le había hecho hacía tan solo un momento.

—Vamos a la mercería, necesito comprar algunas cintas nuevas, y luego pasaremos por unos sombreros para usar en el campo. Ah, y unos botones para que me arreglen un vestido mientras estoy fuera.

—¿El azul que usaste hace dos semanas? —le preguntó Camille—. Me encantó cómo te

veías con él puesto.

—No, uno plateado que usé en mi tercera temporada. Seguro que lo recuerdas. Quiero darle una nueva vida y hacerle algunos cambios, ya que está bastante pasado de moda. Pero me encanta, y no quiero deshacerme de él.

—Sí, claro que lo recuerdo. ¡Es hermoso! Me parece una idea fantástica que le des una nueva vida. Y, en cuanto al viaje, ¿necesitas algo más? Te acompañaré a donde necesites ir, por supuesto, aunque no quiero llegar tarde a casa. Necesito ver cómo sigue mi padre y luego debo ir a la casa de Francesca. Le prometí a mi madre que esta vez la acompañaría.

—No te preocupes. Solo necesito que me acompañes a ver las cintas y los botones, luego puedes irte. Yo volveré a casa con mi doncella después de recoger los sombreros.

Así continuaron su recorrido, mientras Camille ayudaba a Emma con sus compras aún sumida en sus pensamientos.



Al día siguiente, Camille continuó dándole vueltas en su mente a su encuentro con Theo, cuestionándose si, tal vez, había habido algún cambio en la forma en la que él la veía. Una leve sensación de esperanza intentó abrirse paso en su corazón, pero rápidamente se esforzó en desecharla. No podía permitirse ilusionarse y desviarse de su objetivo. El compromiso con sir Thomas parecía cada vez más cercano, y seguía siendo, por el momento, su mejor y única alternativa.

Esa misma tarde, salió con sir Thomas, quien volvió a hablarle acerca de sus proyectos futuros. Y, aunque trataba de mostrarse entusiasta, Camille no podía evitar que su mente divagara hacia el encuentro en el jardín con Theo, que parecía dispuesto a no salir de su mente en ningún momento.

Por otra parte, la salud de su padre permanecía igual, y eso solo aumentaba la presión sobre ella.



Durante la tarde del siguiente día, Camille se encontraba en su cuarto, junto con su doncella, que había comenzado a arreglarla para el baile de esa noche, cuando sin previo aviso escuchó a su madre irrumpir en su habitación.

—Querida, el médico acaba de irse y cree que tu padre sigue bastante débil. Por lo tanto, no podré acompañarte al baile de lady Devonshire esta noche —le informó desde el umbral de la puerta.

—Pero ¿ha dicho algo más sobre qué es lo que le ocurre a papá? —preguntó a su madre, impaciente por la escasa información que le había dado—. Han pasado varios días y aún no tenemos una respuesta clara.

—No. Como ya te he dicho, el médico cree que es algún tipo de virus —explicó su madre

algo exasperada—. Sabes que no comprendo bien esas cosas Camille, pero no ha progresado como el médico esperaba, así que es mejor que me quede en casa esta noche y esté pendiente de él.

Sabía que su madre no amaba a su padre, al menos no de un modo romántico, pero siempre le había sido leal y había permanecido a su lado, apoyándolo de manera incondicional. Si bien ella tenía un carácter más fuerte que el de su padre, juntos habían construido una especie de alianza en la cual ambos se respetaban. Y, siendo honesta consigo misma, de algún modo, le agradaba la relación que mantenían y esperaba al menos conseguir algo similar para sí misma, si sir Thomas le proponía matrimonio. Era consciente de que en su vida el amor romántico no tendría cabida, pero la relación de sus padres no era un mal referente después de todo. En realidad, estaba bastante segura de que ella y sir Thomas podrían llegar a tener una buena relación, basada en el respeto mutuo, la comprensión e incluso la amistad, lo que la hacía sentir más tranquila.

—Madre —dijo Camille volviendo a dirigirse a su progenitora—, podría quedarme con usted y así pasar un rato con padre, cuidándolo. De verdad que no habría ninguna diferencia para mí si no voy al baile esta noche.

—¡Oh, no! De ninguna manera. Ya le he enviado una carta a Mary para pedirle que te acompañe, junto con Emma, y ser tu carabina. Estoy segura de que no tendrá inconveniente. Además, imagino que sir Thomas asistirá al baile, y ya va siendo hora de que se declare. Si tu padre estuviera bien, ya habría hablado con él hace días para hacer que aclare sus intenciones.

—¡Madre! —exclamó Camille—. No ha pasado nada inapropiado entre sir Thomas y yo. Además, es un hombre muy... —Se detuvo a pensar cómo seguir, porque, sinceramente, incluso ella misma creía que ya tendría que haberle propuesto matrimonio después del interés que había mostrado en esas últimas semanas—. Bueno, muy sosegado.

—Bueno, sosegado o no, se está demorando mucho. Acapara tu atención y no permite que otros pretendientes se acerquen.

—Creo que, si otros pretendientes se hubiesen interesado antes, ya lo hubiéramos notado madre, y no estaríamos en esta situación.

—No digas eso, querida. Eres un excelente partido. Lamentablemente, no todos los hombres en esta sociedad han sido capaces de darse cuenta.

Una inesperada sensación de calidez comenzó a extenderse por el pecho de Camille. Reconocía que, de alguna manera, aquel había sido uno de los mayores cumplidos que su madre le había hecho jamás. Tal vez ese elogio inesperado fue lo que le permitió relajar su postura y responder con mayor tranquilidad a su progenitora.

—Está bien, madre. Iré al baile esta noche. Estoy segura de que lady Kirtklard no tendrá ningún problema en llevarme con ella y ser mi carabina. Pero, por favor, si pasa algo importante con papá, hágamelo saber de inmediato.

Su madre asintió y procedió a retirarse, volviendo a dejarla en compañía de Ana, quien continuó preparándola para el baile.

Una vez que llegó la hora de salir de su cuarto, las dudas comenzaron a invadirla y, sin darse cuenta, procedió a morderse el labio inferior, absorta en sus pensamientos. No sabía si Theo las acompañaría. Sinceramente, no creía estar preparada para verlo, pero no tenía otra opción, así que se miró por última vez en el espejo, se retocó el cabello y se dispuso a bajar. Cuando iba por la mitad de las escaleras, escuchó a su madre hablando con alguien, y segundos después vio a Theodore al pie de la escalera. Casi se detuvo por la impresión que le generó verlo allí. En un instante, su corazón comenzó a latir con más fuerza de lo normal, y su respiración se volvió más rápida e irregular, mientras un cosquilleo comenzaba a recorrer su cuerpo desde sus

extremidades hasta el centro de su pecho. No era la primera vez que él iba a su casa o que la recogía para acompañarla junto con su familia a algún evento, sin embargo, ahora era distinto. No sabía por qué, pero lo era.

—Camille, lord Kirtklard ha sido tan amable de bajar del carruaje para saludar y preguntar sobre el estado de salud de tu padre; y también ha venido a buscarte hasta aquí, por supuesto —dijo su madre dirigiéndose a ella, que ya estaba llegando hasta el inicio de la escalera—. Le agradezco mucho su disposición para acompañar a Camille junto con lady Kirtklard, milord. Yo quería asistir, pero debo acompañar a mi esposo.

—No se preocupe, lady Donegall. Espero que lord Donegall se recupere pronto. Es todo un agrado, en nombre de mi madre, de mi hermana y mío, acompañar a lady Camille.

—Lord Kirtklard —dijo Camille con dificultad, saludándolo con una sencilla reverencia cuando estuvo frente a él.

—Lady Camille —dijo Theo mientras tomaba su mano enguantada y la besaba con apenas un suave contacto de sus labios—, luce hermosa esta noche.

De manera abrupta, la joven sintió como si su corazón se paralizara y su mano quedó suspendida en el aire cuanto él terminó de besarla. ¿Le había dicho que lucía hermosa? Podría jurar que nunca antes él le había hecho un cumplido tan directo acerca de su apariencia. Si bien Theo siempre era educado y encantador con ella, haciéndole algún que otro comentario favorable acerca del color de sus vestidos o de sus accesorios, estaba segura de que nunca le había escuchado decir algún comentario que diera a entender que la encontraba hermosa. Sus labios se resecaron sin explicación, y después de lo que le pareció una eternidad, logró posicionar su brazo a un costado de su cuerpo y responder.

—Gra-gracias.

—Camille, si ya estás lista, no hagas perder más tiempo a lord Kirtklard —dijo su madre con su habitual falta de sutileza—. Seguramente querrá salir de inmediato.

Luego de despedirse ambos de su madre, Theo le ofreció el brazo y caminaron juntos hacia la salida. Ninguno de los dos habló, y Camille sintió que una extraña tensión los envolvía, llevándola a adoptar una posición más erguida.

Al llegar al carruaje, saludó a lady Kirtklard y a Emma, quienes estaban esperándolos sentadas la una enfrente de la otra, por lo que no le quedó más remedio que sentarse frente a Theo. El trayecto fue corto y, durante el viaje, Emma habló acerca de las compras que habían realizado en su salida unos días atrás, y lady Kirtklard le preguntó por la salud de su padre.

Cuando ya estaban a punto de bajarse, lady Kirtklard comentó:

—Theo, creo que deberías bailar el primer baile con Camille. Es lo correcto, considerando que está bajo nuestra protección esta noche.

—Por supuesto —respondió él con un tono tan neutral que la descolocó.

¿Acaso nadie le preguntaría su opinión? O, al menos, si quería bailar con él. Al parecer no. Pagaría por entender lo que había pasado aquella mañana en el jardín entre ellos o, tan siquiera, por poder leer la mente de Theo. Cualquiera de las dos cosas le vendría bien en esos momentos.



Una vez en el salón de baile, Emma se fue del brazo de lord Frederick Beaumont, el marqués de

Whitestone, quien se había acercado a solicitarle un baile, y Theo y ella se quedaron a solas.

Camille no quería mirarlo a los ojos, mas, aun así, tendrían que bailar un vals. No sabía bien cómo actuar en su presencia y odiaba eso. En todos esos años, a pesar del amor que sentía, siempre había sido fácil ocultarlo y relacionarse con él con normalidad. Pero ahora, por algo que ni siquiera entendía, se sentía extraña en su presencia. ¡Cómo detestaba sentirse así! Antes de que pudiera continuar con su torbellino mental, Theo se dirigió a ella con solemnidad, ofreciéndole su brazo.

—Creo que este es nuestro baile, milady.

Ante su petición, Camille no tuvo más opción que unirse a él y caminar hacia la pista de baile.



Theodore sostenía a Camille por la cintura mientras bailaban el vals en el centro de la pista. Ya ni siquiera era capaz de pensar en ella como «lady Camille», en su mente simplemente había comenzado a llamarla por su nombre de pila, lo que lo hacía sentirse ofuscado consigo mismo.

Cuando la había visto bajar por las escaleras de White House, como llamaban a la casa de los marqueses de Donegall, no pudo evitar sentirse irremediamente cautivado por ella y, aun cuando intentó luchar con las reacciones de su cuerpo al verla, su pulso se había acelerado y su cuerpo endurecido, creándose una tensión insoportable en todo su cuerpo. Se veía tan hermosa envuelta en ese vestido celeste de satén que no había podido evitar decírselo cuando apenas se habían saludado, a pesar de que aún se sentía contrariado acerca de su atracción por ella y de lo inconveniente que esta resultaba. Había intentado no pensar en ella durante los últimos días, con cierto éxito. Sin embargo, al volver a verla, todos sus esfuerzos por ignorar lo ocurrido en el jardín de su madre se habían evaporado.

Pensó en disculparse por lo que casi había sucedido entre ellos, pero no le salían las palabras. Ni siquiera él mismo sabía qué había ocurrido con exactitud. Solo recordaba que en un momento estaban conversando, que ella parecía afligida y vulnerable, y al siguiente se encontraba mirándola, tan cerca que no podía pensar en otra cosa que no fuera besarla. Un extraño sentimiento se había apoderado de él, un sentimiento que debía detener.

Optó por mantener ese incómodo silencio, sabiendo que estaba siendo un cobarde por hacerlo y, minutos después, cuando ya pensaba que bailarían todo el vals callados, Camille demostró ser más valiente que él y comenzó a hablarle.

—Lady Devonshire parece haberse esmerado esta noche... —La escuchó decir con una voz suave y temblorosa.

Theodore enfocó de inmediato su mirada en los ojos de Camille y procedió a responder al comentario que ella había realizado.

—En efecto. Creo que la elección de la orquesta ha sido muy acertada. Lady Devonshire debe de sentirse satisfecha con ello, y estoy seguro de que alardeará durante semanas sobre el tema.

Vio que se dibujaba una tímida sonrisa en el rostro de Camille, y una leve opresión se instaló en su pecho.

—No lo dudo, milord. Lady Devonshire siempre ha disfrutado al vanagloriarse de sus logros,

aunque no puedo negar que, al menos esta vez, será con justa razón. La interpretación del piano y los violonchelos me parece exquisita.

—Si usted lo dice, no puedo sino creer en su palabra. Permítame decirle, lady Camille, que su destreza en el piano el día de la cena fue verdaderamente impresionante —mencionó Theodore con relación a la noche de su cena de bienvenida, recordando lo sorprendido y maravillado que se había sentido al escucharla.

—Creo que exagera, lord Kirtklard —le dijo Camille, bajando la mirada durante unos segundos—, pero le agradezco el cumplido.

Ella le sonrió con amabilidad y Theodore sintió que todo parecía volver a ser como siempre entre ellos.

Se percató de que había estado respirando de manera irregular y superficial en los últimos minutos; no obstante, y de manera súbita, el aire comenzó a fluir nuevamente con normalidad por sus pulmones.

Ambos permanecieron en silencio durante un momento, el cual, para su alivio, resultó significativamente menos incómodo. La observó mirar con sumo interés a las otras parejas que bailaban a su alrededor y, de pronto, ella volvió a posar su mirada en él con gran intensidad. Sus ojos se veían aterciopelados y sus pupilas estaban dilatadas.

—Creo que he bailado con usted más veces que con cualquier otro caballero.

Los ojos de Theodore procedieron a abrirse más de lo que hubiese querido, sorprendido por el comentario de Camille. Rápidamente intentó reponerse.

—¿Incluso con todo el tiempo que estuve fuera? —preguntó él, con tono de duda—. No estuve presente durante toda la temporada pasada, y parte de esta —le recordó.

—Sí, creo que incluso así —respondió Camille. La vio desviar sus ojos hacia arriba pensativa, y luego volvió a mirarlo—. Aunque, siendo sincera, no llevo la cuenta.

—Entonces no puedo más que sentirme halagado por ello —expresó él con solemnidad. Se sentía complacido, aun cuando no tenía explicación para ello.

Ella parecía pensativa de nuevo, y Theodore guardó silencio a la espera de que añadiera algún comentario más.

—En realidad —la escuchó decir—, esta es la temporada en la que más he bailado desde que debuté. Si tengo que ser sincera, lo he disfrutado mucho.

Una cálida y encantadora sonrisa iluminó el rostro de Camille y, sin poder evitarlo, él también sonrió, sintiéndose contagiado por la luminosidad de su expresión. Un impulso lo llevó a decir:

—Supongo que sir Thomas lleva ventaja este año. Espero contar con el tiempo necesario para no quedarme atrás —bromeó sin prestar demasiada atención a sus palabras. Notó cómo la joven lo observaba con una extraña expresión en el rostro. Su sonrisa se había desvanecido, dando lugar a una mirada enigmática que no logró descifrar.

Camille jamás había mencionado a sir Thomas en su presencia, y mucho menos el obvio interés que el barón tenía por ella. Por un instante, lamentó haber dicho algo al respecto.

Ella parpadeó repetidamente, mostrando un leve rubor en su rostro, pero su mirada ahora emanaba serenidad y un brillo especial apareció en sus ojos.

—Ciertamente, sir Thomas ha sido una excelente compañía esta temporada —dijo ella con una voz suave pero segura, haciéndolo sentir un ligero malestar en el pecho.

—Entonces, espero inclinar la balanza a mi favor una vez que regrese del campo —afirmó Theodore finalmente. A la mañana siguiente partiría a Garden Hall junto con Emma y su madre a pasar algunas semanas.

—Emma me comentó que partirán mañana a Garden Hall, imagino... —Camille se detuvo, parecía dudar si continuar o no con lo que estaba diciendo—. Bueno, imagino que no debe de ser fácil para usted volver, a pesar de que lo desee. Recuerdo que, en nuestra conversación en el parque, hace unas semanas, mencionó que deseaba volver allí. Sin embargo, creo que no debe ser sencillo regresar a un lugar tan lleno de recuerdos... Quizás me equivoque, en realidad no lo sé.

Ella desvió la mirada y su voz, que antes lo había sorprendido por su seguridad, ahora sonaba temblorosa y débil.

—Tiene razón, lady Camille. No es fácil, pero tengo que hacerlo. Quiero hacerlo —se corrigió, porque era la verdad—. Hay cosas que tengo que enfrentar, y volver allí es una de ellas.

—Disculpe, no quería tocar un tema tan personal. Yo...

—No tiene que disculparse —la interrumpió—. Me gusta hablar con usted, me resulta sencillo.

Y era cierto. Había hablado más con ella sobre cómo se sentía, en sus breves encuentros desde que regresó, que, con cualquier otra persona, lo que, por extraño que fuera, lo hacía sentir bien.

Tenía que reconocer que le había tomado por sorpresa que ella sacara el tema. Theodore había pensado en su regreso a Garden Hall desde hacía algunos días, cuando él y Emma acordaron con su madre la fecha en la que viajarían. Sabía lo complejo que sería regresar allí, pero en ningún momento pensó que alguien más pudiera ser consciente de ello. Ni sus amigos, ni su hermana, ni siquiera su madre, quien lo conocía muchísimo, le habían dicho nada al respecto.

—Garden Hall es el lugar donde se encuentran la mayoría de los recuerdos que tengo con mi padre, con mi familia en general, por supuesto, pero con él especialmente... —explicó—. Que mi padre muriera allí, hace que me sea más difícil estar allí sin él, sin salir a cabalgar juntos o a hacer las visitas a los arrendatarios de la zona. Normalmente lo acompañaba, y la verdad es que... es que no sé estar allí sin él —concluyó, sintiendo una mezcla de frustración y miedo.

—Creo... —Theodore notó que ella se detenía, parecía contrariada—. Nada, en realidad no he vivido lo que usted está pasando, milord —dijo finalmente Camille bajando la mirada—. No creo que lo que yo pueda decir le vaya a ayudar en algo.

En ese momento, Theodore pensó que daría lo que fuera por saber lo que ella quería decirle, por acceder a sus pensamientos, por conocer su alma. Y, sin dudar, le pidió:

—Deseo escucharlo. Por favor, prosiga.

Ella levantó la mirada y sus ojos se volvieron a encontrar. Lo miraba con cierta duda y un evidente nerviosismo, pero, al mismo tiempo, la sentía segura de lo que estaba a punto de decir.

—Simplemente, creo que aprenderá. Aprenderá a formar nuevos recuerdos, a vivir sin él. Aprenderá como lo ha venido haciendo desde que volvió, en donde no ha parado de adquirir todo lo necesario para convertirse en un gran vizconde. Y los recuerdos... Bueno, los recuerdos siempre serán suyos. Siempre podrá ir allí y recordarlo. Siempre podrá salir a cabalgar y sentir que está con usted, porque nadie podrá arrebatarse eso. Pero también aprenderá a vivir nuevos momentos con la certeza de que su padre seguirá en la distancia, acompañándolo en cada uno de ellos.

No podía apartar sus ojos de ella, simplemente no era capaz. Lucía majestuosa. Sabía que la música estaba a punto de terminar y que tendría que soltarla, pero no quería hacerlo. Era deslumbrante, y se sentía completamente contrariado entre lo que estaba sintiendo por ella, que no sabía realmente qué era: ¿interés?, ¿cariño?, ¿atracción?; y lo que sabía que tenía que hacer: alejarse y poner distancia.

No tuvo tiempo de responder a las palabras de Camille porque la música terminó de manera

abrupta, sorprendiéndolo. La soltó y sintió que un frío lo recorría. Luego le ofreció su brazo y se dirigieron juntos hacia el borde de la pista.

—La conduciré hasta donde está mi madre. Es mejor que espere con ella a su siguiente pareja —anunció Theodore con seriedad, aún sumido en sus pensamientos.

Observó cómo ella asentía con un rápido movimiento de cabeza mientras caminaban, y de pronto su cuerpo se detuvo. Sin soltarla, giró su cabeza hacia ella y las palabras comenzaron a salir de su boca.

—Gracias. Gracias por decirme lo que piensa.

Ella guardó silencio a su lado y ambos volvieron a ponerse en movimiento en busca de su madre. Después de algunos minutos, su mirada se cruzó a lo lejos con la de lady Sometwel y su hija, la señorita Jane Dowthall, quienes parecieron reconocerlo de inmediato y se dirigieron hacia ellos. ¡Diablos! Theodore soltó una especie de gruñido. No deseaba entablar otra conversación insustancial con la señorita Jane Dowthall, y mucho menos con su madre, especialmente después de la charla que había mantenido con Camille. No se sentía preparado, y no estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Ocurre algo, lord Kirtklard? —le preguntó Camille, quien con seguridad había escuchado su gruñido—. Le...

—¿Tiene comprometido el siguiente baile? —la interrumpió él de manera abrupta.

—Creo que no, aunque el próxim...

Sin esperar a escuchar su respuesta completa, Theodore la tomó de la mano y la llevó velozmente hacia un pasillo lateral. Era consciente de lo inapropiado que resultaba sacarla así del salón de baile, y cualquiera que los observara de cerca tendría serias objeciones en cuanto a su comportamiento, además de que podría comprometer la reputación de Camille con ese simple acto. Sin embargo, no pudo evitarlo.

CAPÍTULO 9

DEVON HOUSE. LONDRES, 1821.



Inevitables contratiempos

¿Qué diantres estaba haciendo Theo? En esos momentos conducía a Camille por un pasillo poco iluminado hacia quién sabe qué lugar. Ella se dejó guiar, sintiendo cómo él la sujetaba firmemente, y comprendió que no tenía muchas otras opciones. Protestar solo atraería miradas no deseadas de quienes se encontraban en el pasillo.

Su corazón latía con fuerza y rapidez, y sentía cómo el calor comenzaba a subir por sus mejillas. La mano de Theo le transmitía una extraña pero agradable sensación de seguridad, a pesar de lo insólito de las circunstancias en las que se encontraban.

Se detuvieron bruscamente detrás de una enorme estatua de la colección personal de lady Devonshire. Su cuerpo se tensó aún más, y cada latido de su corazón parecía resonar en sus oídos. El lugar estaba apenas iluminado, y el ambiente se volvía cada vez más íntimo lejos del bullicio del salón.

Camille se sentía confundida y llena de preguntas. ¿Por qué Theo la había sacado de aquella manera del salón de baile? ¿Qué habría motivado en él un acto tan impulsivo? Aquello no parecía propio de Theodore. Aunque la música seguía resonando en la distancia, parecía que todo a su alrededor se desvanecía mientras intentaba comprender la situación. Todo en su ser parecía estar en alerta, en especial cuando se encontró de frente, muy cerca, con los inquietantes ojos azules de Theo, que la miraban en la oscuridad. Le devolvió la mirada en busca de respuestas, pero, como era evidente que él no respondería a las preguntas que rondaban en su mente, decidió formularlas en voz alta.

—Lord Kirtklard, ¿qué está sucediendo? —le preguntó mientras intentaba recuperar el aliento—. ¿Por qué hemos salido así del salón?

—Discúlpeme, no debí haber actuado de esta manera. Ha sido completamente inapropiado, pero necesitaba escapar del salón o terminaría atrapado entre las garras de lady Sometwel y su hija, y le aseguro que, después de la cena del otro día, no estoy preparado para otra conversación con esa mujer.

Camille asintió, todavía confusa, y luego preguntó:

—¿Con lady Sometwel o con la señorita Jane Dowthall? Porque la señorita Dowthall me parece una joven encantadora —«e insípida», pensó Camille para sus adentros—, además de ser muy hermosa.

—Me refiero a lady Sometwel en particular —le informó Theo—. No dejó de resaltar todas las cualidades de su hija, quien, en efecto, es un prototipo de virtuosidad y perfección. Sin embargo, en este momento, no son la compañía con la que deseo estar.

Theo pronunció esas palabras mirándola con una intensidad que la dejó sin aliento. La cercanía entre ambos era palpable; sus rostros estaban a escasos centímetros de distancia y Camille podía sentir el calor de su aliento en su rostro. Era consciente de que, si alguien los sorprendía en esa posición, serían objeto de un escándalo y sus reputaciones se verían seriamente comprometidas, en especial la suya.

Ante la penetrante mirada de Theo, Camille sintió un cosquilleo en el estómago y su corazón comenzó a latir desbocado, incluso más que antes. Se esforzó por mantener la compostura y desviar la mirada, pero se encontró incapaz de apartar los ojos de él. Era como si Theo pudiera leer cada uno de sus pensamientos, y eso la inquietaba y la fascinaba a partes iguales. Tragó saliva con dificultad y se preguntó si él podría percibir lo acelerado que latía su corazón y lo nerviosa que se sentía en su presencia.

—Creo... creo que d-deberíamos volver a-al salón —le dijo con dificultad, cuando al fin logro desviar la mirada hacia un costado—. Yo...

—Sí, por supuesto. —Escuchó decir a Theo, al tiempo en que lo observaba dar un paso hacia atrás y poner distancia entre ellos.

Enseguida, Camille sintió como si una corriente de aire frío la envolviera. La repentina separación la hizo sentir sobrecogida y experimentar una extraña sensación de pérdida.

—Le reitero mis disculpas —expresó Theo con solemnidad—. La he incomodado, aun cuando no fue mi intención hacerlo.

Se veía tan serio, inexpresivo incluso, que por un momento le pareció como si fuese otro hombre.

—No, no es eso. Solo... —Camille hizo una pausa para reflexionar—. Es solo que me preocupa que alguien pueda vernos aquí. No quisiera que esto genere un malentendido. Además, algunas personas nos han visto salir juntos del salón tomados de la mano y... Bueno, considero que eso podría dar lugar a comentarios inadecuados.

—La entiendo perfectamente —respondió él, asintiendo con seriedad—. Es comprensible su aprensión. Debo admitir que no pensé en lo que hacía, ni en las consecuencias que podría acarrear para usted. Nunca fue mi intención ponerla en una situación que la comprometiera de alguna manera.

—Lo sé —dijo Camille con seguridad.

Ella lo sabía. A pesar de lo diferente que lucía en ese momento, y de su extraña conducta en sus últimos encuentros, conocía a Theodore Kirtklard lo suficiente como para tener la certeza de que era un hombre honorable, un auténtico caballero. Sabía que él nunca haría a propósito nada que la pusiera en una situación que comprometiera su buen nombre. Además, estaba segura de que ella no despertaría en él un sentimiento tan intenso y avasallador como para llevarlo a comportarse de un modo inapropiado con ella hasta llegar al punto de arruinar su reputación. Era doloroso aceptarlo, pero Camille era consciente de que ella no era la clase de mujer capaz de inspirar ese tipo de emociones en los hombres, y mucho menos en Theo.

—De igual modo, no creo que ocurra nada, milord —se apresuró en añadir—. La mayoría de la sociedad conoce mi amistad con Emma, por lo que nadie debería poner en duda la naturaleza de nuestra relación, siendo usted su hermano, ¿cierto? Es solo que no quisiera que ocurriera algún malentendido, especialmente ahora que...

Camille se detuvo de manera abrupta, quedando con la palabra en la boca. Cuando comenzó

a hablar tenía una idea clara en la mente, pero, de pronto, ponerla en palabras y decirle a él, especialmente a él, que creía que existía una gran posibilidad de que sir Thomas pidiera su mano en matrimonio, no era algo que la hiciera sentir cómoda.

—¿Ahora que está casi comprometida? —terminó Theo por ella de manera inexpresiva.

—Lord Kirtklard, yo...

—No tiene que explicarme nada—añadió él, cortando sus palabras. Su voz sonaba seria, incluso cortante—. No fue correcto utilizarla para escapar de lady Sometwel, por terrorífico que parezca quedar atrapado en una conversación con esa mujer. Ahora volverá al salón de baile y nos olvidaremos de esto. Yo la estaré observando desde aquí para asegurarme de que nada le ocurra en el trayecto.

Parecía como si él lo tuviera todo fríamente calculado y dispuesto en su mente, haciéndola sentir de pronto pequeña e insignificante. Abrió los labios para empezar a hablar, pero se detuvo. Quería gritar, porque ya no sabía cómo sentirse. Definitivamente, no sabía qué estaba pasando entre ellos. Nada se sentía igual, pero, a la vez, no había nada que le aclarara qué era lo que estaba ocurriendo. Él actuaba de manera extraña, parecía distinto con ella, como si... No. Era mejor eliminar esas ideas de su mente. Ideas que solo volverían a despertar esperanzas que ya había decidido enterrar. Se casaría con sir Thomas si él se lo proponía. Estaba decidido. Era lo mejor para ella y para su futuro. Eso era lo único que tenía claro en esos momentos, la única certeza con la que contaba, y no la dejaría ir por una ilusión.

—¿Iba a decir algo? —le preguntó Theo.

—No —respondió al fin con propiedad—. No pasa nada. Tiene razón. Es mejor que me vaya por mi cuenta, antes de que alguien nos encuentre aquí y malinterprete la situación. Buenas noches, lord Kirtklard.

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos más y, antes de retirarse, Camille realizó una rápida e inusual reverencia, para luego alejarse sin mirar atrás. Una contradicción de emociones la embargó: aún deseaba estar cerca de él, perderse en esos cautivadores y profundos ojos azules, pero sabía que lo mejor para sí misma era poner distancia. Así, mientras se alejaba, una sensación de tristeza y cierta melancolía la envolvió; no obstante, se aferró a la certeza de que había tomado la decisión correcta.



Una vez reincorporada en el salón, Camille se acercó a lady Kirtklard, quien, por suerte, no hizo ningún comentario respecto a su repentina desaparición del salón de baile. En ese momento, vio acercarse a sir Thomas hacia ellas. Realizó una rápida búsqueda con la mirada para ver si Theo ya había vuelto, pero no lo vio. Seguramente se había dirigido a la sala de caballeros, la cual resultaba un espacio ideal si un caballero quería escapar de una dama. Y en ese momento estaba segura, a pesar de dudar de casi todo lo demás, de que Theo deseaba mantenerse alejado de ella.

Ya en la pista de baile, sir Thomas se mostró apacible, como de costumbre, interesándose por la salud de su padre y por cómo había pasado su día. Era difícil mantener una conversación mientras bailaban una cuadrilla, por lo que apenas pudieron intercambiar un par de frases. Sin embargo, al terminar el baile, sir Thomas le preguntó si le gustaría ir a dar un paseo con él por el balcón, y ella aceptó.

Juntos se encaminaron hacia el balcón envueltos en una plácida y agradable conversación. Una vez allí, y luego de haber encontrado un lugar apropiado para conversar, sir Thomas le preguntó:

—Lady Camille, espero no sonar impertinente con lo que le voy a decir, pero ¿debería preocuparme por la atención que le brinda lord Kirtklard?

Sir Thomas parecía sereno después de formular la pregunta, mientras que ella casi se atraganta con la limonada que habían recogido de camino al balcón. Esperaba que él no se hubiera percatado del efecto que su pregunta había tenido en ella.

—¡Oh, no! Por supuesto que no, lord Kirtklard es solo un querido amigo para mí. Como un hermano en realidad —respondió con rapidez, haciendo un gran esfuerzo por que su voz sonara calmada y despreocupada—. Como usted sabe, Emma, la señorita Kirtklard, es mi amiga más querida, y su familia siempre se ha preocupado mucho por mí, lo cual aprecio enormemente. Pero le aseguro que no hay ningún interés romántico de parte de lord Kirtklard hacia mí.

—Debo decir que me alegra escuchar sus palabras. He notado cómo lord Kirtklard la mira y se le acerca desde que regresó, y no me gustaría interponerme si hay algo entre ustedes. La verdad es, lady Camille —señaló sir Thomas acercándose más a ella—, que usted realmente me interesa. Espero que lo haya notado en todo este tiempo que llevamos conociéndonos. Creo que es una dama excepcional, me siento cómodo en su compañía, y siento que podríamos llevarnos muy bien. Como usted sabe, ya estuve casado en el pasado, y fui muy feliz en mi matrimonio a pesar de la repentina muerte de mi esposa. Pero deseo volver a casarme y pienso que sería mejor hacerlo con alguien por quien sienta cierto afecto. Y creo que por usted he llegado a sentirlo sinceramente.

Aquel era el momento. Camille lo supo con una certeza abrumadora: sir Thomas iba a pedir su mano. Aunque había pensado miles de veces en que ese momento llegaría, y en cuál sería su respuesta cuando él pronunciara las palabras, se había quedado petrificada. Su corazón comenzó a latir con rapidez, y podía sentir cómo las palmas de sus manos se volvían húmedas y temblorosas.

Cerró los ojos por un instante, tratando de controlar la oleada de emociones que la invadía.

—Lady Camille Donegall —comenzó a decir sir Thomas mientras tomaba sus manos entre las suyas—, ¿me haría el honor de aceptar ser mi esposa?

Sabía lo que tenía que responder. No existía un futuro con Theo. En realidad, no tenía nada con él, y si no iba a ser él quien se lo propusiera, la oferta de sir Thomas era, con certeza, la mejor que recibiría nunca. Él la protegería y velaría por su seguridad, le daría un hogar, un apellido... Podrían formar una familia. Ya sabía que era un hombre respetuoso y honorable, alguien por quien podría desarrollar afecto con el tiempo. Quizás nunca llegara a amarlo, pero el amor no la mantendría cuando fuera una solterona. Y lo que él le estaba ofreciendo era mucho más de lo que pensaba que obtendría algún día, especialmente dada su falta de popularidad en el mercado matrimonial. Así que, cuando estuvo lista para dar el sí y cambiar por completo su vida, soltó un tenue suspiro y llevó la mirada hacia arriba un segundo para despedirse de todas las ilusiones que había albergado durante años.

—Sir Thomas, yo... yo estaría encant... —Se interrumpió de golpe cuando vio entrar en el balcón a Emma y Theo, quienes parecían algo agitados.

Inmediatamente soltó las manos de sir Thomas. No era adecuado que los encontraran así, a pesar de estar casi comprometidos. ¡Maldición! Ni siquiera había alcanzado a responderle.

Camille volvió a la realidad. Emma ya se encontraba a su lado, y Theo estaba terminando de saludar a sir Thomas. Sin esperar a que terminaran con los saludos, preguntó preocupada:

—Emma, ¿ha pasado algo?

—Camille... Tenemos que irnos de inmediato —le respondió su amiga con la voz entrecortada—. Madre ya ha pedido que prepararan el carruaje. Te estábamos buscando. Lady Donegall envió una nota donde pedía que te lleváramos a casa de inmediato. Al parecer, tu padre quiere verte.

En ese momento, su mundo comenzó a tambalearse. Algo iba mal, algo grave debía de haber sucedido para que su madre la enviara a buscar así, en medio de un baile. No era propio de su progenitora. Una repentina sensación de inquietud se apoderó de su cuerpo. Sus manos comenzaron a temblar, un nudo se instaló en su garganta y sintió una sensación de humedad creciente en los ojos.

—Tenemos que irnos ahora mismo —dijo con la voz temblorosa.

Antes de ponerse en marcha, recordó que sir Thomas también estaba allí, por lo que se giró hacia él. No le había dado una respuesta, aunque, ciertamente, tampoco era el momento de hacerlo. Sin embargo, tenía que decirle algo.

—Sir Thomas, lo siento mucho. Espero que podamos retomar la conversación mañana o en otro momento, si le parece bien.

Hizo una rápida reverencia para despedirse sin detenerse a esperar su respuesta, y se dispuso a abandonar el balcón. Todos parecían estar en silencio, lo que la hizo sentirse extraña e incómoda.

—No se preocupe, lady Camille —dijo sir Thomas con su característica amabilidad—. Retomaremos nuestra conversación otro día, cuando su padre ya esté recuperado. Si gusta, puedo seguirlos en mi carruaje para asegurarme de que todo esté bien.

—No es necesario, Portman —contestó rápidamente Theo, con un tono de voz extraño en él, bastante más autoritario que el que solía usar habitualmente—. Yo y mi familia escoltaremos a lady Camille hasta su residencia y nos cercioraremos de que todo esté bien. Puede seguir disfrutando de la velada, buenas noches.

Antes de que alguien pudiera decir algo más, Camille tomó del brazo a Emma y ambas salieron raudas hacia el interior del salón, con Theo siguiéndolas unos pasos por detrás. Si no hubiera estado tan preocupada, habría intervenido en favor de sir Portman. Theo no tenía ningún derecho a tomar su palabra. Sin embargo, no tenía ni la energía ni el tiempo necesarios para decir o hacer algo en esos momentos.



Camille se mantuvo en silencio durante gran parte del viaje. ¿Qué podría haber pasado para que su padre quisiera verla de un momento para otro? Bueno, lo sabría en unos minutos, en cuanto llegara a su casa.

Una vez que la puerta del carruaje se abrió, Camille esperó a que Theo descendiera primero. Luego, él le ofreció su mano para ayudarla a bajar, la cual ella apenas rozó, saltando prácticamente del carruaje, abrumada por las emociones que la inundaban en ese momento. Sin tiempo que perder, caminó con paso firme hacia la entrada de su casa, sin darse cuenta de que Emma, lady Kirkland y Theo la seguían.

En el vestíbulo, una vez dentro, su madre los recibió.

—Madre, ¿qué ha pasado? ¿Cómo está padre? —preguntó, aún agitada.

—Lord Kirtklard —saludó su madre a Theo, ignorando las preguntas que Camille le había hecho—. Mary, querida. Lamento haberlos hecho venir de esta manera, pero mi esposo insistió en que llamara a Camille porque deseaba hablar con ella. Yo traté...

—Descuide, lady Donegall. —Escuchó decir a Theo interrumpiendo a su madre, algo que Camille agradeció.

—Madre, por favor, quiero ver a padre de inmediato. —Camille tuvo que hablar en un tono más fuerte para que su madre finalmente se volteara hacia ella—. Está en su habitación, ¿cierto?

—Sí, por supuesto, ve. El doctor se fue hace un rato. Me dijo que sigue igual. Lamentablemente, su estado no ha mejorado y cree que es mejor que evitemos estar cerca de él. Aún piensa que puede ser algo contagioso, por lo que tendrás que usar un velo para poder verlo, querida.

—Está bien —respondió con rapidez. Luego se dispuso a retirarse sin prestar atención a lo que su madre estaba diciendo a lady Kirtklard.

Cuando entró a la habitación de su padre, todo parecía estar sumido en una profunda oscuridad. Hacía varios días que no entraba allí por orden del doctor.

Mientras se acercaba, un vívido recuerdo apareció en su mente: una imagen de cuando era pequeña y su padre la invitaba, de manera esporádica, a entrar y pasar tiempo juntos. Allí compartían horas, a veces leyendo alguno de sus libros de historia y otras veces en silencio, simplemente disfrutando de la compañía mutua.

Una oleada de nostalgia la invadió al conectar con aquel recuerdo, pero decidió dejarlo de lado y se acercó cautelosamente a la cama de su padre. La vela, solitaria en su posición, apenas iluminaba el rostro en reposo de su progenitor. Con pasos suaves y una mezcla de tristeza y temor, Camille llegó a su lado, sintiendo el latido acelerado de su corazón mientras se sentaba en la silla que estaba a un costado de la cama y luego tomaba la mano cálida de su padre entre las suyas.

Quería mucho a su padre, quizá no eran tan cercanos como ella hubiese deseado, pero sabía que él también la quería y, por encima de todo, sabía que se interesaba por su bienestar. Si no hubiera sido por su consideración, seguramente ahora estaría casada con un hombre que le duplicara la edad. Él había decidido ignorar incluso los alegatos de su madre, quien quería casarla de cualquier manera con el marqués de Sussex, pero su padre se había opuesto al compromiso después de consultarlo con Camille. Nunca se sentiría tan agradecida con él como ese día.

Su padre era un hombre cálido, de carácter tranquilo, y tenía una personalidad más bien introvertida. Nunca entendería cómo había llegado a casarse con su madre, quien nunca podía estar más de dos minutos callada o sin alardear de todo lo que pasaba a su alrededor. Sin embargo, de algún modo, habían logrado construir un buen matrimonio y se complementaban mutuamente, a pesar de no amarse de manera romántica.

Camille estaba segura de que su padre se sentía cercano a ella. Recordaba que de niña pasaba mucho tiempo con él, y había sido gracias a él que había adquirido su amor por la lectura. Sin embargo, a medida que ella fue creciendo, y que su madre comenzó a llevarla de tienda en tienda para preparar su presentación en sociedad, su relación se fue distanciando. Solo se encontraban en el almuerzo o en la cena, donde su madre y sus hermanas acaparaban toda la conversación hablando de otras personas, mientras que ella y su padre se mantenían en silencio. Su carácter era más parecido al de él, y a Camille le gustaba que así fuera.

—Hija, aquí estás —escuchó decir a su padre con una voz muy débil—. Espero no haber

interrumpido tu velada.

Si no estuviera tan triste y preocupada, se habría reído con el comentario. Seguramente su padre nunca se imaginaría que sir Thomas había elegido justo esa noche para declarar sus intenciones.

—Padre, no se esfuerce, aquí estoy —le dijo inclinándose un poco más hacia él—. ¿Cómo se siente? ¿Le duele algo?

—Me he sentido mejor... ¿Cómo va el cortejo de Portman? Tu madre me ha comentado que aún... —se detuvo para toser. El sonido ronco de su garganta la estremeció—, que aún no te lo ha propuesto. Estoy preocupado, no quisiera... —Tosió nuevamente—. No quisiera que me ocurriera algo sin que tengas el respaldo de un marido que te proteja... Pe-pero tampoco querría que te casaras con alguien a quien no elijas con total libertad —terminó de decir con cierta dificultad.

—No tiene de qué preocuparse padre —respondió Camille mientras sentía cómo comenzaban a caer algunas lágrimas por sus mejillas—. Estoy segura de que sir Thomas me lo propondrá. Probablemente esté esperando a que usted se recupere para pedírselo formalmente —mintió. No había alcanzado a responder a la petición, por lo que consideraba mejor no anticiparse—. Y usted... usted estará recuperado para llevarme al altar, estoy segura de ello.

—Espero que así sea.

La voz de su padre parecía tan agotada que apenas lo escuchaba.

—Es probable que no podamos vernos en unos días, o quizá semanas —añadió él—. El doctor quiere probar un nuevo tratamiento, y considera que lo mejor es que no reciba visitas durante algunos días. —Su progenitor se detuvo nuevamente para toser—. Le pedí al abogado que dejara todo estipulado en caso de que algo me suceda, tanto para asegurar tu dote, como unos fondos para que tú y tu madre estén tranquilas en caso de que sir Thomas no pida tu mano.

—Padre, no se preocupe por eso ahora, estará todo bien —dijo sin poder contener más el llanto—. Yo... yo también estaré bien.

—No podría estar tranquilo si no me asegurara de tu futuro querida —señaló él. Ambos permanecieron en silencio. Camille se sentía incapaz de continuar hablando, las lágrimas se lo impedían, y su padre había cerrado los ojos de pronto.

Una vez pasado casi un minuto, retomó la palabra.

—Lamento mucho que los hombres de Londres no sean capaces de ver lo que yo veo, la maravillosa mujer en la que te has convertido. Sé que no... —Se detuvo nuevamente unos momentos, evidenciando de manera notoria que le faltaba el aire—. Sé que no he sido el padre más presente y cariñoso, pero te quiero, así como quiero a tus hermanas y a tu madre. Sin embargo, tú, Millie —así la llamaba su padre cariñosamente de pequeña—, siempre serás especial. Eres la más parecida a mí. Siempre me has comprendido mejor que el resto, y creo que yo soy quien te comprende mejor a ti.

Él apretó su mano débilmente, y se mantuvieron así durante algunos minutos, en silencio. No quería seguir haciéndolo hablar. Además, ella misma no se sentía capaz de hacerlo tampoco.

Dejó salir algunas lágrimas más, cargadas del temor y la tristeza que la embargaban y, al cabo de un rato, notó que su padre había vuelto a dormirse. Cuando se sintió lo suficientemente recompuesta como para salir, soltó con cuidado su mano y se dispuso a levantarse, para luego proceder a retirarse y dejarlo descansar.



Theodore notó inmediatamente cuándo Camille entró en el salón donde llevaba alrededor de media hora sentado en compañía de lady Donegall, sumido en una aburrida conversación después de que su madre y su hermana se hubiesen retirado a Kirtklard House para descansar, antes del viaje de la mañana siguiente. Había insistido en quedarse para informar a Camille personalmente de lo que habían decidido hacer con su madre y lady Donegall respecto a la situación de lord Donegall, y la necesidad de que Camille se mantuviera alejada de la residencia por un tiempo. Aunque, en realidad, lo único que deseaba era verla. Verla y comprobar cómo estaba. Comprendía su preocupación, él mismo la había sentido con su propio padre, y no podría haberse ido a casa tranquilo sin saber cómo se encontraba ella luego de la conversación con lord Donegall.

Cuando la vio entrar, notó de inmediato que había estado llorando. Tenía la cara colorada y los ojos hinchados. No recordaba haberla visto así antes. Por algún motivo, sintió dolor al verla en ese estado. Algo cerca de su garganta comenzó a arder, quemándolo por dentro.

—Madre, quería saber... lord Kirtklard —Camille se interrumpió en mitad de la frase, mientras se detenía en seco. Parecía bastante sorprendida de verlo allí—. Pensé que ya se habrían retirado.

—Camille, lord Kirtklard se ha quedado a esperar a que salieras para informarte de que mañana partirás junto a él, lady Kirtklard y Emma a Garden Hall. Se han ofrecido amablemente a invitarte a que los acompañes, para que cambies de aire mientras tu padre se recupera.

—Siempre y cuando usted lo desee, lady Camille —se apresuró a decir Theodore frente a la notoria consternación que vio en el rostro de ella—. Sé que mi madre, y Emma especialmente, estarán encantadas con su compañía.

—Yo... No sé qué responder... Es decir, gracias, pero no sé si lo mejor es alejarme de Londres en estos momentos. Padre aún está delicado, y quisiera estar cerca por si... —Sabía que ella no quería terminar esa frase y notó cómo sus ojos volvían a humedecerse—. Me gustaría estar cerca, eso es todo —concluyó ella finalmente, y Theo pudo percibir lo contrariada que, de seguro, se estaba sintiendo.

—Camille, tu padre tendrá que estar aislado, y no podrás verlo. El doctor fue muy claro con eso —dijo la madre de Camille—. Además, no puedes rechazar esta invitación. Siempre me dices que deseas pasar más tiempo al aire libre. En Garden Hall podrás aprovechar unas semanas disfrutando del campo. Por lo demás, lady Kirtklard está encantada de que vayas, y ya he solicitado al servicio que preparen tu equipaje. Saldrán mañana a primera hora, ¿no es así, lord Kirtklard? —finalizó mirando a Theo.

—Sí, por supuesto. No obstante, creo que debe ser lady Camille quien decida si desea acompañarnos —insistió Theodore. Comenzaba a sentirse irritado por la forma en la que lady Donegall ignoraba a Camille, invalidando sus preocupaciones y su voluntad.

—Por supuesto que lo desea —repuso lady Donegall, tomando nuevamente la palabra mientras que Camille parecía absorta en sus pensamientos—. ¿No es así, Camille?

—Yo... —comenzó a decir la joven. Theodore podía percibir la duda en sus ojos, pero todo quedó decidido cuando ella finalmente expresó: Por supuesto, estaré encantada de acompañarlos. Gracias por la invitación, lord Kirtklard —agradeció Camille dirigiéndose a él.

Theodore apreció en sus ojos lo agotada que estaba. Se veía tan vulnerable, que hubiera deseado acercarse y estrecharla entre sus brazos para decirle que todo estaría bien, pero sabía que era incorrecto y que era mejor desterrar esos pensamientos de su mente. En especial, ahora que iba a pasar unas semanas con ella en Garden Hall.

La idea de invitar a Camille había sido de su madre. Por supuesto, él había afirmado que era una idea fantástica al ver el entusiasmo de Emma y de lady Donegall. Sin embargo, en su interior, sabía que la idea era completamente opuesta a lo que había planeado. Había decidido ir a Garden Hall luego de tanto tiempo porque pensaba que ya era el momento de volver y enfrentar sus miedos y emociones, y también para alejarse de Camille y esa vorágine de sensaciones que su presencia había desatado desde su encuentro en el jardín.

—Partiremos mañana temprano, entonces —señaló Theodore en un intento de volver a la conversación y dar por zanjado el asunto. No había más que hacer—. Mandaré un carruaje a por sus cosas mañana a primera hora, y luego pasaremos por usted para partir temprano. Es un viaje largo. Ahora, si me disculpan, me retiraré. Espero que puedan descansar —terminó de decir y se dispuso a marcharse.

—Camille, ¿acompañarías a lord Kirtklard hasta la puerta? —solicitó lady Donegall a su hija, para luego voltearse hacia él—. Le agradezco todo lo que está haciendo por mi hija y por nuestra familia, lord Kirtklard.

—Por supuesto —escuchó responder a Camille, con un volumen de voz casi imperceptible.

—No es nada. Que descanse, lady Donegall —dijo Theo e hizo un rápido movimiento de cabeza hacia madre de Camille en señal de despedida.

Theodore y Camille se encaminaron en completo silencio hacia la salida. La tensión que se percibía en el ambiente era innegable, como si el silencio entre ellos fuese un canal para transmitir las emociones que no se atrevían a expresar con palabras.

Al llegar a la puerta principal, ambos se voltearon simultáneamente, quedando cara a cara. En ese instante, el tiempo pareció detenerse, y los ojos de Theodore se perdieron en la profundidad de la mirada de Camille.

—Lady Camille... —comenzó a decir Theodore— ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

Ella solo lo miró, guardando silencio durante varios segundos, hasta que finalmente comenzó a mover los labios para responder.

—¿Me... me abrazaría, lord Kirtklard? Por favor —suplicó Camille con voz rota.

Su cuerpo se tensó al escuchar la petición de Camille, al percibir el temblor en su voz. Theodore vio en sus ojos una intensa necesidad, así como una inquietante vulnerabilidad, lo que lo estremeció y le hizo sentir que nunca nadie lo había necesitado con tanta vehemencia. A él, a Theodore Kirtklard, no al vizconde de Kirtklard.

En ese preciso instante, su resolución comenzó a desvanecerse, a pesar de todas las razones que tenía en contra. Sintió un torbellino de emociones mientras su mente luchaba contra su corazón. Antes de que pudiera pensar más, sus brazos actuaron por voluntad propia y la abrazó.

CAPÍTULO 10

WHITE HOUSE, RESIDENCIA DE LOS MARQUESES DE DONEGALL. LONDRES, 1821.



Conexiones entrelazadas

Camille se despertó exhausta. Habían sucedido tantas cosas la noche anterior, que aún se sentía incapaz de procesarlas. Primero estaba el baile con Theo, el cual había disfrutado, aunque luego tuvieron ese extraño intercambio en el pasillo que la dejó aún más confundida que antes, si es que eso era posible. Después, recibió la tan esperada propuesta de matrimonio de sir Thomas, con la cual todavía no sabía cómo sentirse. Luego, la conversación que había mantenido con su padre, quien, muy a su pesar, parecía cada vez más débil y enfermo. Y, para culminar la noche, le había pedido un abrazo a Theo en medio del vestíbulo de su casa.

Aún no podía creer que hubiese hecho algo así, y menos aún que él hubiera accedido.

Cerró los ojos. Aún sentía el calor de los brazos de Theo envolviéndola con firmeza. Aquel abrazo había sido cálido y reconfortante, tan íntimo que, por un breve momento, todas sus preocupaciones parecieron desvanecerse. Sus brazos eran fuertes y, al estar entre ellos, Camille pudo percibir un aroma amaderado, una sutil mezcla de sándalo y vainilla que se entrelazaba con un toque de bergamota. Incluso ahora, varias horas después, podía sentir su perfume impregnado en ella.

Regresó de inmediato a la fría soledad de su cuarto. Sabía que debía levantarse temprano para vestirse y bajar a desayunar. Pronto partiría a Garden Hall, junto a Theo, Emma y lady Kirkklard. ¿Cómo lidiaría con todo eso? Una sensación de presión en el pecho se apoderó de ella.

Miró al techo, buscando un poco de paz. Siempre le había gustado el color; era de un tono lavanda suave y delicado, lo que daba a la habitación una sensación de serenidad y tranquilidad a esas horas de la madrugada. Pero, lo que realmente destacaba, eran los detalles tallados en relieve, que parecían cobrar vida con los primeros rayos del sol filtrándose por la ventana. Ramas retorcidas y hojas delicadas se entrelazaban en un patrón intrincado, como si la naturaleza hubiera decidido reclamar el control del techo.

En otras circunstancias, estaría feliz de pasar algunos días alejada de Londres. Probablemente, habría agradecido la invitación. Pero, en las circunstancias actuales, dejar allí a su padre enfermo y pasar varias semanas cerca de Theo, era algo que preferiría haber evitado.

Además, estaba el asunto de la propuesta. ¡La propuesta de sir Thomas!

No le había dado una respuesta y ahora se iba a ir de la ciudad sin una fecha clara de retorno. ¿Qué debería hacer? Debía dejarle una carta para que la esperara y no se preocupara por su

ausencia, eso era lo mínimo que le debía, especialmente después de qué él le hubiese propuesto matrimonio la noche anterior.

Aún era temprano, así que Camille se levantó abruptamente de la cama, sin esperar a que apareciera Ana, su doncella, y se sentó en el escritorio para comenzar a escribir la carta que le dejaría a sir Thomas explicándole las razones de su partida. No quería que él pensara que estaba huyendo o que no planeaba darle una respuesta a su petición, especialmente considerando la forma abrupta en que se habían separado la noche anterior.

Estimado sir Thomas Portman,

Le envío esta misiva para informarle de que me encuentro bien. En estos momentos me estoy preparando para viajar junto a mi querida amiga Emma y su familia...

Era mejor no mencionar directamente a Theo en la carta, sobre todo después de las impresiones que sir Thomas le había comentado la noche anterior acerca de su relación con el hermano de Emma.

...a Garden Hall, su residencia campestre, donde pasaré algunas semanas. La razón de este viaje es debido a que el médico ha recomendado un nuevo tratamiento para mi padre, y ha sugerido que permanezca tranquilo en casa, sin la presencia de demasiada gente en ella.

Lamento no haber podido concluir nuestra conversación la noche de ayer. Una vez que regrese a Londres, espero poder darle una respuesta. Estaré esperando con ansias nuestro próximo encuentro.

*Con afecto,
Lady Camille Donegall*

Tras doblar la carta, Camille esperó a Ana para que la ayudara a vestirse y le pidió que la entregara a uno de los lacayos para que le llegara a sir Thomas lo antes posible. Se decantó por un cómodo vestido de viaje azul y su cabello recogido. A pesar de que tenía el rostro un poco hinchado por haber llorado la noche anterior, y unas ligeras bolsas bajo los ojos, decidió no darle importancia.

Cuando ya estuvo lista, Camille bajó a desayunar con su madre. Aunque le doliera admitirlo, le agradaba la idea de pasar algunos días sin su constante presencia. La adoraba, pero se sentía irritada con ella la mayor parte del tiempo, especialmente desde que sus hermanas se habían casado y dejado la casa familiar, lo que hacía que centrara toda su atención en ella. En el momento de la despedida, su madre la abrazó con un afecto inusual y le deseó un buen viaje. Por razones lógicas, no pudo entrar a despedirse de su padre, pero le dejó una nota para que su madre se la leyera cuando tuviera oportunidad.

Una vez en el carruaje, entabló una interminable conversación con Emma y lady Kirtklard, mientras Theo iba montado a caballo delante. Según le había informado su amiga, había decidido hacer parte del viaje al aire libre para aprovechar el buen clima. Evitó pensar si aquello tenía alguna relación con el abrazo que le había pedido la noche anterior y se concentró de nuevo en la

conversación.

Durante el trayecto, apenas tuvo oportunidad de ver a Theo. Sin embargo, parecía que todo estaba en orden entre ellos, lo que la tranquilizó. Los últimos días habían sido confusos y extraños, por lo que deseaba que las semanas que iba a pasar en Garden Hall le sirvieran para reafirmar su decisión de casarse con sir Thomas, sin agregar más confusión a su mente. Sabía que, probablemente, vería poco a Theo, ya que él tenía muchas responsabilidades que atender después de tanto tiempo de ausencia, pero quizás era mejor así.

El viaje resultó sumamente agotador para todos. Al llegar a la casa campestre, el cansancio la invadió, por lo que se recostó un rato antes de bajar a cenar. Lady Kirtklard había dispuesto una magnífica habitación en el ala familiar para Camille, la cual contaba con un exquisito papel mural en tonos verdes y lilas, y una acogedora chimenea.

La cena transcurrió con tranquilidad y fue bastante informal. Después de un rato de charla, todos decidieron retirarse a sus habitaciones. Antes de despedirse, Emma le informó sobre las actividades al aire libre que tenía planeadas para el día siguiente, ante lo cual Camille solo pudo asentir y sonreírle con amabilidad. Sabía que su amiga intentaría distraerla de sus preocupaciones, aunque dudaba que diera resultado.

Ya acostada, Camille pensó en la conveniencia de contarle a Emma sobre su «casi compromiso». Sentía que le debía esa confidencia a su mejor amiga y, aunque sabía que sus opiniones podrían diferir, confiaba en que al final Emma se sentiría feliz por ella. De pronto se sintió inquieta. Sabía que, una vez que esas palabras salieran de su boca, sería algo irrevocable, una realidad y, a pesar de que ya estaba decidida a casarse con sir Thomas, una parte de su corazón aún necesitaba asimilar que Theo nunca sería la persona con la cual compartiría su vida. Era una tonta por seguir pensando en él, por dejarlo meterse en su mente y en su corazón, cuando era evidente que él no tenía ningún interés en ella.

Después de reflexionar durante un rato, finalmente logró acallar su mente y se sumió en un profundo sueño.



Luego de cinco largos días en los que había estado ocupado revisando los libros de contabilidad, visitando a algunos arrendatarios y manteniendo reuniones con el administrador de la propiedad, Theodore se encontraba dando un paseo a caballo cerca de la laguna estancada que se encontraba al oeste de la mansión, detrás de un pequeño bosque, bajando una colina que separaba la actual mansión principal de Garden Hall de la antigua casona de los Kirtklard.

Unos años antes de morir, sus abuelos habían construido la actual casa solariega de Garden Hall, la cual resultaba mucho más imponente que la antigua casona, y que se encontraba un poco más alejada de la laguna. La entrada estaba adornada con grandes pilares y contaba con dos alas inmensas: una destinada a la familia y sus amigos más cercanos, y otra exclusiva para invitados. Además, había dos salones de baile, tres comedores y alrededor de seis salas de estar, cada una con su propia ambientación. Había muchas habitaciones a las que Theo creía que nunca había entrado, y, según las cartas que había recibido de su madre el año anterior, esta había comenzado, con su autorización, una remodelación en el área del servicio.

Lo cierto era que, a pesar de que tenía muchos recuerdos en esa casa, especialmente de los

últimos años de vida de su padre, sentía un cariño especial por la antigua casona de los Kirtklard.

La antigua casona estaba ubicada justo frente a la laguna. Era considerablemente más pequeña, y se veía más deteriorada, a pesar de haber sido remodelada hacía pocos años. Sin embargo, tenía un significado especial para él. Cada vez que visitaban Garden Hall, su padre y él solían optar por pasar una o dos noches allí, solos, hablando durante horas sobre sus antepasados, en especial de su abuelo y su bisabuelo, así como sobre la propiedad misma y de cómo había pasado de generación en generación desde que su familia recibió el título nobiliario y la propiedad de manos del rey, como reconocimiento por sus servicios prestados a la corona. Simplemente le gustaba estar allí, sentarse junto al fuego en la antigua biblioteca, o en los bancos que se encontraban frente a la laguna, a las afueras de la casona, y conversar con su padre, escucharlo. Su voz era, sin duda, lo que más extrañaba de él.

El día después de su llegada a Garden Hall, Theo descubrió un cofre con cartas que este le había escrito mientras estudiaba en Eton, cuando era joven. Ver su letra y escuchar nuevamente en su mente su voz al leerlas, resultó estremecedor. Sin embargo, decidió no comentar este hallazgo con nadie, ni siquiera con su madre o Emma. Aunque confiaba en ellas, mantenerlo en secreto le permitía preservar esa conexión especial con el recuerdo de su difunto padre.

Avanzaba cuesta abajo para acercarse a la laguna, con el deseo de disfrutar unos momentos contemplando el paisaje y la tranquilidad del lugar, cuando divisó a lo lejos la silueta de una mujer arrodillada en la orilla, intentando tocar el agua. Al instante, se dio cuenta de que era Camille y dudó unos segundos sobre si acercarse o no. Había estado evitando encontrarse con la joven más allá de lo estrictamente necesario en los últimos días, al menos hasta que dejara de sentirse confundido respecto a ella.

Theodore se debatía en su interior. No sabía qué sentía, y esa incertidumbre le resultaba desesperante. Aunque era evidente su atracción por ella, y ya había aceptado que la sentía cada vez que la veía, no tenía claro qué significaba aquello. La cercanía que habían desarrollado desde su regreso a menudo lo confundía, y al mismo tiempo le generaba una cálida sensación de bienestar, llevándolo así a cuestionarse por completo su relación. Sabía, por los comentarios de su madre y Emma, que sir Thomas pediría la mano de Camille en cualquier momento. Sería un idiota si no lo hacía, y, por lo mismo, Theodore no quería interferir ni involucrarse, eso solo le causaría daño a ella en el proceso. Sin embargo, ya no podía encubrir la intensa y profunda conexión que había empezado a sentir hacia ella, ni la manera ineludible en que había comenzado a percibirla como una mujer.

Cuando estuvo a punto de agarrar las riendas del caballo para continuar su camino, sintió un fuerte impulso apoderarse de él, y, a pesar de los dictámenes de su mente, descendió por la colina hasta llegar a pocos metros de ella, para después bajarse del caballo y caminar en su dirección.

—Imagino que el agua aún está fría —dijo mientras se acercaba—. Debería tener cuidado, podría resfriarse.

—Me agrada el agua a esta temperatura —le respondió Camille mientras se incorporaba y se giraba hacia él. No parecía demasiado sorprendida por su presencia—. Además, supongo que, viviendo toda mi vida en Inglaterra, esperar lo contrario sería extraño.

Theodore no pudo evitar sonreír ante su comentario.

—En efecto.

Después de unos segundos en que ambos permanecieron en un sosegado silencio, mientras ella giraba la cabeza y miraba hacia el otro lado de la laguna se atrevió a preguntar:

—Lady Camille, ¿cómo se ha sentido desde que llegamos?

Ella volvió inmediatamente su vista hacia él y la posó en sus ojos. Se encontraban a una

escasa distancia. ¿En qué momento se habían acercado tanto? Su cuerpo se tensó, aunque permaneció en su posición.

—Bien, intento estar bien —respondió ella con un suspiro, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Su hermana se ha esmerado mucho en mantenerme ocupada.

—También puede no estarlo —se apresuró a decir Theodore sosteniéndole la mirada, al tiempo que vislumbrada nuevamente las pequeñas tonalidades verdosas en sus ojos—. Nadie la culparía si no se siente bien, si prefiere descansar o si no quiere participar en cada actividad que mi hermana ha organizado para usted. Espero que lo sepa.

—Lo sé, es que simplemente yo... —Camille suspiró, haciendo una pausa—. Son muchas cosas, pero estoy agradecida de estar aquí. Es posible que en casa estuviera más inquieta sin poder ver a mi padre, y no me sentiría con la energía suficiente para ir a ningún baile o evento. Al menos aquí puedo escapar, como ahora, y disfrutar de la soledad durante un rato.

—Entiendo... Lamento haber interrumpido su momento de soledad, lady Camille —se apresuró a decir Theodore—. Si lo desea, puedo marcharme y continuar mi camino. Sé lo que es necesitar estar solo a veces.

Ella lo miró con una extraña intensidad antes de responderle, haciéndolo sentir inquieto mientras notaba cómo su corazón cobraba impulso con cada latido y su respiración se volvía más irregular.

—En realidad... —comenzó a decir ella, mientras Theodore se daba cuenta de que estaba conteniendo la respiración—, me alegro de que esté aquí.

Fue lo único que le dijo, y, por unos breves instantes, tan solo se sostuvieron la mirada, permitiéndole a Theodore recuperar, aunque con cierta dificultad, el ritmo de su respiración. Se veía hermosa. Su cabello suelto le daba un aire más libre y juvenil y deseó poder tocárselo. Se fijó en que iba vestida con un sencillo vestido de paseo, que era de un fino algodón y parecía envolverla con una delicadeza encantadora. Rápidamente se obligó a reprimir los pensamientos indecorosos que comenzaron a aparecer en su mente, y se forzó a romper ese silencio que amenazaba con consumirlo.

—¿Cómo logró que Emma no se sumara a su paseo? No las he visto despegadas la una de la otra en todos estos días —señaló al tiempo que daba unos pasos en dirección hacia la laguna, poniendo distancia entre ellos.

—Su madre le estaba comentando que tenía la intención de organizar un baile con la gente del pueblo y algunos vecinos más adelante, así que aproveché que ambas estaban entretenidas y me escabullí. Usted sabe que adoro a su hermana, por supuesto, es mi amiga más querida; pero a veces puede ser algo absorbente, especialmente cuando está preocupada por algo, como lo ha estado por mí estos últimos días.

—Créame que lo sé. Quédese tranquila, le guardaré el secreto, aunque creo que no es realmente un secreto para la familia.

Rieron juntos durante unos instantes y Theodore se volvió hacia donde se encontraba ella, permitiendo que sus miradas se cruzaran de nuevo, aunque esta vez a una distancia prudente.

—No sabía que mi madre quería organizar un baile. Imagino que se le habrá ocurrido recientemente y, con seguridad, ya debe de tener todo planeado.

—No lo dudo. Lady Kirkklard es una fuerza de la naturaleza. Si se le ocurre montar un baile en menos de dos semanas, estoy segura de que lo hará y de que será fabuloso.

—Tendrá que reservarme un baile, en ese caso. Imagino que la suerte se ha puesto de mi lado y que tomaré ventaja sobre sir Thomas.

Theodore había dejado salir ese comentario sin pensarlo demasiado, como la mayoría de las

cosas que hacía últimamente en presencia de lady Camille. De un momento a otro, percibió que ella parecía incómoda, pues había desviado la mirada. Así pasaron unos momentos en silencio, y, cuando creyó que ella ya no le respondería, volvió a mirarlo, dispuesta a contestarle.

—Por supuesto que le reservaré un baile, milord. Además, no es que conozca a muchos otros caballeros de la zona —señaló ella con una voz melodiosa.

—Me sorprende, lady Camille —dijo Theodore, sintiéndose más relajado y fingiendo sentirse ofendido por su comentario—. Pensé que sería su primera opción por otros motivos.

—En realidad, usted siempre ha sido mi primera opción... como compañero de baile, quiero decir —rectificó nerviosa—. Baila muy bien, como ya se lo he mencionado antes, por supuesto. Además, ha sido de los pocos caballeros que ha bailado conmigo sin que fuera por obligación, lo cual le agradezco; así que, será un honor bailar con usted esa noche, si así lo desea.

—Lo desearé, se lo aseguro.

Cuando él terminó de pronunciar esas últimas palabras, observó cómo Camille se giraba hacia la laguna nuevamente, apartando sus ojos de los suyos. Theo se sintió algo confundido por cómo estaba avanzando la conversación, pero no pudo atender sus pensamientos por mucho tiempo, pues cometió el error de mirarla justo en el momento en el que el sol decidió posarse sobre ella, y quedó absorto en la imagen que se presentaba ante sus ojos.

—Luce usted encantadora —dijo Theodore, con una voz que, sin duda, dejaba entrever la turbación que había en sus pensamientos. No sabía bien cómo expresarse sin ser tan directo, pero quería hacerle saber que le parecía encantadora bajo el sol—. Quiero decir... su cabello... —se corrigió—. Me gusta como luce su cabello a la luz del sol. Creo que nunca había reparado en lo largo y brillante que lo tiene. Debería permitirse llevarlo suelto más a menudo. Al menos mientras estemos aquí en el campo.

—Con toda certeza, mi madre no estaría de acuerdo con que lo lleve así en público. Si supiera que me ha visto de esta forma, me regañaría durante días —respondió Camille, con una sonrisa tímida—. Pero sí, me agrada llevarlo suelto cuando puedo. No tengo muchas ocasiones para hacerlo, y estar aquí me ha dado la oportunidad, aunque estoy segura de que mi doncella no estará contenta cuando tenga que desenredarlo esta noche.

Instantáneamente, varias imágenes comenzaron a cruzar por la mente de Theodore al imaginar cómo sería la textura de su cabello, algo en lo que ya había pensado tan solo unos minutos atrás. ¿Sería suave y sedoso? ¿Se sentiría liviano y fino enredándose entre sus dedos, o, por el contrario, sería espeso y voluminoso?

—¿Lord Kirtklard? —dijo ella haciendo mención de su título para llamar su atención, desvaneciendo así las preguntas de la mente de Theo.

—Disculpe, estaba distraído —respondió con prontitud—. ¿Ha escrito durante su estadía aquí, lady Camille? Recuerdo que en una de nuestras conversaciones mencionó que le gustaba escribir.

—Eh, sí. Aunque no tanto como me habría gustado. Dejé varias de mis libretas de escritura en Londres, por lo que, con seguridad, me quedare sin hojas para seguir escribiendo muy pronto. —señaló mientras adoptaba una postura más relajada.

—¿No alcanzó a empacar libretas extra?

—En realidad, le dejé varias libretas a Berta, la hija de nuestra ama de llaves —relató ella mientras empezaba a moverse, caminando por el borde de la laguna—. Pasé algunas semanas enseñándole a escribir, a escondidas de mi madre por supuesto, y antes de viajar le pedí a Ana que le hiciera llegar un paquete con algunas de mis libretas como obsequio, con una nota donde le pedía que practicara durante mi ausencia.

Theodore, quien la observaba en la distancia, sintió cómo su pecho se llenaba de admiración. Camille era, sin lugar a duda, un cofre lleno de sorpresas para él, y no podía evitar sentirse impresionado con cada nueva faceta que descubría de su personalidad. No solo era amable y considerada, sino que también demostraba una gran capacidad para empatizar con los demás, dispuesta a compartir lo que tenía para ayudarlos. Lo cual era una característica poco común en las jóvenes de su misma edad y posición.

Theodore la siguió, manteniendo una distancia respetuosa entre ambos.

—¿Conoce la antigua casona de los Kirtklard, lady Camille?

Ella se giró hacia él, mostrando una expresión de confusión.

—Me refiero a si la ha visitado por dentro —aclaró él.

—Creo que no. Cuando vine por primera vez hace unos años, Emma y su madre me la mostraron, pero solo por fuera. Parece ser que las remodelaciones aún no habían concluido, y era peligroso entrar.

—¿Le gustaría acompañarme a dar un paseo por el interior?



Tras aceptar la oferta de Theo para visitar la casona, ambos caminaron hacia la entrada principal. Sin embargo, mientras avanzaban, Camille no podía dejar de pensar en su reciente conversación. Había sido agradable, pero, a pesar de ello, se sentía nuevamente vulnerable y confundida, así como también algo exaltada. No es que hubieran hablado de cosas inadecuadas, o que él o ella hubieran dicho algo indebido, simplemente no sabía cómo clasificar sus últimos encuentros.

Una vez dentro, se encaminaron primero hacia el salón principal, un lugar de ensueño que dejó a Camille sorprendida por su exquisita decoración, que mezclaba lo antiguo y lo moderno de una forma impresionante. Unas columnas talladas en madera de roble sostenían un techo abovedado, mientras que las paredes presentaban paneles también de madera adornados con detalles dorados. Unos amplios ventanales ofrecían una preciosa vista del campo y la laguna, y unas cortinas de terciopelo, de un tono rojizo oscuro, se abrían para permitir el paso de la luz natural. En el centro, una majestuosa chimenea de piedra añadía un toque acogedor. Los muebles, así como los enormes sofás tapizados en terciopelo y las sillas de cuero, terminaban de completar la majestuosidad del salón.

Después, Theo la condujo a través de un pasillo hacia el salón de baile de la antigua casona. Era un lugar elegante y espacioso. Las paredes estaban pintadas en un tono azul pálido, con molduras de yeso doradas que le añadían un toque de elegancia. El suelo de madera pulida estaba en perfectas condiciones y reflejaba ligeramente el brillo de sus zapatos mientras caminaban. Espejos dorados de pie en las paredes ayudaban a crear una sensación de espacio más amplio; y unos candelabros dorados, adornados con cristales colgaban de gruesas cadenas del mismo color, aportaban un toque de brillo al ambiente. Era fácil imaginarlo lleno de gente, música y risas.

Durante el recorrido por otras áreas de la casona, Theo compartió algunas historias de su familia y antepasados. Camille estaba absorta, observándolo mientras hablaba, riendo con las anécdotas sobre Emma cuando era pequeña, y escuchando con atención las leyendas de los primeros Kirtklard que Theo relataba con entusiasmo.

Volvió a la realidad al notar que Theo se había detenido frente a un cuadro de la galería en la

que se habían adentrado unos minutos atrás. Era un retrato de su padre, el antiguo vizconde, pintado cuando no debía de tener más de treinta años.

—Realmente era muy parecido a usted cuando era joven —comentó Camille, aún absorta en la imagen que tenía enfrente. Sabía que era un tema sensible para él, pero creía que en esas semanas habían desarrollado la confianza suficiente como para poder mencionar al fallecido vizconde.

—Sí, supongo que sí. Cuando veía este retrato de pequeño, me imaginaba siendo como él. Era mi mayor deseo de niño... —expresó Theo, quien, al igual que ella, contemplaba el cuadro—. Recuerdo que siempre me decía que sería mejor que él.

—No sé si alguien puede ser mejor que otra persona, ya que son dos individuos distintos, pero estoy segura de que su padre estaría orgulloso del hombre en el que se está convirtiendo, milord —comentó Camille girándose para mirarlo. Percibía en sus ojos destellos de emoción y tristeza, así como de admiración. Y una cálida sensación se expandió por su pecho y ascendió por su cuello hasta su rostro debido a la intimidad del momento.

—Eso espero. En realidad, nunca lo sabré. No obstante, quiero creer que así será.

—Sé que no conocí lo suficiente a su padre, lord Kirtklard. Pero sí puedo decirle que el aprecio que él sentía hacia ustedes era evidente. Siempre que estábamos en la misma habitación, notaba cómo él lo miraba con el mismo orgullo y admiración que usted muestra ahora al mirar su retrato.

Él se giró para mirarla, y ella sintió cómo el aire comenzaba a volverse más espeso a su alrededor. No sabía qué más decir. Una serie de sensaciones la invadieron cuando se dio cuenta de lo íntimo y cercano del momento, y sus manos, ligeramente temblorosas, buscaron aferrarse a los pliegues de su vestido.

La única idea que ahora inundaba su mente era la urgencia de abandonar aquel lugar. Aunque no deseaba hacerlo, sabía que sería lo más sensato. No podía permitirse añadir más confusión a su mente.

Así que, a pesar de que su cuerpo parecía resistirse, Camille comenzó a decir:

—Creo que lo apropiado sería retirarme, ya lo he retenido durante demasiado tiempo, y seguramente aún tiene muchas cosas que hacer. Además, Emma y su madre deben de estar preguntándose dónde estoy.

—Por supuesto —respondió él en un tono tan neutral que la desconcertó. ¿Cómo podía parecer tan imperturbable mientras ella sentía que iba a explotar en mil formas diferentes?—. No la retendré más. Si quiere, puedo acompañarla de regreso a la mansión.

—No —se apresuró a responder con cierta sequedad—. No es necesario. Supongo que nos veremos en la cena —añadió permaneciendo en el lugar, esperando a que su cuerpo obedeciera a su mente. Algo había cambiado entre ellos en los últimos segundos, pero, aunque lo intentó, Camille no pudo discernir qué fue.

—Es probable que hoy pida que me lleven la cena al despacho. Tengo algunos asuntos de trabajo pendientes que requieren de mi atención.

—Comprendo, por supuesto. Entonces, imagino que nos encontraremos ma-mañana, o en algún otro momento —dijo Camille, sin poder evitar que su voz se entrecortara—. Bueno... me retiro ya. No quiero preocupar a Emma ni a su madre.

Sabía que ya lo había dicho hacía menos de un minuto, pero no encontraba la manera correcta de despedirse de él. Sin embargo, su cuerpo pareció responder al fin, y se dio la vuelta para comenzar a caminar hacia la salida.

—Lady Camille... —Lo escuchó decir cuando ya estaba a unos cuantos pasos de distancia.

—¿Sí? —preguntó Camille tras girarse de nuevo.

—Gracias... por la conversación, y por su compañía —le dijo él desde su posición, frente al cuadro de su padre. La miraba erguido y, ahora que lo contemplaba en detalle, se veía arrolladoramente guapo. Una sensación eléctrica la recorrió. Llevaba un conjunto compuesto por pantalones de montar con botas altas, una camisa de lino y un chaleco, y lo completaba con unos guantes de cuero, irradiando un encanto magnético que resultaba difícil de ignorar.

—Y-yo... —titubeó— No tiene que agradecérmelo, he disfrutado mucho de la visita. Que tenga un buen día.

Se volvió para retirarse y finalmente salió de la galería en dirección a la salida, sintiendo una desbordante sensación de inquietud en su interior.



Theodore estaba en el despacho, sentado tras su escritorio. Aún era extraño. Siempre había estado en el otro lado, escuchando a su padre darle algún sermón por alguna broma pesada que le había hecho a su hermana, u observándolo trabajar. Pero ahora estaba allí, ocupando el lugar de su padre, y se sentía nostálgico. El paseo por la antigua casona de los Kirtklard había despertado muchos recuerdos en él. Hacía tiempo que no visitaba la galería. Desde la muerte de su padre en realidad, y hacerlo en compañía de Camille le había generado una sensación de tranquilidad e intimidad que no había esperado, pero que le había agradado. Sin embargo, todo terminó de manera abrupta cuando ella se excusó y se fue, y desde entonces no volvió a sentirse igual.

Esa noche había decidido pedir que le llevaran la cena al despacho para evitar encontrarse con Camille. Sabía que mantener distancias era lo mejor para ambos; no obstante, la tentación de acercarse a ella le resultaba agobiante. En su interior, seguía sin entender bien qué le estaba sucediendo, y eso lo inquietaba. Era frustrante no saber qué era lo que sentía. No creía estar enamorado de ella. La conocía desde hacía años, ¿no debería haberse enamorado desde el principio? Siempre la había visto casi como a una niña, una extensión de su propia hermana... Una joven sin duda bonita y agradable, pero nada más. Sin embargo, ahora... ahora, definitivamente, no la veía como una niña. Desde su reencuentro la había percibido distinta, su belleza más madura lo sorprendió, pero no era solo eso... Era su forma de expresarse, su genuino interés por escucharlo, la manera en que lo comprendía, la intensidad de sus ojos... Se sentía realmente cautivado. Aun así, sabía que estar cautivado no era lo mismo que amar, y no quería equivocarse, no en algo tan importante.



Durante los siguientes días, Theodore vio a Camille en algunas ocasiones, aunque la mayoría de ellas tuvieron lugar en compañía de Emma o de su madre. Se encontraban en cenas nocturnas o en los pasillos de la mansión. Y, aunque todo parecía normal entre ellos, Theodore no podía evitar quedarse mirándola con una creciente fascinación cada vez que sus caminos se cruzaban.

Una tarde, incluso se quedó embelesado al verla tocar el piano en uno de los salones del segundo piso, y si no fuera por la presencia de su hermana, no sabía si hubiera podido contenerse y resistir el impulso de acercarse hasta ella para contemplarla con más detalle.

Esa tarde, después de concluir la mayoría de sus responsabilidades pendientes, surgió en su mente la idea de dar un paseo por los límites de la propiedad y extender la invitación a su hermana y a Camille. Había deseado hacerlo desde hacía días, pero el clima había sido lluvioso. Recordó, además, que Camille había expresado su interés por montar a caballo y, con su hermana presente, no veía peligro en compartir el paseo con ella.

Theodore salió de su despacho y se dirigió hacia el salón del ala familiar, donde Emma y Camille charlaban animadamente. Al acercarse, su conversación cesó.

—Buenas tardes, espero no interrumpir su charla.

—Siempre interrumpes las mejores partes, Theo, pero aun así te quiero —respondió su hermana con sarcasmo. Mientras tanto, Camille permaneció callada, sentada en un sillón junto a la ventana. Llevaba un sencillo vestido de día de color lavanda y tenía el cabello recogido. Con cuidado, se acercó un poco más.

—Espero, lady Camille, que no se le pegue el humor y el sarcasmo de mi querida hermana después de tanto tiempo en su compañía —manifestó Theodore en dirección a Camille—. El mundo no estaría preparado para ello.

—No lo escuches, Camille —ordenó su hermana a la joven—. La verdad es que mi hermano no sabe apreciar mi inteligencia superior.

Las risas de todos resonaron en conjunto.

—Por regla general, me abstengo de participar en sus desencuentros, así que no contestaré —respondió finalmente Camille con un tono relajado, sin mirar a Theodore de manera directa.

—Una sabia decisión por su parte —añadió él, dando por cerrado el tema—. Bueno, venía a invitarlas a dar un paseo a caballo por los límites de la propiedad. Se me ocurrió que les podría agradar la idea después de tantos días de lluvia aquí encerradas. Yo, personalmente, creo que lo necesito.

—Lo lamento, me encantaría ir, pero madre me ha pedido que la ayude esta tarde. Quiere comenzar a organizar la lista de invitados para el baile de la próxima semana. Pero, Camille, tu deberías ir con Theo —señaló Emma girándose hacia su amiga. Theodore vio que, por primera vez desde que había entrado en el salón, Camille se movía de su posición y agrandaba los ojos—. El día está hermoso, y recuerdo que tenías muchas ganas de cabalgar ayer.

—Realmente, cre-creo que no sería adecuado q-que yo saliera a solas con tu hermano, Emma —argumentó Camille con la voz entrecortada. Era obvio que estaba inquieta. Theodore supuso que la idea de pasar un rato a solas con él la perturbaba, lo cual hizo que él mismo sintiera una extraña electricidad recorriéndole el cuerpo. Al menos no era el único afectado por sus últimos encuentros.

—¡Tonterías! —exclamó Emma, desestimando las preocupaciones de Camille—. Todo el mundo sabe que son casi como hermanos, ¿verdad, Theo?

Theodore se encontró con una encrucijada. Ya había extendido la invitación, sería extraño retractarse, por lo que no le quedaba otra alternativa que salir con Camille y lidiar con el torbellino de emociones y la confusión que rondaban en su mente. Así pues, se apresuró a pronunciar la única respuesta que era posible verbalizar en esas circunstancias:

—Por supuesto —dijo, sellando así su salida con Camille.

Una hora después, se encontraban saliendo juntos de las caballerizas, inmersos en un silencio que pesaba en el aire y que Theodore no sabía cómo romper. Podía sentir la tensión en su cuerpo,

pero debía reconocer, aunque solo fuera para sí mismo, que una sensación similar a la emoción comenzaba también a invadirlo.

CAPÍTULO 11

GARDEN HALL, RESIDENCIA CAMPESTRE DEL VIZCONDE DE KIRTKLARD. BATH,
CONDADO DE SOMERSET, 1821.



En el silencio de las palabras

Camille no sabía cómo habían acabado en aquella situación. En ese momento, cabalgaban por unas colinas cerca del límite de la propiedad y apenas habían cruzado algunas palabras en todo el trayecto desde que salieron de las caballerizas, acerca del clima y del baile que estaba organizando lady Kirtklard. Pero eso había sido todo, y no se sentía segura de decir algo más. No porque estuviera mal, o porque él no fuera a responderle con su característico buen humor y encanto, sino porque realmente no sabía qué más podía decirle. Miró hacia el cielo buscando respuestas... El día era perfecto para cabalgar. Emma tenía razón cuando comentó las ganas que Camille tenía de hacerlo. Sin embargo, hacerlo solo en compañía de Theo no parecía lo más apropiado, menos aún, cuando estaba casi comprometida.

Los días pasaban y quedaba cada vez menos tiempo para volver a Londres. Probablemente partirían algunos días después de la fiesta que estaba organizando lady Kirtklard, y eso significaba que pronto volvería a su realidad, la cual incluía su inminente compromiso con sir Thomas y una nueva vida como su esposa.

Permanecer en Garden Hall parecía solo una ilusión, una que, en definitiva, pronto acabaría.

Esa mañana, además, había recibido una carta de su madre comentándole que, al parecer, su padre estaba respondiendo positivamente al nuevo tratamiento propuesto por el doctor, lo que, en parte, le había devuelto una cierta sensación de tranquilidad. Trataba de no tener malos pensamientos, pero, si era sincera consigo misma, su mente la había traicionado en varias ocasiones los últimos días, llevándola a pensar lo peor. Y aunque Emma y lady Kirtklard se esmeraban en mantenerla distraída la mayor parte del tiempo, su mente encontraba la manera de llevarla a imaginar escenarios catastróficos respecto a la salud de su padre cada vez que estaba en silencio o se encontraba a solas.

Rápidamente volvió a centrar su atención en el recorrido cuando tuvo que esquivar un tronco que estaba atravesado en medio del camino. Le gustaba cabalgar. Había aprendido cuando era pequeña, pero como normalmente no tenía ocasiones para hacerlo, disfrutaba cada oportunidad que se le presentaba. En ese momento pasaban por una zona bastante estrecha, por lo que Theo se posicionó delante de ella y le indicó que lo siguiera con cuidado. No recordaba haber pasado antes por aquel lugar, así que le hizo caso.

Mientras lo seguía, no pudo evitar pensar en la sensación que llevaba días sintiendo: Theo la estaba evitando. Era una tontería pensarlo, sin embargo, no podía apartar esa idea de su mente. Apenas lo había visto desde que lo había dejado en las galerías de la antigua casona de los Kirtklard. Era cierto que intercambiaban saludos cordiales cuando se encontraban en algún pasillo o tenían algún breve intercambio de palabras en la cena, si es que él asistía a cenar, lo que tampoco había sido habitual en los últimos días; pero estaba segura de que no habían pasado a solas más de cinco minutos en total. Y podría apostar a que no era algo fruto del azar. Simplemente parecía que él elegía no cruzarse en su camino, al menos, no cuando pudieran quedarse a solas. No obstante, ahora estaban allí, cabalgando por un estrecho camino que serpenteaba en el bosque, a solas, sin tener idea de por qué él apenas le había dirigido la palabra en los últimos días. Qué sensación más desagradable producía el no tener respuestas. Pagaría lo que fuera para saber sus pensamientos respecto a ella, lo que no era mucho en realidad, si consideraba que era una mujer y, además, estaba soltera.

Antes de que pudiera seguir con sus pensamientos, se abrió delante de ella una vista inigualable. El bosque se había abierto, dando paso a un pequeño estanque atravesado por un puente de madera.

Observó a Theodore detenerse a unos cuantos metros de ella, y vio cómo desmontaba con bastante destreza y dejaba su caballo amarrado a un árbol. Luego vio cómo se acercaba hasta ella y se ponía a su lado para ayudarla a desmontar.

Camille sintió las manos de Theo posarse en su cintura mientras la ayudaba a bajar del caballo y, en ese instante, experimentó una descarga electrizante que recorrió todo su cuerpo. Esa sensación duró tan solo un momento y se desvaneció, dejándola con una extraña sensación de vacío. Sus pies tocaron el suelo y todo volvió a la normalidad, incluyendo las manos de Theo, que las bajó hasta dejarlas a ambos lados de su cuerpo.

Una vez que acomodó sus faldas y su sombrero de ala ancha, comenzó a caminar lentamente hacia el estanque, con Theo siguiéndola de cerca.

—Creo que no conozco este lugar —afirmó sin voltearse a mirarlo, rompiendo así el silencio—. Es realmente hermoso.

—Casi nadie viene aquí. Yo mismo no venía desde hace años, pero me gusta mucho este lugar. Recuerdo que venía aquí de joven, cuando quería alejarme un rato o escapar de Emma, quien siempre me perseguía para que jugará con ella —dijo Theodore con una voz alegre y relajada.

—Efectivamente, parece un buen escondite —afirmó Camille. Dejó escapar una pequeña risa al imaginarse a su amiga de pequeña, y su irritación al no poder dar con su hermano para jugar.

—Lo es.

Cuando Theo pronunció esas palabras, Camille se dio cuenta de que estaba a su lado, bastante cerca, y cometió el error de mirarlo. Era tan guapo. Su estatura era considerablemente mayor que la suya, lo que la llevó a inclinar la barbilla hacia arriba para poder apreciarlo mejor. Sabía que no debería mirarlo de esa manera, pero no podía evitarlo. Estaba segura de que sus ojos revelaban todo lo que sentía por él, y temía que, si él la miraba atentamente, directamente a los ojos, descubriría que llevaba años amándolo en secreto.

—Pedí que nos prepararan una cesta con algunas cosas para comer. No estaba seguro de cuánto tiempo tardaríamos en volver, y me pareció una buena opción hacer un pequeño picnic. Si le parece bien, por supuesto.

—Sí, es... es una excelente idea —se apresuró en responder con cierta dificultad. ¿Un picnic, con Theo? ¿A solas? La vida realmente la estaba poniendo a prueba—. ¿Necesita que le ayude a

traer las cosas? Quizás podríamos sentarnos en el otro lado del estanque —agregó, dirigiendo la mirada hacia una zona que se veía especialmente soleada, al otro lado del puente—. Parece que está más soleado allí.

—No se preocupe, no son tantas cosas. Si gusta, diríjase al lugar donde quiere que nos sentemos. Yo iré a por la manta y la cesta y me uniré a usted en un momento.

Sin decir más, cada uno se dirigió a un lugar distinto y, al cabo de unos minutos, ambos se encontraban sentados sobre la manta mirando hacia el estanque. Theo estaba recostado, con el cuerpo apoyado sobre uno de sus brazos, comiendo unos exquisitos dulces que la cocinera había preparado, mientras que Camille se encontraba en la otra esquina de la manta —que era bastante pequeña—, contemplando el paisaje y disfrutando de la tranquilidad del lugar.

Camille se había quitado el sombrero, bajo el cual llevaba el pelo recogido en una trenza, y disfrutaba de cómo el sol acariciaba su rostro, aun cuando sabía que su madre la reprendería por las nuevas pecas que seguramente aparecerían en sus mejillas. La cálida brisa se mezclaba con el sol y creaba de esta forma una exquisita sensación de frescura al chocar contra sus mejillas.

Pasaron varios minutos conversando acerca de Garden Hall, los viajes de Theo y otros temas triviales, alternando con espaciosos momentos de silencio. Se sentía genuinamente a gusto en su presencia, incluso en esos momentos de silencio. Antes hubiera creído que era difícil sentirse relajada en compañía de alguien sin hablar, excepto con Emma o su padre, pero estar ahí con Theo le confirmó que podía disfrutar de esa sensación con alguien más. Llevaba varios días dudando de si volvería a sentirse a gusto en su compañía, y darse cuenta de que sí podía hacerlo era algo que agradecía.

—Es un lugar precioso. Creo que ya lo dije cuando llegamos, pero estoy realmente sorprendida de lo hermoso que es —comentó Camille mientras contemplaba el paisaje que tenía enfrente.

—Era uno de los lugares favoritos de mi padre. Me trajo aquí por primera vez cuando tenía diez años y me contó que era el lugar al que venía cuando necesitaba pensar o estar solo... Desde ese momento, supongo que también me apropié de este lugar. Disfruto del silencio que hay, me gusta sentir que aquí puedo estar lejos de todo lo demás. —relató Theo, quien seguía en la misma posición, mirando hacia el estanque.

—Conozco esa sensación —reconoció Camille en voz alta mientras se giraba para mirarlo—. Aunque en Londres es difícil encontrar lugares así. Creo que únicamente estoy sola cuando estoy en mi habitación. Lo disfruto, de veras, pero a veces desearía tener algún lugar al que ir, algún lugar al aire libre donde poder escaparme cuando no quiera estar con nadie... Es difícil para una dama poseer algo así. Creo que lo envidio, milord, por tener este lugar.

—Es bienvenida aquí cada vez que lo desee —aseguró Theo girándose a mirarla.

Camille deseó con todo su corazón poder volver a estar allí con él en el futuro. Sin embargo, sabía que la situación no se repetiría. Pronto sería una mujer casada, y no podría volver a estar a solas con Theo, especialmente en un lugar como aquel.

—Gracias —susurró, sintiéndose incapaz de decir nada más.

Sus ojos se clavaron en Theo mientras él dirigía su mirada al frente. Un nudo se formó en la garganta de Camille, y tuvo que inhalar profundamente para deshacerse de esa incómoda sensación. Sin poder evitarlo, apretó sus manos sobre su regazo. Sabía que su vida cambiaría pronto y que momentos como ese serían cosa del pasado, y ese pensamiento la entristeció. Pero no quería pensar en eso ahora. Quería disfrutar del presente.

Transcurrieron unos minutos más en silencio, y entonces a Camille le asaltó una inquietud: ¿cómo se sentiría Theo respecto a su regreso a Garden Hall? Aunque ya habían tocado el tema en

conversaciones anteriores, no sabía si preguntar en ese momento sería adecuado o no. No obstante, no quería quedarse con la duda, así que se aventuró a hacer la pregunta.

—Perdone mi atrevimiento, lord Kirtklard, pero me preguntaba cómo se ha sentido al regresar a Garden Hall.

Si él se sorprendió con su pregunta, no lo demostró. Su rostro —el cual veía solo parcialmente desde donde estaba sentada— no mostró ninguna expresión, ni tampoco cambió de posición, y antes de que ella pudiera retractarse de su impertinente pregunta, escuchó la voz de Theo decir:

—En realidad, creo que no he pensado demasiado en ello —respondió él, y Camille guardó silencio. Theo se giró levemente hacia ella y sus miradas se encontraron mientras él retomaba la palabra—. Hace algunos días encontré un cofre con cartas que mi padre me enviaba cuando estudiaba en Eton. Seguramente yo mismo debo haberlas guardado ahí en algún momento, pero no lo recordaba. —dijo mientras bajaba la mirada, aunque seguía inclinado en dirección a Camille.

Se veía distinto, más... ¿emocionado?, ¿afligido? Camille sintió un fuerte impulso de acercarse a él, de tocar su rostro, pero se contuvo porque sabía que no sería apropiado. Sin embargo, no pudo evitar que su mano, que aún yacía sobre su regazo, sintiera un leve cosquilleo, seguramente producto del deseo reprimido de tocarlo.

—Entonces debe de haber sido como encontrar un tesoro invaluable —señaló, aun intentando reprimir el deseo de acercarse a él. Vio cómo Theo alzaba la vista hacia ella y sonreía. El corazón de Camille dio un salto en su pecho, y ella luchó por mantenerse serena. ¿Por qué su cuerpo siempre la traicionaba cuando estaba con él?

—Lo es... Pensé que nunca más volvería a escucharlo, pero, al leerlas, su voz sonaba en mi mente tan clara como siempre.

Ambos se sostuvieron la mirada por unos momentos, y Camille no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro. Aunque nunca había perdido a alguien tan querido y cercano como lo era el antiguo vizconde para Theo, podía imaginar lo reconfortante que sería volver a sentirse cerca de un ser amado cuando ya no estaba presente. Debía de ser una experiencia maravillosa y, de alguna manera, por inexplicable que resultara, se sintió conectada con Theo y con sus emociones.

—Me alegra entonces saber que su regreso ha sido reconfortante para usted.

—¿Lo ha sido para usted? —le preguntó Theo, quien parecía haberse acomodado en su posición, y ahora se encontraba un poco más inclinado hacia ella.

—¿El viaje o el paseo? —preguntó confundida.

—Ambos.

Camille meditó su respuesta unos momentos, aunque sabía, sin duda, cuál sería su respuesta.

—Me alegra haber venido —aseguró finalmente—, tanto a Garden Hall como al paseo. Creo que necesitaba un poco de aire fresco.

—Debería habérmelo pedido. Podríamos haber organizado alguna salida antes.

—No quería molestar —se apresuró a decir Camille—. Además, Emma ha estado inmersa en su nueva lectura y lady Kirtklard recibiendo visitas, y, bueno... el clima no ha sido el mejor en los últimos días, así que opté por no decir nada —añadió mientras encogía ligeramente los hombros y desviaba la mirada hacia adelante—. Aunque he vivido toda mi vida en la ciudad y mis padres nunca han sido muy entusiastas por llevarnos al campo, yo siempre he disfrutado más de pasar tiempo al aire libre, especialmente cuando hace buen clima como hoy.

—No sabía que disfrutaba tanto del aire libre. Ciertamente siempre la había imaginado como

una joven de ciudad —afirmó Theo en tono divertido que la hizo sonreír.

—Creo que hay más cosas que probablemente no sabe de mí —afirmó Camille, bajando la mirada—. Además, usted ha estado bastante ocupado, así que tampoco se me pasó por la mente interrumpir sus asuntos con una petición tan absurda como un paseo.

Sintió la mirada de Theo clavada en ella y se dio cuenta de que decir un comentario tan directo, ciertamente no era lo mismo que ser capaz de hacerse cargo de ello y seguir una conversación luego. Por eso no levanto la vista, a pesar de saber que él continuaba mirándola.

—Lady Camille...

—Lo siento —dijo interrumpiéndolo, de pronto se sentía avergonzada. Una ligera sensación de calor irrumpió en sus mejillas. Levantó la mirada hacia él con dificultad, acomodó su posición, y se inclinó un poco más hacia donde él estaba. De manera impulsiva puso una de sus manos sobre la suave manta, al costado de su cuerpo, muy cerca de una de las manos de Theo—. No sé por qué lo he dicho de ese modo. De verdad me siento agradecida por la invitación. Sin embargo, no me debe su tiempo, lord Kirtklard. Imagino que ha estado ocupado con cosas importantes y ya es suficiente molestia que hayan tenido que traerme con ustedes a este viaje familiar.

—No tiene que disculparse —le aseguró Theo tajantemente, con la mirada fija e inquebrantable—. Usted no es una molestia para nadie. Todos estamos encantados de que aceptara la invitación. Mi madre y Emma disfrutaban mucho de su presencia aquí y yo... yo también me alegro de que haya decidido venir. Disfruto de su compañía, aunque, como bien mencionó, parece que no la conozco lo suficiente.

Un destello luminoso brilló en los ojos de Theo, pero Camille no logró identificar su significado, por lo que se concentró en lo que iba a decir a continuación.

—No deseaba que mi comentario sonara de esa manera —se disculpó nuevamente Camille—. Usted ha sido amable y considerado conmigo desde que nos conocemos, y nuestra relación siempre ha sido cordial y cercana debido a mi vínculo con Emma. Además, estoy segura de que es uno de los pocos caballeros que me escucha con genuino interés cada vez que nuestros caminos se cruzan. Sin embargo, hasta que regresó de su viaje por el continente, nuestras interacciones no nos habían permitido conocernos más profundamente, por lo que es normal que haya aspectos que desconozca de mí.

—Tiene razón —aceptó Theo con voz firme—. No estoy seguro de haber tenido la oportunidad de conocerla realmente antes de volver de mi *tour*. Siempre la he considerado una joven agradable, juiciosa y divertida, por supuesto, pero sospecho que al estar usted la mayoría del tiempo en compañía de mi hermana, quien en ocasiones puede ser bastante influyente y acaparadora, tal vez no llegué a conocerla en su totalidad, al menos no tal como la veo ahora.

Camille parpadeó varias veces. ¿Cómo la vería él ahora? ¿Acaso la miraba de un modo distinto? ¿Podría ser que Theo sintiera algo por ella? Su corazón comenzó a latir con más fuerza y contuvo la respiración.

—Y ahora... ¿qué ve? —preguntó impulsada por la necesidad de conocer la imagen que él tenía de ella.

Él la miró en silencio durante lo que le pareció una eternidad. Necesitaba conocer su respuesta, saber qué pensaba ahora acerca de ella. Notó que estaban más cerca de lo que recordaba y su cuerpo comenzó a sentir una sensación de calor que no tenía sentido para ella, pues la brisa era fresca y el sol en esa época del año no era especialmente caluroso; pero algo en la situación, en el hecho de tenerlo tan cerca, le hacía sentir un extraño calor que le recorría todo el cuerpo.

—Veo que es usted una joven muy inteligente, observadora, cálida y tremendamente perspicaz. Además, es una gran amiga para mi hermana y se preocupa sinceramente por quienes la rodean, siendo siempre muy generosa con los demás... —Theo se detuvo, sosteniéndole la mirada. Parecía estar pensando en lo próximo que diría, mientras Camille solo se sentía capaz de mirarlo, olvidando incluso cómo respirar—. Creo también que es una excelente conversadora, pero, sobre todo, que tiene una habilidad única para escuchar, una cualidad que no tienen la mayoría de las jóvenes de su edad. Se interesa por comprender a las personas, ve más allá de las apariencias y entiende cómo pueden sentirse, lo que es simplemente maravilloso. Siento... siento que me entiende, y eso no es algo que sienta con muchas personas. Y bueno, por supuesto...

Theodore se detuvo de forma abrupta, y Camille sintió que algo iba a estallar en su interior.

—Por supuesto, ¿qué? —preguntó impulsivamente, con la voz llena de expectación, sin poder apartar sus ojos de él.

—Por supuesto... es usted hermosa.



Theodore no supo en qué momento su cuerpo se había acercado tanto al de Camille, pero de pronto se encontraba a escasos centímetros de ella, mientras sus miradas se fundían en una sola. Un calor abrasador comenzó a recorrer su cuerpo y, en un instante, sus manos subieron suavemente hasta posarse en las mejillas de Camille. Solo fue consciente de lo que estaba sucediendo cuando su respiración y la de ella comenzaban a mezclarse, y comprendió, con una certeza arrolladora, que ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. La deseaba, la deseaba desesperadamente, y todas las barreras que había construido en los últimos días para reprimir su deseo se habían esfumado en cuestión de segundos.

Camille permanecía en silencio, como una escultura ante él, la más hermosa de todas las creaciones. Su rostro había adoptado un sutil tono carmín, tenía los labios ligeramente entreabiertos, y sus ojos se mantenían fijos en él. Tenía la piel tan fría como la porcelana y, si él mismo no estuviera temblando, quizás habría notado que ella también lo estaba. Se acercó más, hasta que sus labios se encontraron con los de Camille, y en ese instante solo pudo pensar que estaba perdido.

El beso había comenzado lento, suave, con Theo aún sorprendido por su contacto, por el hecho de estarla besando. Empezó a mover sus labios sobre los de ella, buscando llenarlos de calor, buscando hundirse en ellos. Camille, quien al principio había permanecido quieta, respondió abriendo un poco más su boca y permitiéndole entrar en ella. Su sabor era dulce, con algunos toques ácidos, una deliciosa combinación que le resultó embriagadora. Cada roce de sus labios enviaba una oleada de electricidad a través de su cuerpo, mientras una de sus manos, aún temblorosa, bajaba suavemente hasta la cintura de Camille. No lograba recordar ningún otro beso en el que se hubiera sentido de esa manera, tan fuera de sí, y al mismo tiempo tan conectado con todos sus sentidos.

Sus cuerpos estaban más cerca y el calor que emanaba de ellos era palpable. Su mano empezó a recorrer la cintura de Camille, que era curva y delicada. Todo en ella era suave, armonioso y deseable, y Theodore sintió la imperiosa necesidad de intensificar el beso. Luego de un momento, sintió cómo ella comenzaba a tomar un rol más activo, moviendo sus labios contra

los suyos, besándolo con una desbordante intensidad.



Lentamente, volvió a mover su mano, esta vez en dirección a la espalda de Camille. Ella no protestó; se había dejado embriagar por el beso al igual que él. Sus cuerpos estaban tan cerca que Theodore no lograba diferenciar dónde iniciaba y terminaba cada uno. En ese instante, Camille se alzó sus manos y rodeó con ellas el cuello de Theo, acortando así el espacio que quedaba entre ellos. Ambos quedaron casi totalmente recostados sobre la manta, y él hizo todo lo posible para no dejar caer todo su peso sobre el suave cuerpo de Camille.

Theodore no supo cuánto tiempo estuvieron en esa posición, pues ambos habían perdido por completo la percepción del tiempo. Con un enorme esfuerzo, apartó sus labios de la boca de Camille y los deslizó hacia su cuello, donde comenzó a besarla con una intensidad que le hizo sentir escalofríos. Un gemido ahogado escapó de los labios de ella, y Theo sintió cómo su miembro se endurecía, perdiendo el poco autocontrol que le quedaba. Una pequeña voz en su mente le decía que debía detenerse, que eso era lo correcto; sin embargo, no se sentía capaz de hacerlo. En ese momento, preferiría arder en el infierno antes que apartarse de ella.

Su corazón latía con fuerza, como si quisiera escapar de su pecho, y el cosquilleo en su piel se intensificaba con cada segundo que pasaba. Era una experiencia abrumadora, distinta a cualquier otra que hubiera tenido antes.

Volvió a besarla en los labios y su mano, que descansaba cómodamente en la cintura de Camille, se aventuró a explorarla con suavidad hasta llegar al escote de su vestido. Sus dedos se deslizaron con cuidado por la parte superior de uno de sus senos, el cual seguía protegido por el tejido del vestido, que se encontraba ligeramente fuera de lugar, pero aún intacto. En ese momento, ella reaccionó de forma inesperada, colocando ambas manos en su pecho e impulsándolo hacia atrás, obligándolo a dejar de besarla y a detenerse. Theo se incorporó ágilmente en su posición, al igual que ella, quien se irguió sosteniéndose con ambas manos a sus costados.

Theodore se sintió helado, como si un balde de agua fría lo hubiera empapado por dentro. Solo pudo sostenerle la mirada por un breve momento antes de que ella la desviara. Camille tenía los labios hinchados y enrojecidos. Su pecho subía y bajaba agitadamente, mientras que sus mejillas parecían arder con un rubor intenso, otorgándole a su rostro una expresión singular, con una mezcla de temor y sorpresa.

Se sentía como un canalla. Y un fuerte remordimiento comenzó a apoderarse de él.

Mientras seguía aún sumido en sus pensamientos, la escuchó decir con dificultad.

—Theo... Lord Kirkland, tengo que irme. Esto... esto no está bien —aseveró ella sin mirarlo a los ojos, con la voz temblorosa.

Theodore la observó impávido mientras Camille comenzaba a levantarse. Impulsivamente, la tomó con suavidad por la muñeca e impidió que ella pudiera ponerse de pie.

—Lady Camille, discúlpeme yo... Esto no debería haber ocurrido. No tengo excusa para mi forma de actuar, lo lamento —dijo Theodore intentando disculparse por lo sucedido. Sabía que su voz sonaba tensa, y que estaba hablando más rápido de lo normal, así que tomó una bocanada de aire para calmarse, antes de continuar—. Déjame llevarla de vuelta a la mansión.

Dicho esto, soltó su muñeca y se incorporó rápidamente, para después extender una mano hacia ella.

—No, no se preocupe. Yo... yo lo olvidaré —dijo Camille con la voz aún entrecortada, mientras tomaba la mano que él le había ofrecido para ponerse de pie.

Una sensación eléctrica subió por su mano al volver a estar en contacto con ella, pero lo abandono súbitamente una vez que ella lo soltó, ya de pie a su lado.

—Estoy segura de que no ha sido nada, no es necesario que se disculpe.

—Debo hacerlo —le aseguró Theo, poniéndose frente a ella, tan cerca que podía volver a sentir su cálida respiración, la cual percibió todavía agitada. Se centró en lo que debía decir, en lo que era correcto—. Usted está aquí bajo mi protección. Además, se encuentra vulnerable por la enfermedad de su padre y, sobre todo, es una dama. Esto no debió ocurrir. Y no volverá a suceder, se lo prometo.

—Está bien. Si le hace sentir más tranquilo, acepto sus disculpas. Creo que deberíamos volver a la mansión. Nos hemos ausentado por un largo tiempo y alguien podría... —De repente, ella se detuvo. Había bajado nuevamente la mirada y parecía contrariada, vulnerable, lo que hizo que Theodore volviera a sentirse un canalla.

—Tiene razón —dijo con seriedad, aclarándose la garganta mientras desviaba la mirada hacia un punto lejano del estanque—. Vamos. Recogeré las cosas.

Después de pronunciar esas últimas palabras, ambos se dispusieron a guardar las cosas del picnic en silencio y luego se dirigieron hacia el otro lado del estanque. Theodore notó cómo ella se acomodaba con sutileza el vestido cuando ya había llegado a donde estaban amarrados los caballos, evitando en todo momento mirarlo.

El sentimiento de culpa lo invadió. Se había prometido a sí mismo que mantendría las distancias, que no se dejaría llevar por la atracción que Camille había despertado en él; sin embargo, la había besado y había estado a punto de perder por completo el control, anteponiendo su deseo al honor de ella, así como al suyo propio. Se conocía lo suficiente como para saber que él no era así. No, no era un sinvergüenza, aunque se hubiera comportado como tal. No obstante, había estado a punto de comprometerla, y si ella no lo hubiera detenido... Sinceramente, no sabía si él habría sido capaz de hacerlo.

Theodore la ayudó a montar, preocupándose por apenas tocarla al impulsarla para que subiera al caballo. Una vez listos, se pusieron en marcha y cabalgaron en silencio durante todo el trayecto de vuelta a la mansión.

Mientras cabalgaban en un incómodo silencio, Theodore miraba a Camille de reojo; se veía encantadora. Aún estaba ruborizada, pero su rostro parecía inexpresivo e indescifrable. ¿Qué estaría pensando? Ella le había dejado claro, al menos con sus palabras, que no deseaba su acercamiento. Lo había detenido, pero, aun así, no podía evitar sentirse confundido porque sabía, tan bien como sabía su nombre, que ella había deseado y disfrutado del beso tanto como él. Seguramente era su primera experiencia y, si bien sabía que la había sorprendido al inicio, luego había sido todo fuego entre sus manos: lo había tocado, lo había besado con férrea intensidad, y luego lo había frenado.

No le quedaba otra opción que respetar la distancia que ella había interpuesto al alejarlo. Tendría que olvidarlo, como ambos habían acordado. No había otra alternativa, aunque en su interior sabía que nunca podría borrar de su mente el recuerdo de sus labios, de su sabor, y que lo colgaran si era un sinvergüenza también por eso.



Camille se encontró en su habitación sin saber exactamente cómo había llegado allí después de cabalgar cerca de tres cuartos de hora de vuelta a la mansión. Durante todo el trayecto de regreso,

no habían cruzado una palabra, ni tampoco lo había mirado. No se sentía capaz de hacerlo, y aún no podía creer que él la hubiera besado. ¡Dios mío! ¡La había besado! Era lo único en lo que podía pensar mientras permanecía recostada mirando el techo con una de sus manos descansando sobre sus labios.

Una suave corriente de escalofríos la recorrió al recordar los labios de Theo sobre los suyos, provocándole el impulso de cerrar los ojos. Eran unos labios gruesos y cálidos que habían ejercido una presión intensa y enérgica sobre ella, como una dulce embriaguez que la sumergía en un torbellino de emociones, exigiéndole hasta tal punto que pensó que se desvanecería.

¡Ahhh! Se sentía confundida y extasiada a partes iguales. Y su mente no paraba de pensar en miles de direcciones. ¿Por qué Theo la había besado? ¿La había llamado hermosa! ¿Se habría sentido él tan desbordado como ella? ¿Por qué ella había detenido el beso? Si probablemente era lo que más había añorado en todos estos los años que llevaba enamorada de él, ¿qué hubiera pasado si ella no hubiera detenido el beso? No era una gran conocedora de la intimidad entre un hombre y una mujer; nadie le había contado nunca formalmente lo que ocurría entre un hombre y una mujer en la intimidad, pero había escuchado comentarios de las criadas y sabía, a grandes rasgos, algunos elementos del proceso. Se llevó instantáneamente una mano al borde de su vestido, donde él la había tocado, y sintió cómo un calor similar, pero menos intenso que el que había sentido con él, le recorría el cuerpo. Se sentó de un golpe en la cama y se llevó una de sus manos a sus labios nuevamente.

En realidad, creía saber por qué había detenido el beso. Cuando él la tocó allí, donde nadie la había tocado antes, cayó en la cuenta de que estaba casi comprometida. Ya había tomado una decisión y, a pesar de que cada fibra de su cuerpo quería seguir respondiendo al contacto de Theo, una pequeña pero al parecer poderosa parte de su consciencia le recordó que probablemente en menos de dos meses estaría casada con sir Portman, y no estaría bien entregarse a otro hombre, aunque este fuera el amor de su vida.

¿Qué habría pasado si Theo hubiera insistido? Si la hubiera vuelto a besar... Con toda probabilidad, su resolución se habría debilitado y habría seguido el deseo de su corazón. No era tan fuerte como para resistirse a ello. Sin embargo, él no le había dicho nada, no había intentado convencerla ni forzarla a continuar el beso. Tampoco se le había declarado ni le había dicho que sentía algo por ella, o que deseaba algo más para ellos en el futuro. Así que no tenía sentido imaginar algo que no había sucedido.

¿Qué iba a hacer? Sinceramente no tenía idea. Ahora estaba más confundida que antes. ¿Lo que había pasado cambiaba en algo las cosas? No estaba segura porque, si bien una parte de ella estaba convencida de que nada volvería a ser igual, había otra, una mucho más racional, que le recordaba que en realidad todo seguía siendo igual entre ellos.

Theo no la amaba ni la amaría nunca. Quizás solo se había confundido y, en realidad, el beso no había significado nada más para él que un deseo pasajero. Era mejor dejarlo pasar, como ella misma le había dicho. Sin embargo, en su interior, sabía que no podría olvidarlo, aunque se sintiera una desvergonzada por ello.



Varias horas después, tras cambiarse al menos dos veces de vestido, retocarse el cabello y

caminar de un lado para otro de la habitación, se decidió por fin a bajar a cenar. No sabía si Theo cenaría con ellas. Se había ausentado ya varias noches seguidas, y después de lo ocurrido ese día dudaba que fuera a presentarse. Si era sincera consigo misma, no estaba preparada para verlo.

Cuando por fin entró al comedor, vio de inmediato que solo había tres sillas colocadas en la mesa y supo que él no las acompañaría durante la cena. Era mejor así.

—Querida —dijo lady Kirtklard dirigiéndose a ella—. Theo se disculpa por no bajar a cenar con nosotras. Vino unos minutos antes de que bajaras a informarnos de que cenaría en su despacho, ya que tiene asuntos pendientes que terminar. Supe que hoy salieron a dar un paseo mientras revisábamos la lista de invitados al baile con Emma. Me alegra que lo convencieras de salir del despacho, siento que lleva ahí encerrado desde que llegamos.

—En realidad, fue él quien propuso el paseo lady Kirtklard. A mí y a Emma, por supuesto —le aclaró—. Y como ella ya se había comprometido con usted, me pareció una buena idea aprovechar el buen tiempo para salir. Hacía días que deseaba montar, pero el clima ha estado muy lluvioso últimamente.

—Me parece perfecto que hayas accedido, querida. ¿Te llevó a algún lugar en especial? Estos días he sentido deseos de ir a la antigua casona de los Kirtklard, y sé que Theo disfruta mucho visitándola.

—En realidad no. Fuimos a un estanque que queda cerca del límite de la propiedad, en el medio de un pequeño bosque.

—Creo que no conozco ese lugar... —señaló lady Kirtklard pensativa.

—¡No me digas que te llevó a su escondite! —exclamó Emma incorporándose a la conversación—. A mí nunca me ha llevado. Solo sé de su existencia porque padre me hablaba de ese lugar a veces, y siempre me repetía que él no podía llevarme hasta que Theo lo hiciera primero, ya que era su lugar secreto. No puedo creer que te llevara a ti antes que a mí. ¡Tienes que contármelo todo!

—En realidad no hay nada especial que contar, solo paseamos. Es un lugar muy bonito, por supuesto. Si nos hubieses acompañado, lo habrías conocido —trató de apresurarse a responder Camille, intentando no darle demasiada importancia al asunto—. Estoy segura de que si se lo pides te llevará antes de volver a Londres.

—Sinceramente, lo dudo.

Luego de algunas palabras más, la conversación se volvió trivial, lo cual Camille agradeció. No tenía ánimos para seguir pensando en todo lo ocurrido esa tarde, ni por qué Theo la había llevado a un lugar que parecía ser tan especial para él; ni tampoco por qué la había besado además en ese mismo lugar. Si al menos supiera por qué la había besado...

La cena fue servida y rápidamente Emma y lady Kirtklard la pusieron al día con los preparativos del baile. Al parecer, los Cooper serían los invitados de honor. Eran amigos de los Kirtklard desde hacía décadas, y casualmente estaban visitando a unos parientes en la zona. También estarían invitadas algunas personas del pueblo, así como el reverendo, algunos arrendatarios y vecinos, y caballeros ilustres de la zona.

Camille no pudo evitar reparar en cómo lady Kirtklard se expresaba acerca de la señorita Cooper, la única hija de los Cooper, quien había sido amiga de Theo desde que eran pequeños. Sintió una fuerte punzada de celos y enseguida notó que ya no podía seguir comiendo. No quería escuchar más acerca de la adorable, distinguida y carismática señorita Cooper.

Decidió que lo mejor sería retirarse e irse a acostar, había sido un día demasiado intenso y solo quería cerrar sus ojos y descansar. Así que se excusó con lady Kirtklard, y se despidió de ella y de Emma para al fin encaminarse de regreso a su habitación, donde volvió a sumirse en sus

pensamientos.

CAPÍTULO 12

GARDEN HALL. BATH, CONDADO DE SOMERSET, 1821.



Entre distancias y dilemas

Después de algunos días bastante agitados, Camille despertó temprano una mañana. Había pasado al menos tres noches durmiendo mal, con el sueño inquieto, debido a la carga mental que no la dejaba descansar con tranquilidad. Su mente seguía reviviendo el beso compartido con Theo y, a pesar de que ya habían transcurrido tres días, su cuerpo todavía se sentía extraño, inquieto, como si ya no fuera el mismo.

No había visto a Theo desde que se despidieron en las caballerizas después del picnic, y estaba comenzando a creer nuevamente que él la estaba evitando. No había otra explicación posible. No solo se había excusado de asistir al almuerzo y a la cena los últimos dos días, sino que tampoco se habían cruzado en los pasillos como solía ocurrir en días anteriores. ¡Ahh! En su mente no podía dejar de gritar de frustración. ¿Por qué tenía que estar en esa desastrosa situación? Definitivamente necesitaba dejar de pensar en Theodore Kirtklard.

La caminata de ese día le ayudaría en su propósito. Emma le había dicho la noche anterior, después de la cena, que esa mañana irían de excursión a la villa para recorrer las tiendas locales, a lo que Camille había accedido con entusiasmo. Necesitaba distraerse y volver a centrar sus pensamientos en lo importante: la salud de su padre y su inminente compromiso con sir Thomas. Eso era lo único en lo que debía enfocarse, lo único en lo que realmente valía la pena pensar.

Se levantó de un salto de la cama y se acercó a la ventana. Fuera hacía un día hermoso. Desde su ventana podía apreciar la imponente entrada de Garden Hall, rodeada de árboles en el fondo, y arbustos y diversas flores en el jardín delantero de la mansión. Era un lugar de ensueño.

Esperó unos minutos a que llegara su doncella, quien la ayudó a vestirse, y cuando ya estuvo lista se dispuso a bajar para desayunar. Supuso que aún era temprano, por lo que probablemente no habría nadie en el comedor, pero tenía hambre y, como no había dormido bien, pensó que comer le sentaría de maravilla.

Cuando entró en el comedor, se detuvo en seco al ver a Theo sentado solo en la mesa, con un periódico en las manos. Notó de inmediato cómo él levantaba la cabeza y bajaba el periódico, al mismo tiempo casi se atraganta con el contenido de la taza que sostenía en una de sus manos, aunque logró disimularlo bastante bien. No tenía escapatoria. Camille quería echar a correr, pero no podía hacerlo, y tampoco quería que él percibiera lo afectada que se había quedado tras su último encuentro. Era mejor seguir sus propios consejos y hacer como si nada hubiera ocurrido

entre ellos.

—Lord Kirtklard, disculpe. P-pensaba que Emma ya estaría en pie —intentó decir, sin poder evitar que su voz sonara temblorosa—. Visitaremos la villa más tarde para hacer algunas compras, así que imaginé que su hermana ya estaría desayunando, pero puedo esperarla en el salón contiguo hasta que baje.

—No es necesario —le aseguró Theo con una voz inexpresiva, mirándola, aunque no directamente a los ojos—. En todo caso, yo ya estoy terminando de desayunar. Puede quedarse si así gusta, lady Camille. Seguramente Emma aparecerá pronto, y mi madre también —aseguró él, para luego hacer una pausa—. ¿Ha dormido bien?

—Eh sí, sí... Por supuesto —mintió. Todo estaba bien, todo tenía que estar bien. Se acercó a la mesa, a uno de los asientos que ya tenía los cubiertos puestos—. ¿Y usted?

Camille hizo la pregunta en el tono más neutral que pudo reproducir, al tiempo que se sentaba y estiraba la servilleta para ponérsela sobre el vestido, evitando mirarlo a los ojos.

—Perfectamente —respondió él sin ninguna entonación que le diera indicios de qué pensaba o de cómo se sentía. Enseguida volvió a tomar el periódico.

Se mantuvieron en silencio algunos minutos mientras Camille esperaba a que uno de los sirvientes le sirviera el desayuno. Que difícil era tenerlo ahí, tan cerca. A pesar de sus esfuerzos, no pudo evitar que las preguntas volvieran a aparecer en su mente, así como el recuerdo del beso ¿Por qué lo había hecho cuando siempre se había mostrado indiferente hacia ella? ¿Acaso había cambiado algo para él? ¿Era posible que él sintiera algo por ella? Sabía que su mente no encontraría paz hasta obtener respuestas. Necesitaba saber qué era lo que él sentía. Finalmente, hizo algo que nunca pensó que haría: rompió el silencio y se dirigió a él.

—Lord Kirtklard —susurró Camille. Su voz, y todo su cuerpo, estaban temblando. Era consciente de ello, y en el preciso instante en que él bajó el periódico y la miró, formuló la pregunta con todo el coraje que pudo reunir, mirándolo directamente a los ojos—. ¿Puedo... puedo preguntarle algo?



Theodore la miró. Era evidente que Camille estaba nerviosa. Él mismo lo estaba desde que la había visto entrar en el comedor, aunque intentara disimularlo. No había esperado encontrársela, al menos no esa mañana. Había ideado una serie de compromisos y planes para evitarla, y por eso mismo había bajado a desayunar temprano. Pero, al parecer, no era el único que no había pasado la mejor de las noches, a pesar de que ambos habían asegurado lo contrario.

Se veía realmente preciosa. Llevaba un delicado vestido de día en tono verde agua, con un diseño sencillo pero elegante. Su cabello estaba recogido en un sencillo moño bajo y algunos mechones caían sueltos enmarcando su rostro, y llevaba un fino collar de plata adornando su cuello. Debía reconocer que la deseaba. No podía negarlo. En realidad, no sabía en qué momento había comenzado a verla de manera diferente, pero tenía claro que ya no podía volver el tiempo atrás.

Volvió a centrar su atención en ella. Seguramente Camille estaría tan confundida como lo estaba él mismo. Y, aunque no estaba preparado para ninguna de sus preguntas, se obligó a responder.

—Por supuesto, pregúnteme lo que desee.

Ya estaba hecho, no había modo de escapar de aquella situación. Intentó mostrarse seguro, aunque en su interior sabía que estaba pendiendo de un hilo. Sus músculos se tensaron y adoptó una postura más rígida, comenzando a respirar de manera superficial.

—Yo quiero... No. En realidad, necesito preguntarle si lo que pasó... —Theodore observó cómo Camille se detenía abruptamente cuando él mismo empezó a oír las voces de su madre y Emma a punto de entrar al comedor.

Fue consciente de inmediato de cómo el aire volvía a entrar en sus pulmones, permitiendo que su pecho se expandiera con una sensación de alivio. La tensión que había estado acumulando en sus hombros y en su mandíbula se desvaneció, y sintió cómo sus músculos se relajaban. Nunca había estado tan agradecido por la interrupción de su madre y su hermana. Admitía con gusto su cobardía. No estaba preparado para tener aquella conversación con Camille cuando ni él mismo estaba seguro de lo que sentía. Solo sabía tenía que mantener la distancia con ella. No quería hacerla sufrir ni volver a incomodarla, y no se perdonaría nunca si tomaba una mala decisión que la dañara o la comprometiera de algún modo.

Sabía que algo había cambiado entre ellos después del beso. Ya había aceptado que se sentía atraído por ella, que la deseaba, y, si lo pensaba bien, no le preocuparía descubrir que se estaba enamorando de ella, pero le desesperaba no saberlo con certeza. Era realmente angustiante no tener claros sus propios sentimientos. Y como nunca había estado enamorado antes, más allá de algún encaprichamiento juvenil, no tenía con qué comparar lo que había comenzado a sentir por Camille. Sí, sabía que le tenía cariño; y ya había aceptado para sí mismo que le atraía y le gustaba pasar tiempo con ella. Pero ¿sería eso amor? No estaba seguro. Y, por lo tanto, no estaba preparado aún para que ella le hiciera alguna pregunta acerca del beso, como por qué lo había hecho o qué sentía por ella. Así que volvió a agradecer internamente la oportuna aparición de su madre y de Emma, y se dispuso a planificar su escape.

—Oh, queridos, al parecer ambos madrugaron hoy —comentó su madre sonriente mientras los saludaba, se adentraba en el comedor y tomaba su lugar en la mesa. Emma hizo lo propio, sentándose al lado de Camille.

—Estaba a punto retirarme, madre. Tengo bastante trabajo hoy, así que las dejo —se apresuró a decir mientras se ponía de pie, intentando no mirar en dirección a Camille—. Espero que pasen un buen día.

—Theo, espera —dijo su madre de pronto—. Necesito hablar contigo sobre algunos temas relacionados con el baile. ¿Puedo pasar por tu despacho durante el día?

—Sí, estaré con el administrador el resto de la mañana, y probablemente almorzaré allí para terminar de revisar algunas cosas, pero luego no habría problema —respondió a su madre, quien le contestó con un asentimiento.

Theodore se encaminó hacia la salida, escuchando la voz de su hermana en la distancia decirle a Camille:

—Estás muy callada desde ayer, ¿estás segura de que te encuentras bien? No ha llegado nueva correspondencia de tu padre, ¿cierto?

—Tranquila, Em, está todo perfectamente bien. Solo estoy...

No alcanzó a escuchar el resto de la respuesta de Camille debido a que se había alejado lo suficiente, y se dispuso a apartar cualquier pensamiento que tuviera que ver con ella de su mente. Era mejor olvidar todo lo sucedido y continuar con su vida.

Pasó el resto de la mañana con su administrador, tal como le había comunicado a su madre. Juntos revisaron documentos y debatieron los ingresos de la cosecha de ese año. Al parecer, si

todo seguía su curso, la propiedad permanecería próspera y bajo control. Esa noticia le brindó un respiro y, por un momento fugaz, experimentó una sensación de alivio. Al menos algo parecía marchar correctamente en su vida.



Camille iba caminando con Emma hacia la villa en compañía de sus doncellas, quienes las seguían a algunos metros de distancia. Habían salido inmediatamente después de haber terminado de almorzar, almuerzo en el cual no se habló de otra cosa que del baile que tendría lugar en tres días más.

Hacía un día espléndido, como había comprobado esa mañana, y en otras circunstancias estaba segura de que disfrutaría de la brisa que le movía ligeramente el cabello, de los rayos del sol acalorando sus mejillas y de la charla con su mejor amiga. Sin embargo, se sentía frustrada. Había requerido de toda su valentía para dirigirse a Theo e intentar formular una pregunta, pero habían sido interrumpidos y, sinceramente, ya no sabía si volvería a animarse a realizarla.

—¡CAMILLE! ¡No me estás escuchando! ¡Estás de nuevo en las nubes! —exclamó su amiga interrumpiendo sus pensamientos. Camille volvió de golpe a la realidad, algo aturdida aún por el chillido de Emma.

—Lo siento, Em, solo estaba distraída. Ya sabes, aunque mi madre diga que mi padre está mejor, no puedo dejar de estar preocupada —respondió, mintiéndole de nuevo a su amiga. Odiaba hacerlo, pero no le quedaba otra opción—. Pero no te preocupes, ya no quiero pensar en eso. ¿Qué me estabas diciendo?

—Oh, Camille, ¡lo siento! Sé que a veces soy una desconsiderada. Es lógico que tu mente esté con tu padre, discúlpame —se apresuró a decir Emma en un tono apenado. No quería mentirle y, además, no quería hacer que se sintiera culpable. Sin embargo, no podía revelar sus verdaderas preocupaciones, no cuando estas incluían a su hermano—. No era nada importante, en realidad. Solo te estaba preguntando por sir Thomas, si es que has sabido algo de él. He recordado que la noche en que tu padre solicitó hablar contigo, y Theo y yo salimos a buscarte, te encontramos hablando con él en la terraza. Parecía como si hubiéramos interrumpido algo importante, y la verdad es que, con todo lo ocurrido, no lo había recordado hasta ahora.

Emma la pilló desprevenida, aunque ya debería estar acostumbrada, después de tantos años de amistad, a que a su mejor amiga no se le escapaba nada y que era curiosa por naturaleza. Pero no pensó que se acordaría precisamente de eso en aquel momento.

El compromiso no era un hecho aún, y estaba toda la situación con Theo. ¡Se había besado con el hermano de su mejor amiga, por Dios! Se sentía la peor amiga del mundo en esos momentos, mas no podía contarle nada. No porque no la fuera a entender, o incluso a apoyar, sino porque sabía que entonces ella se entrometería e intentaría hacer de casamentera, y no quería exponerse a lo que eso supondría. Sería muy doloroso volver a ilusionarse cuando ya había decidido seguir adelante. Así que optó por dar la respuesta más cercana a la realidad posible, para dar por zanjado el tema.

—Em, tengo que contarte algo, pero no puedes decírselo a nadie. Te lo pido en nombre de todos nuestros años de amistad. Ni siquiera a tu madre; a nadie —dijo Camille, notando cómo los ojos de su amiga se abrían como platos y detenía en seco la marcha—. Sir Thomas me propuso

matrimonio esa noche.

—¿Qué? ¿Te has comprometido y no me lo has contado hasta ahora? —le preguntó Emma casi gritando—. ¿Cómo es posible que no me dijeras nada en todo el tiempo que llevamos juntas aquí?

Camille tomó rápidamente a su amiga del brazo, tirando de ella para retomar la marcha. No quería que las doncellas las escucharan, a pesar de que iban a varios metros de distancia de las jóvenes.

—¡Emma, no grites! —le dijo Camille en voz baja pero con tono alarmado—. No estoy comprometida aún, no alcancé a darle una respuesta a sir Thomas. Así que, formalmente no estamos comprometidos. Pero le escribí una carta la mañana antes de partir y le dije que a mi regreso le respondería.

—Oh... Pero eso es casi lo mismo. No puedo creer aún que no me lo dijeras... —se quejó Emma, quien aún parecía anonadada— ¿Le dirás que sí?

¿Le diría que sí? Sí, estaba casi segura de que esa sería su respuesta.

—Sí, planeo aceptar la propuesta de sir Thomas —aseguró, más para sí misma que para su amiga—. Sabes que es la única propuesta decente que he recibido, Em. Quiero tener mi propia familia y mi propia casa. Además, sir Thomas es un hombre agradable y respetuoso. No es precisamente tan atractivo ni tan joven, pero yo tampoco lo soy, y él me quiere a mí. Me ha elegido y sé que cuidará de mí. No puedo quejarme ni pedir más.

—Siempre he creído, y siempre creeré, que te mereces todo eso y más —le dijo Emma apoyando por unos segundos su cabeza en el hombro de Camille mientras continuaban caminando—. Pero si esa es tu decisión y te hace feliz, por supuesto que te apoyaré. Sir Thomas es un hombre afortunado por elegirte. Solo me entristece pensar en que ya no pasaremos tanto tiempo juntas, tú tendrás tus responsabilidades y yo... Bueno, yo seguiré siendo una solterona.

—Emma, sabes perfectamente que sigues soltera porque ha sido tu elección. Y respecto a lo otro, seguiré estando cerca. Yo te visitaré a ti, y tú podrás visitarme a mí. Compartiremos tiempo en los bailes y eventos, y todo seguirá siendo prácticamente igual.

—Eso espero —expresó Emma acercándose más a ella en una demostración de genuino afecto—. Bueno, entonces tendremos que aprovechar el baile. Será el último al que asistas antes de comprometerte, así que debes disfrutar y divertirte. Madre ha invitado a varios jóvenes solteros de la zona, y sé que, aunque nunca lo reconozcas, te encanta bailar. Así que no te dejaré salir de la pista de baile. Te los presentaré a todos y serás la incomparable de la noche.

—¿Qué dices? —respondió Camille riendo—. Creo que exageras. Además, pensaba que ese papel le correspondería a la señorita Cooper.

—¡Tonterías! —exclamó Emma—. Tú lo serás. Sin duda, eres preciosa, y todos querrán bailar contigo, especialmente después de abrir el baile inaugural con Theo.

Ahora fue Camille la que se detuvo en seco por la sorpresa, ante las palabras de su amiga.

—¿Qué? —preguntó sorprendida, girándose hacia Emma—. ¿Por qué tu hermano bailarían el baile inaugural conmigo?

—Pensé que lo sabías. Serás la joven de más alto rango de la fiesta, así que tiene que hacerlo contigo. Madre iba a hablar hoy con él sobre el tema.

—No había pensado en eso —dijo Camille, intentando disimular su conmoción y retomando la caminata—. Es solo que...

—No me digas que te pone nerviosa ser el centro de atención —empezó a decir Emma interrumpiéndola—. Has bailado muchísimas veces con Theo y, aunque me cueste reconocerlo, es un excelente bailarín.

—No, es solo que... Simplemente no sabía que sería así.

—Bueno, ahora ya lo sabes. No tienes de qué preocuparte, aunque, como te he dicho, serás la incomparable de la noche, estoy segura.

Camille ignoró a su amiga y trató de volver en sí.

—Em, recuerda no decir ni una palabra sobre mi *casi* compromiso con sir Thomas —le recordó a su amiga, girándose de nuevo para mirarla—. No quiero que nadie lo sepa hasta que sea una realidad. No se lo he comentado a nadie, ni siquiera a mi madre, y preferiría que siga así hasta que pueda hablar con él a mi regreso.

—Por supuesto, confía en mí. Nadie se enterará. Incluso fingiré sorpresa y emoción cuando lo anuncies oficialmente —dijo Emma divertida—. Mi actuación será fantástica, hasta tú te lo creerás.

Le encantaría poder compartir el entusiasmo de su amiga, pero se limitó a sonreír y seguir caminando.



Theodore escuchó que alguien tocaba a la puerta mientras él se encontraba leyendo unos papeles y supuso que sería su madre, así que la hizo pasar. No sabía exactamente qué era lo que necesitaba hablar con él acerca del baile, sobre todo porque sabía que ya lo tenía todo organizado, pero puso su mejor sonrisa cuando ella se sentó en el asiento al otro lado del escritorio y le preguntó:

—Madre, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Está todo bien en cuanto a la organización del baile?

—Por supuesto que sí. Ya han confirmado su asistencia casi todos los invitados. Como bien sabes, será algo pequeño e informal aunque sin duda elegante.

—Nunca he dudado de tus habilidades para hacer que cualquier cosa luzca elegante, madre.

Su progenitora sonrió, Theodore sabía que adoraba los cumplidos.

—Quería hablar contigo del baile de apertura. Si bien no será una instancia formal, lo correcto es que abras el baile con Camille. Es la joven de mayor rango dentro de las asistentes, y además es nuestra invitada.

—Por supuesto —respondió Theo de manera rápida e inexpresiva. No sabía cómo no había anticipado que tendría que bailar con Camille en el baile inaugural. Por supuesto que ella era la joven de mayor rango, y su madre nunca dejaba pasar ese tipo de formalidades.

—Perfecto, está resuelto entonces —dijo su madre con una mezcla de entusiasmo y satisfacción al ver cómo todo resultaba según sus planes—. Estoy segura de que la señorita Cooper lo entenderá —añadió lady Kirtklard en un tono suspicaz.

—¿Samantha? —preguntó él arqueando una ceja—. ¿Qué tiene que entender? Si puedes explicármelo, madre...

—Bueno, tú sabes que ella siempre ha estado interesada en ti. Es normal que se sienta algo afligida si te ve con Camille; sin embargo, estoy segura de que entenderá que Camille es como una hermana para ti al ser una amiga tan cercana de Emma.

—Madre, dejaré esto claro —comenzó a decir Theodore, adoptando un tono serio y firme, porque no estaba de humor para otra conversación con su madre intentando hacer de casamentera—. No tengo intención de cortejar a nadie, y no estoy interesado en la señorita Cooper. Ella es

una querida amiga de la infancia, a la cual aprecio, pero nada más. Como pueda sentirse no es mi responsabilidad.

—Disculpa, querido —se apresuró a decir su madre posando una mano con exagerada delicadeza sobre su pecho—. Solo pensé que, como eran tan cercanos de pequeños, podría haber algún interés de tu parte si se reencontraban. Siempre recordaré cuando venías de vacaciones de tus clases en Eton y no te despegabas de ella —añadió, con una actitud que podría tacharse de fingida nostalgia—. No la dejabas sola en ningún momento, incluso la llevabas de paseo contigo en algunas ocasiones.

—Madre, era un crío. Samantha era una niña encantadora, y probablemente me interesó como me hubiese interesado cualquier joven similar en ese entonces, pero no estoy interesado ahora. Así que, evita generar en ella y en sus padres falsas esperanzas, porque no la convertiré en mi vizcondesa solo porque tú quieras verme casado, y espero que con esto quede zanjando, de una buena vez, este tema.

En realidad, no le gustaba tener que ser tan duro con su madre, pero no sentía deseos de extender por más tiempo esa conversación.

—Por supuesto, me disculpo nuevamente. Dije que respetaría tus tiempos y es lo que haré, aunque imagino que la recibirás como corresponde y reservarás un baile para ella. Ya sabes que su familia es muy cercana a la nuestra. Su padre era un buen amigo de tu padre.

—Lo sé, madre. Bailaré con ella, pero no esperes más que eso.

Luego de ciertos intercambios más acerca de algunos detalles triviales de la velada que tendría lugar en unos días, su madre se fue, dejándolo de nuevo a solas con sus pensamientos.

¿Realmente su madre creía que se casaría con Samantha solo porque fue cercano a ella en su juventud? A veces no comprendía cómo funcionaba la mente de su progenitora.

Desde luego, Samantha Cooper era una joven agradable y carismática. Habían sido amigos cercanos en su infancia y juventud, pero, si era sincero consigo mismo, la veía más como a una hermana o como a una prima, que como una posible esposa. Cuando la vio por última vez, que fue más o menos tres años antes de que su padre falleciera, habían compartido algunas charlas y le pareció que, a sus veintiún años, se había convertido en una mujer muy bonita. Además de conservar su fuerte carácter e inteligencia, tenía una figura esbelta y una deslumbrante cabellera que la hacían lucir muy bien. Sin embargo, a pesar de su evidente atractivo, nunca había pensado en ella de manera romántica, y dudaba que eso fuera a cambiar. Por otro lado, estaba Camille, quien, aunque lo intentara, no salía de sus pensamientos. Sus conversaciones y los momentos compartidos en las últimas semanas, así como el beso, eran recuerdos que se repetían una y otra vez en su mente.

Decidió salir a dar una vuelta. Le haría bien un poco de aire fresco y distraer su mente durante un rato, especialmente porque aún le quedaban varios asuntos pendientes y planeaba pasar lo que quedaba del día y una parte de la noche trabajando en ello.



Ya de vuelta en Garden Hall, Camille se sentía un poco más ella misma, lo que la hizo estar más tranquila. Había pasado un rato realmente agradable en la villa con Emma, conversando y riéndose de los comentarios de su amiga acerca de los invitados al baile. Logró olvidar, al menos

durante el paseo, todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, lo cual fue un alivio para su mente. Además, había comprado unas maravillosas cintas que seguramente le quedarían perfectas al vestido que había decidido usar en el baile, lo que la entusiasmó.

Durante la tarde descansó en su habitación, ya que había llegado exhausta del paseo, y en ese momento se estaba preparando para bajar a cenar. Se había puesto un vestido de noche con la ayuda de Ana, su doncella, quien de pronto pareció recordar algo importante, ya que comenzó a hablarle con premura.

—Lady Camille, olvidé avisarle de que hoy llegó una carta para usted. Discúlpeme por no habérselo comentado antes, pero cuando llegamos de la villa la ama de llaves me la entregó, y me señaló que la había recibido cerca del mediodía. La tengo aquí, en el bolsillo —terminó de decir la doncella mientras sacaba la carta del bolsillo para entregársela.

—Gracias, Ana. No te preocupes, puedes retirarte. Yo bajaré enseguida —le indicó—. Revisaré la carta cuando vuelva de cenar. Seguro que es de mi madre.

Ana asintió y después salió de la habitación. Le parecía extraño que su madre hubiera vuelto a escribirle, ya que hacía apenas dos días había llegado una carta de ella, y su madre no era dada a escribir tan seguido. Además, cuando la recibió de manos de Ana, le pareció que la caligrafía del sobre era distinta. Sin embargo, Camille iba ya algo retrasada para bajar a cenar, así que la dejó en el tocador y se apresuró a bajar sin haberla leído.



Durante la cena, en la cual solo estuvieron lady Kirtklard y Emma, Camille se sintió algo inquieta. Quizás había sido un error no leer enseguida la carta. ¿Habría pasado algo con su padre?

—Camille, querida —dijo lady Kirtklard con su característica amabilidad—, hablé con Theo esta tarde y está encantado con la idea de abrir el baile inaugural contigo.

Camille asintió, intentando fingir una sonrisa, sin demasiado éxito. Dudaba de que Theo estuviera «encantado» de bailar con ella, en especial cuando sentía que solo se empeñaba en evitarla.

—Emma me comentó que ambas compraron varias cintas y lazos en la villa —agregó lady Kirtklard.

—Sí, encontré algunas cosas que añadiré a uno de los vestidos que traje. Le pediré a Ana que me ayude.

—Perfecto —le dijo lady Kirtklard mirándola cariñosamente—. Y tú, Emma, ¿sabes ya qué te pondrás?

—En realidad, no lo sé aún. Imagino que el vestido amarillo de seda. Solo lo he usado dos veces y me gusta bastante. O puede que elija el rojo de terciopelo —comentó su amiga no muy decidida—. Imagino que el día del baile me los probaré y decidiré.

Camille no pudo evitar la pequeña sonrisa que se asomó en sus labios. Sabía que su amiga se quejaba constantemente de los eventos y bailes, y en realidad, de todo lo relacionado con las normas de la alta sociedad. Pero también la conocía lo suficientemente bien como para saber que, en su interior, Emma adoraba verse deslumbrante y lucir vestidos que otras jóvenes no se atreverían a usar. Le encantaba romper el molde a su modo, y, cuando se lo proponía,

definitivamente lo lograba.

No le costaba entender que su amiga no hubiera encontrado aún un esposo. A pesar de que había recibido propuestas más que aceptables, sabía que aspiraba a más. No se conformaría con tener un esposo respetable y una vida tranquila aunque satisfactoria. Emma deseaba más: deseaba amor, probablemente igual que ella. Pero la diferencia era que su amiga no se doblegaría hasta encontrarlo, mientras que ella no se había atrevido a hacer nada para luchar por encontrarlo.

Luego de cenar y de pasar un tiempo en el salón con lady Kirtklard y Emma, comentando los preparativos del baile, Camille se dispuso a subir a su habitación para acostarse. Estaba cansada y sabía que el día siguiente sería un día agotador. Lady Kirtklard les había informado de que irían a visitar a sus vecinos, el barón William y su esposa. Además, quería leer la carta que le había llegado antes de dormir.

Después de que Ana la ayudara a quitarse la ropa y a ponerse la camisa de dormir, esta se retiró, dejando a Camille sentada frente al tocador. Con delicadeza, soltó la trenza que recogía su melena y aparecieron las ondas naturales que se formaban en su cabello debido a la presión del trenzado.

Sin darle más vueltas, se dispuso a abrir la carta que había dejado sobre el tocador. Se quedó paralizada al darse cuenta de que no era de su madre, como había creído en un principio, sino que estaba escrita y firmada por sir Thomas. No podía creer que él le hubiera escrito; seguramente su madre le había dado indicaciones sobre a dónde debía mandársela. Camille se sintió exasperada por ello y miró la carta sin poder leerla aún. No era muy extensa, pero sus manos comenzaron a temblar, estaba nerviosa por el contenido de la misiva. Cerró los ojos, los apretó con fuerza, inhaló profundamente y luego los abrió de nuevo, ya dispuesta para leerla.

Estimada lady Camille,

Espero que se encuentre bien y esté disfrutando de su estancia con los Kirtklard, en especial junto a su querida amiga Emma. No puedo negar que he extrañado su presencia en cada evento al que he asistido y que cuento los días hasta su regreso. La temporada se ve opaca sin su presencia. Durante este tiempo he descubierto cuánto anhelo nuestras charlas y los paseos junto a usted. Hace mucho tiempo que no me sentía de esta manera con alguien, y me he dado cuenta de que he comenzado a sentir que la necesito.

Quiero que sepa que visité a su madre hace algunos días. Ella insistió en que usted no tomaría a mal que le escribiera, por lo que me tomé el atrevimiento de hacerlo.

¡Ja! Lo sabía. Su madre no tenía sutileza alguna. Se sintió avergonzada por un momento, pero rápidamente volvió a concentrarse en la carta.

Por supuesto, no le mencioné nada acerca de mi propuesta. Durante nuestra conversación, tocamos temas como la salud de su padre, de quien me alegra saber que está mejorando, y charlamos sobre la temporada. Sin embargo, deseo que sepa que espero ansiosamente su respuesta, y que anhelo que sea favorable. Mi deseo es pasar el resto de mi vida junto a usted, y lamento no haber expresado adecuadamente mi afecto cuando le hice la propuesta aquella noche en el baile. No suelo ser alguien dado a

exteriorizar mis sentimientos, espero que pueda disculparme por ello.

*Por siempre suyo,
Sir Thomas Portman.*

¡Dios mío! No se había esperado algo así. Inmediatamente sintió una sensación de sequedad en la boca y sus manos comenzaron a temblar, mientras aún sostenía la carta.

Aunque todos esos días había estado pensando en la propuesta de sir Thomas, nunca imaginó que él le escribiría, y menos aún que le diera a entender que sentía algún tipo de afecto por ella. Si bien sir Thomas siempre había sido amable con ella, demostrándole interés y atención, nunca le había expresado un gesto que fuera más allá, nada que la hiciera pensar en que él estuviera desarrollando algún tipo de sentimiento más profundo hacia su persona. Sin embargo, la carta parecía indicar que realmente la quería a ella.

No sabía cómo sentirse al respecto. De pronto comenzó a sentir algo extraño en el pecho, una sensación punzante y molesta, y se preguntó si sería adecuado considerar aceptar la proposición de un hombre que parecía estar genuinamente interesado en ella, mientras que ella seguía enamorada de otro. ¡Ahh! Su mente iba a colapsar. ¿Por qué todo tenía que complicarse de aquella manera? Era, por completo, diferente a lo que había imaginado, a un matrimonio basado en un acuerdo mutuo entre dos personas que decidían pasar su vida juntas y formar una familia, sin involucrar sentimientos más profundos, al menos no más allá del afecto y la amistad.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Podría simplemente seguir adelante como si nada hubiera pasado? Sabía que la respuesta era un rotundo no. ¿Por qué tenía que seguir enamorada de Theo? Todo sería más fácil si él no hubiera regresado. Estaba segura de que, si no lo hubiese vuelto a ver, ya se habría comprometido con sir Thomas, y estaría satisfecha con su decisión. Sin embargo, ahora estaba más confundida que nunca y, además, se sentía culpable porque sir Thomas había comenzado a desarrollar sentimientos hacia ella, pues sabía que aceptar su propuesta sería traicionarlo de alguna manera.

Tenía que resolver esto. No podría aceptar la propuesta de sir Thomas sin sentirse una impostora, sin antes cerrar todas las esperanzas que aún albergaba en su corazón por Theo. Especialmente ahora que sabía que sir Thomas sentía algo por ella. No era una mala persona, y no estaba dispuesta a iniciar su matrimonio con mentiras y engaños.

Se levantó rápidamente y arrojó la carta a la chimenea, asegurándose de que nadie pudiera encontrarla. Luego tomó una bata de satén color hueso, lo único que tenía a mano para no salir casi desnuda de la habitación, y abrió la puerta de golpe. Salió decidida en busca de Theo, ansiosa por obtener las respuestas que necesitaba para desterrarlo por completo de su corazón. Respuestas que, para su lamento, solo Theodore Kirtklard podía entregarle.

CAPÍTULO 13

DESPACHO DEL VIZCONDE DE KIRTKLARD EN GARDEN HALL. BATH, CONDADO DE SOMERSET, 1821.



La luna en las manos

Era de noche y Theodore se encontraba en su despacho, tomando un vaso de *whisky* escocés que había encontrado en uno de los muebles. Seguramente su padre lo había dejado allí antes de su muerte y nadie lo había vuelto a abrir desde entonces. Estaba sentado en el escritorio, repasando unos papeles. Había cenado en el despacho hacía más de una hora y ya había terminado todo lo que tenía que hacer por ese día. Sin embargo, aún no sentía la necesidad retirarse a descansar. Sabía que su madre, Emma y Camille ya habían subido a sus habitaciones hacía al menos tres cuartos de hora, pero prefería ser precavido y no subir todavía para no encontrárselas. No tenía deseos de hablar con nadie.

De repente, mientras intentaba concentrarse en los papeles que tenía enfrente, escuchó cómo la puerta del despacho se abría con sigilo. Una figura se asomó y pareció adentrarse en la habitación, congelando el aire que Theodore respiraba.

Supo de inmediato que era ella. Camille.

Se veía como una perfecta escultura envuelta en esa bata de color hueso que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Definitivamente aquello no estaba bien. Ella no debería estar allí, y mucho menos así vestida. Sus manos comenzaron a humedecerse por la sudoración, y su cuerpo se tensó por completo. Estaba aturdido, le faltaba el aire, y apenas podía pestañear, sorprendido de verla allí, en su despacho. Ella, a diferencia de él, no parecía sorprendida por lo que estaba ocurriendo. De hecho, parecía decidida. La observó cerrar la puerta tras de sí, para luego proceder a apoyar sus manos contra ella sin dejar de mirarlo.

No supo cómo, pero se levantó de un salto de la silla y sus miradas se encontraron en la distancia. Por fin, las palabras comenzaron a salir de su boca.

—L-lady Camille, ¿Q-qué hace aquí? —le preguntó, con más dificultad de la que hubiese deseado. Era consciente de que su voz titubeaba y de que su respiración se había vuelto irregular.

—Necesitaba verlo, lord Kirtklard —respondió ella sin moverse, sosteniéndole la mirada con una intensidad dolorosa—. Esta mañana no pude terminar de formular la pregunta que necesitaba hacerle, por lo que imaginé que estaría usted aquí y decidí venir.

—Esto no es adecuado —señaló Theodore, tanto para sí mismo como para ella—. Podría haber sido vista por alguien en el camino hacia aquí.

—Nadie me ha visto —le aseguró Camille mientras comenzaba a avanzar en su dirección—. Y ya sé que no es apropiado. Sé... sé que no debería estar aquí, y que esto es completamente inadecuado, pero...

Ahora sí que se veía alterada. Su voz se había vuelto temblorosa, sus manos estaban inquietas y sus ojos se desviaron hacia el suelo. ¡Bien! No quería ser el único descolocado con la situación. Mientras ella se acercaba, se fijó en cómo la bata, que apenas la cubría, se ceñía en la zona de sus pechos, que lucían curvilíneos y llenos. Su pelo caía sobre sus hombros de forma tan natural que deseó apartarlo y descubrir la zona de su cuerpo que alcanzaba a cubrir. El cuerpo de Theodore empezó a incendiarse y supo que estaba acabado.

Sus pies comenzaron a moverse sin quererlo, o tal vez sí.

—¿Quiere algo de beber? Tengo *whisky* —le preguntó, tratando de parecer sereno.

—No... No sé si debería —respondió ella con evidente duda, deteniéndose cerca del borde del escritorio.

—Hay muchas cosas que no deberían estar pasando, así que supongo que un vaso de *whisky* no las empeorará —dijo sin creerse una sola palabra.

Era consciente de que solo intentaba ganar tiempo, tratando de evitar lo inevitable. Observó cómo finalmente Camille asentía, tras lo cual se acercó a la mesa lateral, donde reposaba la botella de *whisky* junto con unos vasos. Tomó uno y sirvió un dedo del *whisky* escocés en el vaso. De manera silenciosa, se acercó a ella y le entregó la bebida. Al extender la mano para tomar el vaso, Theodore notó que ella temblaba ligeramente, pero prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

Luego de un breve instante en el que sus dedos se rozaron, Theodore retiró su mano y se apoyó en el escritorio, colocándose de frente a Camille, quien se encontraba a una escasa distancia de él. Buscó su propio vaso y dio un sorbo, observando cómo ella también bebía de su vaso para, a continuación, pasarse la lengua por los labios. Una avasalladora excitación recorrió el cuerpo de Theodore, terminando de calentar cada fibra de él.

¡La deseaba tanto! Tenía que sacarla de allí. No debería haberle ofrecido *whisky*, debería haberle dicho que se fuera en cuanto la vio entrar por la puerta, pero no había sido capaz. Su imagen lo congeló, incluso ahora se sentía incapaz de hacer nada más que contemplarla.

Notó cómo ella, tras tomar un segundo sorbo, dejaba su vaso en una de las repisas laterales y caminaba hacia él nuevamente, quedando esta vez a menos de un metro de distancia. Por inercia, Theodore dejó su vaso sobre el escritorio y apoyó sus manos en el borde. Necesitaba mantenerlas tocando algo o no sabía de qué sería capaz.

—Lord Kirtklard, yo...

—Theodore. Puedes llamarme así, ese es mi nombre. Creo que no tiene sentido tanta formalidad dadas las circunstancias.

Ella pestañea varias veces antes de responder. Parecía sorprendida, y, por primera vez en todo ese intervalo de tiempo, Theodore sintió que volvía a tener algo de control sobre la situación.

—Theodore... —Camille pronunció su nombre casi en un susurro, provocándole una nueva oleada de excitación—. Y-yo necesito saber... necesito saber por qué me besaste.

Las palabras de Camille quedaron suspendidas en la estancia y Theodore solo pudo continuar contemplándola. Ahora nadie los interrumpiría, y ella le había hecho una pregunta directa, una para la cual, en realidad, sí tenía una respuesta. Sabía por qué la había besado, eso era sencillo de responder, aunque probablemente su respuesta no fuera suficiente para ella. Definitivamente no lo era para él.

La había besado porque no podía no hacerlo, porque anhelaba su contacto y porque deseaba

sentir su calor. Por eso la había besado, porque ella lo atraía como nada ni nadie lo había atraído antes. Aunque seguía sin entender la profunda naturaleza de sus sentimientos hacia ella.

Dio un paso adelante, hacia ella. Otro error. Esta vez quedaron frente a frente, tan cerca que sentía su aliento, su calor. Camille era más baja que él, al menos una cabeza, así que tenía el mentón levemente inclinado para poder verlo. Lo miraba expectante. Un fuego ardiente se encendió en sus ojos y supo que ella también sentía ese calor.

—Te besé... —comenzó a responder Theodore, con sumo cuidado—. Te besé porque te deseo.

De inmediato, tan pronto como pronunció esas palabras, supo que no eran las adecuadas. No era que carecieran de verdad, sino que no eran lo que una joven como Camille esperaría escuchar. Era una joven de alta cuna, pura e inocente en lo que respecta al deseo que puede surgir entre un hombre y una mujer. No obstante, se sentía perdido, pues no sabía qué más decirle sin correr el riesgo de mentirle o quedar como un idiota al no comprender sus sentimientos.

Camille lo miró fijamente durante lo que pareció una eternidad, y justo cuando Theo pensaba que ella no emitiría ninguna respuesta, notó cómo sus labios se movían.

—Yo también te deseo —terminó de decir Camille, que en ese momento le dedicaba una mirada llena de una mezcla de inocencia y deseo, la cual lo excitó más que cualquier otra cosa en el mundo.

Theodore no supo en qué momento sus manos la rodearon por la cintura y la atrajeron hacia él, quedando sus cuerpos pegados uno al otro. Su resolución se había desmoronado. Era plenamente consciente de que aquello acabaría ocurriendo desde que la había visto entrar con esa bata al despacho, pero cuando ella pronunció esas palabras, supo que no podría vivir un día más si no la tenía entre sus brazos.

Antes de besarla, porque sabía que era inevitable, iba a besarla, la miró buscando su aprobación. Necesitaba que, a pesar de lo que le había dicho, ella también estuviera de acuerdo con aquello; que lo quisiera, que lo anhelara tanto como él lo estaba anhelando. Vio en sus ojos el mismo deseo de unos segundos atrás, pero esta vez, en lugar de inocencia, había anhelo, el mismo que él ya no podía seguir conteniendo.

Sin esperar un instante más, Theodore se apoderó de sus labios y la besó con devoción. Lo que comenzó como un superficial roce entre sus bocas, rápidamente se volvió más intenso y anhelante, y ella respondió colocando sus brazos sobre los hombros de él, rodeando su cuello. Theodore, por su parte, la tomó de la cintura con un brazo y con el otro comenzó a descender por su espalda, acercándose peligrosamente a la curva de su trasero, que podía sentir a través de la delgada tela de la bata y el camisón. Ella correspondió al beso con la misma pasión, mostrándose activamente receptiva a su contacto. Se sentía flexible y voluptuosa entre sus brazos, totalmente dispuesta a entregarse a lo que estaban compartiendo.

Sus respiraciones, jadeantes y entrecortadas, se sincronizaron magistralmente. Y mientras Theodore continuaba moviendo las manos por su cuerpo, pudo sentir cómo la bata que Camille traía puesta comenzaba a soltarse. ¡Maldición! Quería arrancársela.

Se separó solo unos centímetros de ella para mirarla. Jadeaba, al igual que él, y tenía todavía los ojos cerrados. Sus labios estaban húmedos y visiblemente hinchados, y su cabello estaba comenzando a despeinarse. Sintió el impulso de tocarlo. Necesitaba comprobar su textura. Ella abrió los ojos y puso las manos a la altura del torso de Theodore, mientras él comenzaba a tocar algunos mechones de su cabello.

—Te deseo tanto... No sé cuándo comencé a desearte de esta manera, con esta intensidad —

le susurró en el oído—. Eres preciosa, absoluta y totalmente hermosa —murmuró mientras acercaba su frente a la de ella, sosteniéndola con una mano firme en la cintura y jugueteando con la otra con uno de sus sedosos mechones, deslizando sus dedos por el con suavidad.

—Theodore... —le suplicó Camille casi en un susurro, mientras abría los ojos—. No pares, por favor.

Menos de un segundo después, Camille dejó caer sus brazos a un costado y dio un paso atrás, liberándose de su contacto. Por un momento, él temió que se alejara, a pesar de lo que acababa de decirle. Sin embargo, se quedó atónito al ver cómo ella desataba el nudo de su bata y la dejaba caer al suelo para luego mirarlo con una intensidad que lo conmovió. Sintió su erección golpear la tela del pantalón y cualquier pensamiento se desvaneció por completo.

Volvió a tirar de ella hasta acercarla nuevamente a su cuerpo, y esta vez no fue cuidadoso. Tomó su rostro entre sus manos y la besó con desesperación. Ella intentó seguirle el ritmo, pero no pudo, y Theodore se sintió el peor hombre del mundo por no poder ir más despacio, por no proceder como ella se merecía, pero ya no era capaz de controlar su deseo. La levantó del suelo y la llevó hacia el escritorio sin dejar de besarla, barriendo con una mano las cosas que estaban encima para sentarla sobre el macizo mueble.

Se colocó entre sus piernas y el fino camisón de Camille se le subió hasta las rodillas. Estaba duro, tan duro como creía que era posible estar. Siguió besándola, explorándola con sus manos. Ambos estaban sudando y, mientras él bajaba sus labios por el cuello de ella, pudo sentir su sabor salado, seguramente producto del sudor de su excitación. Deseó al instante saber cómo sería besar otras partes de su cuerpo. Con una de sus manos comenzó a presionar la zona baja de la espalda de Camille, atrayéndola más hacia él, y con la otra se aventuró a explorar sus senos.

Solo los separaba el camisón. Esa maldita prenda era lo único que lo separaba de poseerla allí mismo, sobre el escritorio de su padre, y terminar con el sufrimiento que estaba sintiendo.



Camille no podía pensar. No podía pensar y no era capaz de hacer nada más que responder a la exigencia de los besos de Theo, de su contacto. Él la estaba tocando por todas partes. Sentía un calor que la quemaba y estaba segura de que en cualquier momento estallaría; que algo en ella explotaría, aunque no tuviera idea de qué. Comenzó a sentir cómo una de las manos de él, que hasta el momento había estado en su espalda, se movía hacia su pierna izquierda y empezaba a subir por ella. Su contacto la quemaba y sentía un intenso ardor en la zona íntima entre sus piernas, esa de la que nadie le había hablado. En esos momentos, preferiría quemarse antes que detener lo que estaba sucediendo en ese despacho.

Él le había dicho que la deseaba, no que la quería ni que la amaba, pero ¿realmente importaba? Al día siguiente tendría tiempo para pensar en ello. A Theodore no le era indiferente. Sus palabras y su cuerpo, así como su forma de besarla y sus caricias, se lo corroboraban, y eso era lo único de lo que Camille tenía certeza en ese momento. Lo único que le importaba por esa noche.

Tenía su camisón más arriba de la rodilla, y, si no estuviera tan absorta en el deseo que estaba sintiendo, se sentiría avergonzada. Nadie, nunca, la había tocado ahí, ni de ese modo, pero algo tan sublime no podía estar mal. Él volvió a besarla en los labios y ella comenzó a quitarle la parte

de arriba del traje. No era justo que él llevara puesta tanta ropa cuando ella apenas iba vestida.

Lo escuchó reír despacio mientras la chaqueta de él caía al suelo.

—No pensé que aprenderías tan rápido —le dijo Theo mientras comenzaba a desabotonarse la camisa y volvía a besarla—. No pensé...

—Te advertí que no lo conocías todo sobre mí —lo interrumpió—. Dime qué hacer.

—Shh... —Lo escuchó decir.

Él acercó nuevamente sus labios a los de ella, tan cerca que los sintió arder.

—No digas nada, quiero contemplarte. Quiero mirar estos bonitos pechos que se esconden debajo de tu camisión hasta cansarme, quiero hundirme en ti, y quiero mostrarte todo lo que puede suceder entre un hombre y una mujer.

La voz aterciopelada de Theo la terminó de consumir. Sentía una especie de electricidad por todo su cuerpo, que continuaba ardiendo. No sabía cómo unas simples palabras podían encenderla aún más de lo que ya estaba. Sin pensarlo dos veces, tomó la mano de él, que estaba en esos momentos sobre el borde del escritorio, la condujo hacia su pecho y la introdujo por debajo de su camisión hasta llegar a su seno izquierdo, el cual quedó rápidamente al descubierto. Luego se acomodó la camisa, bajándola por el borde de su hombro para así darle más acceso.

No estaba segura de lo que estaba haciendo, pero sabía que, con lo que había hecho, estaba dándole acceso a Theo a mucho más que solo unos besos. Sin embargo, no tenía miedo. Lo amaba, lo amaba aún más de lo que creía antes de entrar al despacho, y llevaba años convenciéndose de que él nunca la vería de otro modo hasta esa noche. Sabía que él no la dañaría, le confiaría su vida. Después hablarían y encontrarían el modo de resolver las cosas. Sí, de eso estaba segura.

Él comenzó a jugar con su seno, cubriéndolo y apretándolo con su mano. Ella echó la cabeza hacia atrás, disfrutando de las sensaciones que su contacto en esa zona tan íntima le provocaba: cosquillas y una sensación que no sabía identificar, pero que era, sin duda, placentera. En un momento, sintió cómo Theo dejaba de jugar con su seno y conducía su cabeza hacia allí. Sus miradas se encontraron y, tras un breve instante, él hizo algo que la sorprendió: comenzó a besarlo. Primero fue despacio, provocándole una sensación aún más placentera que antes, cuando solo jugó con él con su mano, pero de pronto comenzó a aumentar la intensidad, haciéndole perder el sentido y el poco control que le quedaba sobre su respiración.

Con su otra mano, le subió más el camisión por la pierna, y Camille se agarró instintivamente al cabello de Theo y comenzó a jugar con él mientras intentaba reprimir, sin demasiado éxito, los gemidos que salían de su boca.

No supo cuánto tiempo había transcurrido, pero él volvió hasta su boca y la besó apasionadamente, mientras dejaba su seno al descubierto. Sintió cómo su mano, que había estado subiendo por su pierna, tomaba una nueva dirección y se posaba en la zona entre sus piernas, donde antes había sentido ese extraño calor que quemaba su zona íntima. Uno de los dedos de él accedió a esta zona y comenzó a jugar con el vello que ahí se encontraba. Camille, por su parte, empezó a sentir cosquillas por todo el contorno de su zona íntima y volvió a gemir, incapaz de soportar tantas sensaciones al mismo tiempo. De inmediato, Theo cubrió el sonido de su boca con sus labios, empujando con su lengua, exigiendo entrar, y ella no pudo hacer otra cosa que darle todo el acceso. Se había entregado por completo a él.

Enseguida sintió como su dedo comenzaba a introducirse cuidadosamente en ella. Era suave, invasivo, caliente... y se sentía por completo adecuado, como si antes hubiera estado vacía y Theo, de algún modo, la completara. Fue realizando delicados movimientos circulares, en cada uno de los cuales su cuerpo entero parecía contraerse para luego soltarse y, si antes creyó que

explotaría, ahora estaba segura de que lo haría en cualquier momento. Menos mal que estaba sentada sobre el escritorio, porque estaba segura de que no podría aguantar de pie todas esas sensaciones.

—Camille... mi Camille —dijo Theo entre gemidos, con una voz suave y melodiosa—. Estás tan mojada...

Ella quiso responder algo, pero entonces él introdujo un segundo dedo en su cavidad y ya no pudo volver a pensar. Deseó gritar, pero al parecer él lo notó y la acalló con sus labios, volviendo a besarla de manera posesiva. Sus dedos comenzaron a moverse como una sinfonía dentro de ella. No sabía que algo así podía suceder. No sabía nada de nada en aquel momento, solo que quería gritar y que quería sentirlo aún más adentro, si es que eso era posible. Así que comenzó a moverse instintivamente para saciar esa necesidad inexplicable de llenar todos los espacios de su cuerpo con él, para sentirlo aún más adentro de ella. Pero no era suficiente.

Se sentía tan húmeda... No quería que él parara lo que fuera que estaba haciendo. ¿Sería eso lo que llamaban hacer el amor? No estaba segura, y no tenía cómo saberlo, pero se sentía tan bien, y se sentía tan correcto que fuera con él.

—Theodore... ne-necesi... necesito algo. Mmmm... No sé qué, pero necesito... Te necesito —logró decir Camille con la voz entrecortada por los gemidos que se escapaban de sus labios, embriagada por todas esas nuevas sensaciones.

Llegados a ese punto, no podía tolerar todo lo que estaba sintiendo, era demasiado, simplemente era demasiado para ella. En un arrebato, apartó la mano que estaba sobre la cabeza de Theo de un manotazo hacia el escritorio y, un segundo después, ambos se sobresaltaron y se detuvieron de golpe cuando escucharon el sonido de algo estrellándose contra el piso.

Su corazón se detuvo por un momento y su respiración se congeló. Luego vio a Theo dar un paso atrás, e instantáneamente se sintió vacía, tan vacía como nunca antes. Notó como una corriente fría comenzaba a recorrer su cuerpo, terminando de apagar el calor que había sentido momentos antes. Ambos observaron el vaso roto en el suelo y luego se miraron entre ellos sin decir nada. Camille vio que Theo tenía la camisa a medio abrir, mostrando parte de su cuerpo desnudo. Su torso estaba mucho más marcado de lo que había imaginado, y aún jadeaba, con la respiración acelerada. Se veía tan atractivo que deseó volver a tocarlo, sin embargo, algo la detuvo. Notó algo diferente en él, como si estuviera luchando consigo mismo. Instintivamente, se arregló la parte de arriba del camisón, volviendo a cubrir su pecho y ajustando la prenda. No quería que aquello terminara, anhelaba volver a sentir sus besos, su contacto, pero sabía que no podían retroceder en el tiempo. Era evidente, al mirar el rostro de Theo, que algo no iba bien.

—Theodore —susurró.

—Tienes que salir de aquí, esto... esto ha llegado demasiado lejos. Yo... Lo siento, Camille. —Lo escuchó decir en un tono suave pero firme. Theo no la estaba mirando, tenía la frente arrugada y los labios apretados, y podía ver cómo apretaba fuertemente los puños—. No debería haber actuado así contigo, ni haberme propasado de esa manera.

—Pero Theodore, yo...

Justo cuando iba a seguir hablando, él se acercó y la ayudó a bajar del escritorio para que no pisara los trozos de vidrio rotos esparcidos en el piso. Al dejarla en el suelo, se mantuvo cerca de ella unos segundos y luego se agachó para recoger la bata que estaba tirada. Su bata. Se la extendió y ella la tomó y procedió a ponérsela. Él la ayudó y luego ató bien el nudo para cerrarla, todo en un sepulcral silencio. Una vez que la bata estuvo en su lugar, sus ojos volvieron a encontrarse, sosteniéndose mutuamente la mirada por varios segundos. Luego, él posó una de sus manos en su mejilla, la miró fijamente y le dijo:

—Hablares de esto, te lo prometo. Todo estará bien, pero ahora tienes que irte. No quiero que alguien te descubra aquí y cuestione tu reputación. Esto no debió ocurrir de este modo, pero quiero que sepas que me importas.

Tras unos segundos en los Camille sintió que le faltaba el aire, pudo respirar al fin. Una sensación de alivio la embargó. Resolverían la situación, estaba segura de ello. Aunque no le había hecho una proposición formal, sabía que Theo era un caballero y ahora era consciente de que sentía algo por ella, aunque solo fuera deseo. Eso sería suficiente por el momento. En realidad, era mucho más de lo que nunca se había atrevido a esperar. Asintió en respuesta a sus palabras, y cuando quiso darse cuenta ya se encontraba de camino a su habitación.

Sentía como si estuviera flotando, como si estuviera en un sueño del que deseaba no despertar.



Theodore estaba ya acostado en su habitación y se sentía una basura. Había estado a punto de hacer el amor con Camille en su despacho. ¡Sobre su escritorio! ¡Dios! Definitivamente iría al infierno por ello.

Se había tomado muchas libertades que no le correspondían con ella, sobre todo teniendo en cuenta que era una joven soltera y que además se hallaba bajo su protección en Garden Hall. Había olvidado por completo su honor y no comprendía cómo había llegado tan lejos. No había considerado las consecuencias, ni siquiera había considerado que su madre y hermana dormían en la planta superior y podrían haberlos sorprendido en su despacho, o que alguno de los sirvientes de la mansión podría haber pasado por fuera y haberlos escuchado.

Theodore se cubrió el rostro con los brazos y cerró los ojos, apretándolos fuertemente. En ese momento se sentía el peor de los hombres, y la desagradable sensación de culpa comenzaba a agobiarlo, presionándole el pecho y haciéndole sentir el peso de sus acciones. Sin embargo, a pesar de cuestionarse todo lo ocurrido y sentir un fuerte remordimiento, no podía decir que se arrepentía de lo sucedido. Si era sincero consigo mismo, lo que había compartido con Camille en ese despacho había sido la experiencia más placentera que había tenido en toda su vida.

Nunca había deseado tanto a una mujer. Nunca había sentido su cuerpo arder de la manera en la que había ardido al sentirla entre sus brazos, al introducir sus dedos en su intimidad. En ese momento creyó que iba a explotar, e incluso ahora, recostado sobre su cama, el recuerdo amenazaba con volver a excitarlo. Si ese maldito vaso no se hubiera caído, no sabía si hubiera podido detenerse a tiempo. Una serie de imágenes comenzó a bombardear su mente. Camille recostada en su escritorio, desnuda, excitada, gritando su nombre mientras él introducía su miembro en ella con rápidas estocadas, ambos jadeando de deseo.

De golpe, abrió los ojos y volvió a la realidad. Se casaría con ella, por supuesto. La decisión se había tomado en su mente desde el momento en el que ella había cerrado la puerta al entrar al despacho, y se había consolidado cuando la vio salir hacia su habitación, aun visiblemente excitada y despeinada. Era lo que correspondía. Él seguía siendo un caballero, aunque esa noche no se hubiera comportado como tal, y Camille era una dama, por lo que se merecía el respeto y la protección que solo un matrimonio podría otorgarle en tales circunstancias, además de ser lo único que podría restablecer el poco honor que le quedaba.

Al reflexionarlo más detenidamente, descubrió que la idea de casarse con Camille no le disgustaba en absoluto. Sí, era cierto que tras regresar a Londres había decidido que no quería casarse tan pronto, pero, tras todo lo que había descubierto de ella durante las últimas semanas, le parecía que tomarla por esposa era, en realidad, una excelente idea. La conocía bien, era una mujer bondadosa, inteligente y comprensiva, y se sentía verdaderamente cómodo en su compañía. Además, su belleza era indiscutible, y admitía sin reservas la intensa atracción que sentía hacia ella. La deseaba con desesperación. Así que al diablo con descubrir lo que sentía; si con el tiempo descubría que la amaba, aún mejor. Sería un verdadero regalo del destino. Serían felices y podrían vivir una vida plena y apasionada. Y si descubría que no la amaba, al menos sabía que la respetaría, le sería fiel y compartirían momentos íntimos llenos de pasión. Y ese pensamiento lo hizo sentir por fin un poco más aliviado.

Aún tenía varios días antes de volver a Londres para aclarar sus pensamientos, decidir cómo iba a proceder y hacer las cosas bien. Tendría que hablar con ella de sus intenciones, pero antes quería darse el tiempo para encontrar cierta claridad en sus ideas y sentimientos. Ella se lo merecía. También estaba el tema de su madre. Seguramente estaría encantada de verlo casado, y más aún con Camille. Sabía que le tenía un gran cariño. Sin embargo, no le agradaría saber que la había seducido bajo su techo, así que tendría que ir con cuidado. Lo mejor sería comenzar a mostrar interés por ella en público y cortejarla como correspondía. Y, por último, estaba Emma. Camille era su mejor amiga, y no quería interferir en su vínculo con ella. Sabía que para ambas era significativo, y no quería que su hermana lo odiara por sobrepasarse o hacerle algún tipo de daño a su mejor amiga. No se lo perdonaría jamás. Así que no le quedaba otra opción que hacer las cosas bien, rescatar el poco honor que le quedaba, y enmendar el rumbo de las cosas. Pero estaba tranquilo. Las cosas saldrían bien, estaba seguro de ello.

Camille sería una esposa perfecta. Era perspicaz, amable, asertiva y sumamente reflexiva. Podía hablar con ella sobre infinitos temas y sentirse escuchado y comprendido como nunca antes. No lograba recordar a nadie más con quien se sintiera tan cómodo hablando de sí mismo como le ocurría con ella. Y, como si todo eso no fuera suficiente, además Camille era, por encima de todo, una mujer apasionada. Aquello lo había tomado por sorpresa. Al principio, había esperado una respuesta más pasiva ante su contacto, pero ella lo sorprendió respondiéndole con un deseo y una pasión que lo dejaron desconcertado y lo hicieron desearla con más intensidad, hasta casi perder su propio autocontrol y, si se permitía admitirlo, incluso su honor. No se aburriría de ella en la cama, de eso estaba tan seguro como de que se llamaba Theodore Alexander Kirkland.



Al día siguiente, Theodore intentó buscar algún momento para hablar con Camille a solas, pero no fue posible. Su madre le informó temprano por la mañana que había organizado una salida que tomaría todo el día a casa del barón William y su esposa, por lo que Camille y Emma la acompañaron y estuvieron gran parte del día fuera de la mansión. Solo tuvo oportunidad de verla en la cena, donde no pudo hablar con ella, pero durante la cual compartieron algunas miradas llenas de anhelo. Tendría que esperar al siguiente día. No sería correcto pedir una audiencia con ella después de cenar, ni mucho menos presentarse en su habitación, exponiéndolos a ser

descubiertos. No, no después de haber comprobado que su autocontrol no funcionaba cuando la tenía cerca. Así que, a pesar de su deseo de volver a besarla y tenerla entre sus brazos, se contuvo.



Cuando Theodore bajó a desayunar por la mañana, parecía que todo el mundo estaba haciendo algo, lo que seguramente sería a causa del baile que su madre daría la noche siguiente. Estaba de buen humor. Tener las ideas más claras sobre su incipiente futuro lo hacía sentir bien y más a gusto consigo mismo.

Al entrar al comedor, se encontró con su madre, Emma y Camille, quien se veía preciosa con un vestido de día color damasco. Era sencillo, pero la hacía ver reluciente, provocándole un sutil cosquilleo ¿Qué tenía ella que lo hacía desear atravesar el mundo entero solo para estar a su lado y rozar su piel? ¿Por qué no había empezado a tener esos sentimientos por Camille antes, a pesar de conocerla durante años? Eran interrogantes para los que no tenía respuesta.

—Buenos días —dijo Theodore con bastante entusiasmo—. Espero que quede algo de comida para mí.

—Buenos días, hijo. Te ves bastante entusiasmado hoy —le señaló su madre.

—No creas que es por el baile de mañana —respondió a su madre con un tono divertido—. Solo he dormido bien, eso es todo.

Mientras tomaba asiento, notó que Camille se sonrojaba y que desviaba la mirada de donde se encontraba él.

—Bueno, de todos modos, me alegro —añadió su madre, para luego dirigirse hacia su hermana y hacia Camille—. Algunos invitados ya me han confirmado que llegarían mañana por la tarde. Los Cooper, por ejemplo. Los invité a cenar con nosotros antes del baile, al igual que al reverendo Smith y a algunos otros. Así que les sugiero que mañana comiencen a arreglarse temprano.

—Claro, lady Kirtklard. Procuraré estar lista a la hora que nos indique —respondió Camille a su madre, evitando mirarlo—. Planeaba salir hoy a dar una vuelta para aprovechar el día, ya que mañana habrá mucho que hacer.

—Perfecto, querida. Emma, ¿acompañarás a Camille?

—En realidad, estaba pensando en volver a recostarme. A diferencia de Theo, no dormí tan bien como él anoche —dijo Emma, obligando a Theo a salir de su fingida pose leyendo el periódico—. ¿Te molesta que no te acompañe? —le preguntó su hermana a Camille.

—No, por supuesto que no. Descansa si lo necesitas, puedo salir sola. Además, será un paseo corto. Solo quiero disfrutar de la brisa un rato.

—Yo puedo acompañarla —dijo Theodore impulsivamente—. Si lo desea, claro.

—Yo... Claro, estaría encantada, milord —respondió Camille, mirándolo a los ojos por primera vez esa mañana y luciendo, ahora sí, más sonrojada.

—Magnífico —dijo su madre dando por zanjado el tema—. Emma, ¿por qué no le pides a la señora Givens que te prepare un tónico? Seguramente te ayude a estar repuesta para mañana.

—Sí, es posible —respondió su hermana, que estaba más callada y seria de lo normal—. Si no les molesta, me retiraré enseguida. Nos vemos más tarde.

Así continuaron desayunando. Theodore se mantenía en silencio mientras revisaba el periódico y escuchaba cómo su madre no dejaba de hablarle a Camille sobre el baile, los invitados y quién sabe qué otras cosas. Él solo podía pensar en el momento en que estarían a solas nuevamente. Probablemente ella esperaba una conversación. Sin embargo, se había prometido hablar con ella de manera adecuada y formal en los próximos días, antes de volver a Londres. Esa mañana aprovecharía el tiempo a solas para volver a tenerla entre sus brazos.



Camille se encontraba en el vestíbulo, a la espera de que apareciera Theo. Se había cambiado de vestido a uno de paseo de color verde claro que era bastante cómodo para caminar, y se había recogido el cabello ligeramente con un tocado. Estaba nerviosa. Sus manos se movían inquietas, y era consciente de que se estaba mordiendo el labio inferior. Había pasado buena parte de las últimas dos noches rememorando todo lo que había ocurrido en el despacho con Theo y pensando en cómo manejaría las cosas cuando se encontraran a solas. Y, si bien él le había dicho que hablarían, Camille había comenzado a desesperarse. Necesitaba tener más certezas de lo que pasaría entre ellos.

Dio un profundo respiro e intentó tranquilizarse entrelazando sus manos. Confiaba en Theo lo suficiente como para saber que, cuando hablaran, se quedaría más tranquila. Aunque desconocía lo que él iba a decirle, estaba segura de que Theo era un caballero y, sobre todo, un buen hombre. Sí, de eso no tenía dudas. No lo amaría tanto si no lo fuera.

Tendría que rechazar la propuesta de sir Thomas. Lo que había ocurrido en el despacho había sido una clara señal de que Theo sentía algo por ella. La deseaba, de eso estaba segura. Y no podía imaginarse casándose con otro ahora que el hombre del que llevaba años enamorada parecía haber comenzado a corresponder sus sentimientos milagrosamente. ¡No podía creerlo! Mientras reía a solas escuchó unos pasos fuertes que se acercaban.

—¿Hay algo gracioso de lo que deba estar al tanto? —le preguntó Theo con voz alegre—. Espero no haber arruinado tu diversión.

—Para nada, en realidad... No es nada. Solo estaba contemplando una idea que me hizo reír —respondió enseguida—. Ya estoy lista para salir, si así lo deseas.

Era extraño dirigirse a Theo sin formalidades de por medio. No obstante, él mismo se lo había pedido, y no creía que ocurriría nada si lo hacían mientras estuvieran a solas.

—Entonces vamos, quiero mostrarte un lugar.

Después de esas palabras de Theo, Camille sintió como si miles de mariposas revolotearan en su estómago, haciéndole sentir una mezcla vertiginosa de emoción y nerviosismo que la embargó por completo. Su corazón latía con fuerza, y su respiración se volvió un poco más agitada.

Sin perder ni un segundo más, se apresuró a seguirlo mientras él salía de la casa.

CAPÍTULO 14

GARDEN HALL. BATH, CONDADO DE SOMERSET, 1821.



Susurros de complicidad

Mientras Theo caminaba a su lado, Camille lo miraba de reojo y pensaba en lo apuesto que se veía. Vestía un traje a medida que resaltaba partes de su cuerpo en las que no había reparado antes. Su cabello estaba más despeinado de lo habitual, y una imagen de ella aferrada a esos mechones mientras él desplazaba su cuerpo solo con el movimiento producido por sus dedos dentro de ella asaltó su mente. El calor volvió a invadirla, pero se frenó y se concentró en el camino, alejando aquellas imágenes de su cabeza.

Después de unos quince minutos de caminata, que transcurrieron en su mayoría en silencio, Theo se detuvo. Habían llegado a la entrada de un laberinto de rosas y setos que no estaba muy lejos de la propiedad, aunque no era visible desde esta. Sin decir una palabra, él tomó su mano y la guio hacia adentro. Caminaron durante aproximadamente tres minutos más, y, de repente, él se detuvo en seco antes de llegar a un árbol bastante grande que estaba en medio del laberinto y se quedó parado frente a ella, muy cerca.

—Quería estar a solas contigo —dijo Theo, sorprendiéndola—. Desde la otra noche no he podido hacer otra cosa que pensar en ti. No sé qué me has hecho, pero no puedo sacarte de mis pensamientos... Ni de mis sueños.

De pronto, las piernas de Camille comenzaron a flaquear, y no supo cómo logró no derretirse en ese mismo instante. Era el hombre de sus sueños, a quien había amado desde que lo vio por primera vez, y estaba allí, frente a ella, diciéndole cosas que nunca imaginó escuchar de sus labios.

—Lo-lo siento —respondió, con la voz temblorosa—. Yo... yo también estuve pensando en ti.

—Me alegra saberlo. Me habría sentido decepcionado si no hubiera sido así —dijo él, en un tono tan seductor que su cuerpo comenzó a temblar por completo—. ¿Estás nerviosa?

—N-no, es solo que... Simplemente no sé qué decir. Lo que pasó entre nosotros... Yo...

Él movió su mano hacia su rostro, atrapó un mechón que se había soltado de su tocado y lo colocó detrás de su oreja.

—Lo sé, tranquila. Ya hablaremos de ello. Luces adorable con ese vestido —le dijo Theo, haciendo que su piel se erizara. Sonrió tímidamente y supo de inmediato que sus mejillas se habían teñido con un suave rubor por el calor que comenzó a sentir en ellas. Camille desvió sus

ojos hacia abajo, incapaz de sostenerle la mirada. Sin embargo, él tomó su rostro con una de sus manos y la hizo volver a levantarla—. No estés nerviosa.

—Yo... Es solo que no sé qué decir —repitió Camille nerviosa—. Theo yo...

—Me gusta como suena mi nombre en tus labios —la interrumpió él—. Si hubiera sabido antes lo mucho que disfrutaría escuchándote decirlo, te hubiese pedido que me llamaras así hace mucho tiempo.

No pudo evitar reírse con el comentario de Theo. En realidad, en su mente siempre había sido solo Theo para ella.

—E-es extraño —intentó comenzar a decir, absorta en su mirada—. Todo esto... Nosotros...

—Para mí también es extraño, aunque debo admitir que llevo días sintiendo deseos de besarte —dijo Theo, y luego se detuvo unos segundos para poner la otra mano sobre su mejilla—. He pensado en miles de formas distintas de llegar a tus labios, de tomarlos —continuó diciendo él, casi rozando su boca mientras hablaba ahora en susurros—. Te aseguro que nunca, y escúchalo bien, nunca había sentido un deseo así.

—Theo —suspiró Camille.

Y sin más, él puso sus labios sobre los de ella en un beso que esta vez fue distinto a los anteriores. Tan lento, suave y profundo, que ambos se perdieron en él.



La tarde del día siguiente, Camille se hallaba contemplándose en el espejo. Había comenzado a arreglarse temprano para la cena y posterior fiesta que daría lady Kirtklard esa noche. Había elegido un vestido verde esmeralda de satén, uno de los únicos que había traído que servía para un baile, y le había añadido algunas de las cintas que había comprado en la villa junto a Emma. Esa noche llevaba el cabello recogido, y debía admitir que se veía resplandeciente. Durante esa última temporada había descubierto que el verde era su color y que, después de tanto tiempo, se sentía cómoda consigo misma.

En su primera temporada social, nunca sintió que los habituales tonos blancos o crema tan característicos de las debutantes le sentaran bien. En realidad, la hacían lucir pálida e insulsa, y su piel, que ya era clara de por sí, adoptaba un tono aún más blanquecino con esos colores. Ahora que lo pensaba, no le sorprendía haber pasado tan desapercibida en su primera y segunda temporadas. Nada en ella destacaba, y su habitual introversión no ayudaba a compensar su falta de características físicas llamativas. Sin embargo, con el paso de los años, había descubierto que su piel hacía un atractivo contraste con colores como el verde, su preferido, el azul o el violeta.

Recordó que, durante la temporada anterior, cuando Emma estaba de luto, su amiga le había regalado uno de sus vestidos, el cual era de un vibrante color naranja. Después de hacerle algunos ajustes y armarse de valor, decidió usarlo para un baile, y esa fue la primera vez que la invitaron a bailar al menos tres veces seguidas. Nunca olvidaría aquella noche. A partir de entonces, comenzó a experimentar hasta encontrar los colores que mejor le sentaban, así como su propio estilo.

Camille volvió al presente y se dio cuenta de que faltaba poco para la hora de bajar a cenar. Tuvo que reconocer que se sentía bastante nerviosa por volver a ver a Theo. No sabía si podría interactuar con él sin que todos los invitados se dieran cuenta de lo que le hacía sentir, sin que

sus ojos o su cuerpo gritaran todo lo que había sucedido entre ellos. Era extraño cómo había logrado ocultar su amor durante tantos años, incluso a sus seres más cercanos, y cómo ahora, después de entregarse a él de tantas formas, se sentía como un libro abierto.

De manera instintiva, sus dedos se posaron sobre sus labios y, sin darse cuenta, cerró los ojos. El recuerdo del día anterior, con Theo besándola dulce pero intensamente en el laberinto de rosas, aún la hacía sentir en las nubes. Había sido tan íntimo, que hubiera deseado no tener que separarse nunca de él.

Se habían vuelto a ver un par de veces. La noche anterior en la cena, y esa misma mañana en el desayuno y en el almuerzo, pero siempre en compañía de Emma y lady Kirkklard, por lo que no habían podido compartir más que algunas miradas fugaces y sutiles roces de manos cuando parecía que nadie estaba mirando.

Cuando finalmente logró abrir los ojos y volvió a encontrar su imagen en el espejo, Camille recordó que aún no habían conversado. No es que realmente le preocupara. Todo estaría bien, estaba segura. Sin embargo, notaba una extraña sensación de opresión en su pecho, la cual se esforzó por ignorar. También recordó que aún no había respondido a la carta de sir Thomas. Había garabateado algunas frases, pero no le parecía correcto rechazar su propuesta por carta. Quizás sería mejor hacerse cargo del asunto en cuanto volviera a Londres. Seguro que, si le explicaba todo, él lo entendería, especialmente considerando que Theo se comprometería con ella. Porque estaba segura de que eso pasaría. Todo se resolvería, no podía permitirse dudar.

Se decidió a bajar porque probablemente ya habrían llegado parte de los invitados para la cena y no quería retrasarse, así que se miró en el espejo por última vez y procedió a encaminarse hacia la puerta.

Una vez abajo, escuchó risas y varias voces que conversaban de forma animada, y se acercó al salón principal con la sensación de nerviosismo aún presente en su cuerpo.

Cuando entró, lo primero que vio fue a lady Kirkklard, que estaba junto a Emma y una dama desconocida, conversando bastante entusiasmadas en la esquina más cercana a la entrada. Más allá, vio al señor y la señora Kensington, al barón William y a su esposa, la señora Elizabeth William; y luego al reverendo Stuart, a quien había conocido días atrás, cuando lady Kirkklard lo invitó a tomar el té en Garden Hall, y que ahora estaba conversando con un caballero cuya espalda era lo único que podía ver. Había unas cuantas personas más, algunas sentadas, otras en grupos, pero no veía a Theo. Dio algunos pasos más, buscándolo sutilmente con la mirada hasta que lo encontró. Él la estaba mirando, parecía haber captado su atención, la cual, seguramente unos segundos antes había estado centrada en la bella joven que tenía a su lado, quien, apostaría, estaba tan enamorada de él como ella misma. Concluyó que aquella joven debía de ser la famosa señorita Cooper.

Una fuerte punzada de celos la invadió, sentía cómo su estómago parecía revolverse y una tensión inminente se apoderaba de sus hombros. Hizo un esfuerzo por ignorar esas sensaciones cuando notó que Emma se acercaba rápidamente hacia ella.



Theodore fue consciente del instante exacto en el que Camille entró en el salón, ya sea porque su cuerpo reaccionó endureciéndose instantáneamente al verla envuelta en ese vestido verde

esmeralda que la hacía lucir como la criatura más hermosa que había visto en su vida, o porque su respiración parecía haberse detenido, olvidándose por completo de la conversación que hasta hace unos segundos mantenía con Samantha Cooper.

—Ella debe de ser lady Camille —dijo su acompañante interrumpiendo sus pensamientos—. Tu hermana me habló de ella cuando nos saludamos hace un rato.

Tuvo que esforzarse por apartar su mirada de Camille, a quien Emma abordó de inmediato, para volver a enfocarse en Samantha, la cual con seguridad había notado su interés.

—Sí —afirmó Theodore—. Es la hija de los marqueses de Donegall y una íntima amiga de mi hermana desde hace muchos años. Además, es una querida amiga de la familia.

—Oh, comprendo —dijo Samantha mirando hacia Camille, que ya había llegado hasta donde estaban su madre y la madre de Samantha—. Es muy bonita.

—Sí, lo es, por supuesto —respondió, tratando de sonar indiferente—. Seguramente la conocerás en breve. Mi hermana no tardará en presentártela.

—Claro... Imagino que también eres cercano a ella —le dijo en un tono que le resultó indescifrable. Samantha tenía el don de confundirlo siempre—. Noté cómo te miró apenas te localizó.

—Lo soy —dijo Theodore, con más convicción de la que hubiese deseado mostrar—. Todos en la familia lo somos, en realidad. Te caerá muy bien, estoy seguro.

Samantha asintió en silencio y retomó la conversación que habían estado manteniendo.

Después de transcurridos algunos minutos, Theodore vio cómo Camille se acercaba a ellos cogida del brazo de su hermana. Ahora que la veía más de cerca, se quedó aún más maravillado con su imagen, y volvió a sorprenderse de lo atractiva que era y de lo extraño que le parecía no haber reparado en ello años atrás.

Cuando estuvieron frente a ellos, Emma hizo las presentaciones pertinentes y los cuatro conversaron de manera distendida hasta que su madre anunció que era momento de pasar al comedor para cenar. Theodore le ofreció el brazo a Samantha, ya que estaba a su lado, y se dirigieron juntos al comedor, con Emma y Camille siguiéndolos.



La cena transcurrió con normalidad. Theodore se situó en la cabeza de la mesa, con su madre sentada a un lado y, llamativamente, Samantha al otro lado. Su madre no escatimaba en cuanto a sus estrategias casamenteras. Sin embargo, prefirió dejar pasar sus artimañas por esta vez, y mantuvo una agradable conversación con Samantha, quien siempre había sido una hábil e interesante conversadora.

De tanto en tanto, su mirada se posaba en Camille, la cual estaba sentada varias sillas más allá, entre el reverendo Stuard y Derek Macdonald, el heredero a la baronía de Kenston, con quien parecía mantener una animada conversación. Sintió una punzada de algo que solo podía reconocer como celos, pero la ignoró. Pronto Camille sería suya, su esposa, y no tendría que volver a compartir sus hermosas sonrisas con nadie más.

Dos horas después, todos se habían trasladado al impecablemente adornado salón de baile de la mansión. Los invitados locales ya habían comenzado también a llenar el salón, cuando Theodore se dio cuenta de que era el momento de abrir el baile. Justo cuando estaba a punto de

buscar a su pareja de baile, con quien ansiaba estar a solas dentro del concurrido salón, vio cómo su madre la traía del brazo hacia él.

Irradiaba una belleza angelical, y su corazón se aceleró al verla acercarse. Sentía una mezcla de emoción y nerviosismo ante su presencia. El ambiente y la decoración del salón parecían envolverla, realzando su impresionante presencia, y Theodore agradeció el buen gusto de su madre, la cual había logrado transformar el lujoso e imponente salón de baile en un espacio íntimo y natural.

—Querido, he traído a Camille para el baile de apertura. —Escuchó decir a su madre cuando ambas se pararon frente a él—. Los músicos comenzarán a tocar en breve. Será mejor que den ejemplo.

Theodore asintió y su madre desapareció, aunque en realidad no supo en qué momento dejó de acompañarlos, ya que solo podía concentrarse en los ojos de Camille, unos ojos que lo miraban con una extraña mezcla de intensidad y vulnerabilidad.

—¿Estás lista para ser el centro de atención esta noche? —le preguntó—. Te ves deslumbrante.

—Gracias, yo... —le respondió ella con cierta timidez—, no creo que sepa cómo ser el centro de atención, pero estoy lista para que bailemos.

—Entonces, vamos.

Le ofreció el brazo y ella lo tomó enseguida. Juntos caminaron hacia el centro de la pista mientras dos parejas más se unían a su alrededor, y la música comenzaba a sonar.



Camille se encontraba absorta en los ojos de Theo, que esa noche eran de un azul tan profundo y cautivador, que el mundo a su alrededor se desvanecía por completo. Su cuerpo parecía moverse por inercia sobre la pista de baile. Oía la música, pero esta parecía distante, lo que por momentos le permitía escuchar incluso su propia respiración, la cual estaba agitada. Podría jurar que también era capaz de escuchar la respiración de Theo, la que a su vez era firme y pronunciada.

¿Habría pensado en ella desde su último encuentro? ¿Habría sentido algo al volver a ver a la señorita Cooper, su amiga de la infancia? ¿Cambiaría eso algo entre ellos? Trató de volver a concentrarse en el baile, no tenía sentido enfrascarse en preguntas para las cuales no tenía respuesta.

Puso atención en su cuerpo, habían empezado a moverse por la pista al ritmo de la música hacía tan solo unos minutos, y cada vez que Theo la tocaba, una sensación de electricidad la recorría por completo. Le resultaba increíble poder estar aún de pie y, más aún, moverse rítmicamente a pesar de sentirse tan conmovida por dentro.

Habían bailado juntos docenas de veces a lo largo de los años. No se había equivocado cuando le dijo que él era, con seguridad, el hombre con quien más veces había bailado en su vida. Pero, a pesar de que ya debería estar acostumbrada a estar entre sus brazos en una pista de baile, lo ocurrido entre ellos los últimos días lo había cambiado todo, y ahora ya no se sentía igual con su contacto. Se sentía eléctrica, poderosa, y, al mismo tiempo, a punto de explotar.

—¿Sucede algo? —le preguntó Theo, mirándola con una extraña expresión en el rostro—. Pareces contrariada.

—No. Solo estaba... solo estaba pensando. Es todo —logró responder con cierta dificultad.

—Pagaría una fortuna por poder adentrarme en tus pensamientos —comentó Theo con una voz aterciopelada.

—Creo que desperdiciarías tu dinero. No hay nada realmente interesante en ellos.

Cuando terminó de pronunciar esas palabras, intentando restarle importancia al tema, el baile los separó por unos segundos.

—Todo es interesante en ti. Cualquier cosa que me permitiera estar dentro de ti me resultaría aún más interesante, te lo aseguro —afirmó él cuando el baile los acercó nuevamente y sus manos volvieron a juntarse. Una súbita electricidad le recorrió el cuerpo y casi hizo que se tropezara en medio de la pista.

Sin tiempo para reaccionar o decir algo, más parejas se unieron a ellos en la pista de baile, formando un pequeño círculo a su alrededor. Continuaron danzando en silencio, intercambiando miradas intensas. Él la observaba como si nadie más existiera en el salón, lo que no podía estar más lejos de la realidad. Camille comenzó a sentirse de pronto sofocada y tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse en otra cosa.

—Tu madre ha logrado que el salón luzca encantador. Cuando entré después de la cena, me sorprendió lo distinto que se veía —comentó, intentando cambiar de tema hacia uno más seguro.

—Mi madre tiene la habilidad de hacer que todo luzca hermoso, y es muy consciente de ello —puntualizó Theo mientras sus manos volvían a rozarse debido al baile.

—Estoy segura de que debe de sentirse complacida de que todos los invitados hayan decidido asistir. Es una fiesta espléndida —señaló Camille. Una idea se le vino a la mente, pero dudó en verbalizarla. Sin embargo, al cabo de unos segundos y con cierto nerviosismo, decidió proseguir, pensando en la confianza que ahora tenían—. Creo que tu madre quiere emparejar a Emma con el señor Macdonald.

—Mi madre siempre quiere emparejarnos con alguien, no puede evitarlo. Es una celestina sin remedio. —Camille rio para sus adentros. Definitivamente, lady Kirtklard no disimulaba sus planes casamenteros.

—Lo hace con buena intención... —comenzó a decir ella, pero el baile volvió a separarlos y tuvo que esperar unos segundos a estar de nuevo con Theo para continuar—. Los quiere mucho. Estoy segura de que solo desea la felicidad de ambos.

—No lo dudo —terció Theo—. Pero espero que esta vez se concentre en Emma. Aunque he de decir que, si mis ojos no me fallan, el señor Macdonald parecía más interesado en ti durante la cena que en mi hermana.

Camille no pudo evitar abrir los ojos de par en par ante el comentario de Theo. ¿Acaso estaba celoso? No había notado ningún interés en particular por parte del señor Macdonald por ella, pero eso no venía al caso.

—Bueno, el señor Macdonald es un excelente conversador, aunque ciertamente no es de mi gusto.

—Y, ¿podría saber cuál es su gusto, «milady»? —le preguntó Theo en un tono seductor, resaltando su título con una sonrisa pícaro en el rostro que le revolvió el estómago.

—Bueno... Ciertamente me gustan los hombres con ojos azules, «milord».

Ambos rieron ante el comentario, y luego permanecieron en un placentero silencio mientras continuaban bailando por la pista.

—Mañana debo partir temprano para reunirme con algunos arrendatarios, y probablemente estaré fuera todo el día, por lo que será difícil vernos, al menos a solas. Como sabes, queda poco para regresar a Londres, y quiero dejar todo en orden antes de emprender el viaje de vuelta.

Camille asintió. El tiempo para volver a Londres se acercaba y todo sería diferente una vez que abandonaran Garden Hall. Sin embargo, no quería pensar en eso ahora, así que se centró en Theo.

—¿Te sientes preparado para volver a Londres? —le preguntó ella cuidadosamente.

—¿A qué te refieres? —le devolvió la pregunta Theo, parecía confundido. El baile los separó de nuevo, y solo cuando volvieron a estar cerca, Camille procedió a responderle.

—Me refiero a todo. Sé que regresar a Garden Hall te ha traído muchos recuerdos...

Guardó silencio mientras Theo meditaba su respuesta más tiempo del esperado, lo que le hizo dudar y pensar que quizás no debería haberle preguntado algo tan personal. Sin embargo, antes de que pudiera hacer algo para retirar lo dicho, él le respondió.

—Ciertamente, pero también lo he disfrutado mucho... —Theo se interrumpió. La música, que parecía estar a punto de concluir, los separó y los juntó otra vez—. Debo admitir que ha sido mucho más fácil asimilar todos los recuerdos de mi padre teniéndote aquí —continuó él con una sonrisa pícaro—. Has sido una encantadora distracción, y eso ha hecho que mi regreso al campo sea aún más especial. Así que, sí, estoy listo para volver. Además, ahora tengo nuevos y más placenteros recuerdos de este lugar, los cuales atesoraré cuando esté en Londres. Aunque espero que cuando regresemos continúes regalándome el placer de tu compañía.

Camille no supo que responderle y no pudo evitar sonrojarse y desviar la mirada. ¿Qué significaban esas palabras?

Antes de poder volver a preguntarle algo, escuchó los últimos acordes de la pieza, que se desvanecía lentamente en sus oídos. Una vez que concluyó, Theo le ofreció el brazo y la condujo hacia una de las orillas de la pista de baile, deteniéndose cerca de la mesa de refrescos.

—Creo que debo dejarte —le señaló él—. Por más difícil que me resulte hacerlo, prometí el segundo baile a la señorita Cooper, y mi madre no me perdonará si la dejo plantada.

—Por supuesto —respondió Camille intentando no mostrarse irritada. No quería separarse de Theo, y menos aún para que este fuera a bailar con la asombrosa señorita Cooper, quien, como ya había predicho, estaba irremediablemente enamorada de él. Pero no quería que Theo viera la profundidad de los sentimientos que albergaba por él, así que no tenía otra opción que dejarlo ir—. No te preocupes por mí, buscaré a tu hermana. Además, seguro que mi próxima pareja no tardará en aparecer. Si no recuerdo mal, prometí el segundo baile al señor Macdonald.

—No lo dudo, entonces. Si yo fuera él, te aseguro que ya habría cruzado el salón para reclamarte.

Camille se sonrojó, pero intentó disimularlo y volvió a dirigirse a él antes de que se retirara de su lado.

—No te imagino dando un espectáculo, y estoy segura de que, aunque esta es una fiesta informal, darías de qué hablar haciendo algo así —le aseguró divertida, mientras recreaba la situación en su mente—. Ambos sabemos que no harías nada que pudiera dar pie a habladurías.

Theo parecía divertido y sorprendido al mismo tiempo con su comentario, pero no dijo nada al respecto. Sin embargo, añadió:

—Resérvame otro baile, de preferencia un vals. Sé que mi madre incluyó algunos en la lista —le dijo él con una de sus encantadoras sonrisas—. Quizás, si bailo contigo más de dos o tres veces, podría convertirme en alguien capaz de generar habladurías —añadió, para luego hacer una pausa y fingir una expresión pensativa—. Creo que ahora me siento tentado a hacerlo, aunque estés convencida de que esa no sea mi naturaleza.

Y así, sin añadir nada más y tras hacer una rápida reverencia, Theo se retiró, dejando a Camille con una sensación de extraña contrariedad que se disolvió rápidamente cuando observó

a su próxima pareja de baile, quien ya se encontraba a pocos metros de ella.



Después de tres bailes seguidos: primero con el señor Macdonald, quien era un excelente bailarín y un granuja en potencia, sin duda; luego con el hijo de uno de los arrendatarios de los Kirtklard, que no debía tener más de veinte años; y por último con el señor Osborn, un hombre extrañamente silencioso, podía decir que se encontraba exhausta y que necesitaba un respiro. Así que se dispuso a ir hacia la mesa de refrescos, donde por casualidad se encontró con Emma, quien parecía divertida mirando la pista de baile.

—Parece que no soy la única que necesitaba un descanso —le dijo a su amiga—. Tu madre debe de estar complacida con cómo está resultando el baile.

—Estoy convencida de que sí. Aunque seguramente está más preocupada por poner a Samantha en los brazos de Theo, que por cualquier otra cosa —señaló Emma divertida—. Casi siento lástima por él.

Camille se sintió incómoda frente a la mención de Theo, Samantha Cooper y su potencial unión, pero trató de acallar esa sensación. Estaba segura de que, durante los últimos días, se había vuelto una experta en ocultar su malestar, aunque solo fuera gracias a la enorme cantidad de veces que Emma y lady Kirtklard habían mencionado el tema desde que se decidió hacer el baile. Rápidamente puso su mejor cara de indiferencia y se posicionó a un lado de su amiga, luego de tomar una de las copas que había sobre la mesa. Buscó el punto que Emma parecía estar mirando en la pista de baile, el cual no era otro que Theo bailando nuevamente con Samantha Cooper. ¿Es que no había más mujeres además de la señorita Cooper?

Algo en su interior volvió a producirle un pinchazo, haciendo que resurgieran los celos que anteriormente había ignorado, pero con mucha más intensidad. Sus hombros y su estómago comenzaron a tensarse, y sintió un desagradable nudo formarse en su garganta. Se sentía insegura, incluso a pesar de que su parte racional le decía que no había nada que temer.

Theo la hacía sentir tan especial, que no se sentía capaz de dudar de sus intenciones respecto a ella. Aún no le había dicho nada referente a lo que ocurriría con ellos en el futuro o acerca de sus sentimientos por ella, pero, aun así, sabía que él no jugaría con ella de ese modo. Simplemente él no era así. Era un hombre honorable, y lo amaba por ello. No obstante, verlo con otra mujer, con la que parecía tan cómodo bailando, la llevaba ineludiblemente a dudar de todo lo que habían compartido juntos en esos días.

—Imagino que tu madre solo quiere verlo casado. Hay que admitir que nunca ha escondido sus intenciones —dijo con dificultad, a pesar del nudo en su garganta, que seguía incomodándola—. Además, es evidente que la señorita Cooper está enamorada de tu hermano.

Camille no supo por qué había dicho eso en voz alta, pero no tuvo tiempo de cuestionárselo porque enseguida Emma respondió.

—Sí, es probable que tengas razón —expresó Emma pensativa—. Desde que eran pequeños, Samantha siempre iba detrás de él. Se deleitaba con todo lo que Theo hacía o decía. Además, con los años desarrolló bastante carácter y siempre se han entendido muy bien. Seguro que eso da esperanzas a mi madre.

—¿Crees...? —Se detuvo, insegura de hacer la pregunta que deambulaba por su mente en

voz alta, más por miedo a la respuesta que por la curiosidad que pudiera despertar en su amiga —. ¿Crees que él pueda estar interesado en ella?

—Sinceramente, lo dudo. Creo que, si Theo sintiera algo por Samantha, ya lo habría expresado hace mucho tiempo. Se conocen desde que eran niños y nunca me ha dado la impresión de que sienta algo más que afecto por ella. Además, creo que, cuando encuentre a alguien que realmente logre enamorarlo, no dudará un segundo y le propondrá matrimonio enseguida. Así es él. Realmente pienso que madre no tiene de qué preocuparse. Tarde o temprano sucederá.

Camille meditó unos segundos las palabras de su amiga y sintió que todo dentro de ella volvía a la calma. El nudo desapareció, al igual que la tensión.

Sí, así era como ella veía Theo y, sin quererlo, con sus palabras, su amiga se lo estaba corroborando. Theo era honorable, un caballero, y seguramente estaba esperando el mejor momento para expresar sus intenciones. La señorita Cooper era solo una muy querida y entrañable amiga para él. No tenía por qué sentir celos de eso, y tampoco podía culparla por estar enamorada de él cuando ella llevaba años en su misma situación.

—Cambiano de tema, ¿qué te ha parecido Derek Macdonald? —le preguntó Emma sacándola de golpe de sus pensamientos—. Vi que bailaste el segundo baile con él y que no apartaba la mirada de ti. Además, los vi conversar animadamente en la cena.

—Eh... Bien, es decir, es guapo, por supuesto, y muy... Bueno, es un seductor. La verdad es que me pareció interesante hablar con él. Al parecer, acaba de llegar de España, así que me estuvo contando cosas acerca de su viaje.

—Va a heredar una baronía. Madre no ha parado de repetírmelo desde que decidió invitarlo. Sé que estás casi comprometida —añadió su amiga, volteándose para mirarla directamente, consiguiendo que Camille sintiera intriga—, y nunca desearía interferir en tus elecciones, pero creo que no estaría mal si de pronto descubrieras que te has enamorado de alguien más.

—Emma, yo...

Se sentía una traidora al no poder decirle a su más querida amiga cómo se sentía en realidad, pero ya llegaría el momento de hacerlo. Solo esperaba que ella la comprendiera.

—Sé que deseas lo mejor para mí y... y estoy más segura que nunca de que lo obtendré —dijo Camille, sintiendo el titubeo de su propia voz. Tenía que salir de allí cuanto antes—. Pero también estoy segura de que el señor Macdonald no es el amor de mi vida —remarcó esto último con un toque fingidamente dramático que hizo reír a su amiga.

—Por supuesto que lo obtendrás —afirmó Emma adoptando un tono más serio mientras tomaba una de sus manos—. Y yo te apoyaré en cualquiera que sea tu elección, ya te lo dije. Si esa elección es sir Thomas, ahí estaré, a tu lado, deseándoles a ambos una vida llena de felicidad.

Los ojos de Emma parecieron humedecerse y Camille se preocupó de inmediato. Su amiga había estado actuando de manera extraña, y ahora le decía aquello. ¿Qué podría estar sucediéndole? ¿Habría ocurrido algo de lo que no se había percatado por estar ensimismada en su situación con Theo?

—Emma, ¿te ocurre algo? —le preguntó con tono de preocupación.

—¡Oh! No. Nada —respondió su amiga soltándole la mano—. Sabes que a veces soy emocional e intensa. Solo quería que supieras que te apoyo. Olvida lo que te he dicho, ya has tomado una decisión.

—Sé que quieres para todos un amor increíble, tal como lo esperas para ti misma —dijo Camille mirando a su amiga a los ojos—, y no puedo quererte más por impulsarme a tener algo que es tan importante para ti.

—A veces creo que preferiría ser más práctica —expresó Emma cabizbaja, algo que no era usual en ella—, en lugar de desear un matrimonio por amor que, posiblemente, no ocurrirá nunca. Llevo cinco temporadas esperando encontrar a alguien, enamorarme y tener una historia tan mágica como la de mis padres, pero puede que, simplemente, no sea para mí...

—No digas eso. Estoy segura de que hay alguien ahí afuera para ti. Eres una mujer increíble, Emma. Eres hermosa, pero, por encima de todo, eres inteligente, divertida, atrevida y sincera. Además, no hay nada que admire más de ti que tu convicción por encontrar el amor. Sinceramente, no sé si yo hubiera podido rechazar todas las propuestas que has recibido durante estos años si hubiese estado en tu lugar, por mucho que no hubiera amado a ninguno de esos pretendientes. Sin embargo, tú te has mantenido firme en tus ideales.

—Desearía que mi madre pensara cómo tú —murmuró Emma. Parecía estar haciendo un esfuerzo por sonreír—. No te negaré que estuve tentada de aceptar, al menos una de las propuestas. Lord Talbot me parecía realmente encantador, pero sentía que algo faltaba... No sé el qué. Si te soy sincera, no sé si sabría reconocer cómo se siente el amor.

Camille estuvo tentada de contarle lo que era para ella el amor. De decirle que amar era sentirlo todo al mismo tiempo... Sentirse elevada, empoderada y a la vez sumamente vulnerable; sentir el cuerpo arder, pero al mismo tiempo una sensación de inmensa calma y confort. Sin embargo, solo fue capaz de asentir, porque decir todo eso implicaría tener que decir muchas más cosas de las cuales aún no podía hablar con ella. Volvió a sentir el peso de la traición hacia su amiga en los hombros.

—Estoy segura de que lo descubrirás, y cuando lo hagas, lo sabrás —dijo finalmente—. Lo sabrás y te aferrarás a ello.

—Eso espero... —señaló Emma volviendo a mirarla. Nada había sido tan difícil como sostener la mirada de su amiga en ese momento—. Realmente espero que sea así.



No había nada que Theodore deseara más en esos momentos que despedir a todos los invitados y escabullirse a la habitación de Camille para poder tomarla entre sus brazos y no tener que volver a soltarla. Deseaba besarla, deseaba escuchar los dulces gemidos que salían sin querer de su boca cuando él bajaba sus labios por su cuello, pero, sobre todo, deseaba estar a solas con ella, experimentar la sensación de poder permanecer en su presencia y deleitarse con su compañía.

Por supuesto, también deseaba más.

Sus fantasías no lo habían abandonado desde hacía días. Se imaginaba introduciéndose en ella en un sinfín de posiciones distintas, todas ellas placenteras, hasta saciarse, aunque dudaba que llegara un punto en el que pudiera saciarse de ella. Sin embargo, todo eso tendría que esperar. No podía comprometerla más de lo que ya la había comprometido. Por encima de todo, era un caballero, aunque no se hubiera comportado como tal en los últimos días, pues se había tomado más licencias con ella que con cualquier otra dama de su posición.

Luego de terminar los últimos deberes que tenía que hacer a la mañana siguiente con el administrador y los arrendatarios, se concentraría en el cortejo. No es que fuera necesario realmente, pero no quería que ella, ni nadie, dudara de sus intenciones.

Camille era una dama, una joven respetable que merecía recibir toda la atención pública que

no había recibido en todos esos años. Como era lógico, hablaría con ella antes de volver a Londres y le informaría acerca de sus intenciones de cortejarla en público antes de anunciar su compromiso. Theodore estaba seguro de que a ella le agradaría la idea. Camille era sencilla, bastante humilde y reservada, pero tenía la certeza de que la haría feliz ser adorada frente a toda la alta sociedad, al igual que a cualquier joven de su edad.

Ahora bien, lo único que le preocupaba en esos momentos era que Camille le preguntara acerca de sus sentimientos por ella, porque para eso, lamentablemente, aún no tenía una respuesta. Sí, sabía que le tenía cariño; y también sabía que la deseaba con intensidad y que estaba dispuesto a pasar el resto de su vida con ella, pero si eso era amor o no, era algo que aún no había descubierto, y por tanto no se sentía preparado para decir las palabras que quizás ella deseaba escuchar.

Volvió al presente cuando la música de su séptimo, u octavo baile, había perdido la cuenta, llegó a su fin. Miró a su pareja, la hija mayor del reverendo Stuard, a la que casi no le había prestado atención, y la condujo al borde de la pista para proceder a despedirse de ella y dejarla junto a su abuela, que al parecer ejercía esa noche como la carabina de la joven. Una vez concluida su tarea, procedió a buscar a Camille con la mirada, ya que en unos minutos iniciarían el último baile de la noche, un vals, el cual había estado esperando la mayor parte de la velada.

Cuando dio con ella, vio que Camille estaba junto a Emma, rodeadas de caballeros. Podía distinguir a Derek Macdonald; a Sam, el hijo de la señora Smithe; a Robert Kinston, que no debía tener aún más de veinticuatro años; y a sir Cowlean, que seguro que tenía más de cincuenta. Parecían todos bastante animados conversando y, si no hubiese sido por todo lo que tardó en llegar hasta ellos, se hubiera detenido a conversar unos minutos antes del último baile. Sin embargo, cuando llegó junto a ellos, escuchó que los músicos se disponían a tocar, por lo que interrumpió la conversación, dirigiéndose directamente a su objetivo.

—Lady Camille, creo que este es nuestro baile —dijo extendiéndole la mano a la joven.

—Creí que ya habían cumplido con el baile inaugural —irrumpió Emma con un tono de extrañeza en su voz, parecía poco dispuesta a separarse de su mejor amiga.

Camille lo miró, notoriamente incómoda, pero se mantuvo en silencio y Theo se apresuró en responderle a su hermana.

—Así fue —respondió Theo—. ¿Vamos? —le preguntó a Camille poniendo su atención nuevamente en ella, quien esta vez tomó su mano, y sin esperar más se pusieron en camino, con Emma mirándolos de reojo mientras sus acompañantes retomaban la conversación.

Ya situados en la pista de baile, Theo posicionó una de sus manos en la cintura de Camille, sosteniéndola con firmeza, y sin darse cuenta, ya habían comenzado a bailar por la pista.

—Te he extrañado —declaró Theo, sintiendo una leve tensión bajo su torso—. Se me ha hecho una velada eterna y aburrida sin tu presencia a mi lado.

—Creí que lo estabas pasando bien. No has parado de bailar en toda la noche.

—Soy el anfitrión, es difícil escabullirse de ciertas responsabilidades, aun cuando todo lo que he deseado desde que te vi entrar al salón es tomarte en mis brazos y...

—¡Theo, detente! —exclamó Camille, haciendo un fracasado intento por no alzar la voz. Lucía adorable cuando se molestaba. Theodore deseaba pincharla con más frecuencia en el futuro—. Nos podrían escuchar. Además, no sé si pueda terminar el baile si sigues hablándome así.

La vio sonrojarse y sonreír.

—Me da igual que nos escuchen —le dijo despacio, muy cerca del oído e inmediatamente percibió que Camille olía a magnolias. No lo había detectado en su primer baile. Seguramente,

entre los giros y cambios de pareja, el aroma se había dispersado, pero ahora que lo había identificado, tuvo la certeza de que no podría volver a oler una magnolia sin pensar en ella.

—Mientes —afirmó ella sonriendo—. No creo que quieras dar a entender a todo el salón que me estás cortejando.

—Quizás eres tú la que se equivoca —afirmó con cautela—, porque puede que sí quiera dar exactamente ese mensaje.

Vio cómo en su cara se reflejaba la sorpresa y la expectación, pero se mantuvo en silencio. No era el momento para hablar de sus intenciones. Aunque no quisiera aceptarlo, lo que le había dicho Camille en su primer baile era cierto: no era dado a dar espectáculos. Siempre se habíapreciado por ello, y dudaba que eso fuera a cambiar. Así que, lo haría la mañana siguiente, sí. Hablaría con ella entonces.

—¿Has disfrutado de la velada? Te vi algo contrariada bailando hace un rato con el joven Kinston —señaló divertido, recordando al pobre joven, que parecía tener dos pies izquierdos.

—No es gracioso Theo —lo reprendió Camille—. Es cierto que no es un gran bailarín, pero te aseguro que tiene... Bueno, tiene otras cualidades.

—Me encantaría descubrir cuáles son —añadió Theo de manera irónica y con evidente descaro. De inmediato, Camille captó su tono y puso los ojos en blanco. El gesto le recordó a su hermana, y eso le hizo reír para sus adentros—. Pero, lo que de verdad me encantaría hacer ahora mismo es besarte —le susurró en el oído, sintiendo al instante un arrebatador impulso de besarla allí mismo, delante de todos, el cual tardó un buen tiempo en reprimir.

Camille no dijo nada, se mantuvo estoica entre sus brazos.

Continuaron bailando el vals en un plácido silencio y Theodore no logró recordar ningún otro momento en el que se hubiera sentido tan complacido con el curso que su vida estaba tomando.

CAPÍTULO 15

GARDEN HALL. BATH, CONDADO DE SOMERSET, 1821.



Desencuentros y decisiones apresuradas

C amille no podía dormirse. Le resultaba imposible dejar de pensar en los acontecimientos de esa noche y, definitivamente, se había desvelado. Con seguridad, todos los invitados estarían ya de camino a sus casas o acostados en sus camas. Se había despedido de Emma hacía media hora y, desde entonces, no había sido capaz de conciliar el sueño.

La verdad es que había disfrutado mucho del baile, más de lo que había imaginado. No solo porque había bailado dos veces con Theo, lo que la hizo sentirse en las nubes, sino también porque se había divertido bastante con el resto de los invitados.

A lo largo de la velada, había mantenido varias conversaciones interesantes, incluso con la señorita Samantha Cooper, quien, a pesar de su resistencia inicial por compartir a Theo como interés romántico, resultó ser una agradable compañía. Habían conversado acerca de diversos temas, y, a pesar de que la conversación fue breve, pudo darse cuenta de que la señorita Cooper era una joven directa y extrovertida, así como con las ideas claras.

Volvió a mirar el techo, por veinteava vez esa noche, y finalmente decidió bajar a buscar algún libro a la biblioteca. Se levantó de la cama, se puso una bata de noche y encendió una vela. Leer la mantendría ocupada el tiempo suficiente para poder conciliar el sueño, estaba segura. Además, la noche anterior había identificado un ejemplar de un libro que le llamó la atención, así que aprovecharía la ocasión para comenzarlo. Se sentía de buen humor y esperanzada, así que una buena lectura le vendría bien.

Rápidamente se dirigió hacia el pasillo, el cual estaba oscuro y silencioso, para luego bajar con mucho cuidado las escaleras sin hacer demasiado ruido. Sentía algo de frío, por lo que, instintivamente, se abrazó a sí misma con uno de sus brazos, mientras que con el otro sostenía el pequeño candelabro con la vela que iluminaba su camino.

Una vez en la planta baja, caminó en dirección a la biblioteca, casi de puntillas. A medida que avanzaba, comenzó a escuchar lo que parecían ser voces a lo lejos, pero no logró escuchar qué era lo que decían, ni quiénes eran las personas que estaban hablando. Al acercarse más, notó que parecían provenir del despacho de Theo. Seguramente seguiría despierto, pero ¿con quién estaba hablando a esa hora?

Siguió caminando, intentando hacer el menor ruido posible. Y, una vez estuvo a escasos pasos de la puerta del despacho, reconoció la voz de lady Kirtklard. Por inercia, se acercó a la

puerta y se detuvo frente a ella. Pensó que debería seguir su camino o regresar a su habitación, pues se sentiría terriblemente avergonzada si lady Kirtklard o Theo la descubrieran allí, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, se quedó petrificada al escuchar la voz de Theo hablar con determinación.

—No voy a casarme, madre —dijo de manera contundente, con una voz fría y dura, tan distinta a la del hombre que esa misma noche le había dicho que deseaba besarla—. Te voy a pedir, una vez más, que dejes de entrometerte. En este momento, solo me interesa terminar de ponerme al día con todo lo relacionado con las propiedades y prepararme para ocupar mi puesto en la cámara. No estoy interesado en cortejar a nadie.

Camille sabía que estaba conteniendo la respiración y, de un momento a otro, comenzó a sentir cómo algo, en lo más profundo de su corazón, se rompía. Aquello no podía estar ocurriendo, ese no podía ser Theo.

—No tengo tiempo para nada más. Espero que lo entiendas y respetes mi decisión, madre.

Todo comenzó a desdibujarse de pronto para Camille, por lo que tuvo que apoyar una de sus manos en la pared contigua para no desvanecerse. Sus piernas no le respondían, y lo único que quería en ese momento era salir corriendo de allí. Su cuerpo se estremeció involuntariamente, sin poder procesar aún lo que había escuchado, y un ardor se instaló en el inicio de su garganta. El corazón le comenzó a latir desbocado, y una opresión en el pecho la hizo sentir como si le faltara el aire.

De inmediato, su mente se llenó de pensamientos confusos y emociones abrumadoras, y las lágrimas amenazaron con brotar de sus ojos. Se sentía vulnerable y frágil, como si todo su mundo se hubiera tambaleado en un instante y ya nada fuera igual.

Que tonta había sido al pensar que Theo había empezado a sentir algo por ella. Se sentía traicionada. Era cierto que él no le había prometido nada, pero después de sus últimos encuentros no podía negar que esperaba algo de él. Incluso esa misma noche, en el baile, le había dicho que quería seguir disfrutando de su compañía una vez que regresaran a Londres, dándole a entender que tenía intenciones de continuar con sus encuentros. ¿Habría interpretado mal sus palabras? En aquel momento todo le parecía confuso, y no lograba recordar con precisión las palabras que él había utilizado.

Creía que lo conocía y, sin embargo, ahora sentía que no sabía quién era el hombre al que acababa de escuchar. Ciertamente, el hombre del que llevaba años enamorada no jugaría así con ella, ni con ninguna otra mujer en realidad, besándola y diciéndole todo lo que él le había dicho para luego pensar en desvincularse de ella de esa manera.

Volvió a sentir un fuerte dolor en el pecho y, sin escuchar la réplica de lady Kirtklard a Theo, se dispuso a caminar de vuelta por el pasillo hacia la escalera principal, sujetándose a las paredes para no tropezarse debido a la debilidad que aún sentía en sus piernas.

No supo cómo subió las escaleras; en su mente solo se repetían las tajantes palabras de Theo diciendo: «No voy a casarme», como un bucle que no se detenía. No es que ella esperara de inmediato una proposición por parte de él solo porque se hubieran besado, y bueno, algunas otras intimidades más, pero, aun así, le habían dolido de sobremanera sus palabras y, sobre todo, la forma en la que las había dicho, como si realmente despreciara la idea de comprometerse.



Una vez de vuelta en su recámara, se metió de inmediato a la cama, dejando salir al fin las lágrimas que con dificultad había contenido durante los últimos minutos. Sentía tanta rabia, especialmente consigo misma por haberse ilusionado, cuando siempre había sido consciente de que Theo nunca la había mirado con otros ojos, y también por haberlo idealizado durante años, cuando no era más que un hombre al que no le había importado jugar con ella mientras obtuviera la satisfacción de su propio placer en el proceso. ¡Qué tonta había sido! Años amando a un hombre que solo existía en sus fantasías. Y no es que lo odiara o creyera que era una mala persona. No. A pesar de todo el dolor que estaba sintiendo, una parte de sí misma era consciente de que Theo también era muchas de las cosas buenas que conocía de él, pero no podía evitar sentirse decepcionada y rota por dentro.

Camille comenzó a llorar con desolación, sintiendo con más fuerza la sensación de opresión en su pecho. Recordó las palabras de Theo durante el baile, tan seductoras que la habían obnubilado; su encuentro en el despacho, donde se habían besado con pasión y ella había conocido por primera vez lo que era el deseo; su paseo por el laberinto, la ternura de sus palabras... Se refregó los ojos intentando secar sus lágrimas, y un temblor comenzó a estremecer todo su cuerpo, llevándola a acurrucarse de lado en la cama, abrazándose a sí misma. ¿Dejaría de sentir algún día ese dolor? Esperaba que sí, porque no sabía si sería capaz de soportarlo.

Luego de varios minutos, logró controlar un poco el ritmo de su respiración, y sus sollozos se volvieron más pausados y tenues. Sus ojos estaban hinchados y su nariz taponada. Llorar siempre tenía ese efecto en ella.

Desearía apagar su cabeza, a la cual no paraban de llegar miles de pensamientos que iban en diferentes direcciones. ¿Por qué Theo había actuado así? ¿Por qué le había dado a entender, con sus besos, sus caricias y sus palabras llenas de afecto, que le importaba, cuando en realidad no tenía ninguna intención de avanzar hacia un compromiso con ella? ¿Por qué, a pesar de sentir tanta rabia y decepción hacia él, una parte de sí misma seguía amándolo y trataba de convencerse de que había escuchado mal y que todo era un simple malentendido? Así fue como, con tantos «por qué» en la cabeza, se quedó finalmente dormida sin apenas darse cuenta.



A la mañana siguiente, Camille se despertó temprano con un fuerte dolor en la cabeza, probablemente debido al hecho de haber llorado hasta quedarse dormida. Sentía también su cuerpo débil y adolorido. Pero, a pesar del dolor que aún contenía en su interior, decidió que no permitiría que todo ello acabara con sus sueños. Era una mujer fuerte, o eso esperaba, y un corazón roto no le robaría sus anhelos.

Así fue como se levantó de la cama y se dirigió al escritorio. Aún faltaba más de una hora para que llegara Ana a despertarla y ayudarla a vestirse para el desayuno, así que tenía tiempo. Saldría de Garden Hall ese mismo día en dirección a Londres. En algún momento de la noche, entre las veces que despertó sollozando, había decidido que adelantaría su regreso a la ciudad e iría directamente a hablar con sir Thomas para aceptar su proposición. Esa era la decisión que había tomado tiempo atrás, y todo lo que había pasado esas semanas en Garden Hall no la cambiarían.

Escribió una carta falsificando la letra y firma de su madre, en la que esta le pedía regresar a

Londres de inmediato. Sabía que Emma, y especialmente lady Kirtklard, pondrían reparos con el hecho de que viajara sola hacia Londres, pero terminarían accediendo si insistía lo suficiente, y le facilitarían un carruaje para emprender el viaje junto a su doncella. Odiaba tener que mentirles, pero necesitaba salir de allí cuanto antes. No podía volver ver a Theo, no lo soportaría. En ese momento, los sentimientos que tenía hacia él le resultaban abrumadores. Si lo veía, no estaba segura de poder contenerse y evitar decirle algo, o incluso romper a llorar, lo que haría que él le propusiera matrimonio de inmediato. No porque él quisiera, eso le había quedado claro la noche anterior, sino porque era lo que se esperaba en su posición. Y, aunque no se fiaba por completo de la imagen que tenía de él, sabía que, en el fondo, seguía siendo un hombre honorable, por lo que, si ella le hablaba de lo que había escuchado en el despacho, él se sentiría en la obligación de pedirle matrimonio.

Camille no aceptaría un matrimonio por lástima. No. Menos aún de parte del hombre del que había estado, y aún estaba, para su pesar, enamorada. Así que escribió la carta, intentando no pensar más en Theodore Kirtklard. Ya se inventaría después algo respecto a por qué no les había informado a todos la noche anterior de su existencia.



El tiempo pasó y una vez que estuvo vestida y preparada —le había pedido a Ana que la ayudara a ponerse un vestido de viaje que le resultara cómodo y que intentara tapar con algunos polvos la evidencia en su rostro de que se había pasado la noche llorando—, decidió quedarse en el cuarto, pegada a la ventana, hasta asegurarse de ver salir a Theo camino a las caballerizas. No quería encontrárselo ni que supiera de su inminente marcha, o más bien huida, hasta estar a suficientes millas de distancia.

Para su fortuna, él le había informado la noche anterior que estaría todo el día fuera. Así que, cuando se enterara de su partida, ya estaría lo suficientemente lejos como para pedirle explicaciones. Sí, era un buen plan. De aquí en adelante, solo se preocuparía de sí misma y de su futuro. Y si todo salía como se lo había propuesto, en dos días estaría comprometida con un hombre que le daría un hogar; un hombre que la había elegido a ella.

La ejecución de su plan no estuvo exenta de inconvenientes. Cuando al fin bajó a desayunar e informó a lady Kirtklard y a Emma de la falsa correspondencia que había recibido el día anterior de su madre, estas se preocuparon y trataron de insistirle en que adelantarían también su regreso para poder acompañarla. Le propusieron programar la partida para el día siguiente; sin embargo, Camille insistió en que no tenía problemas con emprender el viaje sola y que, de hecho, prefería hacerlo de esa manera. Luego de pasar bastante tiempo intentando convencerlas, logró que accedieran, y lady Kirtklard ordenó al personal del servicio preparar todo lo necesario para el viaje, el cual tendría que hacerse en tiempo récord y sin más paradas que las indispensables para realizar el recambio de los caballos.

Camille saldría en menos de una hora, ya que se llevaría solo lo imprescindible, dejando el resto de sus cosas en Garden Hall hasta que los Kirtklard volvieran a Londres unos días más tarde.

Ya estaba hecho. Sintió al fin un poco de paz en su interior.

Mientras terminaba de organizar los últimos preparativos en su habitación, escuchó unos

suaves golpes en la puerta y oyó la voz de Emma al otro lado de esta, preguntándole si podía pasar.

—Pasa, Em —dijo en voz alta, nerviosa ante la posibilidad de que su amiga se diera cuenta de su plan—. Estoy terminando de prepararme.

Emma ya estaba entrando por el umbral de la puerta, y se dirigía hacia la cama donde Camille estaba sentada esperando a ponerse su capa de viaje, que seguía extendida sobre esa misma cama.

—¿Estás segura de que está todo bien? Podría acompañarte —le propuso Emma—. Mi madre lo aprobaría, no le gusta la idea de que viajes sola. Además, Theo nos matará cuando llegue y se entere. Estás bajo su protección, y sabes cómo se toma ese tipo de responsabilidades.

«Vaya que si lo sé», pensó Camille irónicamente.

—Estará todo bien, Emma. Además, no quiero molestar a nadie más. Tú y tu familia ya han sido lo suficientemente amables conmigo durante estas semanas.

—Sabes que lo hacemos porque nos importas —aseguró Emma mientras se sentaba a su lado y tomaba una de sus manos—. Eres mi mejor amiga, si hay algo que esté pasando y te afecte, puedes confiar en mí. No creas que no noté tu cara en el desayuno, o que tu ánimo no se parece en nada al que tenías anoche al despedirnos. ¿Ha ocurrido algo? —le preguntó su amiga, sosteniéndole la mirada.

No quería mentirle, de verdad que no quería hacerlo, pero no podía decirle la verdad. Emma no lo entendería, le exigiría explicaciones a Theo y eso generaría precisamente lo que estaba buscando evitar, que él la eligiera solo por lástima o por cumplir con su honor de caballero. No lo permitiría. Así que no le quedaba más opción que mentirle a su mejor amiga, por doloroso que le resultara engañar a la única persona que siempre había estado incondicionalmente para ella. Solo esperaba que Emma nunca se enterara de su engaño, le destrozaría el corazón decepcionarla de esa manera.

—Emma, no pasa nada —le aseguró ella, para luego desviar la mirada hacia abajo—. Es cierto que pasé una buena noche. Pero luego, tras el baile, cuando llegué al cuarto, abrí la carta de mi madre y me puse a pensar, y muchas ideas catastróficas aparecieron en mi mente, y eso me angustió. Pero te aseguro que no es más que eso, de veras.

—Está bien —contestó Emma dándose por vencida—. Aun así, si quieres, puedo partir contigo para acompañarte en lo que sea que suceda cuando llegues a Londres.

—No, quédate aquí —insistió a Camille—. Después de haberlo pensado bastante, estoy segura de que no es algo grave. Si lo fuera, mi madre lo habría mencionado —señaló, sintiendo que las mentiras la empezaban a consumir por dentro—. Además, nos veremos en menos de una semana. Todo estará bien.

—¿Piensas hablar con sir Thomas para aceptar su proposición una vez llegues a Londres? —le preguntó Emma.

—Sí —respondió Camille, con una convicción que a ella misma le sorprendió, volviendo a subir la mirada hacia su amiga—. No hay razón para posponerlo más.

—Entonces espero llegar antes del baile de compromiso —dijo Emma, riendo y soltando su mano—. No me lo perdería por nada del mundo.

Camille también se rio, por primera vez en muchas horas, contagiada con la alegría de su amiga.

—No lo haría nunca sin ti, así que descuida. Creo que ya es la hora de irme, no me quiero retrasar más —señaló, mientras se levantaba de la cama y se ponía la capa.

Emma también se incorporó y unos minutos después salieron juntas del cuarto para bajar al

primer piso. Abajo ya estaba todo listo y, una vez que Camille se despidió de Emma y de lady Kirtklard, quienes la acompañaron hasta afuera de la casa, se subió al carruaje junto a Ana, ya listas para partir.

Rápidamente, el carruaje comenzó a moverse al son de los caballos, en dirección a la salida de Garden Hall, y Camille optó por no mirar por la ventana. No quería volver a llorar y sabía que, si veía desde el camino la entrada de la mansión campestre de los Kirtklard, vendrían a su mente todos los recuerdos de los últimos días y de todo lo que allí había vivido. Así que se concentró en el movimiento del carruaje y en repasar en su mente el plan que había trazado.



Una vez en Londres, concretamente en su casa, Camille tuvo que enfrentarse a lo inevitable: los cuestionamientos de su madre por haber vuelto antes de la casa solariega de los Kirtklard y, además, sola.

Sabía que no podría esquivar aquella conversación, así que, durante el largo trayecto en carruaje, había meditado lo suficiente acerca de cómo tranquilizar a su madre y evitar que le diera un ataque de ansiedad. Así que, tras asegurarse de que su padre estaba ya en mejores condiciones de salud, procedió a responder a las innumerables preguntas de lady Donegall.

—Creo que sir Thomas me propondrá matrimonio —indicó Camille a su madre, posterior a lo cual, esta dejó escapar un pequeño grito de sorpresa.

Ambas estaban en uno de los salones privados del segundo piso de la casa, tomando un té que les acababan de servir. Camille había llegado bien entrada la noche a Londres, había cenado sola en su habitación y luego se había cambiado de ropa para dirigirse al salón, donde sabía que la esperaba su madre para saber qué había ocurrido.

—Me escribió hace algunos días —prosiguió—, mencionando en su correspondencia que usted le había facilitado la manera de hacerlo.

—Bueno, no te mentiré, esperaba que de esa manera se agilizaran las cosas, pero no me imaginaba a sir Thomas realizando una propuesta de matrimonio por correspondencia —puntualizó su madre.

—No lo hizo, madre. Eso sería del todo inadecuado —añadió enseguida, en forma de sutil reprimenda—. Sin embargo, dejó entrever, sutilmente, su interés hacia mí y su intención de hablar contigo en cuanto volviera del campo. Así que decidí que lo mejor era volver pronto, aunque esperé a que se celebrara el baile de lady Kirtklard, para luego solicitarle si podía viajar.

—Oh —expresó su madre, quien aún parecía estar procesando toda la información que Camille le había brindado—. Bueno, viéndolo de ese modo, tiene sentido. Ya es hora de que te comprometas. Lo que no entiendo es cómo Mary accedió tan fácilmente a tu solicitud. No le habrás...

—¡Por supuesto que no, madre! Nadie sabe nada acerca de este tema —le aseguró Camille algo exaltada—. Verá... Tuve que inventar una pequeña mentira que decirle a lady Kirtklard para no tener que explicarle toda la situación. Espero que usted lo entienda. No es gran cosa, solo le dije que usted me había escrito y que me había hecho saber que era necesaria mi presencia de manera inmediata en Londres.

Vio cómo su madre agrandaba los ojos y se tapaba la boca en un gesto de evidente

desaprobación. Camille sabía que era mejor mantener su mentira lo más cercana posible a la realidad, así que necesitaba asegurar su coartada haciendo que todo encajara en su historia.

—¡Camille! ¡No puedo creer que fueras capaz de hacer algo así! —exclamó su madre con tono severo—. Yo no te he educado de esa manera.

—Madre, por favor, no podía hacer otra cosa. Sabe que lady Kirtklard no me habría dejado partir si no lo solicitaba usted expresamente. Y, como ya le he dicho, era indispensable que volviera a Londres cuanto antes. Imagino que no querrá que sir Thomas se arrepienta de su decisión de proponerme matrimonio.

Camille era consciente de que estaba manipulando la situación a su conveniencia, dándole a su madre un argumento que no rebatiría, pero no se sentía con la energía necesaria para seguir extendiendo esa conversación más tiempo del necesario.

—No, pero... —Su madre se interrumpió, parecía estar teniendo una lucha interna en su mente—. Está bien, imagino que es por un bien mayor, pero tienes que saber que no estuvo bien actuar así. ¿Qué harás con sir Thomas?

—Le escribiré una carta mañana a primera hora para informarle de que he regresado y le pediré, implícitamente, por supuesto, que acuda a visitarme.

—Está bien. Solo espero que todo esto haya valido la pena y que mañana a estas horas ya estés comprometida —concluyó su madre.

Sinceramente, ella esperaba lo mismo.

Tras unos minutos más de charla en los que le contó a su progenitora acerca de su estadía en Garden Hall y del baile de lady Kirtklard, se excusó para retirarse a descansar. Había sido un día muy largo y aún tenía que dejar escrita la carta a sir Thomas para que fuera entregada por la mañana a primera hora, y, realmente, solo quería estar sola. Así que subió a su habitación y pidió que le prepararan un baño que le ayudara a relajarse antes de acostarse. Al día siguiente todo cambiaría, sería una mujer comprometida, pero por esa noche... por esa noche solo quería seguir siendo ella misma.



Al día siguiente, Camille despertó temprano, y antes de vestirse, cuando Ana llegó para ayudarla, le entregó la carta que había escrito a sir Thomas, donde le informaba de su regreso y lo invitaba a visitarla para conversar, y le pidió a su doncella que fuera enviada de inmediato.

Una hora y media después, se encontraba intentando leer en el salón principal, después de haber desayunado con su madre y de haber visitado a su padre unos minutos, quien, si bien seguía en cama, ya se veía más recuperado. Si era sincera, no había avanzado más de cinco páginas, lo que se debía principalmente a su nerviosismo.

Sabía que sir Thomas se presentaría en cualquier momento y que tendrían «la conversación». Esa era, con certeza, la parte más difícil de su plan, no porque dudara de lo que diría, eso ya lo tenía claro y se lo había repetido decenas de veces en su mente, no. Lo que la ponía nerviosa era la certeza de que ese momento lo cambiaría todo.

Sabía, desde hacía semanas, que ese momento llegaría, ya lo había aceptado. Y realmente una parte de sí misma estaba sino entusiasmada, al menos complacida con la idea. Sin embargo, aunque le costara aceptarlo, todo lo ocurrido en Garden Hall había cambiado algo dentro de ella.

Ahora sabía cómo se sentía ser besada por Theo, cómo era estar entre sus brazos y sentirse deseada por él. Porque sí, estaba segura de que él la deseaba, tan segura como estaba de que no quería casarse con ella. ¿Podría en el futuro evitar evocar estos recuerdos cuando sir Thomas se acercara a ella? ¿Cuando él intentara besarla? ¿O cada vez que él la tocara, en su mente se imaginaría a Theodore Kirtklard en su lugar?

Una parte de sí misma deseaba borrar todos esos recuerdos, porque dolían. Eran un recordatorio de lo que nunca tendría, y no deseaba tener que comparar a su futuro esposo con el hombre al que aún amaba por el resto de su vida. Pero había otra parte de ella, una más egoísta y caprichosa, que no quería olvidarlo, que no quería borrar de su cuerpo la sensación del deseo que Theo había despertado en ella, ni eliminar de su mente el sabor de sus labios.

Regresó de golpe al presente cuando Peter, su mayordomo, entró en la sala y le informó que tenía una visita. Sir Thomas había solicitado verla. Le dijo que lo hiciera pasar y dejó el libro sobre la mesa del centro. Luego se volvió a acomodar en el sillón, alisando algunas arrugas de su vestido de día mientras erguía su postura. En menos de tres minutos, Peter había vuelto y anunciaba a sir Thomas Portman, quien procedió a entrar en el salón.

Camille se levantó y se acercó a su invitado.

—Sir Thomas, buenos días —dijo de inmediato Camille, haciendo una rápida reverencia, a la que él respondió enseguida con un movimiento de cabeza para luego tomar su mano enguantada y posar un rápido beso en ella.

—Son, en efecto, unos buenos días, lady Camille. Apenas me enteré de su llegada, quise venir a saludarla. Espero no importunarla.

—Por supuesto que no. Me alegra que haya venido —señaló ella mientras le indicaba que tomara asiento a su lado—. Estoy segura de que nos traerán pronto algunos bocadillos.

—Fantástico, hace un día precioso. He pensado que, si gusta, y no está muy cansada por el viaje, podríamos salir a caminar por el parque y así conversar de manera más tranquila.

—Me encantaría —dijo Camille, girando la mirada hacia él—. Pero, si no le molesta, preferiría salir solo al jardín, así podríamos pasear y conversar sin ser molestados. Además, aún estoy un poco cansada por el viaje.

Sinceramente, la idea de salir y tener «la conversación» en medio de Hyde Park, con toda la alta sociedad a su alrededor, no le resultaba para nada atractiva; y, además, sabía que necesitaría de toda su fortaleza para no desmoronarse.

—Por supuesto, me parece una estupenda idea —le respondió sir Thomas con amabilidad.

Luego de algunos minutos, uno de los sirvientes llegó con té y bocadillos. Camille le habló acerca de su viaje: le contó acerca de sus actividades en Garden Hall con Emma, el baile que había dado lady Kirtklard y de la recuperación de su padre. Él le habló acerca de una nueva exposición que llegaría a la ciudad y a la que le gustaría asistir con ella.

Una vez hubieron acabado el té, Camille se armó de valor y dijo:

—Sir Thomas, ¿le parece bien que salgamos al jardín? Hay algo de lo que me gustaría hablar con usted sin que nadie nos interrumpa.

—Claro —respondió sir Thomas poniéndose de pie y estirando su mano hacia ella—. Yo también estoy deseoso de poder hablar con usted a solas.

Camille asintió, tomando la mano que él le ofrecía y levantándose. Caminaron juntos hacia el jardín interior.

Una vez fuera, se dirigieron hacia un banco que se encontraba al bajar las escaleras del balcón, al lado de un naranjo. El banco estaba algo alejado de las puertas que conducían al jardín, lo que les daría suficiente privacidad. Una vez allí, ambos se sentaron y Camille tomó la palabra.

—Sir Thomas —dijo Camille, sintiendo cómo su garganta comenzaba a cerrarse—, yo...

—Lady Camille —la interrumpió sir Thomas tomando una de sus manos entre las suyas. Era un gesto íntimo, y, aunque su contacto no le resultó desagradable, se sintió algo extraña con su cercanía—. Espero que no haya tomado como un atrevimiento la carta que le envié, ni sienta ningún tipo de presión respecto a la referencia que hice a mis sentimientos por usted. Debe saber que, si le escribí, es porque deseaba que mi proposición no quedara en el aire, y que usted supiera que mis intenciones siguen en pie y que son sinceras.

—Sir Thomas yo...

—Thomas —la interrumpió él nuevamente—. Por favor, llámeme Thomas, solo Thomas.

Thomas. Llamarlo por su nombre se sentía tan personal... De inmediato, el recuerdo de Theo la noche en que estuvieron a solas en su despacho, vino a su mente. Él también le había pedido que lo llamara tan solo por su nombre. Fue un momento especial, adecuado en aquel contexto. Sin embargo, ahora se sentía contrariada por tener esa misma intimidad con sir Thomas. Aunque, si quería avanzar, y estaba decidida a hacerlo, no había espacio para dudas ni para formalidades.

—Thomas —dijo Camille con la voz entrecortada, girándose para mirarlo a los ojos—, ust... tú —se corrigió—, también puedes llamarme Camille. Yo... yo he pensado mucho en su... en tu proposición —se corrigió de nuevo—, y creo que ya tengo una respuesta. Pero antes necesito decirte algo.

Camille temblaba. Sabía que estaba temblando, pero tenía que seguir adelante. No podía aceptar su propuesta si no era primero sincera, al menos en una parte, con lo que sentía. Él se lo merecía, y ella también; sobre todo si aspiraba a tener un futuro agradable con ese hombre.

—Me siento honrada con tu proposición y con los sentimientos que me profesaste en la carta —prosiguió—. Por eso siento que debo ser sincera con los míos.

—Te escucho —dijo él mientras la miraba pacientemente—. Lo que necesites decirme, lo entenderé.

—Yo... yo quiero ser tu esposa —afirmó Camille, bajando la mirada—. Pero necesito que sepas que yo no... yo no estoy enamorada de ti, al menos por ahora. No obstante —añadió, volviendo a levantar la mirada hacia él, quien la miraba con un gesto inmutable—, te tengo una gran estima. He aprendido a conocerte y creo que somos similares en algunas cosas, y que congeniamos bien. Siento sinceramente que podría ser una buena esposa para ti y que podríamos entendernos como matrimonio.

Era verdad. Realmente creía que podrían funcionar bien juntos, y si no estuviera todo el asunto con Theo, estaba segura de que hubiera sido fácil llegar a querer al hombre que tenía frente a sus ojos.

Antes de que pudiera seguir hablando, Thomas la interrumpió.

—Eso es suficiente para mí, siempre que lo sea para ti también.

—Lo es. Es lo que quiero —aseguró, sintiendo una leve punzada en el pecho.

—Camille, yo... Tienes que saber que amé profundamente a mi difunta esposa. Margaret era una mujer excepcional en todos los sentidos, y debo ser sincero y confesarte que aún está en mi corazón. No sé si estoy enamorado de ti, pero te estimo y creo que representas todo lo que deseo en una mujer. Eres una joven encantadora y amable, además de hermosa, y sé que serás una excelente baronesa, así como una buena madre para nuestros hijos y una buena esposa para mí en todos los sentidos, y eso es todo lo que necesito.

»Disfruto de nuestros paseos, así como de nuestras charlas. Y todo este tiempo que hemos compartido juntos me ha hecho sentir pleno de nuevo, algo que pensé que nunca volvería a sentir. También debo decir que aprecio tu sinceridad, aunque necesito preguntarte algo, y espero

no causarte una incomodidad: ¿hay alguien más que ocupe tu corazón?

Camille se quedó petrificada. Sintió cómo la sangre descendía de su rostro y sus manos comenzaban a sudar. No había pensado en la posibilidad de que él le hiciera esa pregunta. Aunque, si era sincera consigo misma, debería haber supuesto que podría ocurrir. ¿Qué debía responder? No quería mentirle y comenzar su compromiso con engaños, pero tampoco podía decirle toda la verdad: que amaba a Theodore Kirtklard, que lo había besado, y mucho más que eso, en realidad. Y que, si ahora estaba ahí frente a él, a punto de aceptar su propuesta, era porque Theo no tenía intención de casarse con ella.

Sería demasiado, y no podía arriesgar su única oportunidad de tener el futuro que tanto ansiaba. Así que procedió a responderle lo que le pareció más apropiado y parecido a la realidad posible.

—Hubo alguien, durante algún tiempo, por quien tuve sentimientos —respondió pausadamente, evitando mirarlo a los ojos—. Pero no es algo relevante. Fue más bien un amor no correspondido.

—No mentiré diciendo que lo lamento —expresó Thomas, apretando más su mano—. Y no me debes ninguna explicación. Lo que me interesa es lo que pase de aquí en adelante, lo que, ahora que ambos hemos sido sinceros, me remite a volver a plantearte la pregunta que no pudiste responder esa noche en el baile. —En un instante, Thomas se desplazó del banco sin soltar su mano, y se arrodilló frente a ella, poniendo una rodilla en el suelo—. Lady Camille Donegall, ¿me haría el honor de ser mi esposa?

—Sí —respondió con una tranquilidad que la sorprendió—. Acepto ser su esposa, sir Thomas.

Él se incorporó frente a ella y besó su mano, sellando así su compromiso.

Todo lo que vino a continuación fue muy rápido. Thomas le dijo a Camille que quería conversar de manera formal con su padre y que volvería esa misma tarde para concretarlo, para poder darle tiempo a lord Donegall para estar en pie y recibirlo. Una vez que, su ahora prometido, se fue, su madre apareció repentinamente en el salón, preguntándole acerca de lo que había ocurrido, y Camille le informó sobre la proposición y su respuesta.

Lady Donegall comenzó a organizar todo para que su padre estuviera en condiciones de recibir a su prometido esa misma tarde. Claramente, no dejaría pasar la oportunidad. Por supuesto, la felicitó a su manera, le dio un abrazo y le dijo que se sentía feliz por ella.

Camille sabía que era cierto. Más allá de las propias expectativas de su madre de verla casada con un buen partido, y de la extraña forma que tenía de demostrar su afecto, sabía que ella la quería.

Se permitió soltar algunas lágrimas, pues no lloraba desde su última noche en Garden Hall, y, tras escapar de su madre, se fue a su habitación a descansar y procesar todo lo ocurrido.

Estaba comprometida.

Ya era un hecho, y tendría que acostumbrarse a ello.

CAPÍTULO 16

DESPACHO DEL VIZCONDE DE KIRTKLARD EN GARDEN HALL. BATH, CONDADO
DE SOMERSET, 1821.



Entre sombras de incertidumbre
TREINTA Y CINCO HORAS ANTES

Theodore había decidido pasar por su despacho para tomar una copa de *whisky* antes de subir a acostarse. Si bien era cierto que se sentía exhausto y que, además, el día siguiente sería agotador, le apetecía tomar un poco de licor antes de dormir. Los invitados ya se habían retirado del baile, el cual había sido todo un éxito según había escuchado decir a su madre. Si era sincero consigo mismo, él también lo había disfrutado, aunque solo fuera por el hecho de haber bailado con Camille en dos ocasiones y haber podido disfrutar de su contacto.

Tenía ganas de verla. Quería volver a tenerla entre sus brazos, volver a besarla, contemplarla y muchas cosas más con las que solo se permitía soñar, por el momento. No obstante, le parecía inadecuado irrumpir en su cuarto a esas horas de la madrugada. Seguramente ya estaría acostada, y no se creía capaz de contenerse si la veía sobre una cama con nada más que su delgada camisola. Además, estaba el hecho de que quizás su madre seguía despierta, y no quería que los descubrieran en una situación comprometedora que los obligara a casarse.

No, quería hacer las cosas correctamente: cortejarla y proponérselo como ella se merecía. Así que, reprimió sus bajos impulsos y se obligó a permanecer en el despacho un rato más.

Después de algunos minutos de agradable silencio, escuchó cómo tocaban a la puerta del despacho. Instintivamente, se recolocó en el asiento de manera más erguida. Una parte de su mente se dejó tentar con la idea de Camille al otro lado de la puerta, envuelta únicamente en su camisola y su delgada bata. Sin embargo, desechó esa idea cuando escuchó la voz de su madre al otro lado de la puerta.

—Hijo, ¿estás ahí? ¿Puedo pasar?

—Pasa, madre. Adelante —respondió Theodore desde su asiento mientras su madre entraba en el despacho y se acercaba hasta quedar de pie cerca del escritorio.

—Todos los invitados se han ido ya —le informó su madre—. ¡Ha sido una noche fantástica!

—En efecto, lo ha sido. Todos parecieron retirarse satisfechos. Te felicito por ello, aunque nunca he dudado de tu capacidad como anfitriona —aduló Theo a su madre. Sabía que era importante para ella, por lo que un cumplido era lo apropiado, y fue aún más evidente cuando ella le devolvió una sonrisa.

—Gracias, querido. ¿Tú, cómo lo pasaste?

—Bien, estuvo bien —respondió, sin entrar en detalles.

—Vi que bailaste con Samantha en dos ocasiones y también los vi conversando a solas varias veces a lo largo de la noche...

Theodore pensó en que también había bailado el mismo número de piezas con Camille. Sin embargo, su madre solo parecía prestarle atención a su insólita idea de emparejarlo con Samantha.

—Así fue —dijo con voz más seca—. Sabes que me llevo muy bien con ella, pero como ya te dejé claro hace unos días, no estoy interesado. Así que espero que no hayas creado falsas expectativas en Samantha o en sus padres con tus comentarios, madre.

—¡Oh! —exclamó su madre llevándose la mano a la boca para cubrírsele, dando a entender que el comentario la había ofendido—. Nunca haría algo así, el solo hecho de que lo pienses me ofende, Theodore Kirtklard.

—Eso espero —la cortó Theodore, en un tono más duro y serio del que acostumbraba a utilizar con ella.

Le molestaba tener que estar en esa posición otra vez, tener que responderle así a su madre. No obstante, su insistencia en el tema del matrimonio y ahora, específicamente, en Samantha, estaba comenzando a irritarlo.

—Solo pienso que deberías estar más abierto a la posibilidad de encontrar a alguien —comenzó a decir su madre nuevamente—, de enamorarte, y Samantha es... Bueno, es una joven hermosa, salta a la vista. Quizás no tenga un título ni una dote tan generosa, pero sería una excelente vizcondesa, y estoy segura...

—Detente —dijo Theodore con firmeza, interrumpiéndola—. No voy a casarme con Samantha. No pensé que tuviera que repetirlo otra vez. Creía que había quedado claro en nuestra última conversación al respecto, pero viendo que no es así, tendré que decirlo de nuevo. No voy a casarme, madre —aseguró de manera tajante, sintiendo al instante una sensación desagradable en el estómago—. Te voy a pedir, una vez más, que dejes de entrometerte. En este momento, solo me interesa terminar de ponerme al día con todo lo relacionado con las propiedades y prepararme para ocupar mi puesto en la cámara. No estoy interesado en cortejar a nadie. No tengo tiempo para nada más. Espero que lo entiendas y respetes mi decisión.

Cuando concluyó, se le vino de manera instantánea la imagen de Camille a la mente. Por supuesto que planeaba casarse, pero eso era algo que aún no podía revelar a su madre. Necesitaba volver a marcarle los límites para que no se pasara todo el día siguiente hablando de los planes casamenteros que se había creado en su cabeza entre él y Samantha. No podía permitir que hablara de ello con Camille y Emma, como con seguridad haría si no la detenía a tiempo, y que Camille creyera que él estaba interesado en Samantha. Evitaría cualquier cosa que pudiera hacerle daño, y si eso implicaba volver a ser rudo con su madre y mentirle a la cara, lo haría. Haría lo que fuera necesario por protegerla.

En el fondo, Theodore sabía que, cuando su plan se concretara, su madre sería la más emocionada con su elección, y lo perdonaría por hacerle creer otra cosa. Ya había pensado sobre el tema y ciertamente no dudaba de su razonamiento en relación a ello.

—Está bien hijo, discúlpame. —Fue lo primero que escuchó decir a su progenitora—. Sé que es tu decisión y, aunque no la comparto, la respetaré y no me involucraré más, te lo prometo. A veces olvido que ya no eres un niño. —Theo notó cómo los ojos de su madre comenzaban a empañarse con pequeñas lágrimas que amenazaban con salir, haciéndolo sentir culpable por la forma en la que se había dirigido a ella—. Luego de la muerte de tu padre, tu partida, todo

ocurrió tan rápido... que ha sido difícil para mí asimilar que ya eres un hombre y que tomas tus propias decisiones. Yo solo... —Su madre se detuvo y rompió a llorar, apoyándose con una de sus manos en el escritorio mientras que con la otra se secaba las lágrimas que comenzaba a caer por sus mejillas.

Al instante, Theodore se levantó y rodeó el escritorio hasta llegar a ella y abrazarla. Escuchó a su madre sollozar en silencio y permanecieron así durante un tiempo, abrazados, hasta que Theo decidió romper el silencio.

—Yo también lo extraño.

Su madre guardó silencio y ambos siguieron en la misma posición durante algunos minutos más, hasta que ella se calmó y dio un paso atrás, separándose de él. Se miraron y ella asintió, dándole a entender a Theo que podía soltarla, el cual seguía con sus manos sobre los brazos de su madre, quien finalmente tomó la palabra.

—No volveré a entrometerme. Te prometo que esta vez lo digo en serio —dijo ella intentando sonreír—. Solo quiero que seas feliz, que encuentres una mujer a la que ames y que te ame, y que aproveches tu vida. Pero confío en que sabrás hacerlo llegado el momento.

—Gracias. Lo haré —respondió devolviéndole la sonrisa—. Y cuando la encuentre, te prometo que serás la primera en saberlo. Aunque te aseguro que esa mujer no será Samantha Cooper. —Ambos sonrieron, esta vez al mismo tiempo, y luego Theodore dejó caer sus brazos, tomando un poco de distancia—. Mañana saldré durante todo el día —le informó, cambiando de tema y rompiendo así la atmósfera afectiva que se había instaurado entre ellos—. Me iré con el administrador temprano a visitar a algunos arrendatarios y a ver una nueva plantación, por lo que seguramente no volveré hasta bien entrada la tarde. Quiero dejar todo listo antes de nuestra partida a Londres.

—Está bien, yo solicitaré al personal que vaya preparando las cosas para nuestro regreso.

Theodore asintió.

Su madre terminó de limpiarse las lágrimas que aún humedecían su rostro para luego añadir:

—Bueno, me retiraré a descansar, ya es tarde —señaló su madre, dirigiéndose a la salida—. Espero que duermas bien y que descanses. Imagino que nos veremos mañana en la cena.

—Sí, espero estar aquí para la hora de la cena. Buenas noches, madre —dijo girándose hacia ella—. Que descanses tú también.

Y así, su madre abandonó el despacho.



Media hora después, Theodore estaba ya acostado en su cama mirando el techo de la habitación, cuando comenzó a sentir algo extraño en el pecho. No sabría como describirlo, pero era una sensación extraña, como una especie de opresión.

No había querido mentir, no era algo propio de él, pero todo había pasado tan deprisa, que mencionar delante de su madre cualquier pequeña posibilidad que hiciera alusión al matrimonio sería un camino sin salida. Ella terminaría descubriendo en un abrir y cerrar de ojos que había corrompido a Camille bajo su techo, y él se sentiría aún peor por su manera de actuar de los últimos días. Ni hablar de Camille, quien seguramente también lo pasaría mal con la situación, avergonzada por lo que había ocurrido entre ellos. Era mejor esperar, pronto todo se aclararía.



A la mañana siguiente, Theodore salió temprano. Tenía muchas visitas que realizar y quería llegar antes de la cena para poder ver a Camille. Había decidido que después de la cena buscaría la manera de hablar con ella y contarle su plan de cortejarla una vez que volvieran a Londres. Seguía sin estar preparado para hablarle de sus sentimientos, los cuales seguían sin esclarecerse por completo, pero estaba preparado para dejar claras sus intenciones, las cuales giraban en torno al hecho —porque en su mente ya era un hecho— de que quería casarse con ella. Lo demás, es decir, sus sentimientos, se irían aclarando con el tiempo. Confiaba en ello.

Después de varias horas de recorrido y visitas, Theo se dirigía de regreso a la mansión. El día había sido muy productivo. Había logrado visitar a todos los arrendatarios que el administrador le había mencionado, e incluso había tenido tiempo para visitar una nueva cosecha que acababan de plantar, la cual comenzaría a generar ganancias en uno o dos años.

Llegó a Garden Hall antes de la cena y se apresuró a tomar un baño y cambiarse de ropa para estar presentable. Se sentía de buen ánimo, lleno de energía y esperanzado por todo lo que estaba por venir, así que bajó las escaleras casi saltando y se dirigió al salón. Al entrar, encontró a su hermana y a su madre sumidas en un tranquilo silencio. Seguramente Camille se había retrasado en bajar. A fin de cuentas, aún era temprano.

Saludó a su madre, que estaba sentada en un sillón cerca de la entrada, y luego se volteó para saludar a su hermana, quien parecía más reservada y absorta de lo habitual, ensimismada en un libro que sostenía en las manos.

—Hijo, qué bueno que llegaste. Tenía la intención de hablar contigo antes de la cena sobre algo importante —le comentó su madre en un tono serio.

—¿Qué ocurre? —preguntó de inmediato.

Comenzaba a preocuparse.

—Camille partió en dirección a Londres esta mañana. Ayer reci...

—¿Qué? —preguntó Theodore interrumpiendo a su madre con voz elevada y ronca, haciendo un gran esfuerzo por mantener la calma. Sus puños se apretaron y su mandíbula se tensó, mientras una desagradable sensación de calor ascendía por su rostro—. ¿Cómo es que se fue a Londres sola? ¿Y tú lo permitiste? ¡Está bajo nuestra protección, madre!

—Te dije que se enojaría —comentó Emma a su madre en su habitual tono de superioridad mientras seguía atenta al libro—. Deberías haberme enviado con ella.

Theodore notó cómo su madre ponía los ojos en blanco y de inmediato volvía a centrar su atención en él.

—No tuve opción. Lady Donegall la mandó a llamar y, al parecer, era algo importante. Le ofrecí coordinar las cosas para adelantar nuestro regreso, pero dijo que no quería importunar y que prefería viajar ella sola.

Iba a matar a su madre, pero primero mataría a Camille, cuando lograra reunirse con ella. ¿Por qué se había ido sin antes hablar con él? ¿Habría pasado algo realmente grave en Londres? ¿O es que estaba huyendo de él? La noche anterior todo estaba bien entre ellos. ¿Por qué se había ido así, sin decirle nada y sin darle la posibilidad de hablar con ella antes?

Su respiración empezó a acelerarse y sintió una aguda opresión en el pecho. Se aproximó hasta uno de los sillones de la estancia y llevó una de sus manos hacia el borde, apretándolo con

fuerza. Luego, volvió a dirigir su atención hacia su madre, quien estaba de costado a él, a algunos metros de distancia.

—No deberías haberla dejado viajar sola —dijo con voz áspera, sin poder contener su enfado—. Es una joven soltera que está viajando a Londres sin compañía, ¿te parece correcto, madre?

—En realidad, viaja con Ana, su doncella —comentó Emma, sin levantar la mirada del libro.

Theodore fulminó con la mirada a su hermana, quien claramente no lo estaba mirando a él, y luego se volvió otra vez hacia su madre.

—¿Qué decía la carta de lady Donegall? —preguntó con brusquedad—. Imagino que la leíste.

—Eh, bueno, yo... —titubeó su madre al responder—. En realidad, no la leí. Camille nos informó durante el desayuno, y no me pareció correcto exigirle que mostrara algo tan personal como su correspondencia. Solo dijo que su madre le había pedido que volviera a Londres de inmediato, pero no dio más detalles.

Sabía que la madre de Camille no le pediría algo así a menos que se tratara de algo grave. ¿Habría ocurrido algo con lord Donegall? Esperaba que no, pero si realmente su salud se hubiera deteriorado, lady Donegall se habría dirigido directamente a su propia madre, y todos habrían viajado de inmediato a Londres. No, debía de haber sucedido algo más.

¿Qué iba a hacer? Camille se había ido sin darle tiempo a comunicarle sus intenciones. Debería haberlo hecho antes. Comenzaba a sentir una desagradable sensación de culpabilidad. Seguramente ella no sabría qué pensar sobre lo que había sucedido entre ellos, y podría tener ideas equivocadas sobre su falta de comunicación. ¡Maldito fuera por confiarse! Apretó con más fuerza el borde del sillón, para luego quitar bruscamente su mano de él y llevarla hasta su espalda, donde comenzó a apretarse su propia muñeca con la otra mano.

Aunque tenía que ser justo consigo mismo y reconocer que la partida anticipada de Camille no estaba en sus planes, eso no justificaba su propia demora. Ya había decidido hablar con ella ese mismo día, pero ahora no podría hacerlo y nada lo había frustrado tanto en mucho tiempo. Dio un paso hacia atrás y endureció el rostro, para luego anunciar:

—Partiremos a Londres cuanto antes.

Su madre pareció sorprendida y Emma dejó su libro bruscamente a un lado, centrando por primera vez su atención en él y cambiando de manera repentina su estado de ánimo.

—¿En serio? ¡Estupendo! —exclamó Emma con entusiasmo—. No quisiera perderme... —Se interrumpió de manera abrupta.

Theodore frunció el ceño al escucharla.

—¿Perderte qué, querida? —preguntó su madre a Emma, quitándole la pregunta de la boca a Theodore.

—Nada, madre. Quiero decir, nada especial —se apresuró a asegurar su hermana—. Es solo que hablé con Camille de ir a la ópera. Llegará una nueva soprano desde Italia.

—A ti nunca te ha gustado la ópera, Emma —aseveró Theodore dirigiéndose a su hermana, quien estaba absolutamente seguro de que ocultaba algo. Algo relacionado con Camille.

—No, es cierto —respondió su hermana—, pero a Camille sí, y me dijo que tenía deseos de ir, así que planeábamos ir juntas.

No le creyó ni una sola palabra, pero guardó silencio y se volvió hacia su madre.

—¿Crees que pueda estar todo listo para partir mañana?

—Ya he pedido que comiencen a organizarlo, pero no estoy segura de que sea posible.

Theodore emitió un leve gruñido. No deseaba mostrar de manera tan evidente lo afectado que se encontraba, y sabía que, si insistía, su madre y Emma comenzarían a sospechar. Así que

respiró profundamente y dijo:

—Prepara todo para partir pasado mañana a primera hora, entonces —ordenó. Luego de ver a su madre asentir, cambió de tema—. ¿Está lista la cena?

Al cabo de unos minutos, Theodore ya estaba sentado en el comedor, comiendo el plato que le habían servido. Sabía que su humor había cambiado drásticamente. Estaba irritado, sin contar con que también se sentía frustrado y enojado: frustrado, por no haber podido hacer las cosas según las había planeado; y enojado consigo mismo, por no haber hablado con Camille de inmediato. Eso era lo que tendría que haber hecho: haberle propuesto matrimonio después de su encuentro en el despacho. Pero no, había decidido esperar, confundido por sus sentimientos, por sus dudas acerca de ellos, y ahora comenzaba a sentir un miedo que no había experimentado antes, miedo a que las cosas no resultaran como las había planeado. Miedo a perderla.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, causándole un leve temblor en la mano que sostenía el tenedor. No, no pensaría en ello. Llegaría a Londres a como diera lugar en menos de dos días, y lo primero que haría sería ir a visitar a Camille y zanjar aquella situación. Todo se resolvería, tenía que confiar en ello.

Theodore se mantuvo en silencio la mayor parte de la cena, absorto en sus pensamientos. Respondió a algunas preguntas de su madre sobre sus visitas del día, intentando ser cordial, pero no estaba seguro de haberlo logrado. Tampoco prestó demasiada atención a la conversación entre su hermana y su madre, quienes parecían discutir acerca de la prolongada soltería de su hermana. Sinceramente, solo deseaba que las siguientes cuarenta y ocho horas pasaran lo más rápido posible.

Después de cenar, pasó por su despacho con la esperanza de encontrar alguna nota de Camille para él. Sin embargo, rápidamente se dio cuenta de que allí no había nada. Se dejó caer en el sillón después de servirse un vaso de *whisky*. Tomó un sorbo, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Su mente se llenó enseguida de imágenes y recuerdos del día de su encuentro con Camille en el laberinto.

Había vuelto a saborear sus labios, esa vez con más calma, siendo más consciente de tenerla entre sus brazos. La abrazó, la besó, vio cómo se ruborizaba y escuchó su suave gemido cuando sus labios rozaron la base de su mandíbula, por debajo de su oreja. Le había resultado doloroso tener que soltarla y pedirle que regresara a la mansión. Sin duda, hubiera preferido quedarse con ella toda la tarde, contemplándola y escuchando su respiración.

Abrió abruptamente los ojos cuando escuchó un sonido en el pasillo y volvió a enfocar su atención en el presente. Decidió dejar el vaso sobre el escritorio, todavía con *whisky*, y se preparó para subir a su habitación. No estaba de humor para seguir bebiendo ni tampoco para trabajar, solo quería que el día terminara y dejar de escuchar sus propios pensamientos.



Theodore se levantó nada más amanecer. Quería dejarlo todo organizado para partir hacia Londres bien temprano al día siguiente. Además, necesitaba mantener su mente ocupada o se volvería loco. Pasó la mañana en su despacho, junto al administrador de Garden Hall, arreglando los últimos detalles, dando las instrucciones necesarias para las próximas semanas y firmando algunos documentos. A pesar de todo, se sentía realmente satisfecho con cómo habían salido las

cosas en cuanto a sus labores y responsabilidades, y se alegraba de que al menos uno de sus objetivos para esos días hubiera resultado según lo esperado.

Después de almorzar solo en su despacho, decidió salir a dar un paseo por los alrededores de la mansión. Necesitaba aire fresco y, sobre todo, mantener ciertos pensamientos alejados de su mente.

Salió de la mansión y comenzó a caminar sin dirección fija. El día estaba nublado, no creía que fuera a llover, pero empezaba a soplar algo de viento. Caminó durante bastante tiempo, sintiendo la fría brisa en su rostro. Después de recorrer el sector del jardín y el bosque de manzanos, tomó uno de los senderos que llevaba a la antigua casona de los Kirtklard, desviándose antes de bajar la colina que conducía a la laguna, yendo hacia un lugar que había evitado durante toda su estancia en Garden Hall.

Después de algunos minutos más de caminata, llegó a la entrada del valle donde se encontraba la tumba de su padre. No había estado allí desde el entierro. En realidad, recordaba muy poco de aquel día. Era como si un manto gris hubiera borrado la mayoría de sus recuerdos desde que le anunciaron la muerte de su padre. Recordaba que había llovido, sí. Sin embargo, el resto de imágenes se difuminaban en su mente, incluso las palabras que había pronunciado en el momento del entierro. Tampoco recordaba si había sido él o su madre quien había dado las indicaciones al personal ese día, ni quién había sido la primera persona en llamarlo lord Kirtklard. Solo había deseado escapar, correr lejos de allí y despertar de aquella pesadilla.

Se arrodilló junto a la lápida, cerró los ojos y tocó el suelo con una de sus manos. En ese momento, inexplicablemente, recordó el llanto desgarrador de su madre mientras el reverendo hablaba; también el olor a tierra mojada y la sensación de vacío que surgió en su interior cuando la tierra comenzó a caer sobre el ataúd de su padre. Qué extraño era cómo, después de tanto tiempo evitando su propio dolor, el hecho de estar allí lo traía todo de vuelta en tan solo unos segundos.

Abrió los ojos y se permitió dejar caer algunas lágrimas. No había llorado en todo aquel tiempo, no se lo había permitido. Al principio, se dijo que debía ser fuerte por su madre y su hermana, que no podía llorar cuando ellas necesitaban que se mantuviera firme a su lado. Luego decidió irse de viaje y simplemente se concentró en eso, anuló cada recuerdo o pensamiento que lo conectara con el dolor y siguió adelante. Por supuesto, había pensado en su padre, probablemente casi todos los días desde que se había ido, pero nunca antes había sentido la necesidad de llorar. Era como si sus sentimientos se hubieran quedado en pausa, congelados en el tiempo, hasta ahora.

Permaneció allí durante un tiempo en un apacible silencio, permitiéndose al fin liberar su sufrimiento. Necesitaba hacerlo, soltarlo. Necesitaba seguir adelante.



Después de un rato, escuchó detrás de él el sonido de alguien acercándose, así que se limpió la cara, aún húmeda por las lágrimas que había derramado, se puso de pie y se giró hacia la persona que se acercaba. Vio a su madre caminando hacia él, con un ramo de lavandas y lirios en los brazos.

—¡Theo! No esperaba verte aquí.

—Estaba caminando cerca y decidí pasarme.

Ella solo asintió y luego se agachó, dejando el ramo que sostenía en sus manos frente a la lápida de su padre.

—Venía a despedirme de tu padre —dijo ella sin mirarlo, con la vista fija en el lugar donde yacía su progenitor—. Le encantaba el olor a lavanda.

Theo asintió sin saber cómo responder a eso.

—Si quieres, puedo retirarme —le dijo a su madre dando un paso hacia atrás—. Para que tengas privacidad.

—Quédate —respondió ella poniéndose de pie y tocándole el brazo a la vez que se giraba para mirarlo—. Es bueno tenerte aquí. ¿Te parece bien si nos sentamos?

Su madre señaló con la vista un banco que se encontraba a algunos pasos de allí. Theodore procedió a ofrecerle su brazo y juntos caminaron hasta sentarse en el antiguo banco de madera.

—El recorrido hasta aquí me ha agotado, ya no soy tan joven como me gustaría.

—Sigues siendo joven, madre —dijo Theodore mirando a la mujer que tenía a su lado—, y seguramente estás en mejor forma que la mayoría de las madres casaderas de la alta sociedad.

No mentía. A sus cuarenta y nueve años, su madre seguía siendo una mujer hermosa. Tenía unos luminosos ojos verdes que estaban envueltos en incipientes líneas que marcaban su expresión cuando sonreía, una nariz pequeña y puntiaguda, y una piel blanca que comenzaba a arrugarse levemente en algunas zonas de su rostro. Y, si bien era de complexión delgada, Theodore afirmaría, sin miedo a equivocarse, que seguía siendo tan fuerte y hábil como la recordaba cuando él era un crío.

—Soy tu madre, dudo que seas objetivo en cuanto a tu apreciación.

—Tendrás que creerme, porque es la verdad.

Ambos permanecieron en silencio, mirando hacia la tumba de su padre.

—Lo has hecho muy bien —afirmó su madre, rompiendo el silencio que los abrazaba—. Tu padre estaría orgulloso.

—Probablemente él tampoco sería objetivo —puntualizó soltando una pequeña risa y girándose hacia ella.

—No, seguramente no —reconoció su madre sonriendo y devolviéndole la mirada—. Te amaba profundamente, pero eso no cambia el hecho de que se sentiría orgulloso de ver el hombre en el que te has convertido.

Theodore asintió, aunque realmente dudaba que su padre aprobara su comportamiento de los últimos días. Él le había enseñado a ser un hombre honorable, a actuar de manera correcta, pero había fallado estrepitosamente. Había actuado siguiendo su deseo, su satisfacción, y había olvidado las enseñanzas del hombre al que más había admirado en su vida, y ahora se encontraba en una compleja situación que esperaba ser capaz de resolver.

—Gracias —respondió finalmente a su madre—. Espero convertirme en alguien de quien él se sentiría orgulloso.

—Ya lo haces, y lo seguirás haciendo.

—Quería pedirte perdón si he sido duro contigo en el último tiempo. No ha sido mi intención serlo, solo... —Theodore se detuvo. Le resultaba difícil hablar de cómo se sentía.

—Lo único que quieres es que no me entrometa en tus decisiones —añadió ella, terminando de decir lo que él no había podido verbalizar—. No tienes que disculparte. Ya te lo dije la otra noche, soy yo quien debe hacerlo. Quiero verte feliz, pero sé que eso no me da derecho a involucrarme en una decisión que solo debería ser tuya.

—Gracias por entenderlo, madre.

—Confío en tu criterio. Sé que cuando elijas a una mujer como esposa, será la indicada para ti. Siempre has sabido lo que quieres en tu vida, y has tomado tus propias decisiones en consecuencia. Estoy convencida de que elegirás a una mujer excepcional y encantadora, que te amará y valorará por el magnífico hombre que eres.

Theodore se estremeció. Desearía tener tanta confianza en sí mismo como su madre la tenía en él. Ciertamente, no se definiría a sí mismo como un hombre inseguro. En realidad, casi nunca había dudado de sus capacidades o de lo que quería. Pero todo había cambiado con su vuelta a Londres. Su mundo se había dado vuelta, y sus sentimientos se habían revolucionado, llevándolo a cuestionarse qué era lo que sentía. Lo que quería ya lo tenía claro: quería a Camille. La quería como su esposa. Solo esperaba que ella también lo quisiera y lo aceptara a él después de haber demorado tanto en decírselo.

Continuaron allí sentados un tiempo más, hablando de algunos recuerdos compartidos, relacionados con su padre, hasta que la brisa comenzó a intensificarse y la temperatura a bajar. Luego se encaminaron juntos hacia la mansión, y Theodore pasó el resto de la tarde en su despacho.



El viaje al día siguiente, tal como lo había supuesto, resultó tremendamente agotador. Habían salido de Garden Hall a primera hora de la mañana y no se habían detenido más que para cambiar los caballos y comer una merienda. Theodore había realizado parte del trayecto a caballo aprovechando el clima, y para mantener su mente enfocada, pero había resultado mucho más desgastante físicamente que el trayecto de ida. El agotamiento del viaje se hizo palpable cuando llegaron a Kirtklard House, ya entrada la noche. Sin dudarlo, se dirigió directo a su habitación, donde pidió que le prepararan un baño y solicitó que le subieran la cena.

El día siguiente sería un día importante. Iría a visitar a Camille por la mañana, temprano. Le pediría una audiencia y hablaría con ella acerca de su intención de cortejarla y de pedir su mano. Aclararían las cosas, se disculparía por la demora en comunicarle sus intenciones y volvería a besarla. Necesitaba con desesperación volver a sentir los labios de Camille bajo los suyos.



A primera hora de la mañana siguiente, Theodore se encontraba a pocos pasos de la mansión de los Donegall. Había decidido ir andando, aprovechando que la casa de Camille no quedaba a más de quince minutos caminando desde la suya. El clima de esa mañana estaba frío y algo húmedo, pero no le molestaba. Se sentía animado y ansioso al mismo tiempo, y solo quería zanjear esa situación de una vez por todas.

Subió los escalones de la entrada de White House, como le gustaba llamar a lady Donegall a la mansión familiar, y, sin titubear, tocó a la puerta. Estaba impaciente, sus manos estaban inquietas y su corazón latía con fuerza. En menos de quince segundos, el mayordomo de los

Donegall abrió la puerta y le dio los buenos días, tras lo cual le preguntó en qué podía ayudarlo.

—Quisiera solicitar una audiencia con lady Camille Donegall, ¿se encuentra disponible? —preguntó sin demora.

—Lamentablemente, lady Camille no se encuentra en casa en estos momentos.

—Comprendo —dijo Theodore, decepcionado—. ¿Sabe si regresará pronto?

—No cuento con esa información. Lady Camille y lady Donegall salieron temprano a visitar a la modista. Imagino que estarán algunas horas fuera.

—Gracias. Volveré más tarde, entonces.

Y así fue como Theodore se retiró, frustrado nuevamente por no poder concretar su conversación con Camille. Volvería más tarde, tal y como le había dicho al mayordomo. No dejaría pasar otro día sin hablar con ella.

Emprendió camino al club, con cierta sensación de pesar en los hombros. No tenía nada más que hacer y no le apetecía volver a Kirtklard House tan pronto, así que ir al club parecía, la mejor opción. Allí se encontró con algunos amigos y conocidos con los que conversó acerca de unos asuntos del parlamento. Estaba planeando ciertas estrategias para tomar posición de su lugar en la cámara, pero antes tenía que informarse e indagar más acerca de algunos asuntos. Haría una visita a Rhyon luego de resolver las cosas con Camille, seguramente él podría orientarlo, ya que había pasado por el mismo proceso el año anterior, según él mismo le había contado en una de sus últimas conversaciones.

Después regresó a Kirtklard House para almorzar. Intentaría disfrutar de la comida y regresaría a White House para hablar con Camille, pues seguramente ya habría vuelto de la modista. Una vez dentro de la mansión, se dirigió al salón, donde encontró a su madre y a su hermana charlando de forma animada.

—Estoy tan feliz por ella. Deberías seguir su ejemplo, querida. —Escuchó decir a su madre, para luego oír a su hermana Emma responderle.

—No es probable que eso ocurra, madre.

Theo entró en el salón y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Me he perdido algo?

—¡Theo, no sabes quién se ha comprometido! —exclamó su madre con una radiante sonrisa.

—No, no lo sé —respondió despreocupado—. Cómo podría saberlo, llegamos hace menos de trece horas a la ciudad.

—¡Camille! ¡Camille se comprometió ayer con sir Thomas Portman!

Theodore sintió cómo un frío gélido se apoderaba de su cuerpo. ¡Eso no era posible! Debía de haber escuchado mal. Camille no se podía haber comprometido con otro hombre, no después de lo que había ocurrido entre ellos. Seguramente su madre se había confundido.

—¿Cómo? —preguntó Theodore, aún aturdido.

—Como lo oyes. De todos modos, era predecible. Sir Thomas llevaba semanas cortejándola, ¿no es así, Emma?

—Sí, en efecto —respondió su hermana, pero Theo ya no la estaba escuchando. Solo podía oír un zumbido en su cabeza, uno que no le permitía procesar las palabras que había escuchado. Camille se iba a casar. Se iba a casar y no sería con él. Aquello no podía estar ocurriendo.

Theodore se disculpó como pudo y se retiró enseguida a su despacho. Necesitaba pensar, necesitaba saber cómo iba a proceder a partir de ese momento. Camille estaba comprometida. No habían pasado ni cuatro días desde que la había tenido entre sus brazos, desde que la había besado, y ahora ella se casaría con sir Thomas. ¡Tenía que ser una broma!

El frío que inicialmente lo había embargado, se transformó en un súbito calor que hizo hervir

su sangre, acelerando su pulso y provocando que su cuerpo se tensara por completo.

¿Qué iba a hacer? Seguramente el compromiso ya se había anunciado. ¿Todavía podía hacer algo? Claro que sí. Ella no podía casarse, no sin antes aclararle lo que había pasado, porque algo había sucedido, de eso ya no le cabía ninguna duda.

Necesitaba hablar con ella. Necesitaba hacerlo inmediatamente.

Así fue como Theodore cambió de dirección, incluso antes de llegar a su despacho, y se dirigió hacia la salida. Esta vez, nada le impediría hablar con Camille. Lo haría, aunque tuviera que arrasar con todo a su paso.

CAPÍTULO 17

WHITE HOUSE. LONDRES, 1821.



Desencuentro y desavenencia

Camille estaba en su cuarto, llevaba allí recostada unos veinte minutos luego de haber terminado de almorzar con sus padres. Estaba exhausta. Esa mañana muy temprano, su madre la había arrastrado, de manera figurada, hasta la modista, para solicitar la confección de un vestido para su baile de compromiso, el cual se llevaría a cabo en exactamente una semana, y para comenzar también con los preparativos de su vestido de novia. Le habían tomado las medidas y había tenido que someterse a diversas pruebas de vestuario, para luego ir a la zapatería y a la tienda de tocados.

Su madre estaba eufórica con su compromiso y no quería dejar nada al azar. Aunque imaginaba que aquel sería el efecto que provocaría en cualquier madre casadera, ver, al fin, comprometerse a su última hija soltera, Camille creía que no aguantaría su intensidad durante todo el tiempo que aún faltaba para la boda. No recordaba a cuántas personas se habían encontrado esa mañana, a las que su madre les había informado de sus inminentes nupcias ni todas las felicitaciones que había recibido. Con seguridad, esa noche todo Londres estaría al tanto de su compromiso.

El día anterior, tal como se lo había prometido, sir Thomas fue a hablar con su padre para pedir formalmente su mano y el compromiso había quedado sellado. Se casaría con él en una sofisticada y elegante ceremonia, según las palabras de su madre, en la iglesia de St. George's con más de cuatrocientos invitados, de los más selectos de la alta sociedad londinense, y todo ello en tan solo un mes. Ya estaba todo decidido, y no es que ella hubiera participado demasiado en todas esas decisiones, ni tampoco sir Thomas. No, había sido su madre quien se había apropiado de los preparativos desde el primer momento.

Realmente, Camille tampoco se había opuesto. No tenía energía suficiente para hacerlo, y su madre no cedería en ninguna de sus decisiones, así que no valía la pena contrariarla.

Mientras seguía en la misma posición, recostada y mirando el techo, escuchó el sonido de la puerta y se incorporó, quedando sentada en el extremo de la cama.

—Adelante —dijo Camille en voz alta, suponiendo que se trataría de Peter, el mayordomo de White House, o Ana, su doncella, ya que su madre nunca tocaba a la puerta.

—Lady Camille, tiene una visita. Lord Theodore Kirtklard ha solicitado verla. ¿Le informo de que está disponible para recibirlo?

¡No era posible! Theo estaba allí, en Londres, en su casa. ¿Qué iba a hacer? ¿Se habría enterado ya de su compromiso? ¡Probablemente sí! Esa misma mañana había sido anunciado en los periódicos, y seguramente alguien en Kirtklard House debía de haberle informado.

De manera instantánea, sintió cómo su boca se reseca y una sensación de pesadez comenzaba a instalarse en su pecho, haciendo que tuviera que llevarse una de sus manos hasta allí.

¿Cuándo habrían regresado? Aún no había visto a Emma. No se imaginó que los Kirtklard regresarían tan pronto de Garden Hall, por lo que no pensó que tendría que lidiar aún con todo aquello, pero estaba claro que se había equivocado. Ahora Theo estaba abajo, en su casa, y seguramente le pediría alguna explicación. No es como si ella realmente se la debiera. Él no le había dicho nada respecto a sus intenciones para con ella mientras estuvo en Garden Hall, por lo tanto, ella no le debía ninguna explicación acerca de su compromiso. En realidad, no había llegado a existir algo entre ellos. Sin embargo, aunque nunca se hubieran prometido nada, y aunque él no tuviera ninguna intención de casarse con ella, como ya había dejado claro indirectamente, sabía que él le pediría algún tipo de explicación. Eran «algo» y, sobre todo, había pasado «algo» entre ellos.

Bueno, ella se la daría. No sabía aún qué le diría, pero lo liberaría de su culpa y salvaría su sentido del honor, aunque seguía dudando de que se lo mereciera. Estaba segura de que al final de la conversación, él se iría aliviado, aliviado de poder seguir manteniendo su vida de soltero, de poder concentrarse en su legado y en sus responsabilidades, y de no verse atado a un matrimonio no deseado.

—Sí, por supuesto, Peter —dijo Camille al fin, mientras su mano seguía recostada sobre su pecho, que subía y bajaba de manera acelerada debido al irregular ritmo de su respiración—. Hazlo... hágalo pasar al salón principal, yo... yo iré dentro de unos minutos. Dígale que no tardaré.

—Como usted diga, milady.

—Ah, y pídale a la cocinera que prepare té... Sí, té y algunos tentempiés. Seguramente serán necesarios.

En realidad, lo dudaba. Había comido hacía apenas media hora, y en esos momentos tenía un nudo en el estómago, pero sabía que le vendrían bien algunos bocadillos y una taza de té entre las manos para mantener la calma.

—¿Mi-mi madre está...? —comenzó a preguntar sin poder evitar el titubeo en su voz.

—Está en su recámara, milady, recostada.

Camille asintió y Peter se retiró enseguida.

Se levantó de la cama y comenzó a caminar de un lado para otro por la habitación, aún con la mano sobre su pecho, intentando hacer profundas inhalaciones para calmar su respiración.

Cuando consiguió que esta se volviera un poco más regular, se acomodó el cabello, el cual tenía recogido. Al mirarse en el espejo, notó su palidez, pero decidió que no se veía tan mal. Luego miró sus manos, con las que intentaba alisar el vestido de color violeta que llevaba puesto ese día. Estaba temblando. No se sentía capaz de enfrentarse a él, de tener esa conversación sin echarse a llorar. Sin embargo, tenía que hacerlo, tenía que ser fuerte. Ya había tomado su decisión y nada la cambiaría a esas alturas.

Sin dejar pasar más tiempo, se dirigió a la puerta y caminó en dirección al salón, donde seguramente ya se encontraría Theo esperándola.



Al ingresar al salón, Camille vio enseguida a Theo de espaldas, mirando por una de las ventanas que daban hacia la calle. Se veía magnífico e imponente, con un traje azul hecho a medida. Él se giró de inmediato, posiblemente la había escuchado entrar, y su mundo dio un giro cuando se fijó en sus ojos, de un azul tan oscuro como siempre se imaginó que se vería el océano en un día de lluvia. Theo comenzó a caminar en su dirección con determinación, y ella también se acercó. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para tocar al otro solo con alargar un brazo, Camille decidió romper el silencio.

—Theo... Lord Kirtklard —se corrigió. Necesitaba poner toda la distancia posible con él— N-no lo esperaba —logró decir a continuación con la voz temblorosa y entrecortada—. Pe-pensé que tardarían algunos días más en regresar.

—Iniciamos los preparativos para volver apenas supe de tu partida —dijo él con una voz ronca y firme. Su cara lucía dura pero inexpresiva—. No quería demorar más, y, aun así, veo que he llegado tarde.

Camille tragó saliva.

—Entonces, ¿ahora debo volver a llamarte lady Camille? —le preguntó Theo con cierta ironía, dirigiéndole una mirada penetrante que le hizo bajar la mirada.

—Theo... —Camille se detuvo, intentando buscar las palabras adecuadas para decirle que estaba comprometida.

Volvió a levantar la mirada hacia él, intentando sostenérsela, aunque con cierta dificultad, y su estómago se revolvió. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? ¿Por qué tenía que seguir amándolo a pesar de todo lo ocurrido?

—A propósito, felicidades por tu compromiso. —Escuchó decir a Theo de pronto, con un tono de voz tenso, mientras la seguía mirando con rostro impasible—. O tal vez debería felicitar a sir Thomas.

—Iba a decírtelo —contestó Camille en voz baja, tratando de mantener la calma.

—¿Cuándo?

—Apenas llegaras de Garden Hall planeaba hablar contigo, pero no pensé que sucedería tan pronto. ¿Qui-quieres sentarte? —le preguntó en un impulso, principalmente porque no podía seguirteniéndolo tan cerca. Sus piernas no lo soportarían.

Él no respondió, pero accedió con la mirada, y ambos se movieron en silencio por el salón hasta quedar sentados a menos de dos metros de distancia, casi uno frente al otro.

—¿Qué está sucediendo? —le preguntó Theo inclinándose hacia adelante en su asiento, con los brazos sobre las piernas y una mano sobre su frente—. Me encantaría que me lo explicaras, porque no lo entiendo. ¿Ha ocurrido algo? ¿Hice algo que te ofendió la noche del baile para que te fueras así, sin avisarme ni dejarme una nota? Por favor, dímelo.

—No has hecho nada —mintió Camille—. Tuve... tuve que volver. Madre me lo pidió y no me dio tiempo de avisarte. Y, bueno, ayer vino a visitarme sir Thomas y me hizo una propuesta —dijo al fin, jugando con sus propias manos, las cuales reposaban sobre su regazo—. Tuve que tomar una decisión. Él llevaba semanas cortejándome y simplemente creí que lo mejor para mí sería aceptar.

—¿Y lo que pasó entre nosotros? —preguntó Theo, ahora visiblemente exasperado. Pudo ver

cómo fruncía el ceño y aparecían algunas arrugas en su frente. Había adoptado una nueva posición, más erguida y tensa.

—Theo, yo-yo... —titubeó.

—No pensaste en eso cuando tomaste tu decisión —zanjó él con frialdad.

—¡Por supuesto que lo pensé! —respondió ella exaltada, alzando la voz y sintiendo con fuerza las palpitaciones de su corazón a través de la delgada tela del vestido. Le dolía su pregunta. ¿Por qué tenía que hacérselo tan difícil? Claro que había pensado en lo ocurrido entre ellos. Llevaba días sin poder pensar en otra cosa—. Pero todo lo que pasó entre nosotros no fue más que un error. Tú mismo lo dijiste, fue un error desde el principio.

En ese momento, ambos oyeron los pasos de alguien acercarse y se mantuvieron en silencio. Enseguida Camille vio entrar a uno de los lacayos con una bandeja, la cual rápidamente acomodó en la mesita para luego retirarse. Camille se sirvió una taza de té, más para controlar sus nervios y la exasperación que aún sentía que porque tuviera sed, y luego le ofreció una a Theo, quien la rechazó.

—Pensaba que, después del encuentro en mi despacho, había quedado claro que no lo consideraba un error —dijo Theo, cambiando por completo su tono de voz, que ahora sonaba aterciopelado—. O tras el encuentro en el laberinto, o cuando bailamos en el baile de mi madre.

—Theo, ambos sabemos que eso nunca debería haber ocurrido —señaló Camille mientras realizaba movimientos de negación con su cabeza y apretaba sus manos—. Yo...

—Yo no puedo olvidar esos momentos, Camille. No puedo —la interrumpió con voz ronca, haciéndola experimentar una sensación de escalofrío—. No puedo olvidar tu olor, ni la dulce sensación de tenerte entre mis brazos. No puedo olvidar el sabor de tus labios, ni el delicioso...

—Detente —le ordenó, cortando sus palabras. No podía seguir escuchándolo, no quería seguir haciéndolo. Sus piernas flaqueaban, aun estando sentada sobre el sillón—. No es apropiado. Las cosas entre nosotros se confundieron, eso es todo y...

—¿Que no es apropiado? —preguntó él interrumpiéndola, esta vez con voz dura—. No parecías pensar lo mismo mientras me pedías que continuara.

Una fuerte y aguda punzada de dolor se incrustó en su pecho. ¿Realmente aquel era el hombre del que llevaba años enamorada? Nunca lo había visto así, nunca pensó que podría decir algo tan cruel. Era evidente que estaba enojado, frustrado incluso.

Seguramente también se sentía molesto porque ella le estaba negando la posibilidad de hacer lo que creía correcto y restablecer así su sentido del honor. El dolor continuó extendiéndose por todo su pecho, desgarrándola, y antes de que pudiera articular palabra alguna, Theo volvió a tomar la palabra.

—Discúlpame, Camille. No debí haber dicho eso —dijo Theo de inmediato, y procedió a agarrarse la cabeza entre sus manos, para luego volver a mirarla. Tenía las pupilas dilatadas y las comisuras de sus ojos estaban levemente caídas. Se veía cansado y notablemente arrepentido. Y algo en el corazón de Camille comenzó a ablandarse—. Ha sido incorrecto por mi parte. Yo soy el único responsable de todo lo que ocurrió en Garden Hall. Tú eres una dama, una joven inocente, y yo te seduje de manera indebida mientras estabas bajo mi protección. —Ahí estaba otra vez el Theo que conocía—. Sé que no tengo perdón por mis actos, pero quiero que sepas que, desde que supe de tu partida, no he pensado en otra cosa que en venir hasta aquí y reparar mi error —añadió, observándola mientras volvía a inclinarse hacia adelante y la miraba a los ojos con una intensidad que la debilitó—. Camille, cástate conmigo. Rompe el compromiso con Portman y cástate conmigo.

Camille abrió los ojos de par en par, y su corazón comenzó a latir desbocado, impactada con

las palabras de Theo; no porque no las esperara, sabía que él intentaría hacer lo que creía correcto proponiéndole matrimonio, pero la determinación con que las había dicho, y lo que había provocado en su cuerpo al escucharlas, la estaban haciendo dudar de su propia resolución.



Lo había hecho. Había pronunciado las palabras que llevaba días queriendo decir, aunque la situación no estaba resultando favorecedora para él. Se sentía como un idiota por su comportamiento de los últimos minutos, mientras apretaba los puños esperando ansiosamente la respuesta de Camille. Sin quererlo, la había insultado, y un dolor punzante le atacó en la boca del estómago mientras lo recordaba. Ahora solo le quedaba esperar a que ella aceptara sus disculpas y accediera a casarse con él, de lo contrario estaría perdido.

—¿Por qué? —le preguntó Camille tras unos segundos, con voz firme. Parecía estar inspeccionándolo con la mirada.

—Por qué, ¿qué? —respondió Theodore con otra pregunta para ganar tiempo. Sabía que ella querría saber por qué se lo estaba proponiendo, aunque para él resultara evidente que así tenían que ser las cosas.

—¿Por qué quieres casarte conmigo? —volvió a preguntarle Camille.

—Por-porque... Bueno, porque es lo que corresponde, ciertamente —comenzó a responder, sin poder evitar que su voz titubeara—. Me tomé libertades contigo que no debería haberme tomado. Eres una dama y yo... yo soy un caballero, o pretendo serlo, y los encuentros que tuvimos me llevan a sentirme en el deber de ofrecerte mi apellido y mi protección.

Estuvo claro para Theodore cuando terminó de hablar, que esa no era la respuesta que una joven como Camille quería escuchar, pero no podía darle otra. No iba a declararle unos sentimientos que ni él mismo entendía todavía. No sería justo para ella cargar con su confusión. Era mejor ser práctico. Solo esperaba que funcionara y que ella lo entendiera.

Camille solo lo miraba. Se veía serena, aunque pudo notar, por el movimiento de sus manos sobre su regazo, que estaba tan inquieta como él. La respiración de Theo empezó a acelerarse y sus manos comenzaron a sudar a la espera de su respuesta. Nunca se había sentido tan inseguro en toda su vida.

—Creo que esa no es razón suficiente para unir nuestras vidas, Theo —afirmó ella, haciendo que se sintiera frustrado nuevamente.

—Por supuesto que es suficiente. Tendríamos mucho más de lo que tienen la mayoría de los matrimonios de nuestra sociedad. Además... además, nos llevamos bien, nos entendemos. Hacía mucho que no me sentía tan cómodo con alguien como en tu presencia. Por no decir que eres cercana a mi familia, mi madre y Emma te adoran... Y tienes una educación impecable. Serías una magnífica vizcondesa —concluyó, esperando poder convencerla.

—No tienes que hacer esto, Theo —afirmó ella con una tranquilidad que lo golpeó—. Entiendo tus razones, pero no acepto tu propuesta. Ya estoy comprometida, así que nada de lo que ocurrió entre nosotros me afectará. Puedes estar tranquilo.

¿Tranquilo? ¿Ella creía que él podía aceptar esa situación y sentirse tranquilo?

—Ciertamente no estoy tranquilo —le informó con sequedad—. No te puedes casar con él, Camille —insistió, porque no le quedaba otra opción. Tenía que convencerla de que cancelara el

compromiso, de que casarse con sir Thomas era inadecuado, porque lo era. En ese momento, no había nada que le resultara más inadecuado en su mente que verla casarse con otro hombre.

Se acercó a ella, dejando el asiento en el que estaba y sentándose a su lado en el sillón, obligándola así a mirarlo. Tenía las pupilas levemente dilatadas y los ojos abiertos de par en par. Pudo percibir que su respiración era irregular, pero más calmada que la suya.

—Por favor —suplicó—, cástate conmigo.

—Theo yo... yo no puedo —dijo Camille con voz temblorosa—. Ya he dado mi palabra, y no cambiaré mi decisión.

—¿Me vas a decir que no sentiste nada durante nuestros encuentros? —le preguntó, utilizando los últimos recursos que le quedaban—. ¿Qué no disfrutaste, al igual que yo, de todos ellos?

Se acercó unos centímetros más a ella, y vio algo en los ojos de Camille que le dio esperanzas. Parecía como si sus palabras hubieran despertado el recuerdo de sus encuentros en la mente de ella, y que estos tenían el poder de encender sus ojos con algo similar al deseo. Él también sentía ese deseo. Se veía tan majestuosa envuelta en ese vestido color violeta que deseó besarla allí mismo, pero, a esas alturas, solo complicaría las cosas. De un momento a otro, todo se esfumó, y ella se apartó moviéndose más hacia la orilla del sillón, volviendo a poner distancia entre ellos.

—No negaré que sentí algo. Deseo, imagino. Pero el deseo no es razón suficiente para atarnos de por vida, Theo —respondió Camille levantando la mirada hacia él—. No sería suficiente para mí. Yo... yo necesito más. Necesito... —Ella se detuvo y Theodore creyó que había olvidado cómo respirar—. Necesito algo que solo sir Thomas puede darme —concluyó. Tras escuchar sus palabras, algo en él, en lo más profundo de su interior, pareció dejar de funcionar—. Lo siento, Theo. Siento mucho si mi decisión provoca un malestar en ti, en tu sentido del honor, pero no me casaré contigo solo porque nos besamos y tú sientas que me debes algo.

—Camille... —Theodore se detuvo. No sabía qué más añadir, ni cómo convencerla de que casarse con él era lo mejor, de que era lo correcto. Nada de lo que había dicho hasta ahora parecía haber tenido ningún efecto en ella. Parecía realmente decidida, y eso lo aterró. Una corriente de frío le recorrió el cuerpo y sintió cómo sus músculos empezaron a contraerse. De repente, un pensamiento surgió en su mente. ¿Estaría Camille enamorada de sir Thomas? No lo creía posible, no después de la forma en la que había respondido a su contacto hacía tan solo unos días. Sin embargo, estaba claro que él no era un experto sobre cómo funcionaba la mente o el corazón de una mujer, de lo contrario, no se encontraría en esa desastrosa situación. Así que hizo lo único que le quedaba por hacer, arriesgándose a perderla para siempre—. ¿Lo amas?

Ella lo miró y parpadeó un par de veces, evidentemente sorprendida con su pregunta.

—Lo quiero, y quiero casarme con él.

Algo dentro de Theodore sentía la urgente necesidad de explotar, de romper algo, de tomarla por los hombros y besarla con desesperación hasta que ella cambiara su respuesta, hasta que ella lo eligiera a él, pero se contuvo.

Ella había tomado una decisión. Quería a sir Thomas, ya se lo había confirmado, y él no era quien para pedirle que cambiara su decisión, menos aun cuando seguía sin conocer sus propios sentimientos y no tenía más para ofrecerle. Así que hizo lo único que le pareció correcto en esa situación, incluso cuando sabía, antes de comenzar a pronunciar las palabras, que estaba cometiendo un error.

—Está bien. Si esa es tu decisión, la respetaré. Deseo sinceramente que seas muy feliz en tu

matrimonio —añadió, desviando la mirada y poniéndose de pie. Ella hizo lo mismo, quedando frente a él, aunque a una distancia prudente—. Disculpa si te importuné con mi presencia y mi insistencia. No volverá a suceder.

—Theo... —Camille susurró su nombre en voz baja—. Creo que esto es lo mejor para ambos. Tú tienes muchas cosas de las que preocuparte, y estoy segura de que, llegado el momento, encontrarás a alguien a quien elijas libremente para convertir en tu esposa.

Theodore solo asintió, sin escuchar bien lo que ella le decía. Solo era capaz de observarla, de ver sus labios moverse en su rostro, de contemplar sus ojos. Sabía que la tenía en frente, pero, en esos momentos, sentía como si estuvieran a millas de distancia. Él mismo se sentía dissociado de su propio cuerpo.

—Espero que esto no cambie las cosas entre nosotros. Sabes que te estimo, y me gustaría que me sigas considerando una buena amiga —le dijo ella. Theo apretó la mandíbula. Ya estaba listo, no había nada más que hacer, solo quería salir de aquella desastrosa situación de una vez.

—Por supuesto.

Fue lo único que pudo responder. Adoptó una postura seria y distante, una que nunca hubiera querido tener con ella. Sin embargo, era lo correcto en ese momento. Ella sería la esposa de alguien más, de sir Thomas, y él, que nunca había envidiado a nadie en toda su vida, deseaba con todas sus fuerzas ser otro hombre.

Necesitaba salir de inmediato de allí. No podía seguir en su presencia, pues un calor intenso amenazaba con quemarlo. Ya no sabía qué sentía, porque estaba comenzando a experimentarlo todo al mismo tiempo, y necesitaba liberarse... Tenía que hacerlo en ese mismo momento, y debía hacerlo lejos de ella, porque toda la rabia y frustración que sentía era consigo mismo. Él había provocado aquella situación, y ahora tendría que asumir las consecuencias.

—Tengo que irme —anunció de pronto—. Espero que los preparativos de tu matrimonio avancen favorablemente y, sobre todo, que seas muy feliz con tu decisión.

—Gra-gracias —titubeó Camille mientras lo observaba con sus cálidos ojos de color miel. Theodore percibió en ellos una emoción que no fue capaz de descifrar, antes de que ella volviera a hablar—. ¿Te acompaño hasta la puerta?

—No es necesario, conozco la salida —respondió, entrelazando su mano con su muñeca detrás de su espalda.

—Imagino que nos veremos pronto —añadió Camille con la mirada inquieta.

—Imagino que sí —concluyó él—. Adiós, que tengas un buen día —se despidió con un rápido movimiento de cabeza.

Y así, Theodore Kirtklard, con una mezcla de frustración y resignación, se dio la vuelta y se retiró. Y nunca se había odiado tanto a sí mismo.



Cuando escuchó el sonido de la puerta de entrada cerrándose a lo lejos, Camille se dejó caer al fin sobre el sillón. No lloró, no tenía sentido. Solo sintió un inexplicable vacío en su interior, como si algo que siempre la había acompañado la hubiera abandonado de repente.

Cayó en la cuenta de que había rechazado la propuesta de Theo y, si no estuviera tan exhausta y triste, seguramente se reiría de sí misma por la situación en la que se encontraba.

Había soñado decenas de veces con ese momento, con Theo pidiendo su mano; pero la realidad resultó ser muy diferente. Theo había hablado del deber, como ella suponía que haría, sin mencionar ningún sentimiento. No habló de deseo, ni de afecto, y mucho menos de amor; nada que la llevara a cuestionar su percepción de lo que había escuchado. Nada que la hiciera cambiar su decisión.

Le había mentado diciéndole que quería a sir Thomas, pero sabía que era la única forma en la que él aceptaría finalmente su decisión. Sin duda, había logrado su objetivo de hacerlo sentir aliviado con su rechazo. Era mejor así. Dolía, y dolía mucho, pero era lo mejor. Solo esperaba que el dolor que sentía en su pecho cesara en algún momento.



Después de salir de White House, Theodore se dirigió a Lions House, la mansión londinense de Stephan, ubicada en el corazón de Mayfair. Hizo todo el trayecto caminando, ya que necesitaba descargar un poco de energía y ordenar sus ideas. Realmente no entendía cómo las cosas habían resultado tan mal para él, y lo único que deseaba en ese momento era golpear algo.

Theodore Kirtklard siempre había tenido suerte. Desde pequeño, las cosas fueron fáciles para él. Tenía una familia que lo amaba, era heredero de un vizcondado próspero, estudió con los mejores tutores y luego en los mejores colegios, y asistió a una prestigiosa universidad, como la mayoría de los jóvenes de su círculo social. Hizo buenos amigos, era lo suficientemente atractivo como para no tener que esforzarse en conseguir compañía femenina, y era, sin lugar a duda, un hombre encantador que caía bien allá donde iba; aceptado favorablemente por la alta sociedad londinense.

Ciertamente, nunca había tenido que luchar demasiado por algo en su vida, y, si no fuera por la muerte de su padre, que lo había afectado profundamente, se podría decir que su existencia había estado exenta de complicaciones. Pero ahora, Theodore se encontraba por primera vez en una situación que solo podía definir como frustrante, y no sabía qué hacer ni cómo proceder. Aunque, en realidad, tampoco era como si pudiera hacer algo.

Camille ya había tomado una decisión y no parecía dispuesta a querer cambiarla por más que él hubiera intentado darle argumentos, muy adecuados y racionales, a su parecer, para convencerla.

Comenzó a subir los escalones de Lions House y tocó a la puerta, dándole fuertes golpes que enrojecieron sus nudillos. Bien. Era lo mínimo que se merecía.

Fue recibido por el mayordomo de Stephan, Wesley, y luego de algunos minutos de espera, en los que este fue a corroborar que el duque estuviera disponible para recibirlo, volvió y le informó que podía pasar directamente al despacho de su amigo. Theodore recorrió los suntuosos pasillos de la mansión londinense del ducado de Lions, que ciertamente parecía más un museo que un hogar, hasta llegar al despacho, donde Wesley anunció su entrada.

Una vez dentro, Theodore observó a Stephan recostado en uno de los sofás de cuero que se encontraba junto al ventanal. Las cortinas estaban a medio cerrar, dejando entrar suavemente la luz del día. Su amigo sostenía un vaso de licor en una mano y con la otra se cubría la frente.

—Creo que no podré cumplir mi objetivo de convencerte de acompañarme a una ronda de esgrima —dijo Theodore al entrar y acomodarse en el sillón que estaba enfrente del que ocupaba

el duque—. ¿Una noche difícil?

Escuchó de inmediato a Stephan gruñir y luego vio cómo se incorporaba en el sillón.

—Ciertamente lo fue. Aunque imagino que tú no debes de estar mucho mejor si necesitas venir hasta mi casa a estas horas de la mañana para convencerme de acompañarte a una ronda de esgrima.

—Son pasadas las tres de la tarde —le informó Theodore con voz arisca, tratando de no parecer afectado.

—Bien podrían ser las ocho de la mañana —añadió su amigo tomando otro sorbo de su licor.

Permanecieron en silencio algunos segundos hasta que Stephan volvió a hablar.

—¿Se puede saber qué ha sucedido para que el encantador vizconde de Kirtklard esté de tan mal humor? ¿Problemas en tu viaje a Garden Hall?

—No es nada —respondió Theodore sin poder evitar que su voz sonara como un gruñido. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que estaba apretando los puños.

—Lo dudo, pero si no quieres contármelo, no seré yo quien te obligue a hacerlo. De todas formas, lo descubriré —terminó de decir Stephan en su habitual tono ducal, el cual utilizaba cada vez que creía tener razón en algo, es decir, la mayor parte del tiempo.

—De verdad, no es nada —insistió Theo—. Solo llegué cansado del viaje.

—Es de suponer entonces que tu madre no tuvo éxito en sus planes casamenteros y no estás irremediablemente comprometido con alguna encantadora señorita de Bath —comentó Stephan con una mirada perspicaz.

—No, aunque debo admitir que no fue por falta de intentos por su parte.

Stephan rio y se levantó, dirigiéndose a una mesa lateral donde tomó un vaso y lo llenó con licor. Luego se acercó a Theodore y se lo ofreció, antes de regresar a su asiento.

—No sé cómo tu hermana ha logrado escapar durante tantos años de los planes casamenteros de lady Kirtklard —señaló su amigo, indiferente.

—Mi hermana es una fuerza de la naturaleza. Ni siquiera la reina podría persuadirla para casarse si ella no lo desea.

—Sí, supongo que tienes razón. ¿Y tu encantadora lady Camille? —Al escuchar el nombre de Camille, el cuerpo de Theodore se tensó de inmediato—. No la he visto en ningún evento social últimamente. No es que yo haya asistido a muchos, por supuesto, ya sabes que los evito como la peste, pero me llamó la atención su ausencia.

—Estuvo en Garden Hall con Emma y mi madre durante estas últimas semanas. Lord Donegall ha estado enfermo y nuestras madres decidieron que sería mejor que nos acompañara.

—Ah, eso explica muchas cosas. Espero que no hayas aprovechado la oportunidad para comprometer a la joven —comentó Stephan mientras reía despreocupado y volvía a tomar un sorbo de su licor.

Theodore se levantó de un salto del sillón, con las manos aún apretadas en un puño, y se inclinó hacia Stephan, señalándolo con el dedo.

—¡Retráctate inmediatamente, Stephan! —exclamó en voz alta, sintiendo cómo explotaba de rabia. Estaba furioso, aunque sabía que no era con Stephan, sino consigo mismo. Aun así, continuó dirigiéndose a su amigo—: No vuelvas a repetir, ni a sugerir, algo así en mi presencia, o te aseguro que te arrepentirás.

—Interesante —fue lo único que respondió Stephan, manteniéndose sereno e inclinándose hacia adelante desde su sillón. A su vez, Theodore relajó su postura. Por más desafortunado que fuera el comentario de su amigo, no dejaba de ser cierto. Necesitaba buscar algo que golpear cuanto antes.

—No es interesante, Stephan. Ya te dejé claro que no hay nada entre lady Camille y yo. Además, ahora está comprometida con Portman —dijo, sintiendo cómo sus propias palabras le provocaban una sensación de ardor en la garganta—, así que te pido que evites volver a mencionar algo acerca de ella o te meterás en un problema.

—Así que finalmente Portman lo logró... Bien por él. Ya veo de dónde viene tu irritación entonces —le señaló Stephan—. Me había hecho una idea, pero esto lo confirma.

—¿No tienes idea de nada! —volvió a exclamar Theodore, dejándose caer sobre el sillón, aún ofuscado.

—Está bien, no insistiré más. Queda claro que no quieres hablar del asunto, y yo mismo no tengo energía esta mañana para insistir en ello —dijo Stephan dando por zanjado el tema, para alivio de Theodore—. ¿Irás al baile de los marqueses de Warwick mañana por la noche?

—No —respondió con brusquedad.

No recordaba haber recibido esa invitación, aunque seguramente estaría en su despacho en Kirtklard House, junto con muchas otras que se habían acumulado durante su ausencia. Sin embargo, no planeaba asistir. En realidad, no deseaba ir a ningún evento. Con el estado de ánimo en el que se encontraba, seguramente todo Londres se daría cuenta de su situación. Y, por encima de todo, quería evitar encontrarse con Camille, y, aún más, verla riendo, bailando o interactuando de cualquier manera con su prometido. Necesitaba distancia, reorganizar sus ideas, olvidarse de la locura temporal que ella había significado en su vida durante esas últimas semanas, y volver a centrarse en sus asuntos pendientes, que seguían siendo muchos. Ella había tomado una decisión, y él había decidido respetarla. Ahora solo quedaba esperar que no verla durante algunos días le ayudara a dejar todo atrás.

En realidad, si lo pensaba bien, sabía que sería difícil no encontrársela, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que Camille era la mejor amiga de su hermana y una persona muy cercana a su familia. Sabía que tendría que seguir viéndola en bailes, eventos e incluso en su propia casa de manera recurrente. Además, debía considerar que probablemente el baile de su compromiso sería pronto, y no tendría forma de eludirlo. Pero ya pensaría en ello más adelante. Por ahora, intentaría mantenerse alejado.

—Entonces, vayamos al club —le sugirió Stephan—. Tampoco me sentía inclinado a asistir, y si le digo a mi ayudante de cámara que ya tengo un compromiso previo contigo, no me dará problemas por desechar la bendita invitación.

—No sabía que un duque necesitara la aprobación de su ayudante de cámara para decidir a qué eventos asistir —bromeó Theo, dejando atrás su mal humor por unos segundos—. No sé qué harás en el momento en el que tengas una esposa.

—Eso, mi querido amigo —dijo Stephan, haciendo una pausa para beber el último sorbo de licor que le quedaba—, no sucederá nunca. Te lo aseguro.



Durante la tarde, Camille se encontraba decaída de ánimo. La visita de Theo, y todo lo ocurrido, la habían afectado más de lo que hubiera querido. En ese momento estaba intentando leer en uno de los salones privados del segundo piso, mientras esperaba la llegada de Emma para tomar el té. Su amiga le había escrito una hora atrás para avisarle que la visitaría. Seguramente querría hablar

con ella acerca del compromiso.

Pasó la página en la que llevaba al menos diez minutos, intentando convencerse a sí misma de que podía hacerlo. Después de todo, ¿no había hecho ya lo más difícil? Hablar con Theo sin derrumbarse había sido, sin duda, un desafío. Había querido llorar, había querido gritarle y, sobre todo, había querido aceptar su propuesta. Pero no había hecho ninguna de todas esas cosas, así que suponía que podía ser lo suficientemente fuerte como para sentarse a charlar con su amiga y demostrar que estaba feliz con su situación actual.

Unos minutos después, Peter apareció en la puerta para anunciar la llegada de Emma, quien ya lo acompañaba. El mayordomo se retiró y su amiga se acercó efusivamente hasta donde estaba Camille para abrazarla.

—¡Estoy muy feliz por ti! —exclamó Emma mientras permanecían abrazadas—. ¡Cuéntamelo todo! Necesito saber cada detalle —añadió su amiga soltándola—. Madre te envía sus felicitaciones. Ahora no sé cómo me la sacaré de encima. Ha recobrado sus fuerzas y tiene la esperanza de que siga tus pasos.

—No creo que las haya perdido nunca, en realidad —respondió al tiempo que terminaban de separarse y cada una se acomodaba en su asiento—. No te esperaba de regreso tan pronto. Pensé que tardarían algunos días más en volver a Londres.

—Theo se volvió loco cuando se enteró de que regresaste a Londres sola, y como ya había resuelto sus asuntos, exigió volver lo antes posible. Así que viajamos ayer temprano.

Camille guardó silencio durante unos segundos, incómoda con la mención de Theo y comenzando a sentir una leve dificultad para respirar. ¿Se habría preocupado sinceramente por su partida? ¿Habría cambiado de opinión y considerado en serio casarse con ella, o simplemente había sido un acto impulsado por su sentido del honor? Anuló enseguida esas preguntas de su mente, y asintió hacia su amiga, decidida a cambiar de tema.

—Me alegra que hayas vuelto. Madre no deja de llevarme de un lado a otro por culpa de los preparativos del baile de compromiso; necesitaba un respiro.

—Lady Donegall debe de estar feliz —señaló su amiga.

—No cabe en sí misma —dijo Camille en broma y ambas rieron.

—¿Ya hay fecha para el baile de compromiso? —le preguntó Emma.

—Sí, será el miércoles de la próxima semana. Mi madre no quiere perder el tiempo.

—¿Se celebrará aquí, en White House? ¿O en la residencia de sir Thomas?

—Aquí. Ella no quiere dejar nada al azar. Además, mi padre ya está mejor de salud y mamá lleva años sin tener un buen motivo para organizar un baile, así que ya está decidido.

—¿Y tú estás feliz? —le preguntó su amiga luego de unos segundos.

Camille sintió cómo su corazón comenzaba a encogerse ante la pregunta de Emma. No necesitaba meditar su respuesta, la sabía a la perfección, aunque no era una respuesta que su amiga fuera a aceptar sin hacerle un sinnúmero de preguntas, así que respondió lo más apropiado que pudo pensar, dadas las circunstancias.

—Estoy satisfecha —respondió—. Sabes que esto era lo que anhelaba, y sir Thomas ha sido muy comprensivo y paciente conmigo.

—Me alegro sinceramente por ti. Sir Thomas no sabe lo afortunado que es.

—Gracias. —Sonrió a Emma con sinceridad.

—No me lo agradezcas, es lo que pienso. Eres una amiga invaluable, y serás una esposa magnífica.

—Estoy convencida de que tú también lo serás llegado el momento —le dijo a su amiga, intentando desplegar una sonrisa.

—Es posible —respondió Emma con un extraño tono de duda que llamó la atención de Camille.

—¿Acaso estás pensando en casarte, Emma Kirkland? —le preguntó Camille, sorprendida por la respuesta de su amiga—. ¿Has conocido a alguien de tu interés?

—No, en realidad, no; aunque sabes que no estoy cerrada a la idea del matrimonio. Es solo que no ha aparecido la persona correcta, pero ya veremos. Quién sabe si en tu baile de compromiso encuentro a algún pariente lejano de sir Thomas que resulte un buen partido y se enamore perdidamente de mí.

Camille rio y, unos segundos después, Emma también lo hizo.

—En realidad, creo que lo difícil no es que se enamoren perdidamente de ti, sino más bien al revés —le señaló a su amiga.

Lo que decía era cierto. Era consciente de cómo muchos caballeros se habían fijado en su amiga a lo largo de todos esos años, y cómo ella nunca pareció interesada en nadie. Ahora que lo pensaba bien, dudaba de que su amiga se hubiese enamorado alguna vez. La conocía muy bien y, si Emma se hubiera enamorado de cualquier caballero, nada, ni nadie, podría haber impedido que fuera feliz.

Camille observó cómo Emma ponía los ojos en blanco por su comentario, una expresión que siempre usaba cuando prefería omitir su respuesta, así que no insistió.

—¿Irás al baile que ofrecerán los marqueses de Warwick mañana por la noche? —preguntó Camille, en parte para cambiar de tema, y en parte porque necesitaba saber si había alguna posibilidad de volver a ver a Theo en el baile del día siguiente, para así estar preparada—. Escuché a mi madre decir que lady Warwick espera que sea el baile de la temporada.

—No lo sé, espero poder evitarlo —respondió Emma—. Aún estoy agotada del viaje, y no creo que Theo quiera acompañarme. Además, mi madre, que en circunstancias normales insistiría, comenzó a tener una jaqueca después del almuerzo, y suelen durarle bastante.

Camille suspiró aliviada y procedió a continuar con la conversación.

—Entiendo. Mi madre no quiere perderse. Estoy convencida de que me llevará por el salón para contarles a todos los presentes que estoy comprendida.

—Pensaba que ya todos lo sabrían. Fue anunciado esta mañana en el periódico.

—Eso no es suficiente para mi madre, te lo aseguro.

—Bueno, pero imagino que sir Thomas asistirá, por lo que pueden escabullirse juntos. De igual modo, ya están comprometidos.

¿Escabullirse de un baile con sir Thomas? Eso sí que no lo había pensado. Quizás sería divertido y romántico si se tratara de otro hombre, uno en el cual prefería no pensar, pero sir Thomas era... Bueno, era su prometido, y hasta ahora no había pensado en él de un modo romántico, sino más bien práctico. Quizás, si se esforzaba, si se esforzaba mucho, eso podría cambiar. Esperaba que fuera así, al menos un poco. Miró a su amiga e intentó sonreír.

Continuaron conversando hasta que Emma anunció que ya era hora de retirarse. Antes de su partida, ambas amigas se pusieron de acuerdo para acudir a la ópera dentro de cuatro días. Irían al palco de los Donegall que, para desgracia de Camille, sus padres casi nunca ocupaban, dado que sus progenitores no eran muy aficionados. Ya lo había hablado con su madre quien, al estar tan contenta y ensimismada con el compromiso, había accedido a ir sin reparos.

Hacía semanas que no iba a la ópera, así que sería agradable y un motivo de distracción, lo que en esos momentos agradecía.

CAPÍTULO 18

COVENT GARDEN. LONDRES, 1821.



Perdido en la oscuridad

Cuatro días después, Camille se encontraba sentada en el carruaje de camino a la ópera. A su lado iba su madre, y sentado en frente se encontraba sir Thomas, quien se había ofrecido a recogerlas para escoltarlas, ya que su padre aún no estaba lo suficientemente recuperado para asistir a eventos sociales.

Esos últimos días habían transcurrido con bastante tranquilidad para Camille, lo que en realidad agradecía, especialmente después de cómo había sido el transcurso de las últimas semanas. Lo que más deseaba era obtener serenidad. Su vida ya había tomado el rumbo que había escogido para ella, ahora solo esperaba que las cosas evolucionaran según había establecido. En unos días tendría lugar su baile de compromiso, y poco después, exactamente en tres semanas, estaría casada, sellando así su destino. Aquello era lo que había anhelado, lo que había escogido, entonces, ¿por qué se sentía tan desolada?

Podía decir, con cierta seguridad, que casi no había pensado en Theo. El «casi» era, por supuesto, una estimación más que una realidad literal. Debía reconocer que, sin duda, había ayudado bastante el hecho de que él no hubiera asistido a ningún evento social en el cual ella había estado en los últimos cuatro días, los cuales habían consistido en: un baile, una velada musical y una salida por el parque. Además, había rechazado dos invitaciones de Emma para tomar el té.

A pesar de todo, Camille no era tan ilusa como para pensar que había dejado de amarlo. No, seguía amándolo a pesar de sí misma, de su sentido común y del dolor punzante que habitaba en su corazón cada vez que pensaba en su último encuentro.

Los últimos días habían sido extenuantes, entre salidas, pruebas de vestuario y la presencia permanente de su madre en todo momento, hablándole únicamente del baile de compromiso. Había intentado enfocarse en lo que era importante en ese momento, en sí misma y en su unión con sir Thomas. Aún le costaba llamarlo solo Thomas, o pensar en él como alguien con quien compartiría su vida, a quien besaría, con quien viviría. Sin embargo, sus últimas interacciones habían resultado agradables y habían logrado acercarse de un modo amistoso.

La había sacado a bailar dos veces en el baile de los marqueses de Warwick, y luego ella lo había convencido para escabullirse algunos minutos de su madre y habían compartido un momento más privado en el balcón de lady Warwick, donde hablaron acerca de aspectos más

profundos de sus vidas. Él le había contado acerca sus padres, a quienes había perdido siendo muy joven, y de cómo él y sus hermanas menores lo habían sobrellevado. Camille, por su parte, le había hablado acerca de su familia, de cómo a veces se sentía fuera de lugar en ella, y de cómo Emma había sido una luz en su vida.

Le agradó descubrir lo fácil que podía ser hablar con él. Sinceramente creía que podrían llegar a ser grandes amigos, buenos compañeros de vida. No obstante, sabía que algo faltaba, algo que no podía ser descrito con una palabra, pero que conocía. Algo que se activaba en ella cada vez que estaba con Theo, algo que la exaltaba y que al mismo tiempo le otorgaba una sensación de absoluta calma. Algo que la hacía sentir vulnerable, tan al borde del abismo que asustaba y tan placentero que la hacía sentir poderosa. Algo que era más que simplemente agradable, algo que no era «fácil».

Camille siempre había sido una joven práctica, para su suerte y desgracia. Nunca había sido realmente una apasionada del amor romántico como Emma. Aunque creía en el sentimiento, era demasiado pragmática y sabía que la vida consistía en tomar decisiones correctas y seguras, a pesar de que estas no siempre se basaran en los dictámenes del corazón.

Podría haber elegido a Theo, haber aceptado su propuesta y hacer realidad lo que había soñado desde que lo conoció. Pero sabía que no sería feliz sabiendo que él no la había escogido libremente, sabiendo que él no la amaba. No era justo para ninguno de los dos. A pesar de todo, lo amaba demasiado como para atarlo a un matrimonio por obligación. Pero, por encima de todo, no se haría algo así a sí misma. No se expondría a ilusionarse cada día pensando que los sentimientos de él cambiarían y se dirigirían hacia ella, para luego desilusionarse una y otra vez al comprobar que él no la amaba realmente, al menos no como ella deseaba ser amada. No se expondría a tener solo una parte de él, por muy tentador que pudiera resultarle, cuando deseaba tenerlo por completo.

Si no podía tenerlo todo, definitivamente era mejor no tener nada.

De golpe, volvió a la realidad cuando los caballos se detuvieron. Thomas bajó primero y le ofreció la mano a su madre, para luego hacer lo mismo con ella.

Y así fue como Camille abandonó el carruaje, dispuesta a afrontar su vida y sus decisiones.

La imponente ópera de Covent Garden se alzó majestuosa ante sus ojos. La fachada del edificio estaba iluminada por una serie de faroles que arrojaban una luz cálida sobre la entrada principal, otorgando con ello una ambientación acogedora. Al ingresar al teatro, fueron recibidos por el bullicio de la alta sociedad en su plenitud. Y, después de tener que saludar a varias personas y recibir felicitaciones por el compromiso, se encontró finalmente con Emma, quien la esperaba en la entrada del palco de los Donegall, acompañada por lady Kirtklard. Para su suerte, no había ni rastro de Theo. Los cinco se saludaron de inmediato y lady Kirtklard tomó la palabra.

—¡Camille querida! Te felicito por el compromiso. Espero que seas inmensamente feliz —comenzó diciéndole lady Kirtklard—. Y a usted también, sir Thomas —añadió girándose hacia su prometido—. Les deseo a ambos una vida llena de dicha.

—Gracias, lady Kirtklard. Yo soy el afortunado al haber sido aceptado por lady Camille —se apresuró a decir Thomas, para luego posar su mirada en ella. Camille intentó sonreír a su prometido y se volvió hacia la madre de Emma.

—Gracias, lady Kirtklard.

—¿Y lord Kirtklard? Pensé que se uniría a nosotros esta noche —comentó la madre de Camille, dirigiéndose a Emma y a lady Kirtklard—. No lo he visto desde que regresaron del campo.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Camille al escuchar el nombre de Theo, pero se

esforzó por mantener la compostura, entrelazando las manos frente a ella.

—Mi querido hijo ha estado ocupado en los últimos días —respondió lady Kirtklard con amabilidad—. Estaba deseoso de asistir, pero tenía un compromiso imposterrible esta noche.

Camille notó cómo Emma, sin disimulo alguno, rodaba los ojos, lo que le provocó una intriga inquietante en su interior. Después de algunos intercambios más sobre el clima y la presentación de esa noche, el grupo ingresó en el palco para ocupar sus asientos.

El palco, adornado con cortinas de terciopelo rojo y detalles dorados, ofrecía una vista perfecta del escenario y de los demás espectadores. Desde allí, Camille podía percibir el zumbido emocionado de la multitud y el aroma sutil de las flores que decoraban el teatro.

Minutos después, cuando todos los asistentes se habían ubicado en sus asientos, el telón se alzó, revelando un impresionante escenario adornado con suntuosos decorados y una orquesta afinando sus instrumentos. La ópera de la noche era una famosa obra de Mozart, interpretada por la reconocida soprano italiana Giulia Monti. La soprano, de cabello oscuro y ojos brillantes, irrumpió en el escenario con una presencia cautivadora. Camille quedó absorta por su belleza y su apariencia angelical, especialmente gracias al vestido de seda blanco brillante que llevaba puesto y que fluía a medida que se movía con gracia y elegancia sobre el escenario.

La primera parte de la presentación resultó ser espectacular. Camille se sintió fascinada por la calidad vocal de la soprano, así como por su belleza y exuberancia, por supuesto. Disfrutó cada segundo de la presentación. Se encontraba en la primera fila del palco de su familia, entre Thomas, que estaba sentado a su derecha, y Emma, que estaba a su izquierda. Desde allí, era consciente de cómo todos los asistentes contemplaban absortos la actuación, con sus ojos fijos en el escenario. Ella misma se sentía transportada, y se permitió dejar de lado todos sus pensamientos y disfrutar de la envolvente presentación.

Cuando terminó el primer acto, los asistentes estallaron en aplausos y vítores, y la gente comenzó a dispersarse para aprovechar el tiempo del receso. Pero Camille se quedó en su puesto, sinceramente no tenía deseos de salir a continuar recibiendo saludos y felicitaciones por su compromiso, así que decidió que se quedaría en el palco. Emma se le sumó y Thomas se disculpó para ir a saludar a algunos conocidos, mientras que su madre, junto con lady Kirtklard, decidieron salir a dar un paseo.

—¡Estoy encantada de que hayamos decidido venir! —exclamó Emma—. Es una lástima que Harriet no haya podido acompañarnos.

—Tienes razón, lo habría disfrutado. Creo que no se hablará de otra cosa en todo Londres en los próximos días.

—A no ser que surja algún escándalo —añadió Emma riendo—. Seguro lord Lions o alguno de sus amigos es encontrado en una situación comprometida con alguna viuda, o incluso puede que algunos hombres se propongan tomar a la señorita Giulia Monti como amante, no me extrañaría en absoluto.

—¡Emma! —exclamó Camille riéndose mientras se llevaba una mano a la boca—. Creo que tienes demasiada imaginación.

—Solo soy buena observando, te lo aseguro.

—No me cabe ninguna duda.

Ambas se quedaron en silencio, mirando hacia el bullicio que había abajo, hasta que Emma volvió a tomar la palabra.

—Tú y sir Thomas se ven bastante cercanos. No dejó de mirarte durante toda la presentación —puntualizó de pronto su amiga, girándose hacia ella.

Camille sintió un rubor subir a sus mejillas y trató de disimular su incomodidad con una

sonrisa forzada.

—Hemos podido pasar mucho tiempo juntos esta semana —señaló Camille, lo cual era verdad. Habían salido bastante y su relación había comenzado a estrecharse cada vez más—. Nos llevamos bien. Después de comprometernos, hemos sido más abiertos el uno con el otro. Eso es todo. Creo que congeniamos de una manera adecuada.

—Interesante forma de describir la relación con tu futuro esposo —dijo Emma con su particular sarcasmo mientras la observaba con escepticismo, como si no estuviera del todo convencida con su respuesta.

Camille le lanzó una mirada cargada de reproche a su amiga, y esta respondió con un resoplido.

—Te aseguro que es más de lo que esperaba encontrar en un esposo —añadió—, especialmente considerando mi falta de popularidad. Así que estoy complacida con la forma en la que se ha ido desarrollando todo entre nosotros.

Sabía que lo que decía no era del todo verdad, porque en su interior siempre había querido más. Pero dadas las circunstancias, estar comprometida con Thomas era lo más cercano a un buen resultado para ella. Emma pareció aceptar su respuesta, esta vez sin replicar, algo poco común en su mejor amiga, y se dispuso a girarse hacia adelante para luego comenzar a hablar de nuevo.

—Menos mal que Theo no nos ha acompañado. Está insoportable desde que regresamos de Garden Gall.

Camille se volvió a sentir afectada con la mención de Theo, teniendo que apretar las manos disimuladamente sin que Emma lo notara. No quería saber de él. Es más, debería dejar pasar el comentario de Emma y cambiar de tema. Pero algo en su interior, un impulso, la llevó a abrir la boca y decir:

—No lo he visto en ninguno de los eventos de estos días. Seguramente, como dijo tu madre, tiene muchos asuntos pendientes que lo apremian.

—Si por asuntos apremiantes consideramos el irse de fiesta todas las noches con lord Lions y pasar el día encerrado en su recámara... —dijo Emma en un tono altivo—. Sí, seguramente debe de sentirse muy apremiado. Ayer mismo discutimos. Está de un humor exasperante.

Camille deseó preguntar por qué habían discutido, pero logró reprimir su impulso y, en su lugar, solo añadió:

—Seguramente se le pasará pronto, tu hermano siempre ha tenido un carácter afable y muy buen humor.

—Eso pensaba yo hasta hace unos días —dijo Emma pensativa—, lo cual lo hace aún más llamativo. Aunque imagino que estar con resaca tantos días seguidos puede alterar el humor de cualquiera... Madre está preocupada. No lo dice, pero es evidente. Cree que le ocurre algo.

Camille sintió una punzada en el pecho y se acomodó en su asiento, adoptando una postura más erguida. ¿Tendría algo que ver con ella y su repentino compromiso el cambio de humor de Theo? ¿Su rechazo le había afectado? No, no iba a pensar en eso. Como Emma había dicho, Theo llevaba días de fiesta con lord Lions, así que seguramente estaría celebrando el haberse librado de un matrimonio no deseado.

—Ya verás como no es nada —añadió Camille intentando sonar despreocupada—. En unos días volverá a ser el mismo de siempre.

—Eso espero. Mi tolerancia tiene un límite. Además, quedan solo tres días para tu baile de compromiso, y sé que no se lo perdería por nada del mundo. Eres como una hermana para él.

Camille esbozó una sonrisa forzada y prefirió guardar silencio. No quería seguir hablando de

Theo. Solo deseaba fervientemente que su amiga estuviera equivocada y que él no asistiera a su baile de compromiso, aunque eso parecía poco probable. Lady Kirtklard no permitiría que Theo se ausentara. La verdad era que Camille no se sentía lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a él de nuevo, especialmente la noche en la que su compromiso quedaría sellado ante toda la alta sociedad.



Theodore se encontraba sentado en una cómoda silla de cuero en una fiesta privada en casa de Stephan. Ya había perdido la cuenta de a cuántas fiestas había asistido durante los últimos días, pero sabía, aunque solo fuera por el permanente dolor de cabeza que lo acompañaba desde hace días, que habían sido más de las que había asistido en los últimos seis meses.

No se sentía particularmente orgulloso de sí mismo. Si bien disfrutaba divirtiéndose como la mayoría de sus amigos, no estaba acostumbrado a beber tantos días seguidos, ni tampoco a llevar un estilo de vida disoluto como lo había hecho los últimos días. Como si eso fuera poco, tenía abandonadas sus responsabilidades. Ya había cancelado dos reuniones con su administrador, y la tarde anterior había discutido con su hermana cuando esta le hizo uno de sus habituales comentarios sarcásticos respecto a sus salidas con Stephan. Definitivamente, su humor tampoco era el de siempre, y lo peor de todo es que pasaba el tiempo y todo se volvía más complicado en su mente.

Había pensado que, emborrachándose algunos días con Stephan y otros amigos más, se olvidaría de su situación y dejaría atrás lo vivido con Camille, pero no había resultado tan fácil como había pensado. Seguía pensando en ella a cada segundo, si era posible. Pensaba en su rostro, en el hermoso color de sus ojos, el cual creía que nunca volvería a olvidar; en el sabor y la textura de su piel, en la suavidad de sus pechos; en los dulces gemidos que salían de su boca cuando la tocaba; en lo placentero que era sentir sus manos en su cuello y compartir su aliento; en sus conversaciones, en lo cómodo que se sentía con ella y en lo fácil que había sido hablar de sí mismo en su presencia. Nada de eso volvería a ocurrir, y esa certeza lo estaba matando.

Ya no se trataba solo de su honor, eso estaba más que claro. Theodore se sentía dividido, luchando contra el impulso irrefrenable de ir a su casa, colarse en su cuarto y convencerla de elegirlo a él, y su conciencia, que insistía una y otra vez en que debía respetar su decisión: que ella había optado por otro hombre. La lucha interna que se desarrollaba en su mente era agotadora, y, aunque quería ignorar las voces sensatas que lo instaban a dejarla ir, sabía que no debía hacerlo.

De un momento a otro, Stephan, quien se encontraba enfrente de él, recostado en el sillón con una copa recién servida de *whisky* mientras los demás conversaban, bebían y apostaban, interrumpió sus pensamientos dirigiéndose a él.

—Sabes que evitarla y esconderte aquí no va a solucionar el problema en el que te encuentras, ni va a evitar que se case, ¿cierto?

—No sabía que tenía un problema que solucionar —respondió Theodore intentando desentenderse de lo expuesto por su amigo.

—Si deseas seguir engañándote y retrasar lo inevitable, hazlo, no me opondré. Pero desearía que solucionararas esto antes de que no te quede más opción que retar a duelo al pobre de Portman

y que yo tenga que ser tu testigo.

—No sé de qué estás hablando —volvió a responder, terminando de beberse el resto de licor que le quedaba en el vaso—. No tengo nada que solucionar.

—La quieres. —afirmó Stephan con bastante seguridad, y, de pronto, su piel se erizó—. Sería más fácil para todos que lo aceptaras de una vez e hicieras algo al respecto para evitar que se case y que sea demasiado tarde.

—¿Realmente eres tú, el mismísimo duque de Lions, un acérrimo opositor al matrimonio y al amor romántico, el que me está incitando a detener una boda y entregarme voluntariamente al matrimonio? —verbalizó Theo, haciendo su mejor esfuerzo por sonar sarcástico. No tenía ni el humor ni la energía necesarias para lidiar con aquella conversación. Había logrado esquivar el tema las noches anteriores con éxito, y esperaba no ser vencido ahora.

—No negaré mi oposición a ambas cosas —aseveró Stephan incorporándose en el sillón y haciendo girar el contenido de su vaso, que ya había bajado significativamente—. Pero como no estoy ciego, ni tampoco espero ser un mal amigo, tengo el deber de entrometerme cuando veo que no estás haciendo nada por solucionar el asunto.

—Recuerdo haberte escuchado decir hace unos días que no te ibas a entrometer —gruñó Theodore, mirando fijamente a Stephan y comenzando a exasperarse. De pronto, comenzó a sentir un leve dolor de cabeza.

—Lo dije porque pensé que con un día o dos de autodestrucción serían suficientes para ti, y que luego volverías a ser el perfecto caballero inglés que se le declara a la hermosa dama y los salva a ambos de un destino desolador.

—Te aseguro que no hay ninguna dama a la que salvar. Ella no quiere ser salvada. —El comentario se escapó de sus labios con pesadez y un evidente malestar, dejando ver más de lo que Theodore hubiese querido—. Ya lo dejó claro. Lo eligió a él y listo.

—Oh, así que la encantadora lady Camille te rechazó... —dijo Stephan en un tono tan altivo que Theodore deseó estrangularlo, sintiendo la sangre hervir dentro de su cuerpo—. Interesante, ¿y tú lo vas a permitir? —le preguntó esta vez su amigo, enarcando una ceja.

—¿Y qué propones que haga? Por supuesto que lo voy a permitir —afirmó en voz alta, sintiendo una fuerte tensión en los hombros, el cuello y la mandíbula—. No tengo derecho a oponerme, y no voy a raptar a la novia para llevármela a Gretna Green.

—Podrías hablar de nuevo con ella, Dios sabe que las jóvenes adoran una pomposa declaración de afecto. Incluso puedes ponerte de rodillas y hacerle un par de cumplidos. Con seguridad, dejará al bueno de Portman y te elegirá a ti.

Theo rio para sus adentros. Desearía que fuera tan fácil como la insulsa idea que había propuesto Stephan. No, más bien desearía conocer sus sentimientos para, al menos, haber tenido la oportunidad de expresárselos a Camille. Pero seguía en un limbo emocional donde todo se mezclaba en su interior. Sabía que la deseaba, que le tenía afecto, que la encontraba interesante y atractiva, y que no podía borrarla de su mente ni siquiera cuando dormía, porque llevaba muchas noches soñando con ella; pero ¿era eso amor? Cómo saberlo era la gran pregunta... Nunca había estado enamorado. Siempre supuso que el día que le ocurriera sería instantáneo, que simplemente lo sabría, pero parecía que las cosas no funcionaban así, lo cual lo frustraba aún más, haciéndolo sentir cómo su migraña se intensificaba.

Tampoco podía compartir lo que sentía porque quedaría como un idiota. Hablar de sus dudas con Stephan solo incrementaría su frustración y, además, dudaba de que su amigo pudiera orientarlo respecto a sus sentimientos. Ya era sorprendente, en realidad, que estuviera hablándole con Stephan de ese tema, cuando era el mayor opositor al matrimonio que residía en toda Gran

Bretaña.

—Y eso, deduzco, lo sabes en base a tu gran experiencia en el cortejo —dijo Theodore, volviendo a hacer un esfuerzo por hablar con sarcasmo. Era lo único que le quedaba como arma para esquivar los avances de su amigo—. ¿O te has comprometido ya y yo no me he enterado?

—La ironía y el sarcasmo no son lo tuyo Kirtklard, déjaselo a tu hermana, que domina mejor la técnica —le respondió Stephan. En ese instante, Theodore sintió deseos de estamparle un puño en la cara, pero se contuvo y optó por apretarse los nudillos en su lugar—. Solo te diré que los días pasan y solamente estás posponiendo lo inevitable. Desearía no tener que ser yo quien recoja tus pedazos cuando te des cuenta de que ya es demasiado tarde.

Theodore hizo como si ignorara las últimas palabras de Stephan. Por suerte, en ese instante, Henry Greyson se acercó a ellos para convencerlos de jugar una partida de póker, brindándole una vía de escape. Al cabo de una hora, ya se encontraba de camino a Kirtklard House con una desagradable sensación que le oprimía el pecho, la cual lo acompañó el resto de la noche.



A la mañana siguiente, Theodore se despertó temprano. Ya aburrido de su rutina de los últimos días, se propuso a sí mismo comenzar a recuperar el control de su vida. Necesitaba poner todo en orden, quizás eso le ayudaría a aclarar sus ideas y a tomar una decisión respecto a la situación en la que se encontraba.

Se levantó, se vistió y bajó a tomar el desayuno. En el comedor ya se encontraban su madre y Emma, quienes parecieron sorprendidas de verlo despierto a esa hora de la mañana.

—Buenos días —saludó Theodore a ambas, intentando esbozar una amable sonrisa—. Espero que estén disfrutando del desayuno.

—Buenos días, hijo. Está delicioso. Deberías probar esta exquisitez que ha preparado la señora Robins —comentó su madre, mientras señalaba el trozo de tarta que tenía en su plato.

—Umm, al parecer, anoche te escapaste temprano de las garras del duque de Lions —le dijo Emma, mirándolo de manera burlona—. Había comenzado a temer que te contagiarías de sus malas costumbres.

—Buenos días para ti también, querida hermana. Veo que has amanecido de un humor espléndido.

—Ciertamente, mejor que tu humor de los últimos días —replicó Emma con dureza. Sabía que se lo merecía, así que optó por no decir nada.

—¡Emma! —exclamó su madre—. Tu hermano tiene muchas preocupaciones...

—Lo imagino, por supuesto. Tantas que puede permitirse faltar a todos los eventos sociales que quiera, y nadie lo critica por ello.

Theodore solo la miró y finalmente tomó asiento, para luego añadir, antes de que su madre volviera a dirigirse a su hermana.

—Exacto, Emma, puedo hacerlo y no me disculparé por ello. Sin embargo, admitiré que mi humor de los últimos días no ha sido el mejor. Pero no tienen de qué preocuparse, todo volverá a la normalidad. Me disculpo si mi comportamiento les ocasionó algún malestar o preocupación —terminó de decir Theodore con la sensación de tener un nudo en la garganta. Ciertamente, ni su hermana ni su madre eran responsables de sus errores, y no tenían por qué cargar con las

consecuencias de su mal humor.

—Descuida, querido —respondió su madre, con amabilidad—. Imagino que nos acompañarás al baile de compromiso de Camille con sir Portman. Se celebra en dos días, y sería inadecuado que te ausentaras, siendo Camille una amiga tan cercana de tu hermana y de la familia.

Theodore, que aún no había ni probado la comida, sintió que algo se revolvía en su estómago. ¿Dos días? ¿En qué momento había pasado tan rápido el tiempo? Apretó los puños inconscientemente, y se apresuró a responder.

—Por supuesto, allí estaré.

Porque sí, estaría allí. No había forma de evitarlo. Además, ir era la única manera de cerciorarse de que Camille había tomado la decisión correcta, y, en ese momento, era lo único que le importaba: que ella fuera feliz, incluso cuando todo seguía resultando tan inadecuado para él.

Su madre y Emma continuaron hablando acerca de la presentación de la tal Giulia Monti, para luego mantener una conversación sobre sus planes para ese día, que consistían en ir a ajustar un vestido de Emma en la modista. Theodore, por su parte, tras terminar de desayunar, se dirigió a ver a su administrador para concretar la cita que había pospuesto los días anteriores.

Más tarde almorzó en casa con su madre y Emma, quienes parecían exasperadas por alguna situación que había ocurrido durante la visita a la modista, pero no prestó demasiada atención. Ni bien terminó de comer, volvió a salir, esta vez hacia Tayron House, la casa en Londres de su amigo Rhyan. Aunque lo había visto unas cuantas veces desde su regreso, no habían tenido la oportunidad de reunirse a solas para charlar. Como Rhyan, en su nuevo estado de hombre casado y enamorado de su esposa, casi no participaba en las fiestas de Stephan a las que él mismo había estado asistiendo sin parar los últimos días, se habían puesto de acuerdo para reunirse en su casa, y él estaba deseoso de sentarse a charlar con un viejo amigo sin licor ni mesas de juego de por medio.

Tocó la inmensa puerta de Tayron House y fue recibido por el mayordomo, quien lo hizo pasar de inmediato al salón principal, donde Rhyan y su esposa, lady Seraphine Tayron, lo recibieron. Después de saludarse, los tres tomaron asiento. Theodore se acomodó en una butaca de terciopelo granate, mientras que Rhyan y su esposa se instalaron en un mullido sillón color verde esmeralda a su lado.

—¿Cómo has estado? —le preguntó Rhyan apenas estuvieron sentados—. Me sorprende que Stephan te haya dejado escapar de su seguidilla de fiestas. Escuché que lo han estado pasando en grande.

Rio con disimulo y notó que lady Seraphine también lo hacía discretamente. Era evidente que la esposa de su amigo era plenamente consciente del tipo de fiestas que organizaba Stephan, y conocía la vida que llevaba su esposo antes de comprometerse. En realidad, todo Londres lo sabía.

—Fue estimulante pero agotador, debo admitirlo. Sin embargo, ya estoy fuera. Tengo que retomar varias cosas que quiero hacer y, lamentablemente, asistir a las fiestas de Stephan se vuelve incompatible con ellas —concluyó adoptando un tono más centrado—. Y, contestando a tu pregunta: he estado bien, es bueno estar de vuelta en casa.

—Escuché que visitó muchos países, lord Kirtklard —dijo lady Seraphine, dirigiendo su mirada hacia él—. Debe de haber sido un gran *tour*.

—Efectivamente, lo fue. Y lo disfruté mucho, pero estoy satisfecho de estar de regreso.

—Llevo meses pidiéndole a Rhyan que viajemos. Espero que usted, con su experiencia,

pueda contagiarle algo de entusiasmo.

—Phine —dijo Rhyan de forma cariñosa a su esposa—, ya sabes que lo haremos una vez que termine la temporada. Tú misma me pediste que nos quedáramos para acompañar a tu hermana en su debut. La hermana de mi querida esposa —añadió Rhyan, volviéndose hacia Theodore—, la señorita Alice Lancaster, es un encanto. Te la presentaré.

Ciertamente, lo último que le faltaba era tener a Rhyan actuando de casamentero con su cuñada. Se apresuró a responderle con amabilidad, considerando la presencia de lady Seraphine.

—Por supuesto, estaré encantado de conocerla.

Los tres continuaron conversando animadamente acerca de la temporada, la estadía de Theodore en el continente y la ópera de la noche anterior, a la cual Rhyan y su esposa, al igual que su madre, Emma, y aparentemente toda la alta sociedad, habían asistido. Theodore no pudo evitar notar la cercanía existente entre la pareja de enamorados, que no dejaban de mirarse ni de reír juntos, buscando siempre estar en contacto el uno con el otro. Rhyan acariciaba el cabello de su esposa cuando estaba distraído hablando, y ella le acariciaba el rostro o buscaba entrelazar sus manos cuando permanecía en silencio. Le pareció interesante. Sin duda, no era la primera vez que veía a una pareja de enamorados, pues había crecido con una.

Sus padres siempre habían sido una excepción en la alta sociedad al profesarse un amor sincero. A lo largo de su vida había presenciado diversas demostraciones de afecto, tanto entre ellos como hacia Emma y hacia él mismo. Sin embargo, verlo en uno de sus amigos, era algo totalmente diferente, lo hacía más real y despertaba en él la imperiosa necesidad de crear un vínculo así con alguien. No, no con alguien. Era plenamente consciente de con quién deseaba tener un vínculo así, y esa conciencia se sintió como una bofetada de realidad, porque jamás la tendría; porque ella acariciaría el rostro de alguien más, y no serían sus manos las que se entrelazarían con las suyas.

De pronto, una gran incomodidad lo invadió, y una perturbadora sensación de vacío se apoderó de su pecho. Era como si hubiera un agujero en medio de su torso, cerca del corazón, y nada pudiera llenarlo.

—Bueno, me retiraré, caballeros —dijo lady Seraphine, devolviéndolo al presente—. Tengo muchas cosas pendientes por hacer, y me imagino que ustedes aún tienen mucho de qué hablar.

La esposa de Rhyan se levantó de inmediato, y se despidió de Theodore. Pero antes de salir de la sala, la vio acercarse a Rhyan, a quien le dio un casto beso en la mejilla, para luego dirigirse hacia la salida. Abruptamente, sintió una leve sensación de vértigo, que, para su suerte desapareció con la misma velocidad con la que había aparecido.

—Veo que todo lo que decía Stephan sobre ti era cierto —comentó Theodore una vez que el sonido de los pasos de lady Seraphine se desvaneció—. Estás irremediablemente enamorado de tu esposa. Lady Seraphine parece ser, sin lugar a duda, una mujer capaz de reformar hasta a un canalla como tú.

—Debo decir que me ofendes, aunque no lo negaré —respondió Rhyan—. Caí en la trampa, pero estoy satisfecho con el resultado.

—Eso es evidente —señaló Theodore, aún con el malestar en su pecho—. Pero tienes que contarme cómo sucedió. Cuando me fui, no parecías demasiado interesado en el matrimonio.

—Y no lo estaba. Supongo que ningún hombre en su sano juicio lo está hasta que conoce a la mujer indicada, y Seraphine lo es para mí. Nos complementamos de una manera que nunca esperé que sucediera con nadie.

—Sí, supongo que es interesante ver cómo funciona eso para cada persona en particular —reflexionó Theodore en voz alta.

—No me digas que estás pensando en buscar una esposa —dijo su amigo en un tono suspicaz—. Aún está en pie la propuesta de presentarte a mi cuñada, Alice. Es realmente una belleza, y una joven adorable, he de añadir.

—No necesito que actúes de casamentero, con mi madre tengo suficiente.

—Nunca estaría al nivel de lady Kirtklard —aseguró Rhyan riendo—. ¿Planeas ir a alguno de los bailes de esta semana? Necesito un compañero de batalla. Adoro a mi esposa, pero a veces desearía que no me arrastrara de un baile a otro con tanta facilidad.

—Iré al baile de compromiso de lady Camille Donegall con sir Portman. Creo que será en dos días —Theodore sintió un malestar en el estómago al pronunciar esas palabras, aunque intentó disimularlo.

—¡Ah, sí! Seraphine ya confirmó nuestra asistencia. Es la menor de los Donegall, ¿no? Si no recuerdo mal, es amiga de tu hermana.

Theodore hizo un gesto de asentimiento.

—Interesante pareja —añadió Rhyan, pensativo—. Ayer me lo encontré en la ópera, a Portman, quiero decir. Parecía bastante complacido con su compromiso. Es de esperar que la futura novia se sienta igual. Imagino que la conoces más allá de las formalidades.

Theodore dudó acerca de su respuesta, pero no tenía otra opción. Negar el vínculo que los unía no tendría sentido, así que se dispuso a responder lo primero que se le vino a la mente.

—Sí, la conozco desde hace años. Es amiga íntima de Emma, y de la familia en general. Le tenemos mucho aprecio.

Después de eso, Theodore cambió rápidamente de tema y la conversación continuó enfocada en algunos temas que se estaban siendo discutidos en el Parlamento, lo cual había sido uno de los motivos de su visita dada su intención de asumir su puesto en la Cámara en las próximas semanas.

Después de una larga charla, Theodore se despidió de su amigo y emprendió el camino de regreso a Kirtklard House con una nueva claridad sobre sus objetivos futuros. La conversación con Rhyan le había brindado un propósito claro en cuanto a las áreas en las que quería enfocar su atención. Sin embargo, su vida personal seguía perturbándolo. Por unos momentos, sintió envidia de la vida de su amigo, lo que lo llevó a pensar en Camille y cuánto deseaba verdaderamente tenerla a su lado; compartir su vida con ella. En poco tiempo, se había vuelto una persona significativa para él, y le sorprendía cuánto la necesitaba. Era frustrante. Aunque la quería, porque eso era innegable a estas alturas, sabía que no tenía derecho a interponerse en su felicidad.

CAPÍTULO 19

WHITE HOUSE. LONDRES, 1821.



Corazones expuestos

Camille se encontraba frente al espejo. Su doncella estaba terminando de arreglarle el cabello, que llevaba casi por completo recogido y que había adornado con algunas perlas y una tiara que su padre le había regalado en su cumpleaños número veinte que casi nunca usaba. Era bellísima, estaba hecha de oro, con un zafiro incrustado en el centro y otros tres iguales, pero de menor tamaño distribuidos a su alrededor: uno en cada esquina de la tiara, y otro justo encima de la gema de mayor tamaño del centro.

Había pertenecido a su abuela, la anterior marquesa de Donegall, a quien Camille apenas recordaba, ya que había fallecido cuando era muy pequeña. Su padre le había dicho una vez que se parecía mucho a ella, y que por eso deseaba que conservara la tiara. Estaba claro que no era, ni de cerca, la joya más valiosa de la familia. No, esas las guardaba su madre bajo siete llaves. Sin embargo, esta tenía algo especial.

Si lo pensaba bien, no la había usado en demasiadas ocasiones, quizás dos o tres veces. Le parecía tan majestuosa que, en realidad, no veía sentido a usarla en cualquier fiesta, por lo que siempre encontraba alguna excusa para dejarla en el estuche de terciopelo azul que guardaba en el segundo cajón de su tocador, esperando para ser usada en una ocasión más importante. Y aquella era una noche especial, importante, de esas en las que toda mujer espera lucir espectacular, por lo que le pareció correcto elegirla.

Hoy era su fiesta de compromiso, la noche en la que se sellaría, frente a toda la alta sociedad londinense, su inminente unión con Thomas, y esperaba por fin dar vuelta a la página y comprometerse, no solo con su futuro esposo, sino también con su nueva vida. Aún quedaban algunas semanas para la boda, pero esa noche sellaría su destino, y esperaba estar preparada para hacerlo.

Camille volvió a mirarse en el espejo. Se había puesto el vestido que Madame Geneviève Dupont había confeccionado para ella en tiempo récord y se quedó algunos segundos congelada, observando su reflejo en el espejo. Era un vestido precioso, de un tono azul zafiro que resaltaba su tez clara y le daba un aire de sofisticación que la sorprendió. Con una de sus manos tocó la exquisita seda de la cual estaba hecho, confiriéndole una caída suave y fluida. El vestido estaba adornado con intrincados bordados de hilo de oro y pequeñas perlas que creaban un hermoso efecto de noche estrellada, extendiéndose a lo largo del corpiño y la falda, mientras que los

hombros del vestido estaban decorados con un delicado encaje que se extendía hacia los brazos, creando un sutil efecto de transparencia.

—Se ve hermosa, milady —le dijo Ana una vez que terminó de ajustarle el cabello—. Estoy segura de que su prometido no podrá quitarle los ojos de encima.

Camille esbozó una sonrisa forzada a su doncella a través del espejo.

—Gracias, Ana. Puedes retirarte. Esperaré algunos minutos más antes de bajar. Dile a mi madre que no tardaré.

—Como guste, milady. Si necesita cualquier otra cosa, hágamelo saber.

Enseguida, su doncella hizo una reverencia y procedió a retirarse. Camille se tocó uno de los mechones de cabello que caía ondulado a un costado de su rostro y luego se acercó a su cama para tomar los guantes blancos que había dejado encima y ponérselos.

Había llegado el momento, sintió que una fuerte tensión comenzaba a apoderarse de todo su cuerpo. Debía bajar al salón de baile. Seguramente ya la estarían esperando sus padres y sus hermanas, junto a sus cuñados y Thomas, así como un buen número de invitados que ya habría llegado. Era momento de bajar... Estaba lista. Ya había asimilado su realidad, o más bien, la había aceptado. Sin embargo, su cuerpo permanecía inmóvil y rígido frente a su cama, y no parecía reaccionar para encaminarse hacia la puerta. Pasaron algunos segundos, o quizás minutos, la verdad no estaba segura, su noción del tiempo se había alterado cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta.

—¿Sí? —preguntó para saber quién era.

La puerta se abrió y el cuerpo de su padre apareció en el umbral.

—Soy yo. —Le escuchó decir a su progenitor, quien terminaba de adentrarse en su habitación—. Venía a ver si estabas lista y, bueno, a escapar unos minutos de tu madre, que está empezando a desesperarse por algún motivo que no consigo entender.

Ambos rieron y Camille se acercó hacia el otro lado de la cama, donde se encontraba su padre de pie.

—Estás preciosa, hija mía —dijo él, y Camille pudo ver que los ojos de su padre se humedecían—. Espero que Portman sepa valorar a la mujer en la que te has convertido.

—Gracias, padre —respondió, sintiendo su garganta cerrarse—. Ya estoy lista. En realidad, no sé qué estaba esperando para bajar —añadió dirigiendo su mirada hacia abajo—. Solo estoy un poco nerviosa. Odio ser el centro de atención y creo que esta noche será inevitable.

—Lo será. Estoy seguro de que no podrías pasar inadvertida, incluso si la mismísima reina nos honrara con su visita esta noche.

Camille rio. Sabía que su padre exageraba, pero agradecía el cumplido y el intento por hacer que se relajara.

—Mille —dijo su padre, utilizando su apodo de infancia—, ¿estás segura de que esto es lo que quieres? Sé que cualquier padre estaría feliz de ver comprometerse a su hija más joven, y, sinceramente, lo estoy. Pienso que Portman es un buen hombre, y te honrará. Sin embargo, no quiero que hagas esto solo porque te sientas obligada. Mi estado en los últimos tiempos no ha sido el mejor, y eso quizás te ha llevado a pensar que necesitabas casarte con rapidez. Sé que yo mismo en algún momento insistí en ello, y no dudo de que tu madre también debe de haberlo hecho con todas sus energías, pero quiero que sepas —añadió él acercándose y tomando una de sus manos entre las suyas— que, si esto no es lo que quieres, te apoyaré. Aún eres joven y hermosa, y podría haber, además de Portman, algún otro hombre que sea lo suficientemente inteligente para verlo.

Sus ojos ya habían derramado algunas lágrimas cuando su padre terminó de hablar. Él

siempre la había apoyado a su manera, incluso se había posicionado en contra de los deseos de su madre en alguna ocasión y, aunque no fuera un padre tan cariñoso ni comunicativo la mayor parte del tiempo, nunca había dudado de su afecto. De un modo u otro, él siempre la había hecho sentirse validada y valiosa, y sus palabras lo reflejaban aún más. Respiró profundamente y se dispuso a hablar.

—Estoy segura de mi decisión padre, pero, de todas maneras, se lo agradezco —terció Camille—. Estoy haciendo esto por mí. Quiero una familia y sé que sir Thomas es capaz de darme lo que deseo. Además, como usted mismo dijo, es un buen hombre. Sé que se preocupará por mí y nos entendemos bien, no tiene de qué preocuparse.

—Está bien, Mille. Si eso es lo que quieres, estaré feliz por ti. Solo quería que supieras que te apoyaré en lo que decidas, sea lo que sea. Sé que tu madre y yo quizás no te hemos dado el mejor ejemplo, pero, a nuestro modo, nos queremos y nos respetamos, y espero que tú obtengas eso y mucho más en tu matrimonio.

Camille le sonrió a su padre y asintió, aún sorprendida de estar teniendo esa conversación con él, quien nunca había sido muy dado a expresar sus pensamientos y emociones, especialmente en los últimos años.

—¿Estás lista, entonces? Creo que es hora de bajar o tu madre colapsará.

Camille respiró profundamente una última vez, pasó una de sus manos suavemente por su cara para secar las lágrimas que ya habían comenzado a desvanecerse, y miró a su padre.

—Sí, estoy lista.



Theodore acababa de entrar al salón de baile de la mansión de los marqueses de Donegall del brazo de su madre, mientras que Emma venía detrás de ellos en silencio. Aquella situación lo hacía sentirse extraño, incómodo, lo cual suponía una sensación desagradable para él, que toda su vida se había sentido cómodo con quién era y con su lugar en el mundo. Sin embargo, sabía perfectamente que aquello se debía a la situación en la que se encontraba. Asistir a la fiesta de compromiso de la mujer con quien había pensado que se casaría no era algo que ocurriera todos los días. Era frustrante, en especial porque estaba seguro de que, si hubiera hecho las cosas bien desde un principio, ahora sería él quien estaría asistiendo a su propio baile de compromiso y no sería un mero espectador, mirando desde la distancia cómo Camille reía, bailaba y le sonreía a su futuro esposo. Sentía pesar, pues nunca antes había sido tan consciente del coste que tenía no tomar una decisión a tiempo.

Bajaron las escaleras hasta llegar a donde se encontraba lady Donegall, sir Portman y una de las hermanas de Camille recibiendo a los invitados, quienes ya habían comenzado a abarrotar el imponente salón de baile. Saludaron a los anfitriones y de inmediato comprobó que Camille aún no se encontraba entre ellos. Theodore debía aceptar que, por más cobarde que fuera por pensarlo, agradecía su ausencia. Verla solo agudizaría su malestar y su propia frustración, aunque sabía que sería algo inevitable.

—¡Bienvenidos! —dijo lady Donegall—. Estamos muy complacidos de que nos acompañen esta noche. Camille ya debería estar aquí. Lord Donegall ha ido a buscarla. Estará encantada de verlos.

—Nosotros somos los que estamos complacidos por haber sido invitados —respondió su madre de inmediato—, y muy felices por nuestra querida Camille y por usted, sir Portman.

—Gracias, milady —respondió el aludido—. En realidad, soy yo el afortunado, como le dije el otro día en la ópera.

—Y así es como debe sentirse, sir Portman —comenzó a decir Emma—. No es porque Camille sea mi mejor amiga, pero ella es, con certeza, la mejor mujer que podrá encontrar.

—Estoy convencido de ello —se apresuró a responder el hombre a quien Theodore intentaba evitar mirar.

Por supuesto, su desgracia no era culpa de Portman. No era tan soberbio como para culpar a otro hombre de sus propios errores. Sin embargo, no podía evitar sentir envidia por el hombre que tendría la suerte de compartir su vida con Camille.

El grupo conformado por Theo, Emma y su madre, comenzó a caminar para adentrarse en el salón de baile una vez que se despidieron de los anfitriones. Después de dar algunos pasos, su madre se encontró con una de sus amigas, lady Somerset, y les dijo a él y a Emma que los alcanzaría luego, ya que aún faltaba un rato para que comenzara formalmente el baile. Theodore le ofreció el brazo a su hermana y caminaron con tranquilidad por el salón.

—Has estado extraño estos últimos días —le señaló Emma, pillándolo desprevenido—. Ahora mismo, cuando venías en el carruaje, apenas has hablado.

—Solo estoy cansado, Emma. No es nada. No todos podemos tener a diario tu energía y tu vitalidad.

—No intentes eludir mis palabras con un cumplido tan superficial. Me ofende incluso que hagas el intento —dijo su hermana, parando en seco al lado de una mesa con refrescos y soltándose del brazo de Theo para mirarlo de frente—. ¿Tiene algo que ver con tus salidas a las fiestas de lord Lions?

—No —respondió con tono seco. Ser interrogado por su hermana era lo último que deseaba en esos momentos—. No tiene que ver con nada en especial, porque no está pasando nada. Como te mencioné antes, he estado cansado. Estoy seguro de que estarás de acuerdo en que, después de mi llegada a Londres, no he dejado de tener reuniones, ocuparme de las propiedades y tomar posesión del título. Tengo todo el derecho de estar cansado, y también el derecho a divertirme si así lo decido.

Emma hizo un gesto de desagrado, como solía hacer cuando no obtenía la respuesta que esperaba, y prosiguió hablando.

—Nadie te ha pedido que te hagas cargo de todo. Ciertamente, sobrevivimos bastante bien sin ti todo el tiempo que no estuviste.

Theodore apretó los puños; no obstante, decidió omitir el último comentario de su hermana porque no deseaba entrar en una discusión con ella en medio del salón, con tantas personas observándolos. Así que se dispuso a cerrar el tema.

—Y a ti nadie te ha pedido tu opinión, Emma.

—Ves, a eso me refiero —volvió a replicar su hermana, levantando los brazos—. No es que estés cansado, es que últimamente estás de un humor insoportable. No eres el mismo de siempre, y no negaré que debe ser difícil volver y ocupar el lugar de papá, pero nadie espera que seas igual que él, ni madre ni mucho menos yo. Creo que, desde el baile en Garden Hall, no te veo sonreír. Y, aunque la mayor parte del tiempo me exaspere, prefiero que seas aquel que siempre estaba de buen humor, aquel que se aliaba conmigo en contra de mamá cuando intenta actuar de casamentera, aquel que nunca tenía grandes preocupaciones, que siempre tenía una sonrisa en la cara y que no se tomaba nada en serio.

Theodore se quedó momentáneamente sin palabras, mientras una extraña sensación de adormecimiento se apoderaba de sus extremidades. Reflexionó durante unos instantes sobre la imagen que su hermana tenía de él. No podía negar que en el pasado él mismo se habría descrito de manera similar. Sin embargo, en ese momento, se sentía distinto, distante de aquel hombre que solía ser, lo que le provocó una profunda nostalgia. Su mirada se perdió en el vacío, haciendo que se sintiera desconectado del entorno que lo rodeaba.

Siempre se había sentido cómodo con quien era, disfrutando de su despreocupación, alegría y carácter afable, manteniendo una proximidad afectiva con su familia y sus amigos, pero siendo reservado, al mismo tiempo, en cuanto a su mundo interno. No obstante, al reflexionar más en profundidad, se dio cuenta de que aquello se debía a que nunca había enfrentado verdaderos desafíos que lo hicieran preocuparse en serio.

Su vida siempre había sido sencilla, agradable y fácil. Sin embargo, ahora que había regresado a Londres y había asumido sus nuevas responsabilidades, su perspectiva había cambiado. Todo ello, sumado a su historia con Camille, lo había hecho sentirse frustrado por primera vez en su vida. Ya no podía fingir que nada le importaba, ni pretender estar de buen humor cuando en realidad ansiaba golpear algo, o cuando se sentía tentado a hacer lo incorrecto sin importarle perder lo que quedaba de su honor en el proceso.

Había cambiado, eso era innegable, pero reconocía que su cambio y sus problemas no justificaban desahogar su ira con sus seres queridos, algo que, sin querer, había estado haciendo en los últimos días.

—Lo siento, Emma —dijo finalmente—. Siento si mi humor te ha afectado, y lamento lo que dije el otro día cuando discutimos. Pero debes saber que ya no soy el mismo, y no sé si volveré a serlo. Aunque me comprometo a tener más cuidado en el futuro con mis cambios de ánimo.

Su hermana lo miró con una expresión que parecía una mezcla entre lástima y aceptación, y asintió.

—Está bien. Solo espero que te encuentres a ti mismo, y, por favor, no sigas los pasos del duque de Lions o terminaré odiándote también.

Ambos rieron en silencio. La aversión que su hermana sentía por Stephan era conocida por todo el mundo, por lo que dejó pasar el comentario. Al cabo de unos segundos, escuchó cómo la gente empezaba a murmurar y a girarse hacia la escalera que estaba a su espalda. Incluso antes de girarse, supo que Camille estaba haciendo su entrada al salón, pero ni esa certeza lo preparó para el efecto que tuvo en su cuerpo cuando sus ojos la miraron una vez que la tuvo de frente. Estaba a varios metros de distancia, pero eso no impidió que cada fibra de su cuerpo se estremeciera al observarla, paralizándolo.

Su corazón empezó a latir con tanta fuerza que, si no hubiera estado pasmado mirándola, se habría asustado. Un cosquilleo recorrió su piel, sus manos temblaron ligeramente, y un nudo se formó en su garganta mientras trataba de contener la avalancha de sentimientos que lo abrumaban. Su mirada se quedó fija en Camille. Era majestuosa. La realidad lo sobrecogió y por fin pudo confirmarlo. Era como si todas las piezas encajaran y todo cobrara sentido al fin. De golpe, comenzó a sentir un incipiente pero irrefrenable temor que le paralizó la respiración. Y así, con una certeza que le resultó dolorosa, supo que estaba irremediablemente enamorado de ella, y que la perdería para siempre.



Camille iba agarrada del brazo de su padre, bajando los escalones que conducían al salón de baile, cuando levantó la vista y se encontró con cientos de pares de ojos observándola. Era una sensación nueva para ella, y le causaba miedo y emoción en igual medida, creándole un nudo en el estómago y una incipiente dificultad para respirar. Centró su atención en los escalones, pues no quería tropezarse ni caer, y la verdad era que tampoco quería mirar hacia la multitud, aún no.

Llegaron hasta abajo, donde estaban su madre, Thomas y su hermana Anne esperándolos. Se soltó del brazo de su padre y enseguida su madre tomó sus manos entre las suyas.

—Hija mía, te ves fantástica. La elección del vestido fue realmente acertada —señaló su madre, quien no hacía cumplidos con frecuencia—. Aunque has tardado demasiado en bajar, te estábamos esperando y hemos tenido que disculparte con los invitados que ya llegaron.

—Aún no estaba lista, madre. Lo siento —se apresuró a responder Camille—. Espero que no haya sido un problema —terminó de decir, esta vez mirando hacia Thomas, quien se encontraba al lado de su madre.

—Para nada, milady. Se ve espléndida esta noche —dijo Thomas, tomando su mano enguantada para besarla—. El color azul le sienta de maravilla.

Sonrió a su prometido y, rápidamente, terminaron con los saludos y Camille tomó su lugar al lado de Thomas para continuar dando la bienvenida a los últimos invitados que aún seguían llegando.



Después de un buen rato, cuando parecía que en el salón ya no cabía ni una persona más, su padre habló.

—Creo que es momento de subir al balcón para realizar el brindis y dar inicio al baile.

—Tienes razón, Arthur —le respondió su madre a su padre—. Camille, tú ve con sir Thomas y tu padre. Yo avisaré a uno de los lacayos para que informe a la orquesta de que comiencen a tocar después del anuncio, para que luego ustedes —dijo dirigiéndose a ella y a Thomas— abran el baile.

De esa manera, todos se pusieron en movimiento.

Camille apenas tuvo tiempo de fijarse en la decoración del salón, de la cual solo divisó las cortinas de seda en el mismo tono de azul que su vestido. Su madre realmente se había esmerado y había pensado en todo, aunque no le sorprendía.

Lo que vino a continuación ocurrió tan rápido, que Camille comenzó a sentirse aturrida y con una leve sensación de mareo.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba en el balcón frente a lo que le pareció una multitud de personas que aguardaban en silencio, a las cuales no era capaz de ver a pesar de que las estaba mirando. Escuchó en la distancia las palabras de su padre y luego las de Thomas, como si ella no estuviera allí parada al lado de ellos. Brindó cuando todo el mundo lo hizo, una vez que Thomas

terminó de hablar, y tomó su mano. Escuchó los vítores de los miembros de la alta sociedad, los cuales brindaron por su compromiso, y procedió a beber del licor de su vaso para después girarse y recibir el abrazo de cada uno de sus progenitores. Era como si todo estuviera ocurriendo en un sueño.

Todos salieron fuera del balcón, traspasando la gruesa cortina de terciopelo azul que separaba el espacio de un pequeño salón y, posteriormente, Thomas le ofreció su brazo, el cual tomó para bajar juntos y regresar al salón de baile, donde abrirían la fiesta con un vals apenas los músicos comenzaran a tocar.

Parpadeó algunas veces, intentando volver en sí, y, sin saber cómo, ya se encontraba en medio de la pista de baile, frente a Thomas, escuchando los primeros acordes de una melodía. Sin mayor esfuerzo, su cuerpo comenzó a moverse al compás de los acordes. Todo se sentía tan irreal y sin embargo era tan verdadero, que no pudo evitar sentirse abrumada por dicha certeza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su prometido—. Si gustas, podemos...

—Estoy bien —lo interrumpió Camille de golpe—. Solo me siento algo abrumada. No estoy acostumbrada a ser el centro de atención.

—Te aseguro que yo también lo estoy —le dijo él con una sonrisa en el rostro. Y por primera vez en la noche, se dedicó a observarlo.

—Luces muy elegante.

Era cierto. Su prometido lucía muy elegante, e incluso podría decirse que atractivo con el esmoquin negro de terciopelo que vestía esa noche, que seguramente estaba hecho a medida. Si bien Thomas era varios años mayor que ella, no podía negar que era un hombre que se mantenía en buena forma. Era delgado, alto, de tez clara y tenía rasgos que estaba segura que habían causado estragos en las jóvenes casaderas cuando era más joven. A diferencia de unos días atrás, no le resultaba difícil imaginarse besándolo, aun cuando sería extraño hacerlo, especialmente después de haber besado a Theo. No debía pensar en él, no quería hacerlo, menos aún esa noche. No era justo. Sin embargo, le fue imposible combatir el impulso de traer a su mente los recuerdos y las sensaciones que experimentó al sentir los labios de Theo sobre los suyos. Un giro la sacó rápidamente de su ensoñación y volvió a concentrarse en Thomas. Él era su prometido y le debía, desde ese momento en adelante, su atención y su fidelidad.

Algunas parejas comenzaron a unirse a ellos en la pista de baile.

—Gracias —respondió Thomas a su comentario anterior—. Quería aprovechar para comentarte que en unos días llegará a la Galería Somerset una nueva exposición de un talentoso artista emergente recién llegado a Londres llamado Sebastian Davenport, que es un joven y prometedor pintor, por lo que he escuchado. He pensado que, si no tienes muchos compromisos y si te interesa, podríamos asistir juntos.

—Claro, me encantaría acompañarte —respondió Camille con cortesía, sintiendo extrañamente adormecidas sus emociones.

—No quisiera que te sintieras comprometida a acompañarme —repuso Thomas con su habitual expresión gentil—. Imagino que con los preparativos de la boda debes de estar extenuada, pero me haría muy feliz contar con tu presencia.

—Entonces allí estaré. Además, es mi madre quien se está encargando de todo, como creo que ya sabes. ¿Qué tipo de pintura realiza el señor Davenport que lo hace tan prometedor?

—Paisajes bucólicos, principalmente. He escuchado que capta muy bien la esencia del movimiento en sus obras.

A Camille no le llamaban particularmente la atención ese tipo de pinturas, prefería los retratos, pero al ver la emoción en Thomas, intentó mostrar entusiasmo.

—Maravilloso, entonces. —Volvió a sonreír—. Creo que pronto terminará esta pieza.

—Si deseas, puedo acompañarte hasta alguna de las mesas de refrescos, debes de estar sedienta.

Ella asintió en silencio y, una vez que comenzaron a sonar los acordes finales, se pusieron en marcha hacia uno de los bordes del salón. De inmediato, la pareja fue abordada por distintos invitados que los detenían para felicitarlos, por lo que les llevó casi media hora llegar a su objetivo, donde se encontraron a Harriet y a Emma tomando una limonada. Camille se despidió de Thomas, quien antes de retirarse le solicitó un baile a cada una de sus amigas.

—Camille, te ves deslumbrante. Tu vestido es hermoso y luces radiante con él —le dijo Harriet tomando la palabra en primer lugar—. Te felicito por tu compromiso. No había tenido oportunidad de hacerlo antes porque estuve enferma, y mi madre no me permitió asistir a ningún evento. No sabes cuánto le rogué para que me permitiera ir a la ópera con ustedes, pero no accedió.

—Gracias, Harriet. Te echamos de menos esa noche, pero seguro que habrá oportunidad de ir juntas en otro momento.

Camille se giró hacia Emma, que seguía en un singular silencio observándola, y de repente vio cómo su amiga se abalanzaba sobre ella para darle un abrazo. Después de unos segundos, esta reaccionó y le correspondió el abrazo. De manera sorprendente, comenzó a sentir una sensación cálida en su pecho, dejándose llevar por el abrazo de su amiga y volviendo a conectarse con sus propias emociones, sintiéndose súbitamente conmovida. Sabía que era inapropiado, pero no le importaba. Era su baile de compromiso y Emma era su mejor amiga, nada ni nadie le impediría abrazarla en ese momento.

Tras lo que pareció casi un minuto, ambas se separaron y Emma, que tenía los ojos ligeramente humedecidos, tomó la palabra.

—Estoy muy feliz por ti. ¡Te ves bellísima!

Camille le sonrió a su amiga y, por primera vez en toda la noche, se permitió disfrutar de la velada.



Una hora después, Theodore se encontraba solo en la periferia del salón, bebiendo una copa de coñac. Había evitado acercarse al resto de los invitados y también había evitado pedirle a alguna joven que bailara con él. Aún estaba asimilando sus sentimientos, que en ese momento parecían ser tan claros como abrumadores. No esperaba enamorarse, y mucho menos tardar tanto en darse cuenta. Si hace una semana hubieran sido tan evidentes como los veía ahora, las cosas podrían ser muy diferentes. Y era consciente de que se encontraba en un problema, porque eso lo cambiaba todo, al menos para él.

Miró hacia la pista de baile, donde vio a Camille a lo lejos, bailando con sir Pembroke. ¿Qué iba a hacer? Repentinamente comenzó a escuchar la voz de Stephan, quien parecía estar llegando hasta donde se encontraba él.

—Te dije que te arrepentirías —dijo su amigo a modo de saludo mientras se posicionaba a su lado, mirando hacia la pista de baile.

Theodore se sumió en el silencio. No tenía sentido responderle a Stephan, pues lo que había

dicho era cierto. ¿Por qué no había hecho más esfuerzos para convencerla? ¿Aún habría alguna posibilidad o ya sería demasiado tarde? Sentía un profundo pesar y un dolor punzante en el pecho.

—Y, ¿ya tienes algún plan? —le preguntó esta vez Stephan mientras tomaba un vaso de licor que había en la mesa—. Si fuera tú, aunque dudo que llegue a encontrarme en una situación similar algún día, actuaría rápido.

—No puedo hacer nada, es su baile de compromiso —respondió Theodore—. No puedo arruinarlo todo y exponerla a un escándalo.

—Nadie ha dicho que lo arruines, pero podrías al menos pedirle un baile. Hasta yo me veo tentado a hacerlo.

—Ni se te ocurra —gruñó Theodore, terminando de tomar el último sorbo de coñac que le quedaba—. No vas a pedirle un baile.

—Hasta donde sé, tú no eres su prometido. A menos que tengas la intención de hacer algo para cambiar la situación, no veo por qué debería privarme de ese placer.

—Si te acercas a ella, te mato —le respondió de manera amenazante a su amigo, apretando la copa que aún tenía entre sus manos. Sinceramente, no estaba de humor para esa conversación.

—Está bien, no tengo intención de morir esta noche. Y espero que tú no tengas la intención de seguir perdiendo el tiempo.

Sabía que Stephan tenía razón. Esa noche, por muy arriesgado que fuera, era su mejor oportunidad para hablar con ella e intentar hacerle ver que no debía casarse con Portman. No había garantías de que pudiera tener otra oportunidad de hablar con ella en los próximos días. Sin duda, no sería apropiado visitarla en su casa estando comprometida a ojos de toda la alta sociedad y, dado que Camille llevaba días evitando ir a Kirtklard House a visitar a Emma, sus posibilidades se habían reducido significativamente. Debía ser esa noche. Tenía que abordarla, pedirle un baile, y luego convencerla de reunirse a solas con él en algún lugar de White House. No sabía cómo lo lograría, ni si ella accedería, pero al menos tenía que intentarlo. Se giró hacia Stephan y comenzó a hablar, sellando así su destino para esa noche.

—Necesitaré tu ayuda.

—Estaba esperando que lo dijeras —le respondió su amigo con una pícaro sonrisa en el rostro.



Un cuarto de hora después, Theodore se encaminaba hacia el otro extremo de la pista de baile. Había logrado encontrar a Camille, quien había terminado de bailar con Sebastian Churchill, conde de Cheshire, y se dirigió hacia ella para abordarla y pedirle un baile.

Debía reconocer que estaba nervioso. No sabía exactamente qué decir ni cómo, pero esperaba hacerlo mejor esta vez. Ahora que estaba seguro de sus sentimientos, se los daría a conocer. Si después de eso ella volvía a rechazarlo, entonces lo aceptaría, por doloroso que fuera. Se alejaría y no volvería a molestarla. Pero no se quedaría de brazos cruzados mientras la mujer de la que se había enamorado se casaba con otro sin al menos haberle expresado lo que sentía.

Llegó hasta donde estaba Camille detenida junto con lord Cheshire y un pequeño grupo de personas, incluida su propia hermana, y los saludó. Notó enseguida que ella evitaba su mirada.

Sin embargo, Theodore ya había tomado una decisión, así que, sin meditarlo demasiado, se animó a decir:

—Lady Camille, esperaba que tuviera libre el siguiente baile. Sería un honor para mí bailar esta noche con usted.

Ella lo miró por primera vez y todo su cuerpo vibró. Sus ojos, más claros de lo normal, brillaban con el reflejo de los candelabros que colgaban por todo el salón, y su piel relucía en ese vestido azul de seda que la hacía ver sublime e inalcanzable. Era evidente, a pesar de su intento por ocultarlo, que Camille estaba tan nerviosa como él mismo.

¿Por qué había tenido que descubrir sus sentimientos por ella tan tarde? Era algo que no podía dejar de preguntarse. Todo hubiera sido más fácil si lo hubiese sabido desde un principio. Es cierto que había regresado a Londres sin la intención de conocer a ninguna dama, y menos aún de enamorarse, pero debería haber sabido desde el primer instante en que la volvió a ver, que era la mujer perfecta para él.

Cuando pensó que ella ya no respondería, o peor aún, que buscaría la manera de negarse, Camille lo sorprendió.

—Estaría encantada, lord Kirtklard.

CAPÍTULO 20

SALÓN DE BAILE DE WHITE HOUSE. LONDRES, 1821.



Bailando en las sombras

Camille iba del brazo de Theo, permitiendo que él la condujera hasta la pista de baile. Su cuerpo estaba tenso y era consciente de su propio nerviosismo. La había tomado por sorpresa y aún no lograba reponerse. Cuando lo vio llegar al grupo en el que se encontraba, había esperado que él presentara sus respetos y luego se retirara. Definitivamente no esperaba que la invitara a bailar, pero lo hizo, y ella no tuvo más opción que aceptar. No podía negarse; sería extraño y levantaría sospechas, especialmente en Emma, quien también estaba en el grupo y se sorprendería si se negaba a bailar con su hermano de manera pública. Así que ahí estaban, tomando su lugar en la pista, esperando a que comenzaran los primeros compases.

Cuando la música empezó a sonar, Camille supo de inmediato que se trataba de un vals de dos tiempos y se arrepintió de haber accedido, ya que era un baile demasiado íntimo y, en ese momento, lo que más necesitaba era poner distancia con él.

Sintió cómo una de las manos de Theo se posicionaba entre su cintura y su espalda mientras que con la otra capturaba su mano. Su cuerpo vibró, y una cálida sensación de calor se instaló en las zonas de su piel que estaban en contacto con el cuerpo de Theo. Sin darle tiempo para reponerse, él comenzó a hacerlos girar por la pista. Sus ojos se encontraron rápidamente y ya no pudo apartar la mirada. ¿Cuánto poder tenía sobre ella, que no era capaz de ocultar sus sentimientos ni siquiera en su propio baile de compromiso?

—Te ves preciosa. Seguramente ya lo habrás escuchado decenas de veces esta noche, pero no puedo evitar decírtelo.

La piel de Camille se erizó ante las palabras de Theo y desvió la mirada por un segundo. No quería que sus palabras la afectaran. Volvió a mirarlo y respondió:

—Gracias, tú también luces muy bien.

Y era verdad, para su desgracia. Theo lucía guapísimo con ese esmoquin de terciopelo azul marino, en un tono tan oscuro que podía confundirse fácilmente con el negro. El traje a medida le quedaba a la perfección, y Camille pensó que debería ser un pecado que alguien pudiera lucir tan peligrosamente atractivo en público. Además, el color de su traje combinaba a la perfección con sus ojos, que, a diferencia de su último encuentro, tenían un tono más claro y suave, creando un hermoso contraste con el oscuro esmoquin.

—Te lo agradezco, pero creo que esta noche todos palidecemos frente a tu belleza —añadió

Theo como respuesta a su comentario—. El color azul te queda espectacular. Pensaba que nada superaría al vestido verde que llevaste en el baile en Garden Hall, pero creo que me equivoqué.

Camille se quedó sin palabras. El impulso de huir y refugiarse en su habitación la invadió de pronto. Sus piernas flaqueaban y una sensación de mareo la embargó. Además, sintió como si la sangre hubiera abandonado su rostro. Estaba segura de que estaba pálida en ese momento.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas que te acompañe a un lugar más tranquilo? Pareces un poco pálida —dijo Theo con suavidad y preocupación. En un instante se separaron para realizar uno de los giros del baile, y ella se esforzó por mantenerse en pie.

—Estoy bien, no es necesario. Solo estoy cansada, ha sido una semana agotadora con los preparativos del baile —respondió cuando volvieron a reunirse, tratando de mirarlo a los ojos mientras sentía una desagradable debilidad en sus hombros y brazos.

Theo asintió y continuó hablándole.

—Todo se ve muy elegante. No he podido evitar notar que las cortinas combinan con el color de tu vestido —dijo Theo con una dulce sonrisa en el rostro.

—Mi madre se ha encargado de todo, es ella quien merece el mérito, en realidad.

—Debe de estar muy contenta por tu matrimonio.

—Sí, lo está —confirmó—. De sobremanera, te lo aseguro —añadió con una leve sonrisa.

—Y tú, ¿también lo estás?

La pregunta de Theo la dejó desconcertada. Él la miraba fijamente, y sintió que sus piernas flaqueaban de nuevo.

—Theo...

—No quiero incomodarte —comenzó a decir él, interrumpiéndola—, pero necesitaba acercarme a ti para hablar.

—Theo yo... —dudó Camille, pero intensificó su mirada y se esforzó por mostrar seguridad, aunque no estuviera segura en absoluto—. No creo que sea el momento adecuado para hablar. De hecho, creo que ya nos dijimos todo lo que debíamos decir hace unos días.

—No estoy de acuerdo —aseguró Theo soltándola y dando otro giro, para después volver a sostenerla con firmeza entre sus brazos cuando volvieron a reunirse—. Sé que estamos en tu baile de compromiso, y que no tengo derecho alguno a pedirte nada, pero desearía que me escucharas un momento.

—No creo que haya nada más que decir —insistió Camille una vez más—. Eres libre de seguir con tu vida, Theo. Lo que pasó no sign...

—No digas que no significó nada, porque ambos sabemos que no es así —la interrumpió él de nuevo, afianzando su mano contra su cintura con más fuerza, quedando sus rostros a escasos centímetros de distancia. Camille comenzó a sentir el rostro acalorado y un desequilibrante cosquilleo en el estómago—. Lamento haberme rendido tan fácilmente aquel día en tu casa. Estaba abrumado por la situación y no fui capaz de ordenar mis ideas correctamente.



—Theo, ya está hecho —recalcó ella, desviando los ojos para evitar sentir el peso de su mirada. Podía percibir su respiración, tan irregular como la suya propia. Tenía que acabar con aquello de una vez por todas, por lo que volvió a mirarlo, decidida a dar por zanjado el asunto—. No tienes que preocuparte por mí ni por mi reputación. No hubo ninguna consecuencia después de lo ocurrido. Me casaré en unas semanas y todo este asunto quedará en el pasado. Y tú podrás seguir con tu vida como hasta ahora.

—¿Y si no quiero seguir mi vida como hasta ahora? ¿Y si te quiero en ella?

Las últimas palabras de Theo quedaron suspendidas en el aire y Camille se quedó muda.

Nunca imaginó que él diría eso entre todas las cosas que esperaba escuchar. A pesar de la conmoción inicial que sintió, rápidamente volvió a la realidad. Ya estaba comprometida, y su situación seguía siendo la misma. Él no le había dicho que la amaba, y aunque se hubiera dado cuenta de que casarse con ella ya no le parecía una idea tan mala como hace una semana, eso no era razón suficiente para dejar a su prometido casi en el altar y montar un escándalo. Además, no era suficiente para ella. No volvería a permitir que Theo la confundiera. Ya había tomado su decisión. Su palabra era importante para ella, y ya se la había dado a Thomas.

—Theo, por favor... —le suplicó.

—Encuétrate conmigo en media hora —le dijo Theo, sorprendiéndola—. Solo te pido que escuches lo que tengo que decir. Si después de hablar tu respuesta sigue siendo la misma, te juro que la respetaré y te dejaré en paz.

—Yo... yo no puedo hacer eso —le respondió aún conmocionada y con la voz entrecortada—. Si nos descubren, será un escándalo. Estoy comprometida, no puedo reunirme a solas contigo.

—Nadie nos descubrirá, te lo prometo. Además, estamos en tu casa. Tú la conoces mejor que nadie, y yo me aseguraré de que nadie note nuestra ausencia. Serán solo unos minutos.

Camille se sentía atrapada en un torbellino de pensamientos y emociones. Sabía que debía decirle que no, era lo correcto. Mantener esa conversación ya era inapropiado, pero reunirse a solas con él sería un error absoluto. No solo sería faltarle al respeto a su futuro esposo, quien no se lo merecía, sino que también se pondría a sí misma en una posición de riesgo. A pesar de todo, una parte de ella se sentía tentada de aceptar, de escuchar lo que él tenía que decirle.

Los últimos compases del vals llenaban el salón y Camille era consciente de que pronto tendrían que separarse. Con cada giro, su mente se debatía entre lo que debía decir y lo que realmente quería. Sin embargo, antes de que tuviera que tomar una decisión, Theo tomó la iniciativa.

—Te esperaré dentro de treinta minutos en el pasillo del lado opuesto de las escaleras, el que conduce a los jardines.

Theo terminó de hablar y la condujo hacia el borde de la pista en silencio, sin darle tiempo para responder. Cualquiera podría escucharlos, así que tendría que pensar más tarde en qué hacer. Llegaron a la orilla de la pista y Theo se despidió con un gesto de cabeza, dejándola absorta en sus pensamientos. ¿Qué iba a hacer? No debería ir, debería olvidar los últimos diez minutos y seguir adelante. Sí, eso era lo que debía hacer. La pregunta era si realmente podría hacerlo, y eso la inquietaba tanto que no se dio cuenta de que Emma se acercaba a ella y le hablaba como si la estuviera despertando de un sueño.

—¿Camille! ¿Me estás escuchando? Te he estado haciendo señas desde hace un rato.

—Disculpa, Em, solo estaba pensando —dijo aún distraída por sus pensamientos.

—¿Pasó algo con Theo? Parecía que estaban discutiendo mientras bailaban.

Camille sabía lo suspicaz y observadora que podía ser su amiga, así que se apresuró a responder, intentando parecer lo más relajada posible.

—Oh, no es nada, Em. Es solo que tu hermano me estaba llamando la atención por haber vuelto sola de Garden Hall. Al parecer siente que, como estaba bajo su protección, debería haber esperado a que él regresara a la mansión ese día, antes de marcharme. Pero me disculpé con él y le expliqué las circunstancias de mi regreso anticipado.

Camille odió tener que mentirle nuevamente a su amiga, sentía que se le apretaba el corazón. Llevaba haciéndolo sin parar las últimas semanas y detestaba sentirse una traidora, sobre todo hacia Emma.

—Umm, bueno, lleva días de un humor insoportable, como ya te había comentado. Pero venir a quejarse contigo el día de tu baile de compromiso me parece de lo más inadecuado por su parte.

—No te preocupes, ya está resuelto —le señaló, intentando dar por concluido el tema—. ¿Tienes comprometido el siguiente baile?

—Por desgracia, sí —respondió Emma de inmediato, para luego añadir—: Seguramente el conde de Cheshire debe de estar intentando localizarme en estos momentos.

—No está tan mal. Bailaste con él hace algunas semanas, si no recuerdo mal, y podría decirse que es un buen bailarín. Mejor, con seguridad, que la mayoría de los presentes esta noche.

—No es por él en particular —puntualizó Emma—. Sabes que odio bailar.

—Nunca he creído que lo odies realmente. Es imposible que una romántica como tú desprecie algo tan romántico como un baile.

—Solo es romántico cuando se baila con la persona adecuada —replicó Emma—. Y te aseguro que aún no he tenido esa experiencia.

—Ya llegará tu momento, Emma Kirtklard, o quizás está llegando justo en este instante.

Camille sonrió al ver acercarse al conde, quien, al llegar a su lado, se dirigió rápidamente a su amiga tendiéndole la mano. Observó cómo Emma lo miraba, tomaba su mano y le regalaba una falsa sonrisa, para luego retirarse con él hacia la pista de baile.

Camille se dispuso a caminar, buscando con la mirada a su próxima pareja de baile, que no era otra que uno de sus cuñados. Al menos tendría unos minutos de distracción antes de decidir qué haría con Theo.



Theodore esperaba a Camille en el pasillo, donde le había dicho que se reunieran antes de separarse tras el vals. Ya había organizado todo con Stephan, quien se encontraba a pocos pasos de él, esperando su señal para tomar posición una vez que él y Camille abandonaran el salón, y así asegurarse de que nadie los siguiera. Ahora solo le quedaba aguardar a que ella apareciera.

No podía negar que estaba asustado; las manos le temblaban ligeramente, un sudor frío comenzaba a aparecer por su frente y notaba cómo la tensión se acumulaba en sus hombros. Ella nunca le prometió que iría, pero él quería creer que aparecería, que al menos le daría una oportunidad de hablar. Sabía que tal vez no se lo merecía, considerando la imagen que tendría de él después de todo lo sucedido, pero esperaba que ella fuera más compasiva de lo que él era consigo mismo y se presentara a la cita.

Miró su reloj de bolsillo por cuarta vez en menos de un minuto, sintiéndose impaciente; faltaban solo dos minutos para que se cumpliera el tiempo y aún no había señales de Camille. Desde su posición, alcanzaba a divisar algunas parejas que, intentando ocultarse, habían escogido el pasillo como escondite o vía de escape, pero las ignoró. Después de un momento, escuchó el sonido de unos pasos femeninos acercándose. Su respiración se detuvo, expectante por saber de quién se trataba, y cuando la vio adentrarse en la oscuridad y entrar al pasillo, por fin pudo soltar el aire que tenía acumulado en sus pulmones.

—Por un momento pensé que no vendrías —susurró Theodore cuando la tuvo enfrente.

—No debería estar aquí.

Él la miró, y sus ojos le transmitieron el conflicto interno que seguramente estaba atravesando en esos momentos. Sabía que era un riesgo para ella exponerse a un escándalo el día de su baile de compromiso, pero no podía dejar de sentirse esperanzado por que hubiera decidido ir a pesar de ello.

—Te aseguro que solo serán unos minutos. ¿Hay algún lugar cerca y privado al que podamos ir por este pasillo?

—Sí... Hay un antiguo salón que ya nadie utiliza, se encuentra justo antes de llegar a la salida que da al balcón trasero. Ahí nadie nos molestará, pero debemos ser cuidadosos. No puedo ausentarme más de diez minutos, o notarán que no estoy y mi madre enviará a alguien a buscarme.

—Te sigo, entonces.

Ella asintió y comenzó a moverse sigilosamente por el pasillo. Theodore le hizo la señal a Stephan y luego la siguió con cuidado, manteniendo una distancia prudente. Después de unos treinta pasos, vio cómo Camille abría una pequeña puerta de madera y ambos se adentraron en la habitación. Estaba oscuro. Theodore cerró con cuidado la puerta y observó cómo Camille se acercaba a un mueble del cual sacó una vela, que luego encendió con destreza. Se acercó despacio y ella se giró, quedando ambos frente a frente, a una escasa distancia, en medio de la tenue luz que los envolvía.

Solo podía contemplarla. Se sentía eclipsado por su imagen y, por un segundo, su garganta se cerró, impidiéndole hablar.

—Te escucho —dijo Camille—. Dijiste que necesitabas hablar conmigo y aquí estoy, Theo. Lo que tengas que decirme, dilo ahora.

—Camille, yo... yo te pido disculpas —comenzó a decir Theodore con la voz entrecortada. Hizo una pausa para aclarar sus pensamientos. Tenía que hacerlo bien. Suspiró profundamente, miró hacia arriba y continuó—: No debí haberme tomado tantas libertades contigo sin haberte dejado claras mis intenciones. Debería haberte propuesto matrimonio desde un primer momento, y no lo hice. Me siento un tonto por haber actuado así —explicó, e hizo otra pausa.

Era consciente de que su cuerpo estaba levemente inclinado hacia Camille, y que sus manos comenzaban a inquietarse. Ella permaneció en silencio, mirándolo, sin mostrar ningún cambio en su expresión, por lo que Theo se decidió a seguir hablando.

—También quisiera disculparme por la forma en que reaccioné en tu casa. Tú no me debías nada. Si te fuiste de Garden Hall y luego aceptaste la propuesta de sir Thomas, fue en parte por mi falta de premura. Por lo tanto, el único culpable de esta situación soy yo.

—Theo... —Camille susurró su nombre con la voz quebrada.

—No, espera —le pidió Theodore—. Por favor, déjame terminar.

La vio asentir y se dispuso a continuar.

—Debería haberte dicho algo más ese día. No quiero excusarme, pero cuando llegué a

Londres estaba tan seguro de que me aceptarías y de que mi error de no haber hablado contigo a tiempo se resolvería, que cuando me enteré de tu compromiso con sir Thomas me desesperé. Solo pensé en actuar rápido y en nada más.

»No pensé en lo que te diría, ni en cómo te sentirías, ni mucho menos en cómo me sentía yo. Solo estaba ansioso por verte y hacer que recapacitaras, y ciertamente mi propuesta fue un fiasco. Lo supe en cuanto terminé de pronunciar las palabras, y me disculpo, porque no es lo que tú te merecías.

Theodore vio cómo los ojos de Camille se humedecían, y se sintió tan vulnerable como ella. Entonces, supo que esa era su única oportunidad de llegar a ella, de convencerla para que lo eligiera, y se aferró a ello tan fuertemente como pudo. Dio un pequeño paso hacia delante, quedando muy cerca de su cuerpo, llegando a percibir su respiración, la cual era superficial y arrítmica.

—Ese día me faltó decirte que llevo semanas sin dejar de pensar en ti. Sin dejar de recordar el sabor de tus labios, sin dejar de extrañar el sonido de tu risa, sin dejar de cerrar los ojos y sentir el aroma a magnolias que se desprende de tu cabello. No tienes idea de lo difícil que ha sido pensar en que nunca más te tendré entre mis brazos. Pero, por encima de todo... —Theodore hizo una pausa para subir una de sus manos hasta su rostro, acercándose hasta que sus frentes quedaron casi pegadas, consciente de cómo las respiraciones de ambos comenzaban a mezclarse—. Por encima de todo, no sabes cuánto he anhelado tu presencia en mi vida, tus palabras, la forma en la que me escuchas. El mirarte a los ojos y sentirme en casa.

Notó cómo Camille cerraba los ojos y se sintió poderoso. Ella estaba allí, entregada a él aun cuando no debería estarlo, aun cuando él no se lo merecía. Podría besarla, sabía que ella no se lo impediría, y deseaba desesperadamente hacerlo, pero se contuvo. Aún no era el momento. Sin embargo, era consciente de cómo su cuerpo y su alma estaban listos para entregarse a ella.



Camille estaba aturdida. Su frente casi chocaba con la de Theo y no era capaz de distinguir su propia respiración de la de él. ¿Qué significaría todo lo que él le había dicho? Sus palabras habían derribado todas las barreras que con tanta dificultad había construido para enfrentar ese momento, y ahora no le quedaba nada.

Sus piernas volvieron a flaquear, y su cuerpo comenzó a tiritar por completo.

Estaba allí, vulnerable, nuevamente frente a él, dispuesta a arruinarlo todo si él se lo pedía... si él le decía que la quería. Pero ¿lo había hecho en realidad? Le había dicho que la había extrañado, le había dado a entender que la deseaba y que anhelaba su compañía, pero ¿significaría eso que la quería? No estaba segura.

Durante unos segundos pensó que él la besaría. Estaban tan cerca que esperó con los ojos cerrados a que ocurriera, sin contemplar nada más, sin pensar siquiera que estaban en un lugar inadecuado, en medio de la noche, a solas y en mitad de su baile de compromiso. Al ver que no sucedía, abrió los ojos temerosa de volver a la realidad. Theo separó su frente un poco más, pero se mantuvo en el mismo lugar, tan cerca de ella que podía sentir el calor que emergía de su cuerpo.

—No quiero que pienses que esto que siento es solo deseo —insistió él—. Porque sí, te deseo

con locura. Te deseo ferviente e incansablemente. Te deseo como nunca antes he deseado a otra mujer, porque eres la mujer más exquisita y deseable de todo el mundo. Pero lo que siento por ti es más que solo este deseo que me consume. Lo que siento por ti es...

No podía aguantar más. Un ardor comenzó a recorrerla desde sus extremidades hasta el centro de su cuerpo y supo que estaba acabada.

—Theo, yo... —comenzó a decir sin dejarlo terminar, lista para hablar, aunque su voz no lograra hacerlo del todo—. Yo necesito... Te necesito.

Sin vacilar, Camille alzó sus manos hasta el cuello de Theo y tiró de él con determinación. Se puso de puntillas, cerró los ojos y, con un anhelo desbordante, acortó la escasa distancia que los separaba, fundiéndose con él en un beso apasionado. Supo al instante que lo había tomado por sorpresa, ya que él se tambaleó y estuvieron a punto de perder el equilibrio y caer al suelo. Pero Theo apoyó una mano en el mueble detrás de ella con rapidez, mientras que con la otra capturaba su cintura. El beso se intensificó y Camille se entregó por completo al torrente de sensaciones que la envolvían. El mundo se desvaneció a su alrededor mientras sus corazones latían al unísono, y en ese momento, todo volvió a encajar en perfecta armonía en su interior.

Esta vez, Camille sabía qué hacer. Ya no era la misma joven ingenua de antes, y no tenía intención de retener nada. Deseaba entregarse por completo a él, sin reservas. Así que, sin contenerse, siguió su ritmo, permitiéndole explorar su boca con su lengua mientras exigía lo mismo a cambio. Una mezcla de ansiedad y deseo se apoderó de ella, una chispa que amenazaba con convertirse en un incendio avasallador. Se aferró con más fuerza a él, sintiendo cómo la presionaba contra el antiguo mueble de madera a sus espaldas, dejándose sumergir por completo en la pasión que estaba a punto de consumirla.

—Camille —gimió él mientras desplazaba sus labios hasta su mandíbula, comenzando luego a recorrer su cuello—. Dime que deseas esto...

—Lo deseo —logró responder casi sin ser capaz de articular sus palabras, jadeando de deseo—. No pares, por favor —añadió suplicante.

En ese instante, todas sus dudas y temores desaparecieron, dejando espacio solo para disfrutar del presente, del exquisito contacto de los labios de Theo sobre su piel. Sintió un cosquilleo y la cálida humedad de su boca. No podía pensar en nada más. Solo existían ellos dos y el sublime contacto de sus cuerpos.

Theo se detuvo abruptamente, haciendo que Camille sintiera una fría sensación en la curva de su cuello, donde antes habían estado sus labios. Ambos seguían jadeando y, en la penumbra del pequeño salón, Camille no lograba enfocar con claridad la mirada en los ojos de Theo. Él tomó su rostro entre sus manos y se acercó para besar sus labios con delicadeza.

—Aunque no quisiera soltarte nunca, creo que tenemos que detenernos ahora —le dijo Theo con la voz susurrante mientras acariciaba su rostro—. Es peligroso continuar aquí, y aún tenemos que definir qué haremos. Además, no he terminado de decirte todo lo que quería.

Sabía que él tenía razón. Estaba segura de que ya habían pasado más de diez minutos allí, y toda la alta sociedad esperaba afuera, lista para continuar con la celebración de su compromiso. Pero algo se había incendiado en su interior, y solo podía pensar en quedarse entre sus brazos. No quería que aquello terminara, no quería pensar en cómo resolverían todo. Solo deseaba quedarse allí eternamente.

Con sus manos aún aferradas a las solapas del esmoquin de Theo, volvió a tirar de él, dejando sus bocas apenas a unos centímetros de distancia.

—Creo que te pedí que no pararas —le susurró—. No creo que un minuto más aquí haga una gran diferencia.

—Y yo creo que no sabes lo que me estás pidiendo —respondió Theo con una voz aterciopelada—. Si vuelvo a besarte, no sé si podré detenerme en un minuto, en diez, o tal vez nunca.

—Entonces correré el riesgo, lord Kirtklard —dijo ella con férrea decisión.

Una fuerte electricidad recorrió su cuerpo. Nunca se había sentido tan atrevida en toda su vida. En menos de un segundo, volvió a sentir los labios de Theo sobre los suyos, exigentes, calientes e invasivos, apropiándose de su boca y de lo poco que le quedaba de cordura. Ambos se envolvieron en un abrazo íntimo y continuaron besándose.

Se sentía desenfrenada, poderosa entre sus brazos, y al borde de desvanecerse. Él la sostuvo con una de sus fuertes manos por la cintura y con la otra tiró del borde del vestido que se afirmaba en su hombro, dejándolo al descubierto, así como también parte de su clavícula. Camille abrió los ojos un momento y vio cómo Theo bajaba su boca hacia esa zona, comenzando a besarla de manera lenta y delicada, dejándola sin aliento, haciendo que escaparan de su boca pequeños gemidos que ya no podía seguir conteniendo.

De repente, Camille sintió el sonido de la puerta abrirse y ambos se detuvieron de golpe. La joven intentó subirse y acomodarse apresuradamente la parte del vestido que había resbalado por su hombro y notó cómo Theo posicionaba su cuerpo delante de ella para que no quedara expuesta a quien fuera que hubiera entrado en la habitación. Todo fue muy rápido y, a pesar de la vela encendida y la luz que se irradiaba desde el pasillo, no logró distinguir a la persona que estaba en la puerta hasta que escuchó un grito ahogado.

—¡Oh! —exclamó la mujer que se encontraba en el umbral de la puerta, y en ese momento Camille supo que era Emma. Su amiga los había descubierto y ella comenzó a sentir cómo su mundo empezaba a desmoronarse frente a sus ojos. Una fuerte sensación de terror la invadió y todo su cuerpo se puso rígido enseguida, sin siquiera llegar a parpadear.

—Lo siento —dijo otra voz, esta vez masculina, que Camille no logró reconocer de inmediato—. No pude retenerla.

Theo seguía por delante de ella, protegiéndola con su cuerpo. Desearía que esa protección no fuera necesaria, pero en este momento no se sentía capaz de nada. Solo sentía el pavor que le provocaba pensar en la reacción de Emma y en el futuro de su amistad.

—Emma, ¿qué haces aquí? —la voz de Theo resonó en la habitación, era una voz dura y cortante que parecía notoriamente ofuscada.

—En realidad, soy yo la que debería preguntar qué hacen ustedes aquí, en medio de su baile de compromiso —vociferó Emma, dando un especial énfasis a la palabra «su» para referirse a Camille. De pronto su cuerpo, que antes había estado rígido, comenzó a temblar sin control. Logró cruzarse de brazos, para intentar contenerse a sí misma, sintiéndose de pronto culpable y avergonzada, y evitó mirar hacia donde provenía la voz de su amiga.

—Creo que no te incumbe. —Escuchó decir a Theo con autoridad.

—Por supuesto que me incumbe, eres mi hermano y acabas de comprometer a mi mejor amiga en su baile, en el que, por si no te has enterado, se ha comprometido con otro hombre. ¡¿Es que te has vuelto loco?!

—Emma... —logró decir Camille al fin, con la voz quebrada, tan baja que apenas ella misma era capaz de escucharla.

—Creo que todos deberíamos calmarnos y bajar la voz, o en menos de un minuto llegarán el resto de invitados y esto se convertirá en un verdadero escándalo.

Camille se dio cuenta de que quien hablaba era el duque de Lions, pues había reconocido su voz. Pero ¿qué hacía allí? Definitivamente no era capaz de pensar. Solo quería salir corriendo de

aquel lugar y de toda aquella situación, meterse en su cama y no salir en días. Y si era una cobarde por ello, bueno, lo era y ya.

Escuchó cómo la pareja conformada por Emma y lord Lions se adentraba en el salón, cerrando la puerta tras ellos. Al mismo tiempo, Theo comenzó a caminar hacia delante, haciéndole sentir una inexplicable sensación de abandono. Un frío recorrió su columna e hizo que Camille se abrazara con más fuerza. No quería quedar expuesta ni mirar a Emma a la cara. No se sentía capaz, pero era inevitable a esas alturas.

—Sabía que algo estaba ocurriendo —Escuchó decir a su amiga—. Tu mal humor de la última semana, todas las evasivas de Camille para venir a tomar el té a casa... ¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?

—No te voy a permitir que la insultes con esa pregunta, ni tampoco que insinúes algo que no sabes, Emma —dijo Theo, en un tono tan autoritario que ella misma se sintió intimidada—. Vas a olvidar lo que ha pasado aquí y nos iremos a casa.

—Estás completamente loco si crees que lo olvidaré. Y no estoy insultando a Camille, en realidad te estoy insultando a ti —dijo Emma con vehemencia, subiendo el tono de voz.

—Theo, creo que es mejor que lady Camille se retire para no exponerla más —intervino lord Lions, tan tranquilo como si estuviera en su club jugando a las cartas. Sin embargo, parecía ser el único cuerdo en la habitación—. Y ustedes pueden seguir discutiendo en casa.

—Tienes razón —respondió Theo, para luego girarse hacia ella—. ¿Estás bien? ¿Quieres que te escolte hasta afuera?

—No es necesario —respondió automáticamente mientras su cuerpo aún temblaba—. Conozco el camino.

—Al parecer, mi opinión es intrascendente —vociferó Emma una vez más, hablándole a nadie en particular—. Pero está bien, ya hablaremos en casa. Por ahora, lo mejor es que salgamos de aquí.

Camille no supo bien cómo, pero rápidamente se organizaron para salir del salón. Primero salió ella, dirigiéndose a su habitación por uno de los pasillos que no conducían hacia el salón de baile; ya se inventaría una excusa después, cuando su madre llegara enojada a buscarla. No alcanzó a hablar con Theo ni con Emma, aunque tampoco trató de hacerlo. Se sentía tan débil que apenas fue capaz de llegar a su habitación y recostarse en la cama.

Seguramente, el episodio pasaría inadvertido para todos. Nadie sabría nunca que había sido descubierta por su mejor amiga besando al hermano de esta en su propia casa, el día de su baile de compromiso con otro hombre. Pero ella sí lo sabría, y dudaba que pudiera olvidarlo algún día. La vergüenza, el miedo y la culpa la invadían a partes iguales. No sabía cómo arreglar las cosas ni qué pasaría con ella y con Theo; no obstante, en esos momentos, lo que más le preocupaba era su relación con Emma. No quería perderla. No podía perderla. Pero sabía que la había decepcionado.

Un fuerte dolor volvió a activarse en su pecho, haciendo que comenzara a llorar con angustia y desesperación. Había traicionado y mentido a su mejor amiga, y nada en su vida la había angustiado tanto como pensar en la posibilidad de perderla a ella también.



Theodore estaba en su despacho, sentado en la silla de su escritorio, esperando que en cualquier momento su hermana irrumpiera para pedirle explicaciones. Dio un fuerte golpe al macizo escritorio, y luego cerró los ojos, apretando su cabeza entre sus manos, con los codos puestos sobre el robusto mueble.

Había regresado con Emma a la fiesta unos minutos después que Camille y Stephan, por separado, hubieran salido del salón. Una vez que ubicaron a su madre, le avisaron, sin opción a réplica, de que se retirarían. Su madre, por supuesto, protestó. No sería su madre si no lo hubiera hecho, pero Emma se inventó una jaqueca y no le quedó más opción que despedirse de sus amistades y partir enseguida los tres rumbo a Kirtklard House.

Al entrar en la mansión familiar, Emma subió a su dormitorio, aunque Theodore sabía que bajaría a hablar con él. Por su parte, apenas se despidió de su madre, se dirigió al despacho en busca de una copa de *brandy*.

Se sentía un canalla. Liberó su cabeza y acomodó su postura, para luego beber un sorbo del licor contenido en la copa. Debería haber sido más cuidadoso, atenerse a su plan de hablar con Camille para expresarle sus sentimientos, los cuales no había alcanzado a declarar por completo, y pedirle que se casara con él, en lugar de seducirla en un salón oscuro donde cualquiera podría haberlos descubierto. En su defensa, debía reconocer que aquel no había sido su plan inicial, pero ella se veía tan atractiva y seductora que no le resultó difícil dejarse llevar, y todo se había estropeado.

Emma los había descubierto, y no sabía si sentirse afortunado o desgraciado al respecto. Ahora tendría que darle explicaciones a su hermana menor sobre por qué había seducido a su mejor amiga. Emma se lo pondría difícil; sin duda, querría saber todos los detalles, y lo repudiaría por cada uno de ellos. Y lo peor de todo es que tendría razón, porque había sido un sinvergüenza todo ese tiempo. Él mismo se avergonzaba de su manera de actuar, y Emma no tendría reparos en señalárselo.

La tensión en su cuerpo era palpable. Estaba rígido, con todos sus músculos contraídos y su mirada perdida en algún punto del despacho. Se frotó la mano inconscientemente, notando sus nudillos enrojecidos por el golpe, pero no le importó. Sentía que se lo merecía, de hecho, deseaba recibir algún golpe en ese momento para aliviar en parte el sentimiento de culpa que comenzaba a carcomerlo por dentro.

Dejó el vaso sobre su escritorio y al cabo de unos segundos escuchó unos pasos acercarse. La puerta se abrió y Emma entró en el despacho, cerrando la puerta tras de sí. Todavía iba vestida con el mismo vestido que había usado esa noche en la fiesta, pero con el pelo suelto, y su rostro no mostraba ninguna expresión en particular. Avanzó en silencio mientras él se acomodaba en la silla y una vez que estuvo frente a él, solo separados por el escritorio, tomó una de las sillas cercanas, la movió ligeramente, y se sentó, para luego mirarlo y comenzar a hablar.

—Ahora me vas a explicar qué está pasando, ¿o tengo que esperar hasta mañana?

—Emma... Lo que viste tiene una explicación.

—¡Claro que tiene una explicación, y tú me la vas a dar! —exclamó Emma en voz alta—. Sedujiste a Camille, ¡no puedo creerlo! ¿Es la primera vez?

—Emma... —intentó explicar Theodore, pero su garganta se cerró de pronto, y sintió una desagradable sequedad en la boca. Seguramente su hermana ya había deducido todo.

—¡Por supuesto que no es la primera vez! —volvió a exclamar ella, comenzando a exaltarse mientras se cubría la boca con una de sus manos—. No quiero saber lo que ha pasado entre ustedes. Sinceramente, prefiero no imaginarlo siquiera. ¿Te vas a casar con ella?

—Espero estar a tiempo —respondió. Porque era verdad, esperaba poder arreglar las cosas

con Camille—. Le pedí matrimonio cuando regresamos de Garden Hall, pero ella me rechazó —prosiguió Theo.

Desearía no tener que darle explicaciones a su hermana menor, pero ya estaba hecho. No podía cambiar las cosas e, inevitablemente, su hermana estaba involucrada en todo aquello. Camille era su mejor amiga, antes que nada, y entendía que Emma pudiera sentirse afectada con la situación. Además, podría necesitar su ayuda en el futuro para acercarse a Camille y convencerla para romper su compromiso. Esperaba no tener que recurrir a ello, pero no podía descartar esa opción.

—Iba a volver a intentarlo esta noche, aunque, como ya te habrás dado cuenta, no tuvimos tiempo —terminó de explicar Theodore.

—No me vengas a culpar a mí de tu ineficacia —dijo Emma con dureza—. Ahora lo entiendo todo. De verdad, no sé cómo no lo vi antes: tu mal humor desde que supiste que Camille se había regresado sola a Londres, tu cambio de actitud desde que te informamos de su compromiso... Ahora todo cobra sentido ¿Estás enamorado de ella?

La pregunta no lo sorprendió, aunque un sutil cosquilleo comenzó a rondarle en el estómago. Sabía que Emma era una romántica y que, para ella, el amor lo justificaba casi todo. Estaba seguro de que, si le decía que sí, a pesar de sus alegatos, ella lo ayudaría a llegar hasta Camille. Sin embargo, no se sentía cómodo exponiendo sus sentimientos ante su hermana menor sin haberlos hablado antes con Camille. Así que pensó en una respuesta que no dejara ver demasiado, pero que fuera concluyente.

—La estimo y quiero casarme con ella.

—Eres un tonto, Theo. Ya veo por qué Camille te rechazó. Yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo —le aseguró Emma de forma despectiva—. Si no te vas a declarar como corresponde, es mejor que no hagas nada.

—¿Me vas a ayudar o no, Emma? Porque si únicamente vas a echarme en cara mis errores, ya tengo suficiente con mi consciencia.

Escuchó el resoplido de su hermana, quien puso los ojos en blanco antes de responderle.

—Está bien, pero no creas que lo hago por ti. Te has comportado como un sinvergüenza. Ya sabía yo que tu amistad con el duque de Lions haría que te contagiaras de su deplorable comportamiento. Lo haré por Camille, porque, a pesar de estar molesta con ella por no contarme nada, la quiero. Es mi mejor amiga, y es evidente que está perdidamente enamorada de ti.

Ahora sí, Theodore se sorprendió con las palabras de su hermana. En realidad, nunca se había detenido a pensar demasiado en lo que Camille sentiría por él, y eso lo hizo sentirse culpable una vez más. Solo había pensado en sí mismo y en sus propios sentimientos. Recordaba vagamente que Camille le había dicho que quería a sir Thomas, ¿pero habían sido esas realmente sus palabras? No lo recordaba con exactitud, aunque, si pensaba en la respuesta de Camille a sus besos, no le quedaba ninguna duda de que ella lo deseaba. Sin embargo, Theodore quería más. Ahora que al fin había aclarado sus sentimientos, quería que ella lo amara con la misma intensidad con la que él la amaba a ella; que lo quisiera y anhelara estar con él el resto de su vida. Quizás eso era esperar demasiado, pero ciertamente deseaba tenerlo todo.

—No estoy tan seguro como tú al respecto. Creo que quedó claro cuando le pedí que rompiera el compromiso pero ella lo eligió a él en lugar de a mí —dijo con un deje de duda—. ¿De veras crees que ella pueda sentir algo por mí? —preguntó con cierta inseguridad, tratando, de manera sutil, de encontrar respuestas en su hermana, ya que conocía a Camille mejor que él.

—Respondería a tu pregunta, pero no me corresponde a mí hacerlo. Mañana iré a visitarla y veré qué puedo hacer por tu causa.

Sin decir más, su hermana se levantó y se retiró, dejándolo solo nuevamente, con más dudas que certezas.

CAPÍTULO 21

WHITE HOUSE. LONDRES, 1821.



Entre dilemas y decisiones

Camille había pasado, sin lugar a dudas, la peor mañana de su existencia. Luego de su fiesta de compromiso, la cual no podía decir que realmente hubiera disfrutado, todo se había desmoronado.

Primero el reproche que recibió por parte de su madre cuando, media hora después de haberse recluso en su habitación tras el incidente con Theo, Emma y lord Lions, esta había irrumpido en su cuarto para recriminarla por no estar con su prometido disfrutando del baile y entreteniendo a los invitados.

Había logrado librarse de sus gritos solo gracias a que su padre había aparecido para calmar la situación. Les había explicado a ambos que se había sentido acalorada y había salido a tomar aire a la terraza, pero que, de un momento a otro comenzó a sentirse asfixiada y mareada, por lo que decidió subir a recostarse solo un momento y sin darse cuenta había perdido la noción del tiempo.

Como si lo anterior no hubiera sido suficiente, le costó mucho conciliar el sueño; se había despertado en varias ocasiones durante la noche con una desagradable sensación en el pecho. Además, esa mañana, después de tomar el desayuno con su madre —quien apenas le dirigió la palabra—, recibió la visita de sir Thomas, que, preocupado por su desaparición la noche anterior, quería verla en persona y saber cómo se encontraba.

Había tenido que mentirle, técnica que cada día le salía más natural, para su pesar, y darle la misma explicación que les había dado a sus padres la noche anterior. Thomas fue tan comprensivo que consiguió agudizar su sentimiento de culpabilidad, y Camille se pasó toda la visita sin poder mirarlo a la cara.

Hablaron de la fiesta y acerca de la exposición que Thomas le había comentado mientras bailaban la noche anterior, la cual comenzaría en dos días. Finalmente, él le planteó algunas remodelaciones que quería hacer en su casa y de las cuales quería consultar su opinión ya que, en cuanto estuvieran casados, también sería su casa. En ese momento, Camille solo deseó volver a esconderse en su cuarto. No sabía cómo enfrentar la situación. Estaba comprometida, a escasas semanas de casarse con Thomas, y se había besado con Theo hacía menos de doce horas en su propia casa.

Si bien Theo le había dicho hermosas palabras, no le había declarado su amor, y no quería

volver a equivocarse y asumir erróneamente sentimientos que quizás él no sentía hacia ella. Aunque, en realidad, tampoco habían podido terminar de hablar. Emma y lord Lions los habían descubierto, y antes de que eso pasara Theo le había dicho que aún había cosas que necesitaba decirle. ¿Cosas que podrían cambiarlo todo? No lo sabía. Y tampoco sabía si su amistad con Emma había sufrido un daño irreparable. El miedo volvió a azotarla y se sintió ahogada.



Luego de que Thomas se hubiera retirado, todo siguió igual para Camille. Seguía comprometida y además seguía confundida. Almorzó con sus padres y al terminar decidió irse a recostar en su cuarto. Necesitaba pensar y estar sola para aclarar sus ideas.

Al cabo de unos minutos, escuchó que tocaban la puerta y Peter le informó de que tenía una visita. Por un momento, creyó que podía ser Theo y notó cómo su corazón comenzaba a acelerarse, esperando a que Peter terminara de hablar. Pero este le dijo que quien la visitaba era Emma, y una sensación parecida al terror la invadió y la hizo sentirse paralizada, al igual que la noche anterior. Le dijo a Peter, con bastante dificultad, que hiciera pasar a Emma hasta su cuarto. Sería una conversación difícil, y prefería no mantenerla en ninguno de los salones de White House pues cualquiera podría escucharlas. Además, su madre había anunciado que no estaría en casa durante la tarde, por lo que, sin su presencia, nadie más las interrumpiría en su cuarto.

Peter se retiró y Camille comenzó a caminar de un lado a otro, mentalizándose para la llegada de su amiga. No sabía cómo le explicaría todo lo que había pasado, ni tampoco tenía claro qué sabría Emma. Seguramente ya habría conversado con Theo, pero no podía estar segura de lo que él le habría dicho a su hermana menor, por lo que tenía que ser cautelosa con sus palabras.

Camille sintió los pasos acercándose. Se había sentado en uno de los bordes de la cama que daba hacia la puerta, a la espera de que esta se abriera. Tenía ambas manos entrelazadas en su regazo, intentando controlar el movimiento involuntario que mantenían debido al nerviosismo que sentía. En un momento, la puerta se abrió y Peter procedió a anunciar a su amiga.

—La señorita Emma Kirkklard.

Emma, quien ya había entrado al cuarto, se quedó parada frente a ella. Peter cerró la puerta y se retiró, y Camille se levantó de la cama, quedando de pie a unos cuantos metros de su amiga. Sus manos aún temblaban y su corazón latía con intensidad; sentía que se le iba a salir en cualquier momento por la boca. Ambas se miraron en silencio durante algunos segundos, hasta que Camille decidió romper el silencio.

—Emma... —susurró con dificultad el nombre de su amiga.

—Disculpa mi tardanza en venir —dijo Emma en un tono de voz calmado. Y Camille se permitió soltar el aire que estaba conteniendo—. Sé que debería haberlo hecho esta mañana a primera hora, pero estaba procesando todo lo ocurrido, y no quería arriesgarme a ser entrometida o a decir algo que pudiera malinterpretarse o hacerte sentir mal.

Camille avanzó hacia su amiga y se abalanzó sobre ella para abrazarla. Después de una noche caótica y una mañana difícil, se permitió llorar. Emma le devolvió el abrazo y la contuvo en silencio durante algunos minutos. Había sentido tanto miedo durante las últimas horas, que su cuerpo aún se sentía tenso y contraído. Había sentido miedo por la reacción de Emma, pues sabía que la había decepcionado, y le daba demasiado miedo que ella decidiera no volver a dirigirle la

palabra nunca más y que la odiara por lo que había ocurrido entre ella y Theo.

Pero ahí estaba Emma, consolándola a ella.

Camille no se contuvo y se dejó sostener por su amiga, liberando así todas sus emociones contenidas.

Al cabo de un rato, se separaron y Emma la condujo hacia la cama mientras Camille aún temblaba y sollozaba. Ambas se sentaron, la una al lado de la otra, manteniendo sus manos entrelazadas. Cuando Camille logró calmarse, su amiga comenzó a hablar.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Emma, con una voz dulce y cautelosa.

—Estoy bien; más tranquila, en realidad —respondió con la voz aún quebrada—. Lamento si anoche no pude hablar contigo, hubiese querido explicarte lo ocurrido, pero no fui capaz...

—Descuida, entiendo que te sintieras abrumada —le dijo Emma tranquilizándola—. Ciertamente, yo también lo estaba, y no creo que hubiera podido contenerme en hacer preguntas e insistir si hubiésemos hablado anoche. —Camille asintió, sabía que era cierto. Su amiga siempre necesitaba saber todos los detalles, y ella no hubiera sido capaz de darle ninguna respuesta—. Sin embargo —continuó diciendo Emma—, necesito saber qué está pasando...

Ahora sí, Emma volvía a ser la Emma de siempre.

—Hablé con Theo anoche, tras la fiesta, pero, como te imaginarás, no me contó gran cosa —añadió su amiga—. No puedo creer que esto haya pasado delante de mis narices y no me diera cuenta.

—Emma...

—¿Estás enamorada de él? —le preguntó Emma directamente, y no es que le sorprendiera. Sabía que sería lo primero que su amiga querría saber.

—Emma, no... no es tan sencillo. Yo...

—Es sencillo: lo amas o no lo amas —insistió Emma, interrumpiéndola.

—Em... —dijo en un susurro, dubitativa.

—Lo amas —concluyó Emma por sí misma, y Camille solo pudo bajar la cabeza para evitar mirarla a los ojos.

—¿Desde cuándo estás enamorada de él? —prosiguió.

Camille permaneció en silencio unos segundos. No tenía sentido seguir mintiendo, y menos a Emma, que seguramente ya se había dado cuenta de todo. Además, si era sincera consigo misma, ya no quería seguir haciéndolo. Ocultar lo que sentía por Theo había sido fácil al principio, pero en las últimas semanas se había vuelto una tarea solitaria, dolorosa y difícil, y necesitaba soltarlo. Necesitaba decirlo en voz alta y desprenderse de aquello que la estaba consumiendo. Así que respiró profundamente y comenzó a hablar.

—Desde que lo vi por primera vez, la noche en que nos conocimos, en nuestro baile de debut —dijo Camille, para luego hacer una pausa, recordando las sensaciones que sintió cuando bailaron juntos por primera vez—. Lógicamente, al inicio solo me sentí encaprichada por él; sin embargo, con el paso del tiempo, el sentimiento se fue haciendo más profundo y yo... yo me enamore de él. Desearía no sentir esto que siento Emma, pero no puedo evitarlo... Es más grande que yo —concluyó, volviendo a sentir cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. Emma parpadeó un par de veces y formó un círculo con sus labios.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —le preguntó su amiga, para luego añadir— No, no respondas. Hubiera sido un desastre. No podría haber evitado entrometerme.

Ambas sonrieron ante el comentario de Emma.

—Siento no habértelo dicho antes. No quería mentirte, pero no tenía sentido decir la verdad, Em. Que lo ame no cambia nada, él...

—Él te besó —señaló Emma interrumpiéndola—. No olvides que los vi, y te aseguro que no es una imagen fácil de olvidar.

—Theo no está enamorado de mí —le aseguró a su amiga, sintiendo un fuerte dolor en el pecho al pronunciar esas palabras—. Quizás me tiene afecto, y muy posiblemente cree que quiere casarse conmigo por lo que ocurrió entre nosotros, pero ambas sabemos que eso no necesariamente es amor.

—¿Estás segura? Porque cuando lo encaré parecía fuera de sí, frustrado, enojado, y te aseguro que nunca lo había visto así antes, por nada ni por nadie. Creo que le importas, aunque sea un idiota.

—Es tu hermano —puntualizó Camille.

—Sigue siendo un idiota, aunque sea mi hermano. Y no permitiré que destruya el corazón de mi mejor amiga.

—Emma, estoy comprometida —le recordó. Aunque, más que un recordatorio para su amiga era uno para sí misma—. Nada de lo que pueda sentir cambia las cosas, ni el beso ni todo lo que ha ocurrido entre nosotros.

—¡Por supuesto que cambia las cosas! —exclamó Emma—. Lo amas, y seguramente él también te ama a ti, aunque aún no sea consciente de ello. Además, no estás casada todavía, puedes cancelar el compromiso. Si no hubiera sido yo la que los descubrió anoche, seguramente a esta hora ya estarías casada con mi hermano, o al menos de camino al altar.

—Emma...

—Camille, por favor, casarte con sir Thomas no es la solución.

—Le di mi palabra, Em. No puedo echarme para atrás ahora —le señaló, desviando por un segundo la mirada—. Dejarlo plantado para casarme con tu hermano sería un escándalo. Dishonraría a sir Thomas frente a toda la alta sociedad, y todos quedarían afectados, incluida tú, tu familia y también la mía. No podría soportar la culpa.

—No puedes pensar ahora en todos nosotros. Debes pensar en ti, en tu felicidad —le dijo Emma apretando una de sus manos y mirándola intensamente a los ojos—. Aunque me excluyan de la sociedad, lo cual ciertamente dudo que ocurra, estaré feliz de tenerte como hermana.

Camille sabía que sus ojos estaban llenos de lágrimas otra vez. Quería poseer la convicción y la valentía que tenía Emma; quería creer que todo podía solucionarse y tener un final feliz. Sin embargo, se conocía lo bastante bien para saber que no podría hacerlo. No rompería el compromiso. Simplemente no era capaz de tomar una decisión tan egoísta que los afectaría a todos de tantas maneras.

—No puedo hacerlo, Emma. Lo siento. Lamento decepcionarte —respondió finalmente, sintiendo cómo un gran agujero comenzaba a cavarse en su interior, llevándose consigo todos los pedazos rotos de su corazón.



Emma Kirtklard era muchas cosas. Era una mujer de carácter fuerte, era entrometida, era directa y, ciertamente, era una persona que creía fervientemente en el amor. No había vivido la mayor parte de su vida al lado de dos personas que se amaban tan profundamente para luego volverse una cínica y negar la existencia de un sentimiento así. No. Emma creía en el amor, y por eso no

permitiría que el idiota de su hermano y su mejor amiga, quienes al parecer habían decidido enamorarse en algún momento de las últimas semanas, fueran tan estúpidos como para dejar pasar esa oportunidad. No, no pensaba permitirlo.

Luego de salir de la casa de Camille, se dirigió a su hogar. Tenía que hablar con Theo de manera urgente. Él era el único que podía salvar a Camille de sí misma y convencerla de no continuar con el compromiso. Ciertamente, ella misma lo había intentado, pero sabía, con absoluta certeza, que su amiga no haría nada que pudiera afectar a otros. Si existía la mínima posibilidad de que romper su compromiso para casarse con Theo dañara de algún modo a las personas que apreciaba, incluido a sir Thomas, ella elegiría sacrificarse. Además, era evidente que Camille se sentía insegura respecto a los sentimientos de su hermano hacia ella, lo que complicaba aún más la situación.

Emma entró en Kirtklard House y se encaminó directamente hacia el despacho de su hermano. Una vez frente a la puerta, decidió entrar sin siquiera tocar, la urgencia de la situación lo ameritaba y no había tiempo que perder. Sin embargo, una vez dentro, se quedó petrificada al ver que no era su hermano quien estaba en el despacho, sino Stephan Walker, el duque de Lions. Se encontraba de pie, mirando hacia afuera por una de las ventanas que daban al jardín, y al percatarse de la entrada de Emma, se giró en su dirección.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó Emma de inmediato.

—Espero a su hermano —le respondió el duque con tranquilidad, volviendo la mirada hacia la ventana. ¡Cuánto lo detestaba! Aún no entendía cómo su hermano podía ser amigo de ese hombre. La irritaba profundamente.

—Resulta que necesito hablar de manera urgente con él, así que será mejor que se retire y se reúna con Theo en otro momento.

—Me encantaría cumplir sus deseos, Emma, pero lamento informarle de que su hermano me ha pedido que lo espere, así que eso es lo que haré.

—¡Es usted exasperante! —exclamó Emma sin poder contener su molestia con ese hombre—. Lo que tengo que hablar con mi hermano es privado y, como ya le dije, es urgente.

—¿Qué es tan urgente, Emma? —Escuchó la voz de su hermano detrás de ella, mientras entraba en el despacho. Emma se apartó unos centímetros para dejarlo pasar y luego se volvió hacia él.

—Fui a hablar con Camille. No va a romper el compromiso con sir Thomas, así que tendrás que hacer algo —le informó a Theo, sin importarle que el duque de Lions siguiera allí. No perdería el tiempo ni arriesgaría la felicidad de su amiga solo por la desagradable e inoportuna presencia de ese hombre. Además, él ya estaba enterado de todo, pues también había estado presente la noche anterior, cuando los descubrieron.

—¿Qué? —preguntó Theo con consternación, frunciendo el ceño y enarcando una ceja—. No puede ser. Pensaba que con lo que pasó anoche las cosas habrían cambiado. ¿Qué fue exactamente lo que te dijo?

—Cree que no la amas... —puntualizó Emma, para luego añadir—: Y no quiere sumirnos a todos en un escándalo.

Su hermano, quien se había acercado al escritorio, se dejó caer en la silla soltando un gruñido. Emma desvió su mirada por un segundo hacia el duque y notó cómo este parecía completamente ajeno a la situación, mirando aún por la ventana.

—¡Soy un idiota! —exclamó su hermano, más para sí mismo que para el resto de personas presentes en el despacho—. Iré a hablar con ella de inmediato.

Theo comenzó a incorporarse, pero Emma se acercó a él y tomó la palabra.

—No creo que sea buena idea, Theo —le señaló a su hermano, que parecía no estar escuchándola—. Camille está muy afectada en estos momentos, sobrepasada por la situación. Si te presentas ahora en su casa, creerá que he venido directamente a contártelo todo y que solo acudes porque yo te he obligado a hacerlo.

Miró de reojo hacia la ventana mientras terminaba de hablar y notó cómo el duque se giraba hacia ella, finalmente había captado su atención.

De pronto, sintió un extraño cosquilleo en la espalda, el cual se apresuró a ignorar.

—Tu hermana tiene razón, Kirtklard —dijo el duque para sorpresa de Emma—. Si vas ahora, lady Camille creerá que solo lo haces por compromiso. Es mejor que esperes hasta mañana y le declares tu amor incondicional de una vez por todas. Solo te pido que evites un duelo con Portman. Como ya sabes, el rol de padrino no me sienta bien y, además, detesto los duelos.

Definitivamente, Emma no sabía si lord Lions hablaba en serio o se estaba riendo de la situación.

—No esperaba que fuera usted un romántico, lord Lions, ni que creyera en el amor —dijo Emma dirigiéndose al duque, intencionalmente sarcástica, lo cual era su especialidad—. En realidad, me cuesta imaginar que un granuja como usted pueda comprender la magnitud de ese sentimiento.

—No fingiré comprender algo que nunca he sentido, señorita Kirtklard —le respondió el duque observándola a los ojos—. Tampoco tengo pruebas a favor o en contra de la existencia de dicho sentimiento. Pero le aseguro que me interesa la felicidad de mi amigo, y si esa felicidad implica casarse y entregarse al amor, no seré yo quien se oponga.

Emma se quedó mirándolo en silencio, más intrigada de lo que admitiría jamás, para luego volver su mirada hacia su hermano, quien parecía estar luchando contra sus propios pensamientos.

—Esperaré hasta mañana, pero necesitaré la ayuda de ambos —dijo Theo para finalizar.



Al día siguiente, Camille regresaba de la modista en compañía de su madre, donde habían ido para realizar una prueba del vestido de novia. Se sentía cansada y el cuerpo le pesaba, posiblemente a causa de todo lo ocurrido los días anteriores.

Mientras caminaba por el pasillo hacia su cuarto, su doncella le entregó una nota, diciéndole que había llegado hacía apenas unos treinta minutos. Camille la tomó y se fijó en que llevaba el sello de Lions House. Sus manos comenzaron a temblar levemente y se dirigió con premura a su habitación. ¿Por qué el duque de Lions le escribiría a ella?

Una vez en su dormitorio, Camille se apresuró a romper el sello y abrir la carta, para descubrir que estaba escrita por Emma, lo que la llevaba a replantearse su pregunta inicial ¿Por qué Emma le escribiría desde Lions House? Ahora sí que no comprendía nada. Sin perder más tiempo, comenzó a leerla.

Estimada Camille,

Estoy en problemas. No puedo explicarte más por aquí, pero necesito que vengas a la

casa del duque de Lions tan pronto como leas esta nota. No se lo digas a nadie, ni siquiera a tus padres, y mucho menos a mi madre o a Theo.

Tu querida amiga, E.

Camille parpadeó un par de veces. ¿Qué estaría sucediendo entre su amiga y el duque de Lions? ¿En qué lío se habría metido Emma?

Para ser sincera, no tenía deseos de visitar Lions House. Aún no se recuperaba de la vergüenza de que lord Lions estuviera presente cuando Emma los descubrió a ella y a Theo besándose, y, con seguridad, el duque estaría allí, ya que era su casa. Sin embargo, su amiga la necesitaba y, después de todo lo ocurrido, no podía fallarle de nuevo. Llamó de inmediato a Ana para informarle de que saldrían, aprovechando que aún faltaba bastante tiempo para el almuerzo y que era poco probable que sus padres notaran su ausencia, así que organizó todo en pocos minutos y se dirigió a Lions House, sintiendo una creciente intriga por lo que se encontraría allí.



Una vez frente a la imponente mansión del duque, y tras asegurarse de que nadie la estuviera observando, tocó a la puerta principal, sintiendo un leve calor en sus mejillas. En menos de cinco segundos, esta se abrió y un hombre bastante mayor, probablemente el mayordomo del duque, se presentó ante ella con un rostro tan imperturbable que, por un momento, no supo cómo empezar a hablar ni qué decir.

—Buenos días —dijo finalmente—. Soy lady Camille Donegall y yo... —Se detuvo, sin saber bien cómo expresar que venía en busca de Emma.

Antes de que pudiera continuar hablando, el mayordomo del duque dijo:

—Milady, buenos días. La estábamos esperando, adelante. La conduciré al salón.

El mayordomo abrió la puerta solo el espacio suficiente para que pudiera entrar y Camille lo siguió, con Ana pisándole los talones. Todo aquello resultaba muy extraño e inadecuado. Sintió su estómago revolverse de pronto, como si hubiese tomado leche descompuesta. Después de avanzar algunos pasos y adentrarse en el recibidor, el mayordomo indicó a otro miembro del personal que acompañara a Ana a la cocina, y le pidió a Camille que lo siguiera sin hacerle ningún otro comentario.

Continuaron caminando por los pasillos de la mansión, y Camille no pudo evitar mirar a su alrededor anonadada por todas las obras de arte que se encontraban allí: cuadros y esculturas, e incluso las paredes estaban cubiertas de un suntuoso papel tapiz, lo que le daba la sensación de estar en un palacio real o en un antiguo museo.

Después de unos minutos más de caminata, finalmente ingresaron a un pequeño salón donde el mayordomo le indicó que esperara y luego cerró las puertas, dejándola a ella sola. Aún aturdida por toda la situación, Camille se adentró en el majestuoso salón. Aunque era pequeño, estaba elegantemente decorado, con paredes blancas y enchapes de oro, mismo material que se encontraba en el marco de las ventanas. También había sillones de terciopelo en tonos crema y, sobre la chimenea, se encontraba un imponente retrato de una mujer joven y hermosa.

Camille caminó hasta una de las ventanas y apreció la vista que se abría hacia un imponente

jardín, tan vasto que sintió que, si estuviera allí afuera, podría perderse en él y olvidarse por completo de que seguía en medio de Londres.

El sonido de la puerta la hizo girarse, ansiosa por encontrarse finalmente con su amiga para entender qué estaba sucediendo. Sin embargo, cuando se giró, no fue a Emma a quien se encontró frente a ella cerrando nuevamente las puertas, sino a Theo. Un escalofrío la recorrió, pero se mantuvo quieta, sin decir nada. Debería haber supuesto que Emma no se quedaría tranquila después de su conversación y que hablaría con Theo al respecto. Su amiga no era alguien que se mantuviera al margen de las situaciones, y mucho menos cuando creía que había amor de por medio.

Theo dio algunos pasos en su dirección, mirándola a los ojos con un intenso brillo que hizo que su corazón se sobrecogiera. Pero Camille permaneció estoica, a pesar de que en su interior todo era un caos.

Súbitos espasmos comenzaron a debilitar sus piernas, su respiración empezó a volverse rápida e irregular, y tuvo que agarrar sus manos para ocultar su nerviosismo.

—Buenos días —dijo Theo, parándose a menos de dos metros de distancia de ella—. ¿Quieres que solicite que nos traigan algo de beber, o algunos bocadillos?

Camille parpadeó un par de veces. ¿Realmente Theo creía que tenía apetito en ese momento? Si no hubiese estado tan nerviosa, hubiese dicho algún comentario ingenioso acerca de su poca sutileza al momento de presentarse e iniciar la conversación. Seguramente Emma se reiría durante horas de su hermano si lo hubiera escuchado.

—No, gracias. No tengo apetito —le informó en su lugar.

—Lamento haberte hecho venir de esta manera —prosiguió él, parecía que por fin iba al tema central—, pero sabía que no me recibirías en tu casa, y no podía arriesgarme a que alguien nos interrumpiera, de nuevo.

—¿Y Emma? —preguntó Camille después de unos segundos—. Imagino que ella forma parte de todo esto, ¿está aquí?

—Está en uno de los salones contiguos, junto con Stephan. Creí que sería mejor que estuviera aquí por si surgía algún inconveniente.

Camille asintió, en realidad no tenía otra opción.

—Lamento lo ocurrido la otra noche. No debería haberte expuesto de esa manera.

—No-no me obligaste a ir —le recordó Camille, con la voz levemente entrecortada—. Creo recordar que fui por mi propia voluntad.

—Pero te prometí que no te comprometería y no cumplí mi palabra.

Ambos se quedaron en silencio hasta que Theo comenzó a acercarse más.

—¿Te gustaría sentarte? —le preguntó él al tiempo que señalaba uno de los sillones del salón. Camille no respondió, no sabía cómo proceder ni qué decirle. Estaba nerviosa, pero se acercó al sillón de todas maneras y se sentó. Observó cómo Theo también tomaba asiento en un sillón que estaba al lado del suyo, a poco más de metro y medio de distancia, y acomodaba su espalda rígidamente al respaldo.

—Necesitaba verte —le dijo Theo con una voz ronca—, y terminar la conversación que iniciamos.

—Theo, creo que es mejor que dejemos las cosas así. Ya se han complicado lo suficiente.

—No me pidas eso, Camille —suplicó Theo—. Por favor, escúchame. Sé que me he equivocado y no he sido claro contigo, pero dame unos minutos. Hay cosas que necesito aclararte.

Camille meditó un momento antes de responder. Se sentía contrariada. Deseaba escucharlo,

pero sabía que, si lo hacía, se arriesgaba a complicar aún más las cosas, y no sabía si tendría la suficiente energía para reponerse de nuevo. Estaba exhausta, el cuerpo le pesaba dolorosamente y no se sentía con la voluntad necesaria para enfrentarse a otra conversación con Theo. No cuando cada palabra que salía de su boca causaba estragos en cada fibra de su ser. Sin embargo, a pesar de todas sus reservas y del miedo que sentía, respondió alzando la mirada hasta sus ojos y dijo:

—Está bien.

Sabía que se arrepentiría. Si volvía a pedirle que se casara con él, lo cual seguramente haría, no estaba segura de dónde sacaría fuerzas para volver a negarse, porque tenía que hacerlo. Como ya le había dicho a Emma el día anterior, no quería cargar con la culpa de seguir afectando a otros con sus decisiones. Ya estaba cansada de hacerlo y solo quería tranquilidad. Ya había aceptado su destino, e incluso se sentía a gusto con él. Todo sería más fácil si no estuviera enamorada de Theo. Se sentía apenada y con un nudo en la garganta.

—En primer lugar, como te dije el otro día, lamento mucho mi comportamiento de las últimas semanas. No me reconozco a mí mismo. Desde que nos volvimos a ver, he estado actuando de forma irresponsable contigo, y me siento terrible por ello. —Theo se detuvo, y Camille lo observó inhalar profundamente antes de continuar—. Todo lo que dije la otra noche es cierto, no he podido dejar de pensar en ti. La primera noche, cuando nos reencontramos en la fiesta de lady Campbell, me sorprendió verte. Estabas... distinta. En mi mente, siempre fuiste la mejor amiga de mi hermana, y eso hizo que nunca antes considerara verte de otra manera. Sin embargo, con el paso de los días y los encuentros que tuvimos después de mi regreso, fui sintiéndome cada vez más intrigado por conocerte, por pasar tiempo contigo.

Theodore se detuvo para tomar un poco de aire antes de continuar.

—Al principio intenté reprimir lo que sentía, no lo negaré. Pero cuando estuvimos en Garden Hall, fue imposible seguir haciéndolo. Ya no te veía como una niña, ni como la amiga de hermana. Comencé a verte como lo que eres, una mujer. Y mi atracción por ti aumentó de manera tan avasalladora que ya no pude seguir conteniéndola.

Theo se detuvo nuevamente, y Camille se dio cuenta de que había dejado de respirar. Sus ojos se clavaron en él sin poder apartar la mirada, mientras su cuerpo se mantenía tenso y estático. Podía sentir su propia angustia reflejada en su rostro, y al observar a Theo, percibió que él también estaba luchando contra sus propias emociones. Una de sus manos estaba apretada en un puño sobre la rodilla, mientras la otra se aferraba a su cabeza. Parecía estar decidiendo cómo proseguir.

—Te seré sincero —continuó Theo con la voz más ronca, capturando nuevamente su atención—. No sé cómo explicarlo con palabras, pero lo que siento por ti ha sido como un fuego lento que arde en mi interior. Al principio, fue solo una chispa de curiosidad, pero con cada encuentro, cada gesto, cada palabra tuya y cada mirada, ese fuego se ha ido avivando, creciendo y ocupando más espacio en mi corazón, y ahora ya no puedo apagarlo. Ni tampoco quiero hacerlo.

Theo volvió a coger aire y se inclinó más hacia ella, posicionando ambos codos sobre sus rodillas.

—Cuando te besé... cuando ocurrió yo... Fue mucho más de lo que imaginé. Fue sublime, y yo supe... supe que estaba perdido, supe que no podría estar con nadie más. Que no quería estar con nadie más. Al principio no asimilé que aquello fuera amor —dijo Theo con la voz entrecortada, desplegando una sonrisa tan encantadora que Camille sintió cómo su corazón daba un brinco y su resolución comenzaba a ablandarse. Sin embargo, no dijo nada. Seguía hipnotizada por sus palabras—. No sabía lo que sentía. Sabía que te deseaba, por supuesto. Sabía

que te tenía afecto y que no quería lastimarte. Y también sabía que tenía que casarme contigo. Y antes de que creas que tiene que ver solo con mi honor, que sí, no negaré que lo hubiera hecho con cualquier mujer a la que hubiera comprometido, la razón por la que quiero casarme contigo es porque ya no imagino una vida sin ti.

»No puedo imaginarme contándole a alguien más cómo me siento. No puedo imaginar una vida en la que no pueda contar con tu compañía. Estoy eterna y perdidamente enamorado de ti. Te amo, Camille Donegall. Te amo, y me siento frustrado por no haberlo visto desde un inicio, porque siempre estuvo ahí, y siempre fuiste tú.

Para ese momento, Camille sabía que sus ojos estaban inundados de lágrimas que amenazaban con salir. Nunca esperó que Theo realmente estuviera enamorado de ella. Incluso cuando tuvo la ilusión de que algo así pudiera ocurrir, una parte de ella seguía sin creer que fuera posible. Pero ahí estaba, el hombre al que había amado en secreto durante años, declarándole su amor, y ella simplemente no era capaz de hablar.

Tampoco sabía cómo sentirse. Estaba extasiada, sorprendida, feliz y asustada al mismo tiempo. Había esperado años por este momento, creyendo que nunca llegaría, y ahora que estaba sucediendo, que Theo estaba frente a ella declarándole su amor, no podía simplemente disfrutarlo. Todo se complicaba debido a la situación desastrosa en la que se encontraba y, decidiera lo que decidiera, alguien saldría herido y afectado. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

Theo la seguía mirando, con los ojos vidriosos y la espalda aún inclinada, esperando algún tipo de respuesta de su parte. Pero ¿qué podía responder Camille a tal declaración? Sabía que, si le decía que lo amaba, todo quedaría zanjado. Podrían ser felices, casarse y seguramente tener la vida que siempre soñó. Pero eso destrozaría a Thomas, un hombre que había sido honesto con ella y que esperaba convertirla en su esposa. Sin contar con que también defraudaría a sus padres, y que estos, junto con Emma y lady Kirktlard, se verían envueltos en el escándalo que todo ello acarrearía.

Su corazón comenzó a latir con más fuerza y el pecho se le contrajo debido al dilema que se le presentaba por delante. ¿Era su propia felicidad más importante que la felicidad de las personas que amaba y apreciaba?

—Camille... —susurró Theo con voz trémula.

No. No eran más importantes, pero lo eran en igual medida.

—Yo también te amo.

Listo, lo había dicho. Las lágrimas contenidas habían comenzado a caer por su rostro y Camille sintió como un fuerte peso comenzaba a desprenderse de ella, y decidió proseguir. Necesitaba dejar salir todo lo que sentía, a pesar de las consecuencias que podría conllevar. Era el momento. Theo había sido sincero con ella, y ella necesitaba ser sincera con él y consigo misma.

—Te amo Theodore Kirktlard —dijo repitiendo su declaración—. Te he amado por años, en realidad —Hizo una breve pausa—. Te amo más de lo que hubiera creído ser capaz de amar. Te amo tanto que a veces me duele —había comenzado a sollozar—, especialmente estas últimas semanas, en las que no sabía cómo sentirme respecto a lo que estaba pasando entre nosotros. Te amo por la forma en la que siempre me has hecho sentir. Te amo por tu carisma, por tus sonrisas, por la forma en que eres con todos a tu alrededor. Te amo, incluso a pesar de que mi mente me decía que debía dejar de hacerlo.

—Camille, yo...

—Por favor, déjame terminar —lo interrumpió—. Necesito sacarlo todo, porque no sé si

después seré capaz de hacerlo.

Él asintió, dejando escapar una sonrisa, y ella se dio cuenta de que también estaba sonriendo, a pesar de que su rostro seguramente ya estaba enrojecido e hinchado por las lágrimas que aún caían. Theo extendió una de sus manos para secarlas con delicadeza, y Camille se permitió sentir su mano firme y cálida en su rostro antes de proseguir.

—Te amo, Theo. Creo que ya te ha quedado claro —dijo, volviendo a sonreír—. Y seré sincera, nunca esperé que te enamoraras de mí. Lo soñé, sí, millones de veces. Pero nunca creí que ocurriría, que podría captar tu atención, que me mirarías de otro modo. Cuando volviste a Londres, creía que ya había superado el amor que sentía por ti... Sir Thomas había comenzado a cortejarme desde el inicio de la temporada, y de verdad estaba preparada para decirle que sí. Hace años que sabía que quería casarme y tener mi propia familia, y ya había perdido la esperanza de que tú me quisieras.

Bajó de pronto la mirada, concediéndose un momento para respirar.

—Pero cuando nos reencontramos y las cosas comenzaron a cambiar entre nosotros, me ilusioné. Todo lo que ocurrió en Garden Hall fue tan especial y nuevo para mí, que me permití creer que podía ser posible, que quizás habías comenzado a verme de otro modo, pero... —señaló, deteniéndose y volviendo a alzar la mirada. Él la observaba con atención. Tenía el rostro serio otra vez—, cuando tras el baile te escuché en tu despacho, diciéndole a tu madre que no planeabas casarte, la desilusión fue tan fuerte que tuve que irme. Sabía que, seguramente, te casarías conmigo si te decía algo, pero no quería que lo hicieras por compromiso. No quería que despertaras cada día odiando la idea de estar atado a mí de por vida. No podría soportarlo —afirmó, volviendo a derramar algunas lágrimas—. Entonces, regresé a Londres y acepté la propuesta de sir Thomas. Lo demás ya lo sabes.

—Lo siento —dijo Theo enseguida, poniéndose de rodillas frente a ella—. Lamento que hayas tenido que escuchar eso. Esa noche mi madre me estaba insistiendo acerca de un posible compromiso con Samantha, y no encontré otra manera de detenerla que asegurarle que no quería casarme. Nunca imaginé que tú estarías escuchando esa conversación. Planeaba hablar contigo al día siguiente para proponerte matrimonio y decirte que deseaba comenzar a cortejarte formalmente cuando regresáramos a Londres, pero cuando volví esa tarde ya te habías ido. Si hubiera sabido lo que estaba ocurriendo, habría regresado a Londres de inmediato en tu búsqueda.

Theo tomó sus manos entre las suyas y las acarició. Sintió una agradable sensación de calidez en su cuerpo, y, por primera vez en toda la conversación, logró relajar su postura. Al fin todo comenzaba a tomar forma en su mente; sin embargo, seguía siendo igual de complicado que cuando se despertó esa mañana.

—No quería decirte lo que había escuchado, solo quería alejarme. Fui una tonta. Si hubiera actuado de manera distinta, no estaríamos en esta situación. Ahora todo es tan complicado que no sé qué hacer, Theo. Te amo, pero no sé cómo arreglar todo esto —expuso con desesperación, comenzando a sentir nuevamente la angustia en su interior.

—Vamos a salir juntos de esta situación, te lo prometo —añadió Theo besando una de sus manos—. Solo necesito que me digas que te casarás conmigo. Por favor, Camille Donegall, hazme el hombre más afortunado del mundo y dime que aceptarás ser mi esposa, porque ya no puedo concebir mi existencia sin ti a mi lado.

Camille lo miró y vio en los ojos de Theo todo lo que necesitaba, todo lo que siempre había deseado para sí misma. A pesar de las dudas, de la angustia y la culpa que no cesaba, decidió creer que todo podría resolverse, que encontrarían el modo de solucionar aquella situación y que

podría al fin ser feliz con el hombre al que amaba. Suspiró, y sintió como de pronto su respiración volvía a estar en calma y era regular.

—Acepto ser tu esposa, Theodore Kirtklard —respondió Camille, aún con lágrimas en los ojos—. Acepto pasar el resto de mi vida amándote.

No pudo decir más, porque Theo, quien ya se había puesto de pie, tiró de ella haciéndola levantarse de su asiento, y encerró su rostro entre sus manos para besarla. Fue un beso lento, menos apasionado que los anteriores, pero cargado de tantos sentimientos, de la certeza de un amor compartido, que Camille deseó detener el tiempo en ese instante.

—Te amo —susurró él sobre sus labios. Y, por primera vez en mucho tiempo, Camille se permitió entregarse a la felicidad que tenía enfrente.

CAPÍTULO 22

LIONS HOUSE. LONDRES, 1821.



Promesas en espera

Luego de pasar unos minutos más con Theo, besándose y declarándose su amor, ambos jóvenes tuvieron que separarse y acordar cómo solucionarían la situación que los aquejaba. Theo se había ofrecido a hablar con sir Thomas y con sus padres para aclarar todo y enfrentar junto a Camille la ruptura de su compromiso. Sin embargo, Camille se había negado, insistiendo en que ella misma debía hablar con Thomas y darle una explicación por dejarlo plantado a tan pocas semanas de la boda. Después de mucha insistencia, logró convencer a Theo de que le diera unos días para hablar con su actual prometido, y luego podrían ir juntos a hablar con los padres de Camille y fijar la fecha de su boda.

Una vez que habían acordado el plan, Camille se sintió más tranquila, con su cuerpo más liviano. Sabía que sería difícil llevarlo a cabo, y que sería doloroso hablar con Thomas, pero la esperanza de empezar una vida junto a Theo era algo por lo que valía la pena esforzarse.

Después de finalizar su conversación, Theo fue en busca de Emma y del duque de Lions, quienes aparecieron en el salón pocos minutos después. Emma corrió inmediatamente hacia Camille para abrazarla y expresarle su alegría, y el duque felicitó a Camille por sus inminentes nupcias. Los cuatro continuaron hablando y riendo durante un rato más, y luego acordaron que Camille y Emma se retirarían juntas de Lions House para evitar comentarios indeseados. En menos de cinco minutos, todo quedó organizado, y ambas salieron de la mansión acompañadas de sus doncellas y se dirigieron hacia la casa de Camille.

—No puedo creer que todo esté resuelto al fin —comentó Emma mientras caminaban—. Por favor, dime que la declaración de Theo fue lo suficientemente romántica.

—Aún no está todo resuelto, Em —le recordó a su amiga—. Pero sí, la declaración de Theo fue hermosa. Realmente nunca esperé que me dijera que estaba enamorado de mí. Al principio pensaba que intentaría convencerme, decirme que lo mejor era que me casara con él debido a todo lo que ha ocurrido entre nosotros, pero fue tan sincero... —dijo comenzando a emocionarse nuevamente—. Me explicó cómo había sido todo para él, cómo luchó contra sus sentimientos por mí porque no los entendía y no quería lastimarme. No pude hacer otra cosa que aceptar... No te voy a mentir, todavía me preocupa lo que sucederá con Thomas y cómo reaccionará, pero amo a Theo. Amo a tu hermano, y él me ama a mí. No quiero perder la oportunidad de ser feliz a su lado.

—Todo saldrá bien, estoy segura. Si le explicas todo a sir Thomas, él lo entenderá. Parece ser un hombre comprensivo, estoy segura de que encontrarán la manera de resolverlo.

—Desearía tener tu confianza.

—¿Cuándo planeas hablar con él? —le preguntó su amiga, ignorando lo que acababa de decir.

—Mañana. Nos encontraremos para visitar una nueva exposición en la Galería Somerset, pero no creo que sea el mejor lugar para hablar con él. Habrá mucha gente, y no me parece apropiado. Intentaré hacerlo cuando me lleve de regreso a casa.

—Tienes razón, romper con él en medio de una exposición no parece la mejor idea —dijo Emma riendo—. Verás cómo en pocos días todo estará resuelto. Además, todavía quedan varias semanas para la boda, no es como si faltaran dos días. Ha habido escándalos peores.

Camille la miró de reojo, divertida por los intentos de su amiga por tranquilizarla. Pero tenía razón. Todavía quedaba tiempo y, por lo que había llegado a conocer a Thomas en las últimas semanas, sabía que era un hombre bueno y comprensivo.

—Cambiano de tema —comenzó a decirle Emma—, me disculpo si te asusté con la nota que te envié, pero no se me ocurrió ninguna otra manera de convencerte para que vinieras a verme. Theo estaba seguro de que no lo recibirías en tu casa, y yo sabía que, si te citaba a tomar el té en Kirtklard House, buscarías una manera de rechazarme. Así que lord Lions creyó que era una buena idea inventarnos que estaba en su casa en una situación de emergencia para persuadirte de que vinieras.

Camille se rio a carcajadas, recordando todas las ideas que pasaron por su mente cuando leyó la carta.

—Bueno, definitivamente acertaron —añadió Camille, ya más calmada—. Debo ser sincera contigo, no le encontraba sentido a la situación. No podía concebir qué podría haber ocurrido para que te encontrases en casa del duque y me escribieras desde allí, especialmente considerando el rechazo que sientes por él.

—Sigue pareciéndome un sinvergüenza y un canalla, eso no ha cambiado —dijo Emma de manera despectiva—. Pero hemos hecho una tregua temporal. Soy lo suficientemente madura para reconocer que fue de ayuda y que se comportó como un buen amigo con Theo.

Percibió cómo Emma cambiaba por completo su tono de voz y su expresión al decir esto último, pero decidió dejarlo pasar.

Continuaron caminando y conversando hasta llegar a su casa, donde Emma se despidió de ella, declinando la invitación a entrar que Camille le había extendido. Le explicó que ya se había ausentado toda la mañana de su casa, y que seguramente su madre comenzaría a preguntarse dónde se encontraba. Se dieron un abrazo de despedida y Camille entró en su casa, dispuesta a pasar la tarde reflexionando sobre cómo encararía la conversación con Thomas.



Al día siguiente, Camille estaba preparada, esperando la llegada de Thomas. Él le había avisado la tarde anterior que la recogería a las once de la mañana para asistir a la inauguración de la exposición del joven artista Sebastian Davenport en la Galería Somerset.

Estaba nerviosa. Quería creer que todo saldría bien, que Thomas comprendería su situación,

pero, al mismo tiempo, su propia sensación de culpa no la dejaba tranquila.

Habían pasado alrededor de diez minutos cuando Peter anunció que sir Thomas la estaba esperando para salir. Camille, seguida de Ana, se encaminó hacia el recibidor. Cuando se encontró de frente con Thomas, este hizo un saludo de cabeza para luego acercarse a ella, tomar una de sus manos y besarla.

—Camille, buenos días —comentó él con un tono gentil pero formal—. Hace un día realmente hermoso afuera.

—Buenos días, Thomas. Ya estoy lista —respondió intentando contener su nerviosismo, apretando el pequeño bolso que tenía entre sus manos—. Si gustas, podemos encaminarnos hacia la exposición. No quisiera hacerte esperar, sé lo interesado que estás en ver las obras de este nuevo artista.

—Oh, por supuesto que estoy interesado, pero no hay nada que me interese más que pasar un rato agradable junto a mi futura esposa.

Camille intentó sonreír, sin demasiado éxito. No sabía cómo fingiría durante toda la exposición que todo estaba bien cuando, en realidad, planeaba romper el compromiso, pero tendría que hacer su mejor esfuerzo. Rápidamente él le ofreció su brazo y se encaminaron juntos hacia la salida.



Theodore había despertado de buen ánimo. Había dormido bien y se sentía complacido con la forma en que las cosas se habían resuelto el día anterior. Se casaría con Camille, y eso era todo lo que le importaba. La amaba, y ella lo amaba a él, y si tenía que ser honesto consigo mismo, nunca había esperado sentirse tan feliz por estar tan cerca de casarse. Seguramente, en otra época, se habría reído de sí mismo, pero ahora solo podía sentir dicha y una agradable sensación de serenidad al pensar que Camille se convertiría en su esposa y que nunca tendrían que volver a separarse. No había sido fácil, y aún no estaba todo resuelto, pero confiaba en que las cosas se pondrían pronto a su favor.

Mientras caminaba por uno de los pasillos de Kirtklard House, se encontró de frente con Emma, quien parecía lista para salir a algún lugar.

—¿Vas a salir? —preguntó Theo a su hermana, deteniéndose ambos en medio del pasillo.

—Sí —respondió Emma, parecía distraída—. Voy a ir con Harriet a una nueva exposición en la Galería Somerset. Me está esperando abajo en el salón con mamá.

—No sabía que te interesaba el arte —comentó Theodore sarcásticamente.

—Y no me interesa —puntualizó secamente su hermana—. Iré porque Camille asistirá con sir Thomas, y quiero estar cerca por si llegara a ocurrir algo. Me dijo que no hablaría con él allí, por supuesto, pero sé que está nerviosa con todo lo que está ocurriendo, así que quiero estar cerca por si me necesita.

La sensación de frustración volvió a aparecer de pronto, haciéndolo apretar la mandíbula mientras su espalda comenzaba a tensarse. Debería haber insistido más el día anterior, cuando Camille le pidió hablar a solas con sir Thomas para romper el compromiso. Él debería estar a su lado cuando eso ocurriera y protegerla de la reacción de sir Thomas. No es que esperara que le hiciera algo, Portman era un hombre tranquilo y, sin duda, un caballero en toda la expresión de la

palabra. Sin embargo, a cualquier hombre le disgustaría que su prometida lo dejara por otro, y podría ser cruel con sus palabras hacia ella. Al pensar en ello, un dolor punzante lo atravesó. Imaginar el dolor de Camille lo perturbaba y no lo dejaba pensar con claridad.

—Iré con ustedes —informó Theo a su hermana sin pensar demasiado en las implicaciones de su decisión. Necesitaba estar cerca de ella, necesitaba saber que podría protegerla si fuese necesario.

—Por supuesto que no irás, solo empeorarías las cosas, Theo —replicó Emma—. Camille se pondrá más nerviosa si te ve. No serías de ayuda, sino todo lo contrario.

—Emma, no puedo dejarla sola para enfrentarse a sir Thomas —protestó.

—No estará sola, yo estaré cerca. Además, ya te dije que no hablará con él hasta más tarde, cuando la vaya a dejar de vuelta a White House.

—Me sentiré impotente sin poder hacer nada, esperando hasta tener una respuesta —reconoció Theo, llevándose una mano a la cabeza mientras empuñaba la otra con fuerza.

—Eso es lo que harás. Lo siento, pero no permitiré que sigas complicando las cosas, Theo. Ya ha sido suficiente con todo lo ocurrido.

Sabía que su hermana seguía molesta con él de algún modo, y tenía razón en estarlo. Todo había sido responsabilidad suya. Así que decidió no discutir y acatar lo que ella le decía, poniendo toda su energía en intentar relajar su postura.

—Está bien —dijo finalmente—, pero avísame si pasa cualquier cosa, por más insignificante que creas que sea.

Su hermana asintió y luego se despidió de él para bajar a reunirse con Harriet.

Por su parte, Theo se dirigió a su despacho. Tendría que encontrar algo con qué entretenerse para no sucumbir al impulso de presentarse en la dichosa exposición a montar guardia.



A pesar de su nerviosismo, Camille se encontraba disfrutando de la exposición, la cual resultó mucho más interesante de lo que había esperado, lo que fue una distracción muy bienvenida en esos momentos. Habían dado varias vueltas, deteniéndose a mirar diversas pinturas y saludado a algunos de los asistentes. Thomas se detenía en algunas obras para expresar sus impresiones, lo cual, en otro momento, tal vez la hubiera aburrido, pero en esa ocasión le resultó agradable. Era evidente que él estaba disfrutando, y resultaba contagioso. Además, les permitía hablar de algo ajeno a su relación, por lo que Camille no tenía que estar todo el tiempo preocupada por qué decir para no delatarse.

Se detuvieron frente a un cuadro que colgaba imponente, sin nada más a su alrededor. Era un paisaje bucólico, un rincón de ensueño que parecía escapar de las páginas de un cuento de hadas, y Camille lo miró hipnotizada. Los colores suaves y delicados creaban una atmósfera etérea, y los tonos cálidos del atardecer se fusionaban con los verdes exuberantes de los prados, creando una paleta de colores armoniosa y reconfortante. No era una experta en pintura, pero parecía como si pudiera sentir la suave brisa acariciando su rostro mientras se adentraba mentalmente en la pintura.

Escuchó sin prestar demasiada atención algunos comentarios que Thomas hizo acerca de la obra y la técnica del artista, mientras permanecía cautivada por el sentido de calma y serenidad

que emanaba de la pintura. Le transmitía una sensación de paz interior, como si por un instante hubiera encontrado refugio en medio del bullicio de la galería.

Después de algunos minutos, continuaron caminando hasta que, a lo lejos, Camille divisó a Emma y Harriet, que se acercaban en su dirección. Intentó no mostrarse inquieta ante la aparición de su amiga, lo cual, inevitablemente, la llevaba a pensar en Theo y en su plan. Se preparó mentalmente para el encuentro y se dispuso a ser la primera en hablar una vez que los cuatro se detuvieron en medio de uno de los salones centrales de la galería.

—Emma, Harriet, ¡qué alegría verlas! —dijo Camille saludándolas.

—Señorita Kirtklard —saludó Thomas a Emma con una inclinación de cabeza, para luego dirigirse a Harriet—, señorita Kirtklard. Es un placer verlas.

—Camille, sir Thomas —saludó Harriet a Thomas con una reverencia.

—Sir Thomas —saludó Emma también, con una rápida reverencia a su acompañante—. Camille me ha hablado mucho sobre esta exposición debido a su recomendación, así que me animé a venir e invitar a mi querida prima, ya que es una apasionada del arte.

—Entonces espero que la disfruten —dijo Thomas con amabilidad, mirando hacia Harriet—. ¿Qué tipo de pinturas le interesan, señorita Kirtklard?

—En realidad, disfruto de todas por igual —respondió Harriet—, pero debo confesar que los paisajes bucólicos son uno de mis preferidos.

—Entonces, disfrutarás mucho de la exposición, Harriet —intervino Camille—. Ya hemos visto varios cuadros y estoy gratamente sorprendida con la destreza del pintor.

—Harriet —escuchó decir a Emma dirigiéndose a su prima—, deberías pedirle a sir Thomas, si no es mucha la molestia, que te enseñe algunas de las obras principales del artista. Sebastian, creo que se llama ¿no?

—Oh no —respondió Harriet apresuradamente, con rubor en las mejillas—, n-no es necesario.

—En realidad, no es ninguna molestia —dijo Thomas, dirigiéndose a Harriet con cortesía—. Lo haría encantado. Camille —dijo esta vez dirigiéndose a ella—, ¿te importa si doy una vuelta con la señorita Harriet? Quizás tú puedes quedarte unos minutos con la señorita Emma mientras tanto.

—Por supuesto —respondió—, no supone ningún problema para mí.

—¿Es-estás segura, Camille? —le preguntó Harriet con la voz entrecortada—. No... no quisiera incomodarlos ni interrumpir su salida.

—No nos incomodas, Harriet. Además, Thomas es un gran conocedor de arte y disfrutará explicándote aspectos de las pinturas que yo, por mi falta de habilidad y conocimiento, no logro comprender del todo.

Rápidamente las parejas de acompañantes se intercambiaron y Harriet se fue del brazo de Thomas a recorrer una de las alas de la galería. Camille sabía que aquello había sido un plan de Emma para quedarse a solas con ella; la conocía bien, pero aun así no dejaba de sorprenderle la capacidad de su amiga para lograr todo lo que se proponía. Emma la tomó del brazo y comenzaron a caminar juntas.

—Espero no haber sido tan evidente al enviar a Harriet con sir Thomas —comentó Emma mirándola de reojo—. Quería saber cómo te encuentras.

—Estoy bien, Emma. No era necesario que vinieras solo para asegurarte, pero te lo agradezco.

—No te dejaré sola en esto. Además, tenía que evitar que Theo lo arruinara todo. Me lo encontré cuando íbamos a salir de Kirtklard House y estuvo muy cerca de venir él también. Tuve

que detenerlo y convencerlo de que solo complicaría las cosas con su presencia.

Por un momento se imaginó a Theo allí, y su corazón se detuvo. Hubiera sido un desastre. No hubiera podido evitar mirarlo ni fingir delante de todos, especialmente de Thomas, si Theo hubiese ido. Ya de por sí era difícil hacerlo, pero su presencia después de todo lo que se habían dicho el día anterior en Lions House, hubiera sido insoportable.

—Hiciste bien Em. Gracias nuevamente —añadió, dándole una suave palmada en el brazo a su amiga—. Es mejor que no vea a Theo hasta que todo se resuelva.

—Deja de agradecerme.

—Nunca podré dejar de hacerlo. No sé si podría hacer lo que estoy haciendo si no tuviera una amiga como tú, que me hace sentir que soy capaz de todo y que merezco ser feliz.

—Claro que mereces ser feliz. Todos lo merecemos, en realidad, pero tú más que nadie.

Camille se giró hacia Emma y, sin pensarlo, le dijo lo primero que sintió.

—Te quiero, Emma Kirtklard, y espero que algún día tú también encuentres tu felicidad.

Ambas amigas se detuvieron unos segundos, aprovechando un espacio vacío entre la multitud, y se giraron para quedar la una frente a la otra. Se miraron a los ojos sosteniéndose la mirada y, de algún modo, sin utilizar palabras, se transmitieron todo el cariño que por años habían sentido la una por la otra.

Luego Emma tomó las manos de Camille entre las suyas y le sonrió, aun cuando pudo ver algo similar a la tristeza en los ojos de su amiga.

—Ya llegará mi turno —dijo Emma—. Por el momento, tenemos que concentrarnos en tu final feliz.

Ambas sonrieron y después continuaron caminando en silencio durante algunos minutos más. Había demasiada gente y no era seguro seguir hablando en voz alta.



Un rato después, cuando estuvieron a pocos pasos de reunirse con Thomas y Harriet de nuevo, Emma se acercó disimuladamente a su oído y le susurró.

—Escríbeme esta tarde después de que hables con sir Thomas. Estoy convencida de que, si no le entrego información a Theo antes del anochecer, irrumpirá en tu casa, y no sé si podré retenerlo otra vez.

—Haré lo posible —alcanzó a responder Camille antes de encontrarse con Thomas y Harriet.

Los cuatro conversaron durante un tiempo y después se despidieron. Camille continuó recorriendo la galería junto a Thomas y luego emprendieron el regreso hacia White House.

—Espero que hayas disfrutado de la exposición —le dijo Thomas mientras caminaban de regreso.

—Lo hice, más de lo que esperaba, en realidad —respondió Camille—. Fue un acierto haber venido. Gracias por la invitación.

—Gracias a ti por aceptarla. ¿Cómo van los preparativos de la boda? —le preguntó Thomas, haciéndola sentir de pronto tensa—. Espero que no estés muy agobiada. Siempre es peor para las mujeres.

—Estoy bien, en realidad. Como sabes, es mi madre quien está encargándose de todo —respondió, intentando dar por zanjado el tema. No le parecía oportuno hablar de una boda que

sabía que no se realizaría. Eso solo la hacía sentir más culpable, así que decidió cambiar de tema. Necesitaba ganar tiempo hasta llegar a su casa, donde esperaba poder hablar con él—. ¿Cuál fue tu cuadro favorito? Sin duda, el mío fue la pintura del paisaje que tenía las vistas de una pradera al atardecer.

—También fue uno de mis preferidos —respondió Thomas con entusiasmo—. Pero el que más llamó mi atención y, por consiguiente, fue mi preferido, fue «El Refugio de la Naturaleza». No sé si lo recuerdas, fue uno de los últimos cuadros que vimos antes de retirarnos. Era un paisaje que mostraba un prado verde y exuberante, salpicado de flores silvestres en colores vibrantes, donde el sol brillaba en lo alto, bañando todo el entorno con una cálida luz dorada y, en el centro del lienzo, un pequeño riachuelo serpenteaba, reflejando el cielo azul sin nubes.

—Creo que, con una descripción tan detallada, sería imposible no recordarlo —puntualizó Camille—. Recuerdo que me llamaron la atención las pinceladas suaves y delicadas que daban vida a cada elemento del paisaje, así como la combinación de colores, desde los tonos vivos de las flores hasta los verdes y azules de la vegetación. En verdad, todos los cuadros eran realmente hermosos.

—Sí, en efecto, pero este en particular me hizo sentir una fuerte conexión. Creo que me recordó un lugar al que no he ido desde hace muchos años —comentó Thomas, dando a Camille la sensación de que había cierta melancolía en su voz—. En fin, disfruté mucho de la exposición y, particularmente, de tu compañía.

Camille sonrió incómoda. Ya estaban cerca de su casa, así que se armó de valor y le dijo:

—Thomas, hay algo que necesito hablar contigo, algo importante. No sé si tendrías tiempo de acompañarme unos minutos cuando lleguemos a mi casa para conversar a solas.

Listo, había dado el primer paso. Sintió un fuerte escalofrío, pero mantuvo su postura. Ahora solo faltaba esperar la respuesta de su aún prometido.

—Lamentablemente, hoy no podré —contestó Thomas. Una súbita decepción la embargó, llevaba horas preparándose para hablar con él. Pero continuó escuchándolo con atención—. Mientras paseaba con la señorita Kirtklard, me encontré con un viejo amigo y quedamos de acuerdo en reunirnos después de dejarte en tu casa. Pero puedo cancelarlo si es importante para ti.

—No —se apresuró a responder Camille, casi con un ladrido—. No te preocupes. ¿Crees que podrías visitarme mañana? Preferiría que tuviéramos tiempo para hablar con calma. Es algo importante y no quisiera dejar pasar más tiempo.

—Por supuesto, te visitaré después de la hora del desayuno, si te parece bien. ¿Pasa algo, Camille? ¿Debería preocuparme? —preguntó Thomas con cierta inquietud en la voz.

Camille dudó unos segundos antes de responder. No quería asustarlo ni ponerlo en alerta, pero tampoco podía negar que algo estaba ocurriendo. Así que decidió decir lo primero que se le vino a la mente sin darle demasiadas vueltas.

—Tranquilo, lo conversaremos mañana. Estoy segura de que no pasará nada por esperar un día más —respondió, intentando sonar tranquila.

Aunque Thomas no pareció muy satisfecho con su respuesta, asintió y retomó la conversación.

—Quería aprovechar para comentarte que ya di las órdenes para comenzar algunas de las reformas y remodelaciones que te mencioné hace unos días. Espero poder mostrártelas cuando estén listas y que sean de tu agrado. Según mi administrador, deberían demorar algunas semanas, por lo que seguramente estarán listas después de la boda. Hubiera deseado que fuera antes, pero no será posible.

Camille volvió a sentir una punzada de culpa en su interior, pero la eliminó de su mente e intentó recuperarse rápidamente para luego responder.

—No hay problema, Thomas. No tienes que preocuparte por mí.

—Serás mi esposa, por supuesto que me preocupo por ti, Camille. Deseo que seas feliz en el que será nuestro hogar, que estés cómoda en él y puedas hacerlo tuyo también.

Camille deseó echarse a llorar en ese preciso instante. Y se odió a sí misma por involucrar a Thomas en todo aquel asunto. Él no se lo merecía. Desde el principio se había preocupado por ella, le había brindado su atención, se había mostrado amable, caballeroso y sincero. Le había propuesto matrimonio y protección. Y Camille solo lo retribuía con mentiras y engaños. Sabía que no era una mala persona, lo sabía de verdad, pero en esos momentos no podía evitar sentirse como la peor mujer de toda Inglaterra.

—Gracias, Thomas. De verdad, gracias por todo —dijo Camille, aun sintiendo las lágrimas contenidas en sus ojos.



Una vez en su habitación, Camille aprovechó para escribir una nota a Emma, avisándole de que no había logrado hablar con Thomas ese día y que lo haría al día siguiente. Esperaba que con eso Theo se mantuviera tranquilo y no interviniera. Luego de entregarle la carta a Ana para que la hiciera llegar lo antes posible a Kirtklard House, bajó a almorzar con sus padres.

A la mañana siguiente, Camille se levantó temprano y se vistió con un sencillo vestido celeste. Bajó a desayunar y luego se instaló en uno de los salones privados del segundo piso para avanzar con el libro que había comenzado el día anterior mientras esperaba la llegada de Thomas.

Minutos después, escuchó la puerta sonar y enseguida esta se abrió y Ana ingresó en el salón con lo que parecía ser una nota entre las manos.

—Milady, ha llegado esto de parte de su prometido. Lo acaba de entregar un mensajero y dice que es urgente.

Camille tomó la nota que Ana le estaba extendiendo y la abrió de inmediato. ¿Qué habría pasado? ¿Habría tenido Thomas algún inconveniente de última hora para presentarse a su cita? Una sensación de inquietud comenzó a recorrer su cuerpo. Leyó la nota, la cual solo contenía un puñado de palabras, y cuando terminó, dejó caer ambas manos de golpe. En ese momento, Camille sintió que todo volvía a desmoronarse a su alrededor.



Eran cerca de las seis de la tarde y Theodore estaba terminando de firmar unos papeles que le había dejado su administrador, con quien había estado trabajando durante la tarde, y se disponía a subir a su habitación para cambiarse de ropa. Esa noche había un baile al que había declinado asistir, ya que no tenía ánimos de interactuar con nadie, y aún no había recibido ninguna nota de

Camille, quien se suponía que hablaría con sir Thomas esa mañana. Estaba comenzando a inquietarse.

De camino a su habitación se encontró con Emma, quien, al parecer, percibió su inquietud y se detuvo a hablar con él.

—Theo, ¿podrías tranquilizarte? Madre ya me ha preguntado dos veces qué te pasa y he tenido que mentirle —lo regañó su hermana—. Ya te dije que Camille se comunicaría con nosotros, dale tiempo.

Theodore soltó un gruñido.

—Estoy preocupado, ya deberíamos tener noticias de ella.

—Puede que se le haya olvidado —dijo Emma dubitativa—. O...

—Eso no te lo crees ni tú, Emma —la interrumpió Theodore—. Tengo que verla.

—¿Qué? ¡Te has vuelto loco! —exclamó su hermana—. Acordamos que esperaríamos.

—No creo que pueda seguir esperando ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si Portman la ha amenazado para que no terminara el compromiso o...?

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo, Theo? ¿De verdad crees que sir Thomas le haría algo así a Camille? —le dijo Emma con actitud altiva, sin dejarle terminar de hablar. En realidad, no creía que Portman fuera capaz de eso, pero la falta de respuestas estaba comenzando a nublar su juicio. Theo no respondió, por lo que Emma volvió a tomar la palabra—. Te aseguro que todo está bien. Esta noche iré con madre al baile del vizconde y la vizcondesa de Beaumont, y seguro que me la encontraré allí. Así que descuida, hablaré con ella y sabré qué está pasando.

—Está bien —respondió tras un suspiro—. Y, gracias...

—No hay de qué. Pero me debes bastantes favores, así que pensaré detenidamente cómo te los cobraré en el futuro.

—Pensaba que lo hacías desinteresadamente.

—Por Camille sí, pero por ti no.

—Soy tu hermano —le reclamó Theodore—. Tu hermano mayor, para ser más precisos.

—Eso ya lo sé, gracias, no tienes que recordármelo —señaló Emma sarcástica—, pero aún estoy molesta contigo por cómo actuaste con Camille. La expusiste a toda esta situación. Si no fuera porque creo en tu amor hacia ella, no te volvería a dirigir la palabra. Tendrás que reparar todo esto que has causado, Theo. Hazla feliz, o desearás no tenerme como hermana y querrás deshacerte de mí.

—No negaré que cada tanto lo he deseado —respondió bromeando—. Pero lo haré, la haré feliz, te lo prometo.

Vio a Emma asentir, para luego añadir:

—Tengo que ir a cambiarme de ropa, estoy atrasada y madre comenzará a gritar en cualquier momento.

—Estaré esperando en el despacho cuando regreses —añadió, antes de que ambos continuaran sus caminos.



Pasaron varias horas mientras esperaba a que su madre y su hermana regresaran del baile en casa de los vizcondes de Beaumont. Theodore intentó distraerse, pero nada surtía efecto. Intentó leer,

trabajar e incluso pensó en salir a dar una vuelta, pero finalmente optó por no hacerlo, dudaba de su capacidad para controlarse y no ir a buscar respuestas por sí mismo.

Cuando ya eran pasadas las dos de la madrugada, comenzó a escuchar ruidos. Parecía que su madre y Emma habían regresado más temprano de lo habitual. Esperó en el despacho y, media hora después, escuchó a alguien tocar a la puerta. Era Emma, quien rápidamente entró en bata al despacho y se acercó a él mientras comenzaba a hablar.

—No asistió al baile —dijo Emma apresuradamente y con cierta agitación en la voz.

—¿Cómo que no asistió al baile? —preguntó él, poniéndose de inmediato de pie.

—Camille no asistió.

Theodore golpeó con fuerza el escritorio. Se sentía cada vez más abrumado por la frustración. Ya estaba comenzando a cansarse de esa sensación. Acomodó su postura, afirmándose con ambas manos sobre el escritorio, y dejó caer todo su peso sobre el pesado mueble.

—Te dije que algo pasaba...

—¡No lo sabemos, Theo! —exclamó Emma intentando mantener un tono de voz bajo—. Te pido por favor que por el momento intentes controlarte, o madre nos descubrirá.

Theodore apretó las manos en un puño, las cuales seguían sobre el escritorio, y se quedó mirando hacia abajo durante unos segundos, tratando de pensar en qué hacer. Su corazón palpaba con fuerza y comenzaba a sentir una fuerte tensión en la cabeza.

—Theo... —dijo Emma en un tono dubitativo, acercándose al escritorio—. Sé que estás preocupado. La verdad es que yo también he empezado a preocuparme un poco, pero no podemos hacer nada esta noche. Mañana iré temprano a White House a visitarla y averiguar qué ha pasado, ¿te parece?

Luego de algunos segundos de reflexión, respondió a su hermana, levantando la cabeza para mirarla.

—Está bien, tienes razón.

En realidad, no tenía otra alternativa, a menos que se arriesgara a ir a la casa de Camille para irrumpir en su cuarto en mitad de la madrugada. Aunque si no fuese por la presencia de su hermana, no estaba seguro de que hubiese podido contenerse.

—Es mejor que te vayas a acostar —le dijo Emma—. Debes de estar cansado y ya es tarde.

—No haré nada, Emma. Puedes irte a dormir tranquila. Esperaré hasta mañana, solo quiero tomarme un último vaso de whisky y luego me iré a acostar.

Le pareció que Emma dudaba por unos segundos, pero asintió.

—Buenas noches —le dijo finalmente su hermana antes de retirarse.

Una vez que Emma salió del despacho, Theodore procedió a servirse su último trago de whisky, tal como le había dicho a Emma que haría. Lo bebió lentamente, dejando que el licor quemara su garganta.



Al día siguiente, Theodore se levantó temprano y desayunó con su madre y su hermana. Emma apenas terminó de comer y beber su té, se disculpó y anunció que saldría a visitar a Camille. Él, por su parte, decidió que saldría a dar una vuelta para despejarse. Después de todo, Emma

tardaría al menos una o dos horas en su visita a la casa de Camille, así que no pasaría nada si él aprovechaba para dar un paseo.

Mientras caminaba por el parque, Theodore se encontró con Rhyan junto a su esposa, lady Seraphine, quienes compartieron con él la reciente noticia de que serían padres y lo invitaron a almorzar a Tayron House. Meditó durante unos segundos su respuesta. La verdad era que estaba muy feliz por su amigo, pero no quería ausentarse tantas horas de su casa mientras esperaba que su hermana regresara con respuestas. Sin embargo, lady Seraphine insistió y no tuvo más opción que aceptar la invitación.

El almuerzo fue ameno. Era evidente que Rhyan y lady Seraphine estaban rebosantes de felicidad por la noticia, y Theodore sintió una genuina alegría por ellos. Brindaron, rieron y compartieron algunas anécdotas, además de deleitarse con la exquisita comida preparada por la cocinera de Rhyan.

Varias horas más tarde, cuando Theodore estaba entrando al vestíbulo de Kirtklard House, Emma apareció repentinamente, asustándolo.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Emma—. Te he estado esperando, pensaba que te encontraría aquí cuando volviera.

—Salí a dar un paseo —le señaló—. En el parque me encontré con Rhyan y su esposa, y me invitaron a almorzar. ¿Qué ha pasado? ¿Hablaste con Camille?

—No —respondió su hermana de manera cortante—. Peter me informó de que no estaba en casa y no sabía cuándo regresaría. Al parecer, salió con lady Donegall muy temprano.

La desesperación volvió a apoderarse de su cuerpo de golpe, haciéndolo sentir impotente.

—Iré a verla —dijo con férrea determinación, moviéndose bruscamente para darse la vuelta y salir de nuevo—. Ya deben de haber vuelto.

—No puedes presentarte allí sin una excusa, Theo. —Emma lo tomó del brazo para retenerlo—. Si Camille sigue comprometida, se formará un problema —añadió su hermana, mirándolo con preocupación.

—Te aseguro que eso es lo que menos me importa en estos momentos —le respondió con firmeza. Tenía que hacer algo, no podía seguir esperando sin tener noticias de Camille.

—Le dejé una nota —dijo Emma—. Le pedí a Peter que se la entregara apenas Camille volviera, así que estoy segura de que tendremos noticias de ella pronto.

—Dos horas —declaró—. Dos horas y ni un minuto más, eso es todo lo que esperaré. Si no recibes una respuesta en ese tiempo, me presentaré en su casa, y te aseguro que no saldré de allí sin haber resuelto esta situación.

Theodore se soltó de su hermana y se dirigió a su despacho, donde se encerró a esperar lo que serían las dos horas más largas de su vida.



Cuando faltaban quince minutos para que se cumpliera el plazo que Theodore se había autoimpuesto, escuchó cómo la puerta se abría y Emma entraba casi corriendo al despacho, sin tocar ni anunciarse. Él se incorporó en su silla y se preparó para recibir la información que su hermana seguramente le traía.

—Me acaban de entregar una nota proveniente de White House —anunció Emma—. No

quise leerla, vine corriendo a traértela en cuanto la recibí.

—Ábrela —ordenó, sintiendo una tensión creciente adueñarse de su cuerpo.

Su hermana procedió a abrir la nota y luego comenzó a leerla. Al parecer, era muy corta, ya que Emma no tardó en bajar las manos, acercarse al escritorio y entregársela a Theodore, quien la tomó entre sus manos y luego la leyó.

Querida Emma,

No podré seguir con el plan, lo siento. Sir Thomas ha sufrido un accidente.

No dejes que T. haga nada hasta que vuelva a contactarte, prometo que lo haré en la mayor brevedad posible.

Tu querida amiga, Camille D.

Theodore dejó caer la nota sobre el escritorio y se mantuvo en silencio, con la mirada expectante de Emma frente a él. No se movió, y su cuerpo permaneció rígido. Por supuesto que haría algo. Se había pasado toda la vida sin tener algo por lo que esforzarse, algo por lo que luchar, y ahora que lo tenía, ahora que tenía a Camille y la amaba más que a cualquier otra persona en el mundo, no permitiría que nada se interpusiera en su camino.

CAPÍTULO 23

WHITE HOUSE. LONDRES, 1821.



Te encuentro en el tiempo

Era bien entrada la noche y Camille estaba en su cuarto, sentada en su cama, a punto de acostarse a dormir. Ana se había retirado hacía apenas cinco minutos, después de ayudarla a desvestirse, ponerse el camisón y trenzarle el cabello. Había sido un día largo, al igual que el anterior, y Camille solo quería cerrar los ojos y descansar. Estaba realmente exhausta.

Todo se había complicado desde la mañana del día anterior cuando recibió una nota del ayudante de cámara de Thomas, informándole que este no podría asistir a su cita debido a que había sufrido un accidente. Camille se sobresaltó y rápidamente informó a su madre de la situación, por lo que partieron juntas hacia la casa de Thomas para averiguar sobre su estado de salud.

Al llegar allí, Camille descendió del carruaje sin esperar a que su madre la siguiera y se acercó a la puerta de la elegante residencia de estilo georgiano, ubicada en el área de St. James's, que se presentaba frente a ella. Tocó a la puerta y enseguida un mayordomo la recibió. Camille le señaló que era la prometida de sir Thomas y, sin más preámbulos, el mayordomo las hizo pasar al hall de entrada.

Nunca antes había estado en la casa de Thomas, y a pesar de que él le había hablado de ella en varias ocasiones, nunca se había detenido a pensar cómo sería. Al adentrarse en ella, Camille pensó que era una residencia muy sofisticada. A ambos lados del amplio vestíbulo se alzaban imponentes estatuas de mármol, las cuales observó mientras seguía al mayordomo de Thomas, con su madre pisándole los talones. Avanzaron por uno de los pasillos, donde Camille pudo ver cómo las paredes estaban cubiertas con un exquisito papel mural de diseño floral en tonos suaves. ¿Realmente Thomas vivía allí? No entendía por qué querría hacer remodelaciones si todo parecía perfectamente armonioso.

Finalmente, el mayordomo se detuvo frente a una imponente puerta de madera, la cual abrió, invitándolas a entrar y pidiéndoles que esperaran allí unos minutos para anunciar su llegada al ayudante de cámara de sir Thomas, que sería quien las recibiría. Camille ingresó a un majestuoso salón de generosas proporciones, y no pudo evitar admirar las altas ventanas vestidas con cortinas de seda en tonos suaves que dejaban entrar la luz natural, iluminando el espacio. Se sentó junto a su madre en uno de los sillones de terciopelo, cuyo suave tono verde pastel destacaba y ambas permanecieron en silencio durante unos minutos, hasta que apareció el señor

Givens, quien se presentó como el ayudante de cámara de sir Thomas.

El señor Givens les explicó que sir Thomas había sufrido una fuerte caída cuando se disponía a salir para cumplir con su cita con Camille y que, como consecuencia, se había golpeado gravemente la cabeza. El médico ya lo había atendido y solo le había informado que sir Thomas se encontraba inconsciente, por lo que era necesario esperar para ver cómo evolucionaba. Camille, afligida por la situación, comenzó a llorar de inmediato. Su madre intentó consolarla dándole unas palmaditas en la espalda, asegurándole que sir Thomas se recuperaría pronto para poder continuar con los planes de la boda. ¡La boda! Para su madre lo único que importaba era la boda.

Cuando regresaron a White House, Camille se pasó toda la tarde encerrada en su habitación. Apenas comió la comida que Ana le había llevado y decidió no asistir al baile de los vizcondes de Beaumont cuando su madre irrumpió en su habitación esa tarde para recordarle que habían aceptado la invitación. Solo podía pensar en el bienestar de Thomas y en la culpa que volvía a sentir.

Si ella no le hubiera pedido que la visitara esa mañana, seguramente él no habría sufrido ese accidente. Si ella no estuviera enamorada de Theo, no tendría que romper el compromiso, y Thomas estaría bien. Eran ideas que no dejaban de aparecer en su mente, causándole un dolor fuerte y punzante en el pecho, aunque sabía que estaba siendo irracional. Había sido un accidente y no era culpa de nadie, en realidad. Sin embargo, y a pesar de ser consciente de ello, no podía dejar de pensar en cómo, de una forma u otra, era en parte responsable de que Thomas estuviera ahora inconsciente, luchando por su vida.

A la mañana siguiente, antes incluso de levantarse y desayunar, Ana entró a su habitación para entregarle una carta que acababa de llegar desde la casa de Thomas. Camille la abrió desesperadamente y la leyó. En ella, el señor Givens la informaba de que sir Thomas había tenido una buena noche, que el doctor lo había examinado y que había comenzado a mostrar signos de volver en sí, abriendo los ojos.

Una hora después, Camille y su madre estaban nuevamente de camino hacia la residencia de Thomas, donde fueron recibidas personalmente por el señor Givens. Él les informó de que, aunque Thomas todavía estaba débil, ya había logrado pronunciar algunas palabras y había ingerido agua y sopa. Camille se sintió aliviada, seguramente eso era un buen indicio. Su madre le permitió visitar a Thomas en sus aposentos durante unos minutos.

Camille entró en la habitación en silencio, tratando de hacer el menor ruido posible. Lo vio acostado en la cama con los ojos cerrados, se acercó a él, se sentó en una silla que estaba al lado, y se dedicó a observarlo durante algunos minutos en silencio. En todo ese tiempo, había desarrollado un sincero afecto por él, y sin duda lo consideraba un querido amigo, por lo que se permitió soltar algunas lágrimas que luego secó con su pañuelo.

De pronto, Thomas abrió lentamente los ojos; parecía desorientado, pero logró susurrar su nombre. Camille le pidió que no hablara, pero él insistió. Su voz sonaba débil, aunque era evidente que podía comunicarse. Después de intercambiar algunas palabras, le preguntó sobre qué necesitaba hablar con él y el cuerpo de Camille se tensó al instante. Definitivamente, ese no era el momento adecuado para hablar ni para romper el compromiso. Aquello tendría que esperar. Así que lo calmó diciéndole que no era algo tan importante.

Rato después regresó a su casa sintiéndose más tranquila. En cuanto entró, Peter le entregó una nota que le había dejado Emma, quien al parecer había ido a visitarla esa mañana. En la nota, Emma le expresaba su preocupación, le preguntaba si había ocurrido algo y le pedía que se pusiera en contacto con ella. Camille subió de inmediato a su habitación para redactar una breve

nota en respuesta a su amiga. Esperando ganar tiempo hasta decidir cómo proceder.



Camille volvió a la realidad después de haber recordado todo lo sucedido en las últimas treinta y seis horas. Se dispuso a levantarse para apagar el candelabro de la cómoda, cuando escuchó un extraño ruido proveniente del pasillo. Algo asustada, se acercó a la puerta y giró la manilla para abrirla solo un poco y ver si había ocurrido algo. Sin embargo, cuando lo hizo, apareció frente a ella una imponente figura masculina que empujó con fuerza la puerta, haciéndola retroceder. El hombre, que no logró reconocer de inmediato debido a la oscuridad, se adentró en su habitación. Camille intentó gritar, pero él le cubrió la boca con su mano, silenciándola. Una vez dentro y a la luz del candelabro que seguía encendido, lo reconoció. Era Theo quien la miraba de forma eufórica, con una fuerte intensidad en los ojos. ¿Qué estaba haciendo allí, en su habitación y a esas horas de la noche?

Lo vio cerrar la puerta y luego sintió como retiraba la mano de su boca, momento en el cual Camille comenzó a hablar.

—Theo, ¿qué haces aquí? —le preguntó aún exaltada, con el corazón acelerado, intentando mantener un tono de voz bajo—. ¡¿Es que te has vuelto loco?! No puedes estar aquí, si mis padres nos descubren...

—No me importa —la interrumpió Theo.

—Pero...

—Tenía que venir, tenía que verte con mis propios ojos. Me iba a volver loco si pasaba una hora más sin saber de ti.

De pronto, observó con detenimiento los ojos del hombre al que amaba y detectó un profundo atisbo de miedo e inseguridad en ellos. Conocía esa sensación, ella misma la había sentido en innumerables ocasiones, y eso la hizo relajar su postura, volviendo a dirigirse a él, esta vez con más calma.

—Le dije a Emma que no te dejara hacer nada, ¿no te lo dije?

—Me lo dijo, pero no esperarías que eso fuera a detenerme, ¿verdad? Casi rompo algo cuando leí la nota y vi que no seguirías con el plan —respondió Theo, su voz se notaba alterada. Él tomó su rostro entre sus manos y ella, instintivamente, posó las suyas en sus brazos, para luego inclinar la cabeza hasta unir sus frentes—. Por favor, dime que no te has arrepentido, Camille —le susurró Theo con una mirada suplicante—, porque si... —Él se detuvo, cerrando los ojos, y Camille volvió a percibir su miedo e inseguridad, esta vez en el tono de su voz. ¿Realmente Theo habría pensado que ella podría dejarlo, con todo lo que lo amaba?

—No me he arrepentido —le dijo ella en voz baja pero con firmeza—. ¿De verdad pensabas que lo haría? —le preguntó esta vez a Theo, mientras él abría los ojos nuevamente. Los vio tan cerca que no pudo evitar detenerse a apreciarlos. Estaban oscuros, nublados y llenos de confusión, pero también mostraban algo parecido al alivio, lo cual la conmovió.

Enseguida, él comenzó a responder.

—No, pero, por un momento creí... creí que lo harías, que te sentirías culpable por el accidente de sir Thomas y que cambiarías de opinión.

—Claro que me siento culpable, Theo —le dijo impulsivamente, separando su frente de la de

él—, pero eso no cambia nada. Tomé una decisión y, a pesar de lo ocurrido, la mantendré. —Notó cómo Theo daba un profundo respiro de alivio—. Por supuesto, todo esto cambia mis planes. Eso es lo que quise decir en la nota. He ido a visitar a Thomas y recién hoy despertó. Hablamos algunos minutos, pero no fui capaz de decirle nada —le contó bajando la mirada—. Estaba muy débil y no lo creí adecuado.

—Lo entiendo —le respondió Theo acariciando su mejilla con uno de sus dedos—. Perdón por haber dudado de ti.

—Te amo, Theodore Kirtklard. Te he amado durante años, y ahora que sé que tú me correspondes, no renunciaré a nuestro amor. Nada de lo que siento, ni la culpa, ni el miedo, son más fuertes que lo que siento por ti. Así que te voy a pedir que no vuelvas a dudar de ello.

En menos de un segundo, Camille sintió los labios de Theo sobre los suyos, entrelazados en un beso cargado de necesidad y de tantas emociones contenidas que se sintió sobrecogida. Por un momento, se olvidó de todo: lo inadecuado de la situación, el peligro que implicaba que Theo estuviera en su habitación a pocos pasos de sus padres, quienes dormían al final del pasillo... Nada le importaba y le correspondió el beso con intensidad, intentando entregarle su alma en aquel gesto.

Theo se separó de ella después de varios minutos, apenas distanciando sus labios, y ambos quedaron de nuevo con sus frentes apoyadas una con la otra, mirándose en silencio.

—Creo que nunca había sentido tanto miedo en toda mi vida. Te amo, Camille —manifestó Theo en voz baja, dándole un casto beso sobre sus labios, haciéndola sentir cosquillas por todo el cuerpo—. Te amo y no puedo permitirme perderte otra vez, porque te aseguro que no lo soportaría.

—No me perderás —le aseguró—. Ven —le dijo, separándose un poco y tomándolo de la mano para conducirlo al otro extremo de la habitación—. Si nos quedamos al lado de la puerta, alguien nos escuchará.

Theo la siguió en silencio hasta que llegaron a un sofá, donde él se sentó primero y luego ella se sentó sobre sus piernas, rodeando con uno de sus brazos el cuello de su amado, sintiendo su delicioso aroma y la cálida sensación del calor que emitía su cuerpo.

—Ahora, ¿me puedes explicar cómo lograste llegar hasta aquí? Aún no puedo creer que estés en mi habitación.

—Tuve que extorsionar a mi hermana para que me dijera dónde estaba tu recámara —comenzó a contarle Theo mientras la acariciaba en la pierna, sobre su camisa—. Le dije que, si no me lo decía y no me ayudaba con la información, entraría por la puerta principal de White House, despertaría a tus padres y montaría un escándalo mayor.

—No te habrías atrevido a hacer algo así —dijo Camille sorprendida, cubriéndose la boca—. Emma no se pudo haber creído eso.

—Te aseguro que se lo creyó, porque era verdad. Lo habría hecho sin dudarlo.

—Theo...

—Haría lo que fuera por ti, Camille, aunque eso significara mi ruina, aunque me destruyera a mí mismo en el proceso.

—¡Pero, Theo...! —comenzó a exclamar, pero se detuvo—. Está bien, no fue necesario, aunque no puedes andar por ahí montando escándalos. Tú no eres así.

—Bueno, resulta que parece que ahora sí lo soy... Tú me has cambiado, Camille Donegall, no sé bien cómo, pero lo has hecho. Le has dado sentido a mi vida, me has dado algo por lo que luchar, por lo que arriesgarme.

Su pecho se infló, y Camille no pudo evitar acercarse a él y besarlo de nuevo. Fue un beso

corto pero intenso. ¡Cuánto amaba a ese hombre! Y cuánto había esperado por su amor. Sin embargo, ahora estaba allí, delante de ella, completando su ser.

—Bueno, siguiendo con la historia —prosiguió Theo—, Emma me ayudó a hacer una especie de plano y llegamos a la conclusión de que lo mejor sería entrar por la puerta de servicio, la cual, para mi fortuna, estaba abierta. Esperé hasta que fue lo suficientemente tarde para que hubiera menos empleados dando vueltas y entré.

—No sé cómo lograste que Peter no te descubriera. Es un mayordomo de excelencia, te lo aseguro —comentó Camille intentando no reírse—. Realmente, el viaje por el continente te volvió todo un aventurero.

—Debo decir que fue útil contar con algo de experiencia y, sin duda, el viaje me preparó para este momento —añadió él, riéndose—. Aunque agradezco no haber tenido que escalar hasta tu habitación. Era mi plan alternativo si la puerta de servicio no estaba abierta.

—¿Entiendes que te podrías haber matado? —le preguntó Camille poniendo una mano sobre el rostro de Theo—. Realmente, no sé en qué estabas pensando.

—En ti —respondió él, mirándola a los ojos—. Solo estaba pensando en llegar a ti, en nada más.

—No me podría haber casado contigo si hubieses muerto, Theodore Kirkklard. Deberías haberlo pensado mejor.

—Habría corrido igualmente el riesgo —le aseguró Theo.

Y Camille lo amó aún más por ello.



—¿Cómo está sir Thomas? —le preguntó Theodore a Camille. Le parecía pertinente consultarle por la salud de Portman ahora que ya estaba más tranquilo y seguro de que ella lo había elegido a él a pesar de todo lo ocurrido.

Si era sincero consigo mismo, no había pensado demasiado en ello desde que leyó la nota que Camille le envió a su hermana esa tarde. Solo había tenido tiempo para pensar en qué haría, en cómo llegaría hasta ella, pero ahora que volvía a sentirse más sereno, era lo que correspondía hacer. Sir Thomas no era su enemigo y sabía que, de algún modo, Camille le tenía afecto y que había estado preocupada por él.

Ella procedió a explicarle desde el principio todo con detalle, desde que recibió la nota del señor Givens el día anterior para informarle del accidente, pasando por cuando Camille había conversado con sir Thomas esa mañana, para después concluir con el relato de esa misma tarde, cuando envió la nota a Emma.

De pronto, Theodore pensó en todo a lo que Camille había tenido que enfrentar sola en esos últimos días, y una fuerte sensación comenzó a expandirse por su pecho. Descubrió abruptamente lo orgulloso que se sentía de ella, asimilando lo fuerte que había sido, y fue consciente del agotamiento que debía estar sintiendo.

—Imagino que han sido días difíciles para ti, seguramente necesitas descansar. Es tarde, creo que debería irme —dijo con pesar, ya que deseaba continuar a su lado.

Theodore empezó a ponerse de pie para retirarse mientras ella permanecía en silencio. Cuando ambos se encontraron el uno enfrente del otro, Camille lo tomó de la muñeca con una

mano, ejerciendo una suave presión sobre ella. Solo en ese momento, Theodore se dio cuenta de que Camille apenas estaba vestida con un ligero camisón de color hueso, tan transparente que podía ver sus curvas a través de la tela gracias a la tenue luz de la habitación. Todo en él se endureció y decidió que debía salir de allí cuanto antes.

—Espera —susurró Camille—, quédate. Quédate conmigo esta noche.

Theodore parpadeó un par de veces, incapaz de hacer otra cosa, y tuvo la certeza de que no había vuelta atrás. Los latidos de su corazón estaban a punto de acabar con él, y todo en su interior comenzaba a incendiarse. Ella, parada allí tan tranquila y deseable, representaba la mayor tentación a la que se había enfrentado en su vida. Sabía que debía irse, que aquello solo podría empeorar las cosas, pero parecía que la conexión entre su cabeza y su cuerpo no estaba funcionando. El tiempo se detuvo y solo deseó poseerla en ese instante. Sin embargo, una pequeña parte de su razón, que parecía no poder apagarse, lo llevó a decir:

—Camille, creo que es mejor que me vaya ahora. No puedo quedarme contigo esta noche, no sin comprometerte de todas las formas en las que he estado imaginando hacerlo durante semanas.

—Hazlo entonces —respondió ella en un susurro—. Comprométeme de todas las formas en las que has estado imaginando hacerlo.

—No sabes lo que me estás pidiendo... —le dijo él intentando aferrarse al poco autocontrol que le quedaba. Lucía tan angelical y, al mismo tiempo, tan seductora, que Theo sintió como sus rodillas comenzaba a debilitarse.

—Quizás no —dijo ella, encogiéndose de hombros—, pero lo deseo de igual modo. Deseo ser tuya por completo, de todas las formas posibles, y también deseo que termines lo que iniciamos esa noche en tu despacho, en Garden Hall.

Su cuerpo estaba a punto de ceder, a segundos de incendiarse por completo, a una palabra de claudicar ante la petición de Camille y dejar atrás su cordura y sentido común para entregarse al deseo. Pero logró detenerse y recurrió a un último argumento para salir de allí con su honor intacto.

—Camille... es peligroso, podrían descubrirnos y...

—No nos descubrirán —lo interrumpió ella dando un pequeño paso hacia adelante, quedando tan cerca de él que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo—. Los dormitorios de mis padres están al final del pasillo, y te aseguro que tienen el sueño muy profundo. Además, ningún sirviente vendrá a esta hora a esta parte de la casa.

Theodore había intentado disuadirla, realmente lo había intentado, pero ya no le quedaban argumentos, y sabía que su cuerpo no resistiría un minuto más en su presencia sin tocarla.

—¿Estás segura? —le preguntó, por última vez—. Si empezamos, no sé si podré detenerme, y quiero que seas consciente de ello —explicó, porque necesitaba que ella entendiera la magnitud de su sentimiento—. Porque lo que siento... lo que siento es que estoy ardiendo en deseos por tocarte. Pagaría cualquier precio por la posibilidad de estar un segundo dentro de ti, y si te poseo esta noche, no habrá nada en este mundo capaz de mantenerme alejado de ti.

—Estoy segura.

La respuesta de Camille vino acompañada de un rápido movimiento de sus manos. Theodore observó cómo ella tomaba la ligera tela de su camisón desde el borde de sus hombros y la levantaba, para luego dejarla caer hacia cada uno de los lados. La miró absorto y vio cómo el camisón descendía suavemente por el cuerpo desnudo de Camille, que comenzaba a descubrirse ante él.

Su respiración se cortó y tuvo que dar un paso hacia atrás, incapaz de no contemplar la visión que tenía enfrente. Era sobrecogedor lo hermosa que estaba, parada allí, sin nada que la cubriera.

Era evidente que estaba nerviosa; podía verlo en sus ojos y en la posición de sus brazos, que luchaban por no apresurarse a cubrir sus zonas íntimas. Y su cuerpo... Bueno, su cuerpo era, sin lugar a duda, la mayor obra de arte que Theodore hubiera presenciado jamás.

Con el corazón bombeando su sangre a un ritmo alarmante, y los ojos fijos en ella, Theodore contempló el cuerpo de Camille frente a él. Cada centímetro de su piel desnuda era como una obra maestra, con curvas suaves y líneas delicadas que despertaban en él una profunda fascinación y no hacían más que aumentar su deseo. La contextura de su cuerpo, ligeramente pequeño pero exuberante al mismo tiempo, desafiaba las tendencias de extrema delgadez de la época, lo cual, para Theo, era una afirmación más de su belleza. Sus ojos se posaron en la cintura de Camille, delicadamente marcada, invitándolo a posar las manos sobre ella. Pero no lo hizo, aún no. Quería seguir admirándola, deleitándose con su presencia. Fueron sus pechos los que capturaron su atención a continuación, dejándolo sin aliento. Eran voluptuosos, con una forma exquisita y una generosidad perfectamente equilibrada. No eran excesivamente grandes, pero su plenitud era suficiente para despertar una nueva oleada de deseo en él, quien ya no se sentía capaz de controlarse, porque ella se había convertido para él en una irresistible tentación.

—¿Pasa algo, Theo? ¿Hay algo mal...? —Él notó su inseguridad en el tono de su voz y se acercó a ella, dando un largo paso hacia el frente.

—Solo te observo, eres perfecta...

—Theo, no soy...

—Eres perfecta —le aseguró nuevamente, interrumpiéndola—. No permitiré que lo dudes.

Con una de sus manos tocó su cuello, utilizando todo su autocontrol para no abalanzarse sobre ella. Sería su primera vez y no quería asustarla.

En medio de aquel momento de intimidad compartida, Theodore experimentó un torbellino de emociones. El éxtasis visual se entrelazó con un anhelo ardiente y un respeto reverencial por la belleza que emanaba de Camille. Cada detalle, cada curva y cada sombra en su cuerpo desnudo lo hacían sentirse insignificante. Percibió cómo su pulso comenzaba a acelerarse aún más, mientras deslizaba su mano por la suave piel de Camille, descendiendo desde su cuello hasta sus hombros y luego dirigiéndose a uno de sus pechos. Sintió cómo la piel de ella se erizaba con su roce, y con su otra mano tomó su cintura y la atrajo hacia él.

—Creo que estoy demasiado vestido para la ocasión —le susurró cerca del oído, para luego alejarse unos centímetros y apreciar cómo sus enormes ojos se abrían, cargados de excitación.

Sin decir nada, apreció cómo Camille subía sus manos temblorosas y comenzaba a desabrochar su chaqueta, para luego quitársela y dejarla caer a sus pies. Podía ver, además de la excitación, el anhelo en sus ojos, y la observó mientras ella proseguía con su chaleco, desabotonándolo cuidadosamente y liberando el lienzo de seda que lo envolvía, hasta dejarlo caer también. Sus movimientos eran elegantes y precisos, como los de una bailarina siguiendo los acordes de una música cautivadora. Cuando llegó a su camisa, él la ayudó, demasiado excitado como para prolongar la espera. La tela comenzó a deslizarse suavemente por sus hombros, y antes de terminar de desabotonarla, se la quitó por el cuello, quedando finalmente con el torso desnudo frente a Camille, que lo miraba absorta, con la mirada nublada por el deseo y los labios entreabiertos. Theodore dejó de contenerse y tomó su rostro entre sus manos para sellar su irrefrenable anhelo en un beso apasionado.



Camille no sabía qué le estaba sucediendo, pero ya no tenía control sobre nada, ni siquiera sobre su propio cuerpo, que solo podía responder a las demandas de Theo, cuya boca la estaba consumiendo por completo. Sentía un fuego ardiente recorriendo todo su ser a pesar de estar desnuda, y sentía las manos de Theo que la tocaban en todas partes, sobre su piel, exigentes, acariciándola y presionándola contra él.

Poco a poco comenzaron a retroceder hacia la cama, sin dejar de besarse. Él colocó una de sus firmes manos sobre su seno desnudo y comenzó a acariciarlo, mientras que ella exploraba con las suyas el fornido torso de Theo. En un momento, sintió cómo sus piernas rozaban el borde de la cama y colocó ambas manos en el pecho de Theo, deteniendo el beso por unos segundos.

—Recuéstate —le ordenó Theo, y ella obedeció.

Se acostó de espaldas en el centro de la cama, sin apartar la mirada de los ojos de Theo, quien seguía en el borde observándola. Aún llevaba puestos sus pantalones, y su torso, ahora más visible, quedaba iluminado ligeramente por la luz del candelabro. Theo la miraba de manera diferente, lo cual la hizo estremecer por un instante.

—Te ves tan majestuosa que me da miedo tocarte —le dijo él en un tono bajo y suave—. Pero ya no puedo resistir más, Camille, estoy al borde de estallar.

—Entonces no te resistas más —susurró ella—. Eres hermoso, nunca imaginé...

—Yo te aseguro que te imaginé millones de veces así, como estás ahora, tendida para mí, desnuda, esperándome en una cama —le dijo Theo, disfrutando del exquisito brillo de excitación que se reflejaba en sus ojos—. Aunque permíteme decirte que nunca, ni en los mejores sueños que tuve, imaginé que serías así, ni que te desearía tanto.

Ambos se miraron sin poder articular palabra, y la atención de Camille se centró en cómo Theo se apresuraba a quitarse las botas con destreza. Luego lo observó con ansias mientras él desabrochaba su pantalón y lo dejaba caer rápidamente, quedando solo con la ropa interior que cubría la parte inferior de su cuerpo.

De repente, Theo se inclinó hacia la cama y separó sus piernas con una mano. Camille sintió un escalofrío recorrer su cuerpo ante su contacto e inmediatamente abrió sus piernas. Sus ojos siguieron los movimientos de él mientras comenzaba a acariciar sus piernas con dulzura y después se posicionaba entre ellas en la cama. Al cabo de unos segundos, Theo comenzó a inclinarse hacia ella y sus labios volvieron a encontrarse, mientras los fuertes brazos de él se colocaban a cada lado de su rostro. Camille se dejó llevar por la pasión de sus besos, perdiendo nuevamente el control de su propio cuerpo.

El beso comenzó a intensificarse con rapidez. Camille podía sentir el peso de Theo sobre ella, así como el calor de su contacto. Comenzó a mover sus manos, primero por los brazos de Theo, mientras él continuaba besándola, para luego dirigirse hacia su torso, recorriéndolo con una creciente desesperación. Sintió cómo Theo bajaba con su boca por su cuello, humedeciéndolo con su contacto, y ella, sumida por completo en el deseo, empezó a gemir sin control. Rápidamente se dio cuenta de que Theo subía una de sus manos hasta su boca, cubriéndola con el dedo pulgar para silenciar el sonido que escapaba de ella y que no podía contener por sí misma.

—Shhh. —Escuchó decir a Theo mientras volvía a tomar posesión de su cuello.

Extasiada y con el dedo de Theo sobre su boca de forma tan tentadora, comenzó a lamerlo con su lengua, entregándose al deseo. Sinceramente, no sabía lo que estaba haciendo, no tenía idea de qué hacer y qué no, pero un instinto inexplicable la estaba dominando y dio rienda suelta a la necesidad de seguir explorándolo. Bajó una de sus manos, que aún se encontraba en el costado del torso de Theo, hasta encontrarse con una suave barrera de tela. Por un momento, pensó en detenerse, pero la necesidad que sentía fue más fuerte y deslizó su mano por debajo de la tela hasta encontrar algo duro y caliente.

—Veo que eres más curiosa de lo que imaginé —le susurró Theo, agitado, mientras besaba su clavícula—. Puedes tocarlo, solo si quieres, por supuesto.

Camille se arqueó ligeramente hacia un costado para tener un mejor acceso al miembro de Theo y logró tomarlo con su mano. Estaba húmedo y muy duro, y comenzó a realizar movimientos ascendentes y descendentes.

—¡Ohh! —exclamó Theo en un pequeño jadeo ahogado.

Al ver la respuesta de Theo, Camille aceleró el ritmo, observando cómo él se inclinaba hacia atrás con los ojos cerrados. Ella también se inclinó todo lo que pudo para facilitar su agarre al miembro de Theo, pero se detuvo repentinamente cuando él se alejó, lo cual hizo que tuviera que soltarlo. Una inminente sensación de vacío la invadió, sin embargo, fue consciente de cómo él comenzaba a quitarse la última prenda que lo cubría, y se quedaba finalmente por completo al descubierto para ella.

Sin darle tiempo para observarlo, vio cómo Theo volvía a acercarse, posicionándose nuevamente sobre ella, con las piernas flexionadas entre las suyas. Instintivamente, ella levantó un poco sus piernas, dándole más espacio a él, quien de inmediato tomó con la mano la zona posterior del muslo de Camille, sobre la rodilla, para luego inclinarse y comenzar a besar la cara interna de su muslo.

Ella se dejó caer nuevamente sobre su espalda, incapaz de hacer otra cosa, y comenzó a gemir una vez más, intentando morderse los labios para contener el sonido que escapaba de su boca en esa ocasión. Theo ascendió por su muslo y, con su otra mano, comenzó a tocarla y adentrarse en su zona íntima, primero con un dedo, que se deslizó con facilidad debido a lo mojada que estaba, algo de lo que Camille acababa de percatarse en medio del frenesí de su deseo.

Sintió cómo el dedo de Theo se adentraba en su cavidad y, una vez dentro, comenzaba a moverse, generando en ella sensaciones indescriptibles. Camille empezó a gemir con más agitación y extendió una de sus manos, que hasta ese momento permanecían inertes a su lado, para alcanzar un pequeño cojín que luego acercó hasta su boca y comenzó a morder.

Theo intensificó el movimiento de sus labios por su muslo, cada vez más cerca de su zona íntima, al tiempo que introducía un segundo dedo en su cavidad, incendiándola por dentro. No podía pensar, solo podía centrarse en morder el cojín que ahora tenía entre sus dientes. En un momento, sintió cómo los labios de Theo se separaban de la piel de su muslo y lo escuchó susurrar:

—Te necesito tan mojada como sea posible.

Los dedos de Theo salieron rápidamente de su intimidad y sus manos se posicionaron debajo de sus muslos, tirando de ellos para arrastrarla unos centímetros hacia él. Camille no veía nada, todo parecía aún más oscuro que momentos atrás, pero, sin duda, sintió cuándo Theo se acercó nuevamente y comenzó a mover su lengua con cuidado por su zona íntima, empujando las capas que la protegían y llevándola al borde de la desesperación debido a la excitación que sentía. ¿Era eso posible? ¿Sería adecuado siquiera? No tenía idea, pero no le importaba. Aunque fuera

inadecuado, era la sensación más enloquecedora y desconcertante que había experimentado en toda su vida, y aquel era Theo, el hombre al que amaba más allá de sus propios límites.

Se quitó la almohada de la boca y comenzó a suplicar.

—Theo... por-por favor... por favor, no pares —gimió—. Theo...

Él continuó recorriendo su intimidad con la lengua y Camille llevó una de sus manos hasta su propio seno y comenzó a acariciarlo sin que esto tuviera sentido. En realidad, nada tenía sentido en ese momento.

—Más. Ohh... Theo —continuó gimiendo— Ohh, ohh, más...

De repente, Camille sintió cómo Theo se detenía, dejándola vacía. Soltó también sus piernas y se recostó sobre ella, acariciando su rostro y volviendo a besarla en los labios.

—¿Por qué te has detenido? —le preguntó Camille—. Yo estaba...

—Porque ya estás lista —le respondió Theo.

—¿Lista para qué? —preguntó aun jadeando, sin entender a lo que él se refería— Pensaba que...

—Lista para mí —la interrumpió.

Theo volvió a besarla apasionadamente, dejándola sin aliento, para luego adoptar una nueva posición recostado sobre ella, con las manos a cada lado de su rostro.

—Necesito que levantes un poco tus piernas. —Escuchó decir a Theo con ternura. Camille le obedeció, levantando ambas piernas y dejándolas suspendidas en el aire—. Ahora voy a introducirme en ti. Es posible que te duela y yo... yo no podré evitarlo —percibió que su voz temblaba, y por un momento se asustó—, pero haré lo que pueda para que el dolor dure el menor tiempo posible.

Asintió confundida. En aquel instante, Theo comenzó a inclinarse lentamente sobre ella, acercando todo su cuerpo hasta quedar tan cerca que sintió cómo su miembro rozaba su intimidad.

—Theo... —susurró asustada.

Él capturó su boca en un nuevo beso, y Camille comenzó a sentir la presión del miembro de Theo entrando en su cavidad. Experimentó un leve ardor que se intensificó a medida que se adentraba más en ella, pero resistió. Theo le había dicho que el malestar pasaría y confiaba en él. Intentó concentrarse en el beso, tan suave y embriagador que olvidó por unos segundos el ardor hasta que sintió como si el miembro de Theo atravesara algo en su zona íntima, provocándole un dolor punzante. Emitió un pequeño grito, que enseguida fue ahogado por los labios de Theo, y este se separó solo un poco para decirle:

—Shh, no temas. El dolor que sientes desaparecerá pronto, será solo por esta vez y luego lo disfrutarás tanto como yo.

Él volvió a besarla mientras empujaba con más firmeza, y Camille sintió cómo su cavidad comenzaba a succionar el miembro de Theo, llevándolo tan adentro como fue posible. En ese instante, él comenzó a moverse con más rapidez dentro de ella, dando embestidas rítmicas que le resultaban tan dolorosas como placenteras. Camille intentó moverse debajo de él, lo que hizo que disminuyera significativamente el dolor que sentía instantes atrás y lo transformó en puro placer.

—Ohh... Ohh, Camille...

Ella cerró los ojos, dejándose llevar por el seductor sonido de los gemidos de Theo junto a su oído, continuando sus movimientos con aún más intensidad.

—Ohh, eres deliciosa, absoluta y completamente deliciosa —dijo Theo mientras se inclinaba nuevamente para besarla—. Creo que no duraré tanto como quisiera, pero te prometo que te lo compensaré en el futuro.

—Theo... mmm —logró decir Camille mientras respondía a sus besos—. Sigue, por favor. No pares...

Él aumentó la intensidad de las embestidas y Camille puso sus manos en sus brazos, aferrándose a ellos para seguir el ritmo, enterrando sus uñas en ellos y así contener el grito que estaba a punto de salir desde su garganta.

Cuando Camille creyó que ya no podría más, que iba a explotar, Theo liberó su boca y llevó su dedo pulgar hasta ella para cubrirla, mientras que con su otra mano se aferraba nuevamente a la cama para no aplastarla. Sus miradas se encontraron, y él dio las últimas embestidas para luego, sin previo aviso, dejarse ir. Camille sintió cómo algo extraño empezaba a escurrir en su interior. Y por primera vez, después de toda una vida sintiéndose incompleta, Camille sintió que pertenecía a un lugar, y Theo era ese lugar.

CAPÍTULO 24

WHITE HOUSE. LONDRES, 1821.



Dulces desenlaces

A la mañana siguiente, Camille despertó con los primeros rayos del sol que se filtraban por su ventana. Se movió, intentando acomodarse, y sintió su cuerpo extraño, levemente adolorido. Enseguida recordó todo lo ocurrido la noche anterior, en la cual se había entregado a Theo por completo. Estiró una de sus manos buscando su cuerpo, pero solo percibió la sábana, aún tibia. Se incorporó rápidamente para buscarlo con la mirada, pero se dio cuenta de que él no estaba. Descubrió, sin embargo, una nota sobre la otra almohada y la agarró para leerla.

Hubiera deseado quedarme hasta que despertaras, pero se hacía tarde y no quería exponerme a que tu doncella nos descubriera. Tampoco quise despertarte, viendo lo serena que parecías mientras dormías. Estaré en contacto contigo mediante mi hermana para darte el espacio que necesites hasta hablar con sir Thomas. Solo mantenme informado para acompañarte en cuanto requieras de mi presencia.

Te amo, T.

P.D.: Aunque sea evidente, quema esta nota después de leerla.

Camille suspiró y arrugó la nota entre sus manos, volviendo a recostarse y cerrando los ojos. La noche anterior había sido tan mágica, que apenas podía creer que hubiera sido real. Después de hacer el amor, ambos se recostaron bajo las sábanas de su cama. Theo le había ayudado a limpiar su zona íntima con un paño empapado en agua que había conseguido del jarro que su doncella dejaba sobre su cómoda todas las noches. Luego permanecieron en silencio, abrazados durante un largo periodo de tiempo, hasta que Camille se quedó profundamente dormida. En la madrugada, seguramente un par de horas después, despertó y vio a Theo a su lado, observándola. Él la besó y volvieron a hacer el amor, esa vez con más intensidad, y tras el acto ambos quedaron saciados y jadeantes, el uno al lado del otro, siendo ese su último recuerdo antes de caer nuevamente rendida al sueño.

Camille se levantó de la cama, sintiendo una inusual energía a pesar del leve malestar físico

que aún sentía.

Cuando su doncella entró en el dormitorio, cerca de veinte minutos después, ya lo tenía todo bajo control. Había quemado la nota, tal como Theo le había indicado, con el resto de las brasas que aún quedaban en la chimenea. Se había peinado y trenzado el cabello, luego se había puesto su camisón correctamente y había estirado un poco las sábanas de la cama, las cuales estaban evidentemente arrugadas. También escondió el paño con el que Theo la había limpiado cuidadosamente la noche anterior, el cual tenía algunas manchas de sangre que él le aseguró que eran normales en un primer encuentro sexual.



Varias horas después, fue a visitar a Thomas, quien lucía visiblemente más recuperado cuando las recibió a ella y a su madre en uno de los salones privados del segundo piso. Charlaron durante un largo rato sobre temas triviales, evitando que surgiera cualquier tema relacionado con la boda. Al despedirse, Camille le dijo que le gustaría volver a visitarlo al día siguiente para conversar. Él solo asintió y Camille se marchó enseguida junto con su madre.

Emma la visitó esa misma tarde, y conversaron animadamente sin entrar en detalles de lo sucedido entre Theo y ella la noche anterior.

—Realmente lamento haber permitido que Theo irrumpiera en tu habitación de esa manera, pero no me dejó alternativa. Si no le hubiese dicho cómo llegar a tu cuarto, habría hecho un escándalo de grandes proporciones —le dijo su amiga, evidentemente exasperada por la conducta de su hermano, mientras tomaban té.

Camille le dijo que no se preocupara y le contó que había decidido hablar con Thomas al día siguiente.

—¿Quieres que le informe a Theo? —preguntó su amiga después de escucharla. Camille le respondió que no. Sinceramente, creía que era mejor sorprenderlo y no ponerlo sobre aviso. Además, él le había dicho que le daría el espacio para hacerlo sin presiones, por lo que aprovecharía esa oportunidad para hacerlo a su ritmo.

Durante la madrugada, Camille se dejó llevar por una ola de recuerdos de la noche anterior. Los recuerdos fluían sin cesar, haciendo que reviviera algunas de las sensaciones que había experimentado con Theo, aunque de forma menos intensa. Cuando al fin logró dormirse, lo hizo plácidamente, y al despertar al día siguiente, estaba determinada a hacer lo correcto.

Unas horas más tarde, Camille se encontraba nuevamente en el salón privado en casa de Thomas, donde se habían reunido el día anterior, el cual estaba ubicado cerca de las habitaciones. Su madre accedió a esperarla en uno de los salones del primer piso después de que Camille le dijera que necesitaba hablar a solas con su prometido sobre algo importante. Aunque lady Donegall la regañó e insistió en lo inapropiado de la situación, Camille logró convencerla y ahora estaba allí sentada, esperando la llegada de Thomas.

Este entró unos minutos después, caminando lentamente pero sin ninguna ayuda. La saludó y luego se sentó en uno de los sofás. Se veía bastante bien, casi como si el accidente nunca hubiera ocurrido.

—Es un placer verte, Camille.

—Para mí también lo es, especialmente al verte tan recuperado. Yo... —Se detuvo,

conteniendo las lágrimas que ya amenazaban con salir—. Por un momento tuve miedo de que te hubiera sucedido algo más grave.

—Agradezco tu preocupación, pero aquí estoy. Me encuentro mejor y ya estoy recuperándome.

Ella sonrió en su mejor intento por reunir las fuerzas necesarias para expresar lo que había venido a decirle, aunque sabía que su rostro la delataba.

—¿Pasa algo? —le preguntó Thomas—. ¿Tiene algo que ver con el motivo tan importante por el que necesitabas hablar conmigo?

Camille asintió sin poder mirarlo a los ojos. De los ojos de ella comenzaron a escaparse algunas lágrimas que ya no pudo contener. Sintió un nudo en la garganta y un fuerte peso sobre sus hombros debido a la culpa que comenzó a expandirse por todo su interior.

—Thomas, yo... —titubeó.

—¿Quieres romper el compromiso? —le preguntó él, tan tranquilo, como si estuviera hablando del clima.

—Yo... —susurró Camille, sollozando y comenzando a sentir una fuerte sensación de angustia en el pecho—. Perdón —dijo deteniéndose. No podía continuar hablando debido a las lágrimas, las cuales comenzaron a brotar de sus ojos, esta vez de manera incontrolable. Percibió cómo Thomas guardaba silencio, dándole el espacio necesario para que se tranquilizara. Luego de un momento, tras hacer algunas profundas inhalaciones y exhalaciones, logró calmarse lo suficiente como para continuar—. Eres, sin duda, el mejor hombre que he conocido, Thomas. Yo realmente te aprecio, pero...

—Pero no me amas —afirmó Thomas, concluyendo lo que ella iba a decir, con suma tranquilidad—. Debería haber supuesto que esto sucedería cuando regresaste de Garden Hall y aceptaste mi propuesta, pero en ese momento no quise verlo.

—Thomas, todo esto es culpa mía —dijo entre sollozos mientras se apretaba las manos para intentar calmarse, sin poder sostenerle la mirada—. Lo siento mucho yo-yo no debería haber aceptado tu propuesta. Lo intenté, de verdad intenté convencerme de que era lo mejor para mí, pero...

—Pero estás enamorada de otro —señaló Thomas, volviendo a completar lo que iba a decir—. De ese amor no correspondido del cual me hablaste.

—Thomas, lo siento —añadió, sintiéndose destrozada.

—No lo sientas, Camille. Fuiste sincera, me hablaste acerca de tus sentimientos y nunca me prometiste amor.

—No, pero te di mi palabra y no la cumplí —dijo Camille afligida, con la voz completamente quebrada—. Llevé esto demasiado lejos y ahora... ahora te he decepcionado. Nunca debí haber permitido que esta situación ocurriera.

—Así como yo tampoco debí haber permitido que aceptaras mi propuesta cuando era evidente que estabas enamorada de Theodore Kirtklard.

Camille se sorprendió con las palabras de Thomas, enfocando de golpe su mirada en él ¿Realmente siempre fue tan evidente? Lo miró con detenimiento. Estaba sentado de forma erguida, pero tenía los hombros relajados. Su rostro estaba serio pero sereno, y la miraba con atención. Camille percibió un brillo que denotaba comprensión en sus ojos.

—¿Desde... desde cuándo lo sabes? —le preguntó Camille, aún entre lágrimas, consciente de que estaba aceptando su afirmación y que ya no habría vuelta atrás.

—No lo sé con certeza —comenzó a responder Thomas—, supongo que fue desde ese día en el parque, cuando nos encontramos con él tan solo unos días después de su regreso a la ciudad.

Vi cómo lo mirabas y me di cuenta de que había un vínculo entre ustedes.

—No había nada entre nosotros en ese momento, Thomas —se apresuró a decir Camille con la voz un poco más compuesta, mientras intentaba limpiarse las lágrimas del rostro con un pañuelo que tenía guardado—. Te lo prometo.

—Imagino que no. Sin embargo, lo mirabas de un modo en el que sé que nunca me has mirado a mí, y yo elegí ignorarlo —afirmó Thomas mientras acomodaba su postura—. Luego los vi bailar en el baile de lady Devonshire y supe que él también estaba interesado en ti. Seguramente aún no lo comprendía ni él mismo, pero lo estaba. No era capaz de apartar sus ojos de ti mientras bailaban, pero yo ya había tomado la decisión de proponerte matrimonio, por lo que seguí adelante a pesar de todo. No obstante... —Thomas se detuvo, haciendo una breve pausa—, en el último momento, cuando estaba a punto de hacerlo, te pregunté si ocurría algo entre ustedes y...

—Y yo te dije que no —lo interrumpió Camille, volviendo a sentir un fuerte dolor en el pecho—. Si sirve de algo, en ese momento era verdad, Thomas. No había nada más que un amor no correspondido, nada más que...

—Te creo —dijo Thomas al ver que no era capaz de continuar—. Imagino que todo cambió tras el viaje a Garden Hall.

—Thomas, yo... —Camille se detuvo de nuevo, no quería entrar en detalles, pero le debía la verdad—. En Garden Hall, Theo y yo...

—No es necesario que me lo cuentes —dijo Thomas, interrumpiéndola él esta vez—. Lo puedo suponer, así como imagino que algo tiene que haber ocurrido para que volvieras y decidieras aceptar mi propuesta.

—Hubo un malentendido. Fui una cobarde y hui. Sabía que tú estarías esperando mi respuesta y tomé una decisión.

—Es lo que cualquiera haría en tu lugar.

—¡Thomas, fui una egoísta! —exclamó sintiéndose descompuesta por dentro—. Nunca debí aceptar tu propuesta ni involucrarte en esto.

—Sé lo que es estar enamorado, Camille, y sé lo que es sentirse confundido y frustrado cuando uno ama a alguien. Lo viví con mi difunta esposa, Margaret. Ella estaba comprometida con otro hombre antes de casarnos, pero nos enamoramos y, ciertamente, hicimos bastante daño.

Camille se sorprendió con la revelación de Thomas. Nunca había escuchado ningún escándalo asociado a su nombre.

—No lo sabía —dijo Camille con cautela.

—No tenías cómo saberlo. Pasó hace muchos años, y, en realidad, la situación pudo ser controlada antes de que el escándalo se extendiera por toda la alta sociedad.

Ambos guardaron silencio durante unos segundos, y luego Thomas volvió a hablar.

—Por eso puedo entender tu situación, aunque lamento profundamente el hecho de que no te vayas a convertir en mi esposa. Debo confesar que he desarrollado un sincero afecto por ti. No podría decir que es amor, pero es... algo similar. No llega a ser lo que sentí por Margaret, pero creí que sería un buen punto de partida para nuestra unión. Evidentemente, no habría sido suficiente.

—Yo también siento un genuino afecto por ti, Thomas —le aseguró Camille; porque era cierto—, quiero que lo sepas. Nunca me perdonaré por haberte hecho pasar por esto, pero lo que siento... —Se interrumpió nuevamente, le parecía inadecuado confesar de manera tan abierta su amor por Theo frente a Thomas. Sin embargo, notó en su mirada que sabía exactamente lo que había estado a punto de decir.

—Espero que él sepa lo afortunado que es —manifestó Thomas, para luego volver a guardar silencio.

Camille solo lo miró, agradeciéndole en silencio sus palabras y su comprensión. Sabía que ya no había más que decir. Procedió a sonarse la nariz con el pañuelo que traía y volvió a mirar a Thomas, quien ahora parecía un poco más cansado que unos minutos atrás.

—Debería retirarme, Thomas. Tienes que descansar.

—¿Qué le dirás a tus padres?

—La verdad —respondió, sin pensarlo demasiado—. Imagino que no se lo tomarán bien, especialmente mi madre, pero estoy segura de que terminarán aceptándolo.

—Si lo necesitas puedo acompañarte para hab...

—No es necesario, Thomas —lo interrumpió—. Ya has hecho demasiado por mí.

Él asintió en silencio.

Después de algunos intercambios más acerca de la versión que darían a la alta sociedad cuando se supiera la noticia de que Camille se casaría con lord Theodore Kirtklard en lugar de con sir Thomas, se despidieron y Camille se retiró para dejarlo descansar.

De camino a la planta baja, se encargó de recomponer su aspecto y, una vez que se reunió con su madre, se encaminaron de regreso a casa.

Al llegar, Camille envió una nota dirigida a Theo, aunque a nombre de Emma, a Kirtklard House. En ella le decía que ya había hablado con Thomas y que esa noche, en la cena, hablaría con sus padres, por lo que lo esperaría a la mañana siguiente en White House, para que él pudiera hablar con su padre y acordar los términos de su unión.

Camille sintió una oleada de emoción recorrer su cuerpo. Por fin, todo parecía tomar forma. Se casaría con Theo. Una sonrisa radiante se dibujó en su rostro.



Esa noche, Camille bajó a cenar con un sencillo vestido de noche color magenta. Su padre ya estaba en la mesa cuando ella ingresó al comedor y se sentó. Su madre, la cual estaba dando algunas indicaciones a los lacayos, se sentó a continuación y comenzó a hablar acerca de un tema relacionado con la cena para el día de la boda.

—Madre —dijo interrumpiendo a su progenitora, que en ese momento estaba comentando algo acerca de un arreglo floral—, padre...

Ambos la miraron, había captado su atención.

—Hay algo que necesito contarles. Algo importante, en realidad.

—¿Qué pasa, querida? —le preguntó su padre con una voz firme pero cariñosa, dejando los cubiertos a un lado.

—Me asustas, querida. ¿Qué sucede? —le preguntó su madre levantando los brazos—. No me digas que sir Thomas te ha pedido posponer la boda debido a su estado de salud.

—No es eso, madre. En realidad, yo... —Se detuvo, nerviosa por lo que diría a continuación. Su labio inferior comenzó a temblar y su garganta empezó a cerrarse, pero se dispuso a continuar de todos modos—. No sé cómo decir esto sin causarles una conmoción, y lo lamento de antemano, pero no voy a casarme con sir Thomas —dijo finalmente, alternando la mirada entre cada uno de sus progenitores—. CANCELÉ el compromiso esta tarde cuando me reuní con él.

—¿Qué has hecho qué?! —exclamó su madre, levantando la voz al tiempo en que ponía una de sus manos sobre su frente—. ¿Te has vuelto loca, Camille Marie Florence Donegall?! —Su madre volvió a subir la voz, comenzando a respirar de forma exageradamente dramática, según la percepción de Camille—. ¡Esto no puede ser posible!

Camille desvió su mirada hacia su padre, algo asustada con la reacción de su madre, y observó como él solo la contemplaba en silencio. Luego procedió, con firmeza, ignorando los alegatos de su progenitora que seguían resonando por todo el comedor, a añadir:

—Estoy enamorada de otra persona. No podía seguir con el compromiso. Les pido disculpas, yo... Espero que puedan entenderlo y perdonarme.

Bajó la mirada mientras escuchaba aún los quejidos de su madre, que seguramente se oírían hasta en Edimburgo, y volvió a levantarla cuando finalmente escuchó la firme voz de su padre decir:

—¿Y es posible saber quién tendrá el honor de casarse con mi querida hija?

Camille lo miró directamente a los ojos y encontró comprensión en ellos, lo que la llevó a soltar las lágrimas que venía conteniendo desde hacía minutos.

—Es Theodore, padre. Theodore Kirtklard.

—¡Oh! —exclamó su madre, guardando al fin silencio, aunque solo por algunos segundos—. ¡Lord Kirtklard!

—Espero que venga a visitarme mañana a primera hora —dijo su padre sin considerar la conmoción de su madre, que estaba comenzando a levantarse de su asiento—. Hay temas que acordar y un escándalo en desarrollo que evitar.

Camille solo asistió, ya que las exclamaciones de su madre no le permitieron seguir respondiendo, pero no fue necesario, pues vio la aprobación en la cara de su padre y no necesitó nada más. Sonrió aliviada, y luego volvió a concentrarse en su madre, que comenzó a hablarle sin parar mientras caminaba de un lado a otro por el borde de la mesa.

—¿Mary lo sabe? —preguntó su madre más para sí misma que para alguna de las personas que ocupaban un puesto en la mesa—. Habrá que acallar las habladurías, tendré que cancelar todos los preparativos de la boda. ¡Tendrás que casarte con una licencia especial! —dijo su progenitora, cubriéndose la cara—. Será imposible evitar el escándalo...

Siguió escuchando a su madre, quien parecía haberse recompuesto bastante deprisa de su decepción inicial, pero dejó de preocuparse por lo que pasaría. Al día siguiente todo quedaría acordado y, si tenía suerte, en menos de una semana estaría casada con Theo. Nada más le importaba a partir de ahí.



Lord Theodore Kirtklard estaba frente a la puerta de White House, la residencia londinense de los marqueses de Donegall, con dos ramos idénticos de rosas rojas con magnolias en sus manos.

La tarde anterior había recibido una nota de Camille, dirigida originalmente a su hermana, pero Emma rápidamente había deducido que era para él y se había apresurado a entregársela. En la nota, Camille le informaba de que ya había hablado con sir Thomas y que hablaría esa noche con sus padres. También le solicitaba que se presentara al día siguiente en su casa. Así mismo, esa noche Theodore habló con su madre, quien, a pesar de la sorpresa inicial y algunos

reproches, se mostró feliz con la noticia y le dijo que comenzaría a organizar la boda. Todo estaba saliendo bien al fin.

Theodore volvió su atención a la puerta de color granito que tenía enfrente. Estaba listo para terminar de definir su futuro.

Inmediatamente después de tocar a la puerta, esta se abrió, pero en lugar del mayordomo de los Donegall, apareció Camille, envuelta en un precioso vestido de día color verde esmeralda. Tenía que admitir que estaba sorprendido de verla, a diferencia de su futura esposa, quien parecía haber estado esperándolo detrás de la puerta durante horas y que lo recibió con una radiante sonrisa.

—Theo, te estaba esperando.

—Eso parece —respondió Theodore riendo—. ¿Puedo pasar? —preguntó, ya que Camille parecía no tener intención de apartarse del marco de la puerta.

—Por supuesto, pasa —dijo ella terminando de abrir la puerta y dejándole espacio para entrar—. Qué hermosas flores.

Él miró hacia abajo, a los dos ramos que sostenía en su mano y, una vez dentro de la casa, tomó uno de ellos y se lo entregó.

—Este es para ti.

—¡Oh, Theo, muchas gracias! No tenías que molestarte. ¿Cómo supiste que las magnolias son mis flores favoritas?

—No lo sabía —mintió, recordando su aroma en Garden Hall—. Solo supuse que te gustarían. Estos otros son para tu madre. Imaginé que era mejor venir preparado.

Camille rio y Theodore no pudo evitar dejarse envolver por la melodía de su risa.

—Mi padre te está esperando en su despacho.

Él asintió y se dejó guiar por Camille hasta el despacho del marqués. No estaba nervioso, en realidad tenía claro lo que le diría a lord Donegall, y ya tenía todo dispuesto para celebrar una rápida y privada boda en la capilla de Garden Hall, en tan solo cuatro días. Además, había obtenido una licencia especial unos días atrás con la ayuda de Stephan, la cual guardaba cuidadosamente doblada en el bolsillo de su chaqueta. Estaba seguro de que todo saldría bien esta vez.

Vio a Camille abrir la puerta del despacho de su padre después de tocar y la escuchó anunciarlo. Lord Donegall le pidió a Camille que se retirara, a lo cual ella obedeció, cerrando la puerta una vez que él estuvo dentro del imponente despacho.

—Lord Donegall —saludó Theodore al padre de Camille, con un movimiento de cabeza.

—Kirtklard —respondió el marqués—. Debo decir que no esperaba volver a verte después de tantos años, y mucho menos en estas circunstancias.

—Lord Donegall, yo... —intentó comenzar su discurso, pero fue inmediatamente interrumpido.

—No necesito que me expliques nada, muchacho. Mi hija ya habló por ti, y eso es suficiente para mí. Confío en su criterio, al menos la mayoría del tiempo. Solo espero que esta vez la boda se lleve a cabo, o Dorothy sufrirá un ataque de nervios.

Theodore solo escuchó en silencio. Se sentía como un joven en edad escolar que estaba siendo castigado, pero no dijo nada, pues era evidente que el padre de Camille aún no había terminado de hablar.

—Ahora solo quiero preguntarte una cosa, y es lo único que realmente me importa. ¿Harás feliz a mi hija?

—Lo haré, milord —respondió Theodore con seguridad—. Amo a su hija.

—Bien. Espero entonces que tengas una licencia especial lista, porque la necesitaremos.

Después de eso, Theodore y el marqués llegaron a un acuerdo sobre los términos del contrato matrimonial y discutieron el anuncio que harían para calmar el escándalo que se desataría cuando, en tan solo cuatro días más, lady Camille Donegall, quien a ojos de la sociedad aún estaba prometida a sir Thomas Portman, se convirtiera en lady Camille Kirtklard, esposa del vizconde de Kirtklard.

Cuando ambos hombres cerraron el acuerdo con un solemne apretón de manos, salieron del despacho en dirección al salón principal, donde encontraron a Camille sosteniendo un libro entre sus manos y a lady Donegall impaciente junto a la ventana. Ambas mujeres se giraron para mirarlos cuando cruzaron el umbral. La madre de Camille fue la primera en hablar y acercarse.

—¿Ya puedo darle la bienvenida a la familia, lord Kirtklard? —dijo lady Donegall con un eufórico entusiasmo, que lo sorprendió—. Supongo que ya han terminado de ponerse de acuerdo sobre los términos del matrimonio y todo eso.

—Buenos días —saludó Theodore a su futura suegra—. Estas son para usted, lady Donegall —terminó de decir, extendiendo el ramo de rosas y magnolias que aún sostenía en su mano hacia la madre de Camille.

—¡Oh! —exclamó ella—. No debería haberse molestado, lord Kirtklard.

—Todo está acordado, Dorothy —dijo de repente el marqués—. Lamento informar que tendremos que realizar una boda apresurada dadas las circunstancias, y lord Kirtklard me ha propuesto celebrarla en Garden Hall, lo cual me parece una estupenda idea para alejarnos de las habladurías de Londres.

—Tienes razón, querido —añadió lady Donegall—. Hubiera deseado algo diferente para la boda de nuestra querida Camille, aunque estoy segura de que entre Mary y yo podremos preparar una ceremonia íntima pero distinguida para ustedes. ¡Tenemos que comenzar a prepararlo todo! —exclamó lady Donegall—. Empezaré ya mismo a organizar todo para el viaje.

—Madre, por favor, deténgase —intervino Camille por primera vez desde que ingresaron al salón—. Será algo sencillo. De verdad, no es necesario organizar nada.

—¿Cómo no va a serlo, Camille? —preguntó enseguida lady Donegall a su hija.

Theodore observó en silencio cómo Camille rodaba los ojos sutilmente y se sintió tentado de reír, pero se contuvo, recordando que era mejor no interrumpir a la madre de su futura esposa.



Tres días después, Camille se encontraba junto a Theo, finalmente a solas, en el estanque escondido de Garden Hall. Habían llegado la noche anterior y era la primera vez que estaban completamente solos desde que Theo abandonó sus aposentos hacía un par de noches.

Al día siguiente tendría lugar su apresurada boda, que se celebraría en la capilla de Garden Hall con unos pocos invitados, incluyendo a ambas familias, las hermanas de Camille con sus respectivos esposos e hijos, lord y lady Tayron, y el duque de Lions, quienes llegarían esa tarde.

Camille miró a Theo, el cual estaba sentado con una pierna estirada mirando hacia el estanque mientras comía una rebanada de pastel.

—No puedo creer que nuestros padres accedieran a darnos un poco de espacio —dijo Camille, mirando también hacia el estanque—. Pensé que no volvería a verte hasta que

estuviéramos en el altar —añadió riendo, mientras disfrutaba de los rayos de sol que acariciaban su rostro.

—No tenían otra opción. Además, suponen que ya te he comprometido.

—¡No puedes estar hablando en serio! —exclamó ella fingiendo sorpresa y llamando la atención de su prometido, que se volvió a mirarla enarcando una ceja.

—Lo digo muy en serio. Estoy seguro de que piensan que te traje aquí para seducirte una vez más antes de la boda.

—Ohh —dejó escapar Camille de sus labios—. Bueno, ciertamente no me importaría dejarme seducir por mi futuro esposo —añadió de forma provocadora ¡Cuánto lo extrañaba!—. No quisiera desaprovechar la reprimenda que me dará mi madre de todos modos en la cena por haber accedido a venir.

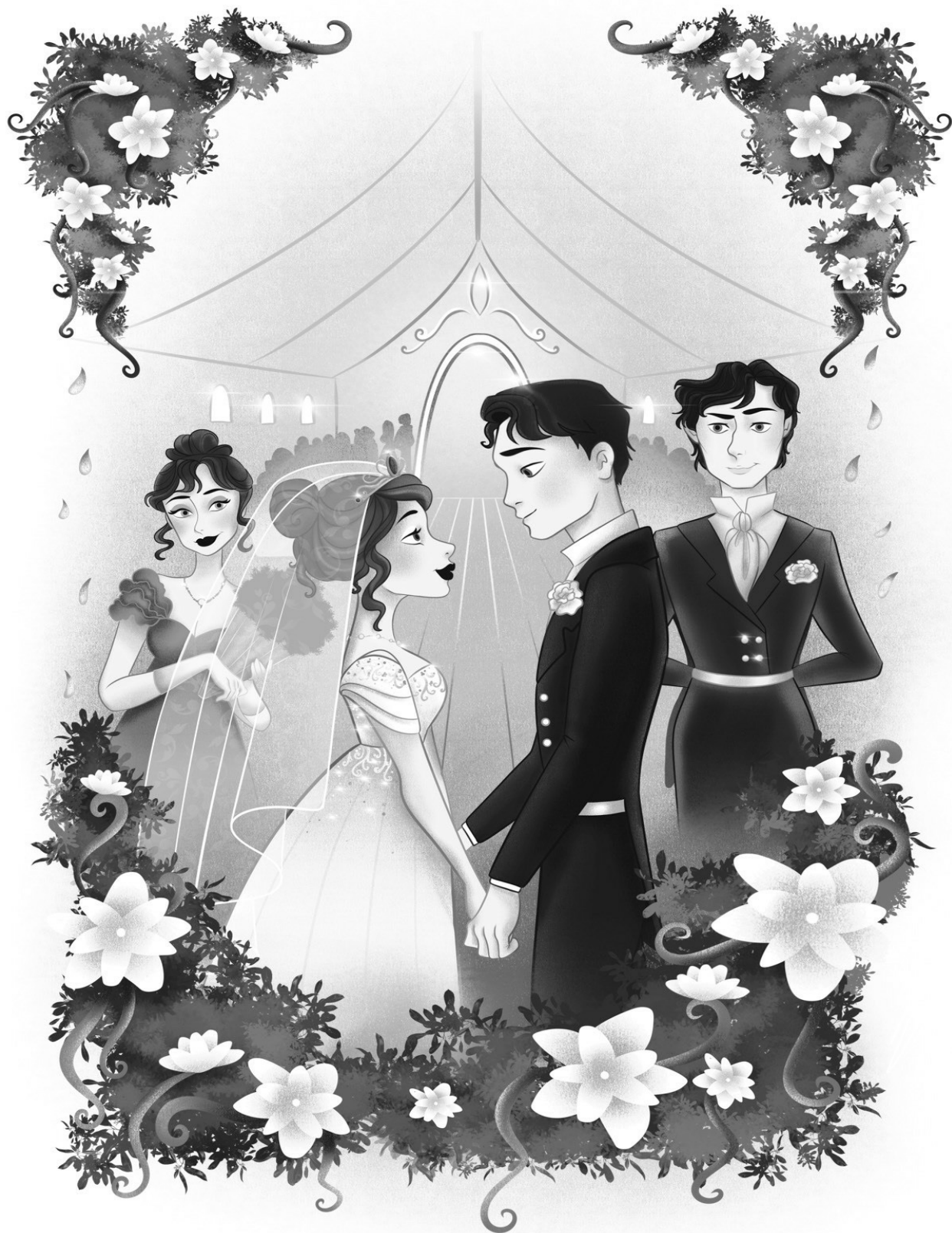
Primero observó cómo Theo se acomodaba en la manta, cambiando de posición. Luego, lo vio recoger los platos y objetos que estaban entre ellos en la manta, colocándolos a un lado sobre el pasto. Para, finalmente, quedar hipnotizada al ver cómo Theo se acercaba ágilmente hasta ella, acomodándose a su lado y colocando una de sus fuertes manos sobre su muslo.

—Si deseas ser seducida, solo tienes que pedírmelo, querida —le susurró él con una voz tan suave y cautivadora, que Camille sintió cómo los vellos de su brazo se erizaban—. Tus deseos son órdenes para mí.

—Theodore Kirtklard —pronunció su nombre mirándolo directamente a los ojos—, hazme el amor.

—Por supuesto, lady Camille —respondió él acariciando su mejilla—. No hay nada que desee más.

Y Theo la besó, fusionándose ambos en un beso cargado de amor y pasión.



EPÍLOGO

GARDEN HALL, DOS DÍAS DESPUÉS DE LA BODA.



Camille sintió el peso de Theo sobre su cuerpo mientras este la embestía nuevamente con firmeza. Era la tercera vez que hacían el amor esa noche y ambos jadeaban, excitados, fusionando sus cuerpos en un baile armónico y embriagador.

Habían pasado dos días desde su boda y todos los invitados habían abandonado Garden Hall para darles espacio a los recién casados y permitirles disfrutar de su luna de miel. La boda había sido hermosa y muy emotiva, y, a pesar de las circunstancias, Camille había atesorado cada momento de ese día. Sin embargo, no mentiría al respecto, era durante las noches donde más disfrutaba de su nuevo estatus de mujer casada.

Theo volvió a besarla, esta vez con más determinación, haciéndole imposible pensar en nada más que en su boca y el calor que emanaba de sus labios. Camille alzó una de sus manos hasta el hombro de Theo, el cual arañó cuando él la embistió con fuerza, para luego gritar su nombre.

—Oh Theo, no pares... Por favor no... Ohhh, sigue —le suplicó, sintiendo cómo su cuerpo se removía debajo del cuerpo de Theo—. Más... Sigue, no pares —repitió varias veces más, levantando su cabeza para volver a capturar la boca de su esposo, entrelazando sus manos en el cuello de Theo para tirar de él.

—Pensé que ya estarías cansada —le dijo Theo entre dientes—. Pero, al parecer, tengo una esposa insaciable.

Camille gritó de nuevo y comenzó a jadear cuando Theo empezó a realizar movimientos más lentos y ondulantes sobre ella.

—Theo, Theo, ohh... —gimió con desesperación, sintiendo que ya no tenía más aire en los pulmones— Yo... Theo por favor..., continúa.

—Camille —comenzó a decir Theo, volviendo a aumentar el ritmo—, estás tan mojada, tan mmmm... Te deseo tanto que podría pasar meses aquí, sin salir de esta habitación; solo haciéndote el amor.

—Theo —volvió a gemir Camille, suplicándole que continuara—. Más, necesito más.

En ese momento, Theo tomó uno de sus muslos con la mano y ella sintió cómo el miembro de él llegaba más adentro con cada embestida. Su jadeo se intensificó, pero no le importó, estaban solos y nadie los escucharía. Volvió a moverse a su ritmo y juntos se unieron en una frenética danza que los conectó a un nivel tan profundo y visceral que Camille percibió cómo su respiración comenzaba a volverse entrecortada, y un gemido incontrolable escapaba de su boca.

En ese momento, escuchó cómo Theo también gemía agitado, terminando de dar una última

embestida sobre su cuerpo, el cual sentía que ya no le pertenecía.

Su esposo cayó inmediatamente rendido a su lado, con la respiración entrecortada y el cuerpo sudoroso. Permanecieron en silencio varios minutos hasta que Camille, sintiéndose más repuesta, se giró hacia él.

—Creo que podría hacer esto sin problema cada noche de mi vida.

—Ciertamente es usted insaciable, lady Kirtklard —le dijo Theo riéndose—. De verdad, ¿no estas cansada?

—No, pero tengo hambre —dijo Camille pensando en voz alta. Enseguida, Theo la miró y le señaló la bandeja de plata que había sobre la pequeña mesa al lado de la ventana, la cual les habían subido hacía varias horas con la cena, y que contenía aún algunos restos de comida.

—Toma algo de comer, yo lo haré en cuanto termine de recuperarme.

Camille se levantó de un salto de la cama, caminando posteriormente hacia la mesa que le había indicado Theo.

Era consciente de su propia desnudez, pero no le importaba, se sentía en confianza con Theo, y cada minuto que pasaban juntos le resultaba más familiar estar despojada de su ropa en su presencia. Se sentó en la silla tapizada con un suave terciopelo, y luego se llevó algunos trozos de carne a la boca.

—Está delicioso —dijo Camille enseguida, disfrutando de su comida—. A pesar de que ya no esté caliente, creo con firmeza que nunca había comido un trozo de carne tan delicioso.

—Qué bien que lo estés disfrutando.

—Ven y come algo. Seguro estás más hambriento que yo.

—Lo estoy, pero te aseguro que mirarte comer desnuda en esa silla, es tan delicioso, e incluso aún más tentador, que cualquier comida.

Camille rio con el comentario de Theo y continuó comiendo. Tras un rato, Theo se levantó al fin de la cama y se dirigió hasta donde estaba ella, tomando asiento en la silla de enfrente y comenzando a probar algunos bocadillos.

—El día de la boda, Emma parecía muy contenta, pero ayer, cuando nos despedimos, la noté distinta, extraña, inusualmente callada —reflexionó Camille en voz alta, dirigiéndose a Theo—. ¿Crees que algo le pudo haber pasado?

—Quizás estaba inquieta por volver a Londres sin ti. Tendrá que hacer frente a la vuelta a los salones de baile y buscar un marido, ahora sí que mi madre no dejará de estar detrás de ella.

—Puede ser —dijo dubitativa—. Me dio la sensación de que estaba irritada...

—Mi hermana está irritada la mayor parte del tiempo —aseguró su esposo.

—¡Por supuesto que no! Exageras —le rebatió Camille saliendo en defensa de su amiga—. Creo que quizás se volvió a disgustar con el duque de Lions, siempre parece estar de mal humor cuando él está cerca.

—¿Con Stephan? —le preguntó Theo sin quitar su atención del plato que tenía en frente—. Creía que se llevaban mejor después de haberme ayudado la última semana.

—Creo que tu hermana podría estar interesada en él... —dijo Camille, dejando salir el pensamiento sin haberlo procesado realmente, y enseguida se arrepintió, al ver el rostro de Theo endurecerse. Su frente se arrugó y ahora sí que la miro con atención.

—Sinceramente, espero que no estés en lo cierto. Stephan es mi amigo y sé que es un buen hombre, pero no sería un buen esposo para ninguna mujer, mucho menos para una mujer como Emma.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó intrigada a Theo.

—Que Stephan no es capaz de amar, al menos no abiertamente, y te aseguro que no de la

forma en la que Emma aspira a ser amada. Así que, por su bien, y por el de mi amistad con Stephan, espero que sea solo una idea de tu mente.

Camille se quedó pensativa, pero dieron por finalizado el tema.

—¿Cuándo tiempo nos quedaremos en Garden Hall? —preguntó, intentando distraerse de la preocupación creciente que había comenzado a sentir con el comentario de Theo.

—Todo el tiempo que deseemos. ¿Tienes alguna otra idea en mente?

—Mmm, no lo sé —señaló, pensando en la pregunta de su esposo mientras se acomodaba en el asiento—. Creo que me gustaría viajar a algún sitio, conocer un lugar diferente a Inglaterra.

—Podemos ir a donde tú desees. Solo dime dónde y te llevaré —le dijo Theo mientras terminaba de tragar algo que se había llevado a la boca.

—Lo pensaré, te lo prometo. Por ahora solo quiero seguir aquí, disfrutando de los beneficios de ser tu esposa —puntualizó complacida.

Una vez que terminaron de comer, Theo se levantó, la tomó de una de sus manos, y la puso de pie frente a él. Luego la besó con ternura y devoción, para después envolverse ambos en un abrazo que sellaría su amor y pondría fin a una larga espera que para lady Camille, vizcondesa de Kirtklard, había valido cada minuto la pena.

FIN



ESA MISMA NOCHE...

KIRTKLARD HOUSE,



Emma Kirtklard había tomado una decisión mientras permanecía desvelada, contemplando el cielo de su habitación. Después de mucha reflexión, había llegado a la conclusión de que era hora de buscar un esposo.

Observando la felicidad de su hermano y Camille los últimos días, Emma había comenzado a anhelar aún más lo mismo para ella. Aunque siempre había estado dispuesta a enamorarse, e incluso anhelaba ese momento con emoción, parecía que el hombre adecuado no se hallaba en Londres. Estaba segura de que, si estuviera allí, ya lo habría encontrado. Por lo tanto, decidió que aceptaría la invitación de su prima Harriet para pasar unas semanas en la residencia de su familia en el condado de Cumberland, cerca de la frontera con Escocia. De esa manera, aprovecharía el receso de la temporada social y la ausencia de Theo y Camille, quienes seguramente se quedarían fuera de la ciudad varias semanas más.

Sí, un cambio de ambiente le vendría bien. Además, no deseaba volver a encontrarse con Stephan, el duque de Lions, con quien había tenido otra acalorada discusión antes de regresar a Londres desde Garden Hall, tras la boda. Era, sin lugar a duda, el hombre más exasperante, cínico y desvergonzado que había conocido en toda su vida, y no quería tener ningún tipo de relación con él en el futuro. Estaría dispuesta a recorrer toda Gran Bretaña con gusto si así se aseguraba evitar cruzarse con él.

De pronto, un recuerdo cargado de sensaciones contradictorias vino a su mente, y un calor abrumador comenzó a recorrer su cuerpo. Cerró los ojos, y visualizó el amplio torso de un hombre en la oscuridad de un gélido jardín, quien la sostenía por la cintura, haciendo que sus cuerpos quedaran pegados el uno al otro. Él olía a tabaco mezclado con notas cítricas y la miraba a través de la oscuridad; Emma solo podía ver el brillo de sus pupilas. Sentía la sincronía de sus latidos, agitados y resonantes en medio del silencio de aquella noche. Por un breve instante, creyó que la soltaría y se disculparía con ella, lo que le hizo sentir una sorprendente y profunda decepción; pero, al contrario de lo que pensaba, este se acercó peligrosamente hacia su rostro, y Emma se quedó tan quieta como pudo.

Abrió los ojos de golpe y se encontró de nuevo en la cálida oscuridad de su habitación. Su cuerpo estaba empapado de sudor, y la camisola se le pegaba a la piel. Movié la cabeza bruscamente sobre la almohada de un lado a otro, sintiéndose abrumada, con la esperanza de borrar de su mente el recuerdo del beso que Stephan Walker le había arrebatado años atrás. Sabía que, si no conseguía dejarlo atrás, estaría perdida en su búsqueda de un hombre al que pudiera

amar.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS



Durante meses he reflexionado sobre lo que escribiría cuando llegara este momento y, aún así, siento que es tan difícil expresar lo inmensamente agradecida que estoy hacia tantas personas que me han acompañado en este proceso, que solo puedo prometer que haré mi mejor intento.

Comencé este libro sin ninguna pretensión. Jamás imaginé que se convertiría en lo que es ahora, en algo tangible. Por eso, mi primer agradecimiento va hacia ti, Rodrigo. Siempre has creído en mí y me has impulsado a cumplir cada uno de mis sueños. Cuando te hablé de este libro, que en ese momento eran solo un par de capítulos escritos en las notas de mi celular, me dijiste que lo hiciera y me acompañaste y apoyaste en cada parte de este proyecto. Gracias por eso. Porque la vida a tu lado siempre ha sido más fácil, pero sobre todo más bonita. Gracias por cada día decirme lo orgulloso que estás de mí. Y gracias, porque me has enseñado el significado del amor, sin lo cual esta historia nunca hubiera existido.

Gracias a mis amigas de la vida; Karla G., Rocío C., Macarena F., Tiare P. y Rosario R. Por su cariño, confianza, amor y apoyo incondicional. Gracias por estar ahí siempre, por apoyarme en mis locuras, por demostrarme lo felices y orgullosas que están de mí por embarcarme en esta aventura, por sus mensajes de ánimo, por preguntarme cada tanto cómo voy con el libro, por inspirarme... porque son las mejores amigas que una mujer podría tener, y Camille y Emma llevan un poco de cada una de ustedes.

Gracias a mi familia, que aunque al escribir estas palabras aún no saben lo que estoy haciendo, son el origen de todo. Papá, mamá, gracias por enseñarme que puedo, por darme la seguridad desde pequeña para hacer todo lo que me propusiera y por darme las herramientas sin las cuales nunca podría haber logrado esto. Y Gracias, por estar siempre ahí, incluso cuando yo, a veces, no he sabido estar.

También quiero agradecer a cuatro personas que han sido fundamentales para que este libro vea la luz; Patri, Tania, Ivana y Antonia. Hay mucho de ustedes en estas páginas. Gracias por formar parte de este proyecto, por confiar en él y ayudarme a mejorarlo. Gracias por su trabajo, porque aunque sé que es eso, un trabajo, su disposición, entrega y profesionalismo han hecho que todo este proceso haya sido muy bonito. Así que gracias; por sus ideas, por sus sugerencias y por contribuir a dar forma a este sueño.

A Maru y Suyi, que me han acompañado desde lejos durante el proceso de escritura de esta novela de época. Gracias por sus sabios consejos para atenerme al rigor histórico –o al menos intentarlo–, por ayudarme a tomar decisiones sobre la portada, por escuchar mis quejas y quejarse conmigo de todo, pero sobre todo, por hacerme reír siempre.

A Patricia, mi psicóloga, que ha sido mucho más que eso para mí, por impulsarme a construir mi versión actual, la versión de mí misma que hoy es capaz de escribir un libro.

Durante estos últimos meses, me aventuré en el mundo de Bookstagram y creo que ha sido una de las mejores decisiones que he tomado. Gracias a todas las chicas que he conocido allí, porque no hay nada más hermoso que compartir y hablar con ustedes sobre nuestro amor por los libros. A todas las personas que me han apoyado desde que se enteraron de que estaba escribiendo mi primera novela, y en especial, a Nancy y Sofi por su amistad. Ha sido maravilloso coincidir en esta aventura con ustedes.

También, quiero agradecerle a ti, que estás leyendo estas palabras. Gracias por darle una oportunidad a mi libro y por llegar hasta esta parte. Gracias por acompañar a Camille y Theodore en su historia, y gracias por leerme, porque no hay mayor voto de confianza que ese.

No quiero terminar sin agradecer a una persona muy importante: a mí misma. Gracias por atreverme a seguir mis sueños y por seguir adelante a pesar del miedo o la inseguridad que a veces se asoma, que afortunadamente, cada vez es menos.

Por último, gracias a ti, Rosa Esther. Eres una estrella en mi universo y sé que estarías orgullosa de esto.

¿TE GUSTÓ EL LIBRO?

¡DÉJAME UNA RESEÑA!



Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como yo disfruté escribiéndola.

Me encantaría que pudieras comentarme tus impresiones, así que no dudes en escribirme a mi Mail therosesbookseller@gmail.com o contactarme por mi Instagram [@therosesbookseller](https://www.instagram.com/therosesbookseller) te agradecería si también puede dejar tu reseña u opinión en Goodreads y Amazon.

Para hacerlo, solo debes clicar los enlaces en la siguiente página.

Desde ya, ¡gracias!

ROSE MERINO



Rose Merino es el seudónimo de esta incipiente escritora, que ha decidido traspasar su amor por las novelas románticas para aventurarse en el mundo de la escritura. Psicóloga de profesión y originaria de Chillán, Chile, es una apasionada viajera que dedica sus momentos libres a escribir, a imaginar nuevas historias y a deleitarse releando sus libros favoritos.





Nos vemos en la próxima
historia...